



MIL MARIPOSAS

AMOR Y SANGRE Vol.II



M.C. SARK

Mil Mariposas
M. C Sark

VOL.II Saga. Amor y Sangre.

INDICE

INDICE

PRÓLOGO

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

EPÍLOGO

NOTAS y AGRADECIMIENTOS

PRÓLOGO

«¡Dios mío! ¿Qué estoy haciendo? Si lo que me contó mi madre es cierto... ¡ese monstruo podría matarme!»

Julia esperaba su turno en la acera para tomar un taxi a la salida del aeropuerto Charles de Gaulle y tan absorta estaba en sus pensamientos que cuando el momento llegó, solo reaccionó cuando le tocaron al hombro y le preguntaron si quería o no el transporte.

Como una autómatas se apresuró en darle su maleta al conductor, que aguardaba con el maletero abierto, y en deslizarse en el asiento trasero para cómodamente buscar en su bolso el papel donde tenía la dirección. Cuando el chófer le preguntó el destino, simplemente le enseñó la nota. No hablaba francés. Nunca había visitado París y maldijo para sus adentros deseando no tener nunca que volver.

Tan pronto como el vehículo se puso en marcha sus pensamientos volvieron a ocupar todo su mundo. De nada sirvió que el taxista se empeñase en hacerle un tour por la capital gala. No fue capaz de ver ni escuchar nada, iba total y absolutamente perdida en su mundo interior.

Cuando minutos más tarde llegó a su destino, la inercia le hizo reaccionar. Su conducta se hizo automática cómo si hubiera sido algo preparado desde mucho tiempo antes y su cuerpo obediente abrió la portezuela para salir a la calle.

Tomó la maleta que le ofrecía el conductor y por señas le hizo entender que esperase su regreso.

Ni siquiera subió a su habitación, dejó el escueto equipaje en la recepción del hotel. Estaba decidida a terminar con esto cuanto antes, ya lo sacaría todo a su regreso... si es que continuaba viva y le permitían volver.

De forma apresurada, entró de nuevo al taxi y le tendió al chófer otro papel con una segunda dirección.

Cuando el vehículo arrancó, se recostó en el asiento y comenzó a controlar la cadencia de sus respiraciones con la intención de relajarse y con ello sentirse algo mejor. Realmente, no podía permitirse pensar, si lo hacía,

giraría sobre sus pasos y se iría por donde había venido.

Había prometido averiguar cuanta verdad se escondía en aquella historia...

No había vuelta atrás.

1

—Tengo que verle.

—Señorita, ya le he dicho que el señor no recibe visitas.

—Pero vengo desde muy lejos solo para hablar con él. He de decirle algo importante.

—Lo siento, es imposible.

—Por favor...

—Hágala pasar, Vincent.

Cuando el criado se giró para darle paso y ella pudo ver al dueño de la voz, su mente quedó como un folio en blanco y se desmayó.

Se despertó con el olor de las sales de amoníaco y al recobrar la consciencia se dio cuenta de que seguía en el suelo del recibidor. Una mano fresca le sujetaba la nuca y a lo lejos escuchaba una voz decir: —Suficiente.

Cuando enfocó la vista en el rostro más cercano, sus ojos se abrieron con horror.

—Entonces... es cierto —balbuceó, intentando incorporarse a toda velocidad, para salir de allí lo más rápido posible.

—No tan de prisa —repuso la voz con suavidad—. Acabas de desmayarte.

Ella intentó levantarse, forcejeó y tras soltarse, abrió el bolso para sacar un pequeño crucifijo de madera, que sujetó con ambas manos delante de su pecho, al tiempo que decía: —¡Atrás!

—¿Julia? ¿Qué haces?

—¿Me recuerda?

—Claro. Yo nunca olvido una cara.

—Pero hace ya veinte años.

—Veintidós.

Ella separó más el crucifijo de su cuerpo, poniéndoselo delante de la cara.

La voz del joven sonó divertida cuando preguntó: —¿Crees que podrás levantarte?

—Creo que puedo intentarlo.

—Te ayudaré.

Le cogió el crucifijo de entre sus dedos, lo miró y con un giro rápido lo dejó sobre la cómoda de la entrada. Tendió su mano, pero al ver que no era correspondido se agachó para ayudarla a incorporarse, y a pesar de su reticencia la tomó en brazos para llevarla hasta el salón, donde la depositó con sumo cuidado sobre el sofá.

Ella continuó con sus protestas cuando la empujó suavemente para recostarla, pero a un gesto enfadado del joven enmudeció.

—Solo hasta que te recuperes del todo —aclaró con gran suavidad, para después volverse hacia el criado y añadir—: Vincent, por favor, trae un vaso con agua para la señorita.

—Sí, señor.

Los ojos de ella le siguieron por la habitación con temor. Continuaba teniendo el mismo aspecto juvenil de la última vez que le vio, en aquel verano del 90. Llevaba el pelo algo más corto, apenas le rozaba los hombros, pero era aún más negro y brillante de lo que podía recordar y ejercía un fuerte contraste con su blanca piel. Sus increíbles ojos de color azul profundo bordeados por aquellas largas y densas pestañas que parecían maquilladas; sus gestos; su forma de andar y de moverse; su figura atlética y felina; sus labios llenos, sensuales... suaves.

Seguía teniendo aquel aspecto rebelde, adolescente.

—La última vez que le vi, yo tenía diez años.

—Sí, te has convertido en una hermosa mujer.

—Usted no ha cambiado nada...

Él sonrió y la miró con dulzura. —No. Pero por tu reacción ya lo sabías antes de llegar ¿no?

—Me lo dijeron, pero no lo creí. Esto... ¿El crucifijo no le afecta?

—Si hubiera sido de plata me habría quemado al cogerlo, pero al ser de madera no.

Ella le miraba con miedo y estaba tan tensa, que dio un respingo cuando el criado volvió para dejar una bandeja con una jarra de agua fresca y un vaso, en una mesa auxiliar.

—Gracias, Vincent. Ya lo sirvo yo. Es todo.

Con una leve inclinación, el criado abandonó la estancia cerrando la puerta a su paso.

Por unos breves instantes, Julia se quedó con la mirada fija en ella como si fuera la única salida de su prisión.

—No está cerrada, Julia. Puedes salir de aquí cuando quieras. No eres mi prisionera, pero siento curiosidad por saber eso tan importante que querías decirme.

—*Monsieur* le Loup, yo....

—¡Alto! Por favor, ¿no recuerdas cómo me llamo?

—Sí. Se hacía llamar Jean Jacques.

—Y ese es mi nombre, pero para ti, solo Jean. Continúa por favor, me tiene intrigado lo que te trae hasta mí veinte años más tarde.

Arrastró una silla para sentarse frente a ella y se quedó tan quieto esperando respuesta, que Julia pensó que se había transformado en piedra. Sin saber muy bien cómo empezar, la mujer tragó saliva y se obligó a recordar las últimas palabras de su madre: «por el bien de Dani debes encontrar al hombre y verificar si lo que nos contó Raquel es cierto».

—¿Y bien? —intentó animarla Jean.

—No sé si es buena idea...

—Has venido a París desde Barcelona y... ¿no sabes si es buena idea?

La mujer carraspeó y se sentó muy derecha en el diván. Las manos le temblaban como si estuviera aterida de frío.

—Supongo que imaginarás que tengo métodos para hacerte hablar —dijo él arqueando una ceja y con una voz que sonó de ultratumba—. ¿Qué haces aquí, Julia? ¿Te ha enviado tu hermana?

—No. No fue Raquel. Ella no sabe que estoy aquí —aspiró profundamente y entornando los ojos con un gesto de dolor añadió—: Mi madre murió hace un mes.

El joven cerró los ojos y su tono se suavizó para decir: —Lo siento.

—Cuando Silvana estaba en su lecho de muerte —continuó la mujer—, Raquel le confesó lo que pasó aquel verano en Mallorca. Cuando usted...

—Por favor, tutéame.

Julia se frotó las manos en un gesto nervioso y apretó los labios antes de continuar.

—Mi madre, me pidió que le buscara, que comprobara por mí misma si era cierto o si había sido otro invento de la mente de Raquel. No podíamos creerlo, realmente las dos pensamos que era otra de sus aventuras imaginarias, pero... es como si el tiempo no hubiera pasado.

—Y has venido solo para saber si tú hermana esta cuerda..., ¿aún a expensas del peligro que eso puede suponer para ti?

Ella tragó saliva y cuando volvió a hablar su voz sonó débil y asustada.

—Yo... tenía diez años, pero le recuerdo muy bien, venía a casa a menudo a recoger a mi hermana. Cuando ella se marchó y usted vino a buscarla parecía preocupado, no parecía un...

—Después de aquello recibí una carta suya dejándome claro que no quería volver a verme —interrumpió Jean Jacques, antes de oír la palabra monstruo en sus labios.

—Lo sé. Ella era joven y se creía muy enamorada. Quizá no lo sepa pero ella quería escapar de la isla y de todos nosotros. Se ahogaba allí. El verano se terminaba y vio la oportunidad de marcharse con usted. Mi madre por supuesto, se negó y discutieron. Lo recuerdo como si fuese ayer. Yo solo tenía diez años, pero cuando tu madre y tu hermana se dicen cosas así, no es fácil olvidarlo. Ahora todo cambia, lo que ella le contó a Silvana es cierto...

Julia respiró hondo y desvió su mirada.

—Sigue por favor... —le animó Jean.

Ella le miró, la duda se reflejaba en su rostro pero se decidió y soltó la bomba final.

—Raquel le dijo a Silvana que usted era el padre.

—¿El padre? ¿El padre de quién?

Julia siguió hablando como si no hubiese escuchado la pregunta.

—Raquel estaba enfadadísima, cuando se tienen dieciocho años uno no piensa con claridad. La negativa de mi madre la dejaba de nuevo encerrada en aquella isla, así que buscó a una anciana de un pueblo cercano que tenía fama de preparar conjuros y pócimas. Le pidió algo para quedarse embarazada y la mujer se lo dio. ¿En los momentos que estaban juntos no le dio nada a beber? ¿No sintió nada extraño? Porque dos meses más tarde ella confesó su engaño, nos dijo que estaba embarazada y que usted era el padre.

La cara de Jean Jacques se quebró tras su máscara habitual de no-muestro-nada.

—¿Cómo?

—Ella llegó a casa con un test de embarazo de resultado positivo pregonando que se iba, que no podíamos negarnos, que usted era el padre... que se casarían. Se marchó a darle la noticia, pero volvió una hora más tarde

con la cara desencajada. Intentamos hablar con ella pero se encerró en su habitación y al día siguiente se trasladó a Barcelona, a casa de nuestra abuela.

No quiso hablar con nadie.

Estuvo allí el tiempo necesario hasta tener al bebé y se marchó. De vez en cuando nos llamaba desde alguna parte remota del mundo para contarnos que le iba bien e incluso vino a pasar algunas temporadas a casa, pero de forma muy esporádica. Nunca se quedaba más de tres o cuatro días..., hasta que le diagnosticaron cáncer a mi madre, hace ocho meses. Posiblemente quisiera recompensarla por todos esos años de ausencia porque estuvo a su lado durante casi toda su enfermedad.

La mujer paró, aspiró profundamente y prosiguió: —Una semana antes de que Silvana muriera, desapareció. Cuando llegué al hospital ese día, mi madre lloraba desconsoladamente, Raquel le había confesado que el día que nos dijo que estaba embarazada, fue hasta su casa para darle a usted la noticia, y le descubrió bebiendo... sangre. —la voz le empezó a temblar cuando añadió—, dijo que estaba bebiendo de la garganta de un muchacho. Y que Daniela, la hija que ella nunca cuidó, la que dejó abandonada en casa de su abuela, llevaba su maldición.

Julia se retorció las manos y casi tartamudeó al decir:

—Antes de su muerte, Silvana me hizo prometerle que debía hacer lo posible por averiguar la verdad. Así que no he parado hasta encontrarle para verificar la historia de Raquel.

Las lágrimas llegaron a sus ojos. Su pequeño cuerpo temblaba. Jean Jacques se sentó junto a ella y la abrazó. Julia intentó zafarse del agarre pero los brazos del joven eran como barras de acero y aunque no le hizo daño, no permitió que se moviera del sillón.

—Julia, tranquila... No puede ser cierto. Yo no puedo tener hijos —dijo Jean con suavidad.

—Si usted viera a Dani se daría cuenta de que sí, creo que por eso me desmayé, fue como verla a ella en su rostro. Podría ser su gemela.

La cogió de los hombros y la obligó a enfrentarle.

—Lo primero, deja de llorar. Lo que cuentas es imposible. Lo segundo, deja de tenerme miedo. No voy a hacerte ningún daño. ¡Por Dios santo!, no voy a matarte. ¿Qué clase de animal crees que soy?

—Es un... un...

—Sí. Soy un vampiro.

Y llevándose el dedo índice al labio superior lo levanto en uno de sus lados para dejar a la vista un desarrollado colmillo.

Los ojos de Julia se ampliaron y se echó hacia atrás.

—Lo tercero. Necesito conocerla. No puede ser cierto... Me niego a creerlo. Nunca imaginé que algo así pudiera ocurrir. No a mí. Tendremos que asegurarnos. Y cuarto, por favor, te pedí que me tutearas, para ti sigo siendo Jean, el que te llevaba a hombros y jugaba contigo cuando eras niña, ¿no recuerdas que me cepillabas el pelo y me lo llenabas de trenzas como si fuera una muñeca?

Ella tragó saliva. Claro que recordaba a aquel muchacho afable y cariñoso con el que jugaba en el jardín de la vivienda, mientras su hermana Raquel terminaba de arreglarse. El tiempo parecía haberse detenido en su rostro.

Con voz temblorosa, Julia preguntó: —¿Y ahora qué? ¿Te harás una prueba de paternidad?

—Hay otros medios, pero sí nos aseguraremos.

Durante unos minutos, se quedaron desinflados, como si la situación les hubiera sobrepasado a ambos. A Julia, porque esperaba que todo fuese un bulo de su hermana, y en lo más profundo de su corazón tenía la esperanza de encontrar un cuarentón humano y normal, y a Jean por el hecho de que la magia le hubiera dado algo que la naturaleza le habría negado.

Julia habló primero. Su mente trabajaba a toda velocidad.

—No estoy segura de que debas conocerla.

—No puedes negármelo. ¿Lo entiendes? No puedes venir hasta aquí, decirme que tengo una hija y después pensar que voy a olvidarlo. Mira, Julia, si no me dejas hacer esto por las buenas...

Ella se encogió y negando con la cabeza añadió:

—Dudo que Silvana lo viera como una opción.

—¿Julia? No hagas que te obligue.

Ella le miró, respiró hondo y continuó: —Daniela trabaja como fotógrafa y dentro de dos semanas estará aquí, en París, para colaborar con una revista de moda o algo parecido. Jean... tú... ¿No le harás daño, verdad?

—Mírame. ¿De verdad crees que quiero hacerle daño?

Por toda respuesta, ella suspiró.

Jean arrugó el entrecejo y preguntó: —Julia, si ella no sospecha nada... ¿Qué le habéis contado de su padre?

—Raquel le dijo que era un franchute cabrón que la dejó en la estacada.

—¡Genial! Ahora además de vampiro soy un cabrón. ¡Dios santo! ¡Ni siquiera soy francés! —dijo con jocosidad en un intento de animar a Julia, pues gruesos lagrimones corrían por sus mejillas.

Jean Jacques puso la mano sobre la rodilla de Julia y se la frotó. Con el dorso de la otra le acarició la mejilla, llevándose suavemente una lágrima con su pulgar.

—No quiero verte llorar —añadió con seriedad—, lo aclararemos juntos. Tú y yo.

Ella se quedó con la mirada fija en el rostro de Jean.

Su pelo negro parecía tan suave que tentada estuvo en estirar el brazo y tocarlo. Su cara tenía las facciones delicadas, se habían congelado a los diecisiete años y parecía un adolescente. Esos enormes ojos azul profundo del color del mar embravecido la miraban curioso y sus labios... tan llenos y sensuales, tan besables...

Ella rompió el contacto cerrando los ojos y tragó saliva, por su expresión él debía haber visto de algún modo los derroteros por los que vagaba su mente.

Jean Jacques sonrió, al tiempo que le desordenaba el cabello con una de sus manos. Ella se fijó en su mohín, que hizo su boca aún más deseable.

—¿Dónde te alojas?

—En un hotel de la *Rue Cambon* cerca del jardín de las Tullerías.

—Mandaré a recoger tu equipaje porque vas a hospedarte aquí. Hay sitio de sobra.

Ella puso cara de horror e irguiendo su espalda se apartó de Jean Jacques.

—Yo... yo.

—Julia. Voy a ser un tirano con esto. Lo siento, pero vas a tener que confiar en mí. Prometo portarme como un caballero pero no admitiré ninguna discusión al respecto.

Ella no pudo replicar, su voz se había congelado en el interior de su boca. Además cada vez que lo miraba, se sentía hechizada. Lo único que deseaba en estos momentos era tocar su pelo, besar su boca, sentir sus manos... ¿Cómo podía su cuerpo engañarla así? ¡Por Dios! ¡No era humano! Se obligó a apretar los puños a ambos lados de su cuerpo, pero se sintió

derrotada. Había estado sin salir con nadie desde su fracaso matrimonial, y la excedencia laboral que solicitó para cuidar a su madre la había apartado del trato normal con la gente, pues iba del hospital a casa y de casa al hospital. Si pensaba de forma racional, la reacción de su cuerpo era lógica ante un joven atractivo y sexy, y ella podría con eso. Con eso y más.

Jean Jacques la miró con cierta tristeza y pensó: «No luches, mi niña. Lo que tenga que ser... será».

2

Bajo el tórrido sol de un verano que no parecía querer marcharse, Daniela paseaba por Las Ramblas en dirección al mar, acompañada de una preciosa sonrisa que desde esa misma mañana se negaba a retirarse de su cara.

Por fin la vida le volvía a sonreír.

La tristeza se había instalado en su corazón durante los últimos meses. La enfermedad de su abuela Silvana había sido tan dura, degenerativa e injusta, que había minado las fuerzas de toda la familia hasta el punto de que su muerte se convirtió, en cierto modo, en algo liberador.

Para Dani, su abuela lo había sido todo: Padre, madre, amiga... Ella y su tía, la hermana de su madre, habían sido toda su familia y a sus veintiún años podía decir con orgullo que gracias a ellas era toda una mujer.

Raquel, su madre, tras dar a luz se había marchado a Buenos Aires dejándola en Barcelona al cuidado de su bisabuela, cuando solo era un bebé. Sin padre conocido y con su madre al otro lado del ancho océano, Silvana se hizo cargo de todo, y a pesar de ser una viuda joven tuvo el coraje de abandonar Mallorca para trasladarse a la ciudad condal con Julia, que apenas contaba once años, y organizar sus vidas como si fuera un general.

Durante la enfermedad, Raquel apareció de repente y pasó con ellas más tiempo que todas las visitas juntas que a lo largo de los años les había prodigado. Daniela, recelosa, la había evitado lo más posible pues la sentía como a una extraña, pero no pudo dejar de preguntarse a diario que era lo que le había llevado a abandonarla para irse al otro lado del mundo, como si necesitase poner la máxima distancia entre las dos.

Una semana antes de que Silvana falleciera, su madre se evaporó de nuevo y las dejó solas para afrontar aquel trágico final.

Los últimos días, antes de que la mujer perdiera la noción de las cosas, mantuvo una extensa charla con ambas por separado. Ignoraba lo que había hablado con su hija Julia, le parecía algo tan personal que no había querido preguntarle a su tía, pero el discurso que tenía preparado para ella fue cuanto menos bastante extraño.

Su abuela la instó a perseguir sus sueños, a lanzarse y comerse el mundo, a vivir cada día al máximo y disfrutar de todos aquellos pequeños detalles que la vida ofrece. Hasta ahí todo normal... pero cuando le habló de que ella era diferente y muy especial, y que tendría que abrirse ante un nuevo mundo le hizo dudar de su cordura y cuando nombró a su padre, al que nunca en vida se había referido antes y del que pensaba desconocía su identidad, su boca se abrió involuntariamente por la sorpresa y no pudo sino almacenar en su corazón los pocos datos que le dio.

—Cariño —le dijo—, yo le recuerdo como un hombre afable y cordial que dejaba que Julia lo torturase con sus caprichos de niña mientras Raquel le hacía esperar. Era moreno, como tú, y de él has sacado ese color azul de ojos que ninguna tenemos.

Nada más. Con eso había zanjado la conversación al llenársele los ojos de lágrimas.

Ya había pasado un mes de su muerte, pero el mismo gran vacío le hacía tiritar cada mañana y llorar su pérdida una vez más. Pero hoy... hoy tenía motivos para sonreír.

Como le había dicho Silvana, la vida sigue y allí estaba ella, intentando celebrar a su modo, que las dos semanas de trabajo que le habían salido en una famosa revista en la ciudad de París, se habían convertido en un contrato de tres meses. La fotografía era su pasión desde muy pequeña y por fin ahora podía hacer de aquella afición su medio de vida.

Perdida en aquellos pensamientos paró en mitad de la acera y miró hacia el cielo para lanzar una plegaria muda: «¡Gracias, abuela! Tú siempre me animaste a seguir».

Paseó despacio, fijándose en todas aquellas pequeñas cosas de las que generalmente no eres nunca consciente. La sonrisa de una madre a su hijo, el canto de los gorriones en los árboles, el bullicio de la ciudad... Se mezcló entre la gente como si de una turista se tratara, con su siempre fiel compañera, su cámara de fotos, colgada del cuello y paró en un quiosco a comprar unas bonitas gerberas naranjas que desde lejos habían llamado su atención.

El sol reconfortaba sus huesos y la hacía sonreír. «París...»

Tenía el teléfono de dos amigas que vivían allí. Las había conocido el año antes en Barcelona, cuando estuvieron de paso para unos desfiles de moda en la Barcelona Fashion Week. Las dos chicas eran bielorrusas y trabajaban

como modelos para una famosa agencia. Solo tenía que llamarlas y confirmarles que sí, que todo había salido bien y que volaría a la capital francesa en menos de dos semanas.

Aún tenía mucho que hacer.

La reciente muerte de su abuela y la huida de nuevo de su madre, la habían sumido en un letargo del que tenía que evadirse como fuera. París era una gran oportunidad y centrarse en un nuevo trabajo era la excusa perfecta para ver mundo, para conocer gente, para sentir que la vida es algo más.

Vagabundeando, sus pasos la llevaron hasta el puerto viejo y a los pies de la estatua de Colón respiró el aire cargado de sal y se sintió tan aventurera como él.

«¡Ah!, París...»

3

Aunque aún no había llegado el otoño, esa noche era fresca en París.

Tras la llegada de su maleta y la asignación de habitación en la casa del vampiro, Jean la había invitado a cenar fuera alegando que le había pillado desprevenido y que su nevera estaba bajo mínimos.

Al bajar del coche Julia miró hacia el cielo y se estremeció, estaba despejado y se veían millones de estrellas.

«Los vampiros existen... ¿Qué más criaturas estarán a mi alrededor, amparadas en la oscuridad?»

Como si hubiera escuchado sus pensamientos Jean respondió: —Ni te lo imaginas...

Ella lo miró como si fuera un extraño y no lo conociera en absoluto.

—¿Lees mi pensamiento? —preguntó.

—Como un libro abierto —contestó el vampiro.

—Pues deja de hacerlo, me gustaría tener algo de intimidad. No puedes ir por ahí escuchando las voces internas de la gente.

Jean Jacques sonrió, esa era la niña que él conoció y que le reprendía constantemente cuando algo no le gustaba.

—De acuerdo, intentaré mantenerme al margen, pero a cambio quiero que confíes en mí y no tengas miedo a pensar en voz alta. ¿Hay trato?

«Estoy con un vampiro en la puerta de un restaurante en París. Esto es de locos. ¿Qué será lo próximo?» Ella lo miró de arriba abajo, y mantuvo sus brazos pegados al cuerpo cuando él le ofreció la mano para entrar de su brazo al local.

—¡Oh, vamos!... no es contagioso. Y te recuerdo que en Mallorca me llevabas de la mano a todas partes, como si yo fuera un perrito atado a un collar. «Ven a ver mis muñecas», «Ven a ver mi casa en el árbol», «Ven y mira mi nuevo vestido» —dijo él sonriendo e imitando la voz de un niño pequeño—. Creo que ahora para variar puedes darme tú la mano, ¿no?

Julia se sonrojó y miró al suelo. Él volvió a tender su mano y esta vez ella respondió a su gesto. Sus dedos temblaban pero consiguió dominar sus

nervios y levantó la vista hasta encontrarle la mirada.

—Mejor, muchísimo mejor.

En el restaurante, Jean se comportó con naturalidad. Aunque no cenó, ordenó la cena en su nombre y la acompañó disfrutando de una copa de vino. Él intentó por todos medios que ella se distrajera y se olvidase de su oscura naturaleza y lo consiguió en parte. Al principio, ella no apartaba los ojos del plato y parecía exhausta y agarrotada, pero conforme fue pasando el tiempo se relajó y de vez en cuando se permitió mirarle a los ojos para encontrarle siempre sonriendo y con una mirada cariñosa y dulce. A sus ojos parecía un adolescente, joven y descarado, sexy y seductor.

—Aparentas diecisiete. Fue a esa edad cuando te... —se atrevió a preguntar, aunque terminó por dejar la frase a medias.

—No fue ni tan siniestro, ni tan emocionante como eso. No recibí el beso de la muerte. Nací así. Y a los diecisiete simplemente... —se acercó a ella y en un susurró añadió—: me crecieron los colmillos.

Ella le miró espantada pero de forma mecanizada abrió la boca para decir: —Tu sonrisa es muy sexy.

Arrepintiéndose al segundo de haber confesado tal cosa, pues se llevó la mano a los labios para tapárselos y se sonrojó hasta las pestañas. «¿Por qué he dicho eso? ¿Me estoy volviendo loca o qué?»

—Gracias —reconoció Jean al tiempo que se recostaba cómodamente en su silla—. Lo tomaré como un cumplido. —Y mientras la miraba con diversión añadió—: Julia, Julia... no soy un extraño para ti. Puedes decirme lo que quieras, somos «viejos» amigos.

—Tú no pareces viejo para nada. Noto que la gente de aquí me mira como si yo fuera pederasta.

—No creo que puedas pervertirme. En todo caso sería al contrario...

—¿Eres muy... «mayor»?

—Define «mayor».

—Cincuenta o sesenta...

Jean no pudo sino sonreír. —Entonces soy diez veces mayor.

Ella soltó los cubiertos y le miró fijamente a los ojos.

—¿Cómo?

—Nací en 1453. ¿Soy lo bastante adulto para estar en tu compañía?

Julia no podía dar crédito, sus ojos se abrieron desmesuradamente

mientras que frente a ella Jean ampliaba su sonrisa tanto que asomaron las puntas de sus colmillos, aunque reaccionó rápido y las ocultó.

En ese momento le pusieron delante el postre y ella no pudo evitar esbozar una tímida sonrisa.

—¡Helado de limón! Te has acordado.

—¿Cómo no iba a hacerlo? Aquel verano en Mallorca te llevaba a casa helado todos los días y si no era de limón me dabas puntapiés y pellizcos.

—No me lo recuerdes, yo era un pequeño monstruo por aquel entonces.

—No, para nada. Eras preciosa, igual que ahora.

—Jean, no...

Él se llevó el dedo a los labios y le ordenó callar.

—Disfruta tu cena y no pienses en eso. A mí me gustaba que fueras un pequeño terremoto y que lo pasaras bien en mi compañía. Me hacía sentirme como de la familia.

Tomo aire y añadió: —Yo me alejé porque Raquel me lo dejó muy claro, pero que conste que me costó mucho romper lazos con vosotras.

Tras un breve silencio en el que pareció ordenar sus pensamientos, el vampiro murmuró en un tono confidencial que dulcificó su expresión: —Julia, siento lo que ocurrió con Silvana. De haberlo sabido me hubiera gustado compartir contigo esos momentos difíciles. No hubiera podido hacer nada, pero habría estado ahí. Para ti. Para Dani.

—Pero siendo lo que eres... nosotras...

—Vosotras me tratasteis como si fuera vuestra familia y disfruté mucho, mucho, de vuestra compañía. Mira, hay momentos en la vida de un ser como yo que es necesaria un ancla con la humanidad, y eso fue lo que encontré aquel año en Mallorca. Después claro, me hubiera ido, porque a largo plazo una relación era del todo imposible.

—¿Querías a Raquel? —preguntó ella.

—Ahora veo que no como ella esperaba de mí. Pero necesito que creas que no la forcé a nada, y que no me aproveché de ella. ¡Dios!, era una niña.

Jean se acercó a ella para decirle bajito: —Julia, necesito saber que ocurrió. La semana que viene tengo que ir a Londres, a una boda. Un par de días nada más. Pero hasta que Daniela venga a París, tenemos tiempo para ir a Mallorca, averiguar más cosas sobre lo que pasó, y conocer a la mujer que me dio este regalo. ¿Me ayudarás?

—Sí, claro.

—Respecto a tu hermana...Yo... no sabía nada. Raquel debe haberlo pasado mal. Si al menos me hubiese dado la oportunidad de explicarme, si me hubiese contado lo que pasaba.

Julia le observaba.

Había sinceridad en sus palabras. No sabía si quería creerle pero desde luego su postura era de franqueza y sencillez.

El tiempo pasó rápido y en los días siguientes Julia se dejó llevar por el gran magnetismo del vampiro. Era como si no pudiera hacer otra cosa que obedecerle, como si sus deseos fuesen órdenes para ella.

En todo momento él fue muy amable pero a pesar del trato cordial Julia se daba cuenta de que mantenía las distancias, aun así, le explicó detalles sobre su naturaleza, le mostró París, e hizo gala de ser un magnífico anfitrión. Ella por el contrario, cada vez se sentía más atraída por saber y conocerle aunque a veces dudaba de si era un deseo que naciese de su interior o si en realidad era algo que él manipulaba.

En aquellas dos semanas, Jean Jacques no la dejó sola en ningún momento y se esforzó por hacer que su estancia en París fuese algo especial. Incluso insistió para que le acompañase a Londres, a la boda de uno de sus vástagos, y ella se dejó llevar, aunque permaneció en el hotel; se negó en rotundo a asistir a la ceremonia.

En un jet privado y rodeada de lujos a los que no estaba acostumbrada, Julia se preguntó si hacía bien en seguirle en aquella aventura. Volaban hacia Mallorca a intentar averiguar qué fue lo que ocurrió en aquel verano del 90 para que Jean concibiese una hija. Algo que según él era del todo improbable pero que ella cada vez lo veía más posible. Sus gestos, sus movimientos, su aspecto... Todo en él le recordaba a su sobrina Daniela. Cada vez que le miraba le parecía más probable que todo lo que le contó Silvana sobre Raquel, fuese totalmente cierto.

El trayecto, a pesar del mal tiempo, fue tranquilo y en poco más de dos horas aterrizaban en Son Bonet, a cuatro kilómetros de la ciudad de Palma. En la isla no llovía, pero estaba bastante encapotado, y un vehículo con los cristales tintados les esperaba en la misma pista. Veinticinco minutos más tarde, llegaban a una casa de campo, alquilada por el vampiro, apartada de la zona turística y del bullicio de la ciudad.

La vivienda era una casa señorial del siglo XVIII totalmente restaurada y situada en un entorno virgen, rodeado de suaves colinas. Estaba construida en piedra de la zona y se encontraba circundada de un bonito jardín un tanto agreste, con una zona de arbolado en uno de los extremos y un desamparado ciprés junto a la puerta de entrada, que recordaba un poco el paisaje de la Toscana.

El interior había sido decorado con mucho mimo y gusto. Se veía confortable y por los detalles, parecía más un hotel de lujo en el campo, que una vivienda de alquiler.

Cuando se instalaron, Jean Jacques abrió su portátil y verificó si tenía algún correo electrónico.

Allí estaba. Puntual.

Días antes había contratado los servicios de una agencia de investigadores privados que, con los datos aportados por Julia, habían localizado a la curandera, hechicera, bruja o lo que fuera, que veintidós años antes se había cruzado en sus vidas.

—Tengo la dirección, Julia. Cuando anochezca iremos.

Leyeron y comentaron el informe en la cocina, mientras Julia preparaba su comida.

—Jean...

—¿Sí?

—Desde que te conozco, nunca te he visto comer.

—¿Te gustaría?

Los ojos se le abrieron como platos y el corazón se le subió a la garganta.

—¡No! No tengo interés en ver como lo haces, ni de saber qué tipo de cuellos prefieres o grupo sanguíneo o lo que sea. Solo pensaba en que... te escondes para hacerlo.

—Intento ser lo menos vampiro posible para ti.

—Gracias.

—Para tu información, te diré que desde que estás en mi casa estoy tomando plasma sintético que compro en el mercado negro y que nunca he tenido donantes en el sótano. ¿Te sientes ahora más tranquila?

—Todo lo que puedo estar....

—Julia, Julia...

Fijó la mirada en ella y se acercó como un depredador acechando a su presa. —Se me ocurren miles de ideas para hacerte comprender que no busco alimentarme de ti.

Al ver como ella se acobardaba y se quedaba mirando el suelo refunfuñó al tiempo que alzaba una ceja.

—Ven aquí —dijo mientras la cogía del brazo y la atraía hacia sí—. Julia, llevamos más de una semana guardando las distancias, siendo correctos y comportándonos como dos perfectos extraños.

La cogió de ambas manos y colocó su rostro a escasos centímetros del suyo para añadir: —Esto tiene que cambiar ¿Cuándo vas a confiar en mí? Te pones a la defensiva cada vez que estoy cerca. Quiero que cuando volvamos a París, nos sentemos y hablemos claro. No me gusta que estés siempre expectante e incómoda. Vives en tensión.

Ella inspiró despacio para exhalar todo el aire de golpe.

—Jean... yo...

El vampiro aprovechó su momentánea relajación y la besó en los labios, suavemente. Fue casto, tierno. Una simple caricia. Y si en un primer momento ella le miró sorprendida, tras breves instantes se desató, se deshizo de sus prejuicios y de su reticencia a aceptar lo que era él, y se lo comió a besos.

Besos cálidos, necesitados, ansiosos.

Dejándose llevar, sus torpes y temblorosas manos llegaron a su torso y lo acariciaron con urgencia, lo apretaron contra su talle y le sujetaron con firmeza.

Jean la sostuvo, inmovilizando su cara al poner sus manos a ambos lados de su rostro, y la separó lo justo para que le mirase a los ojos, deteniendo por un momento aquel arrebato.

Ella le enfocó y se sonrojó. Intentó separarse, esbozando unas disculpas que apenas se oyeron.

—No digas nada —murmuró el vampiro mientras deslizaba el pulgar por el interior de sus labios, recorriendo de lado a lado la línea de su boca—.

Sé lo que pasa por tu cabeza, siento tu necesidad...

Con un movimiento rápido, la cogió en brazos y la llevó hasta la cama, depositándola suavemente sobre el colchón y tumbándose a su lado. Colocando una de sus manos tras la nuca para sujetarle la cabeza, bajó su rostro y devoró sus senos por encima del vestido, mientras que con la otra, recorrió el contorno de sus caderas y piernas hasta encontrar el borde de la falda.

Con una lentitud, que a Julia sacó de quicio, deslizó la mano bajo la tela y le acarició la tersa piel caliente de los muslos, y tras una tortuosa ascensión llegó hasta sus nalgas. Apretó su cuerpo contra el de ella y percibió que su corazón latía a mil por hora.

Sus bocas se encontraron de nuevo y por ellas se derramaron miles de besos.

La urgencia comenzó a quemarles y empezaron a despojarse de la ropa. Ella desabrochándole los botones de la camisa, él bajando la cremallera de la parte posterior de su vestido.

Casi sin darse cuenta estuvieron piel sobre piel.

En un momento de lucidez ella pensó: «Vampiro». Y él le respondió en un susurro —Soy Jean, tu Jean... y no voy a comportarme como un vampiro.

Con tortuosa parsimonia Jean Jacques fue dibujando con las yemas de los dedos pequeños arabescos en su estómago, cada vez un poco más abajo hasta llegar al monte de Venus, donde se detuvieron.

—Quema —protestó ella.

—Lo sé. Puedo sentirlo —respondió él.

Sus dedos continuaron el viaje, llegando a su destino y la martirizaron acariciándola dulcemente, hasta que no pudo más y encontró el orgasmo tanto tiempo contenido. Abrió los ojos, le miró, y al intentar hablar, él apoyó la yema de su índice sobre sus labios para hacerla callar, al mismo tiempo que en su cara se dibujaba una tierna sonrisa.

—Mi niña...

Poniéndose de rodillas sobre el colchón, se situó entre sus piernas, y metiendo las manos bajo las nalgas la elevó para, con muchísimo cuidado, comenzar a penetrarla.

Despacio. Muy despacio. Recreándose con cada centímetro conquistado. Cuando estuvo totalmente dentro, colocó sus manos a la mitad de su espalda y la ayudó incorporarse para que se quedase sentada sobre él.

—Tú llevas el ritmo, pequeña.

Al principio, tímidamente se movió con cautela pero no pasó mucho tiempo hasta que el delirio se apoderó de nuevo de sus sentidos y le hizo gemir, aferrándose a la espalda del vampiro. Julia se lanzó a una carrera desenfrenada que les llevó a ambos al límite.

Agotados, se quedaron durante unos instantes abrazados. Derrumbados el uno sobre el otro.

Jean la separó de su cuerpo para poder mirarla a los ojos. Ella parecía temerosa, asustada y un tanto avergonzada. Besó su nariz y habló. —Somos adultos Julia. No pasa nada.

Ella giró su rostro para mirar los dibujos de la alfombra.

Jean la sujetó por la barbilla para que volviese a mirarle cara a cara.

—A ver Julia. Puede que no lo parezca, pero soy un adulto y me doy perfecta cuenta de lo que ha pasado entre nosotros. Hay una atracción física fuerte y eso no es malo. Hemos compartido sexo ¿y qué? ¿Es por qué parezco un quinceañero o quizá por qué estoy muerto?

—No hables así.

—Julia... No le des importancia. Tu querías, yo también. Y ya está. ¿De acuerdo? Esbozando una sensual sonrisa añadió: —Y sé que te ha gustado...

Jean se levantó de la cama y se dirigió al cuarto de baño. Desde el colchón ella miró fascinada sus ágiles y coordinados movimientos y admiró su cuerpo joven y esbelto.

Cuando el vampiro cerró la puerta, Julia se derrumbó con la mirada perdida en la pared frente a ella.

«¿Cómo demonios he llegado a esto?»

Tentada estuvo en recoger sus cosas y marcharse de allí, de salir corriendo. ¿Se había vuelto loca? Su mente todavía daba vueltas a lo que había hecho tan solo unos minutos atrás. Acababa de «follarse» a un vampiro, porque estaba claro, muy claro... que había empezado ella.

Jean volvió del baño y fingió no haber «escuchado» los pensamientos de Julia. Se tumbó a su lado y se recreó en acariciarle el cabello y murmurarle palabras tiernas para relajarla.

Unas cuantas horas más tarde, mientras se miraban perezosos el uno al otro y el ambiente estaba tranquilo, Jean le preguntó: —¿Cuánto tiempo hace

que lo dejasteis?

—¿Cómo? —contestó Julia sorprendida.

—Tu marido y tú. Vuestro matrimonio. ¿Cuándo...

—¿Por qué sabes eso?

—Julia, aunque no quiera inmiscuirme, tu mente es un libro abierto. No puedo evitar ver retazos de tus pensamientos. No te enfades, a veces es una mierda de habilidad porque no siempre me es posible desconectar.

Ella entornó los ojos como si doliera.

—No quiero hacerte recordar cosas dolorosas. No es necesario que me lo cuentes.

—Lo pillé con otra en casa, en nuestra cama —dijo apretando los dientes—. De esto hace un año ya, pero todavía me sigue llamando implorando perdón. He vivido encerrada en mi misma desde entonces y no quiero saber nada de él. Punto.

—De acuerdo, ya está. No necesito saber los detalles —dijo mientras jugueteaba con un mechón de su pelo.

Ella soltó de golpe todo el aire que tenía en los pulmones y confesó: —Jean, yo... creo que te estoy utilizando.

—Es posible. Pero me encanta —confesó al tiempo que estampaba un beso en su nariz—. No te preocupes por eso. Somos adultos, sabemos lo que hacemos y lo que podemos esperar.

Julia se colocó de lado para poder observarle.

—Eres increíble. ¿Lo sabes, verdad?

—No digas chorradas. Tengo muchos años y simplemente cojo lo que la vida me quiere dar. Tú estás conmigo ahora... y ya está. No pienso en nada más.

Tras unos minutos de besos, mimos y arrumacos Jean se sentó sobre el colchón y se desperezó.

—No quisiera romper la magia, pero estoy ansioso por conocer a esa mujer. ¿Me dejas que te enjabone la espalda mientras nos duchamos?

Jean condujo el vehículo de alquiler hasta un pequeño pueblo cercano. Con ayuda del GPS localizaron la dirección.

El lugar que les indicaba, era una pequeña casa tradicional situada a las afueras y al estacionar en la puerta, casi como si lo hubieran pactado de

antemano, se quedaron unos segundos callados mientras admiraban la pequeña pero coqueta vivienda.

Las rosas trepaban por una esquina de la fachada de piedra, ocultando parcialmente una de las ventanas, y un enorme jazmín junto a la puerta principal ayudado de una estructura de madera, servía de porche de entrada y cubría casi el total de esa pared. La noche era cálida, para estar a mediados del mes de septiembre, aunque no en extremo calurosa pues una suave brisa le daba un aire limpio a la atmósfera, al tiempo que esparcía el intenso olor de las flores.

Bajaron del vehículo y llamaron a la puerta. Una tenue voz les contestó y pequeños pasos de unos pies cansados, que medio se arrastraban por las losas de barro, llegaron hasta ellos. Cuando se abrió, pudieron ver a una anciana menuda y encorvada que con cara afable les sonreía.

—Buenas noches. ¿En qué puedo ayudarles?

Julia se quedó parada bajo la luz de la entrada, pero Jean se mantuvo un paso atrás, semioculto en la oscuridad.

—¡Hola! ¡Buenas noches! ¿Es usted Juana Llabrés? Mi nombre es Julia Caralt y mi familia materna ha vivido casi toda la vida aquí, en las islas. Quizá le suene el apellido.

La anciana se quedó mirando en dirección a Jean que había permanecido quieto y mudo. Ella asomó un poco la cabeza fuera del dintel y con suavidad murmuró: —¿Quién es usted? No puedo verle...

Jean Jacques dio un paso al frente para quedar bajo el haz de luz y el rostro de la mujer se transfiguró mostrando un profundo terror.

—Señora, yo... —dijo con voz profunda—. No tiene que temer de mí. Solo estoy aquí para preguntarle algunas cosas, no voy a hacerle ningún daño.

Ella, a todas luces asustada respondió rápidamente: —Eso es lo mismo que dijo el monstruo que estuvo aquí la semana pasada, pero era mentira. Él quería más. «Quería mi poder, quería mi magia».

Jean dio un paso más en dirección a la anciana y esta se resbaló al intentar huir. Julia que estaba a su lado la sostuvo. El vampiro tendió sus manos con las palmas hacia arriba y agachó la cabeza, mirando al suelo, en señal de sumisión y respeto.

—Por favor. Compruébelo por sí misma. No estoy aquí para robar su magia, ni para enfrentarme a usted. Solo queremos saber...

Con miedo en la mirada, la anciana señora puso sus arrugadas manos

sobre las palmas de Jean, cerró los ojos y se concentró. Al poco las quitó como si se quemase.

—Usted... usted es un purasangre.

—Cierto.

—Creo que tengo que sentarme, me siento mareada.

No consintió que Jean la tocara, pero aceptó el ofrecimiento de Julia de ayudarla a tomar asiento.

—Niña, sé que es mucho pedir, pero... ¿me harías una tita?

Jean intervino: —Yo podría ayudarla a calmarse.

—Por favor, no. No se acerque.

Julia se fue a la cocina y Jean Jacques, desde un rincón, aprovechó para preguntarle a la anciana por el «otro» que la había visitado. La mujer le contó con desconfianza que se trataba de un hombre de raza oriental que buscaba el poder de la magia de una bruja. Y como vio que ella ya estaba en su ocaso y su poder se diluía, había indagado sobre su familia para saber quién podría recibir el legado.

Jean notó que al llegar a esta parte, «su familia», ella era reticente a contar nada más. No la presionó, cambió de tema y se dispuso a contarle lo que conocía de su historia... e inexplicablemente, la anciana comenzó a llorar.

—Yo no creí, yo nunca pensé...

—Cuéntemelo, por favor —solicitó con su dulce y seductora voz, acercándose a ella y sentándose en un sillón.

La mujer respiró hondo sin dejar de observar a Jean Jacques, pero cuando Julia puso la infusión en sus manos, pareció que comenzaba a relajarse y sonrió. Removió el contenido y tomó un pequeño sorbo, echó la cabeza hacia atrás y se perdió en sus recuerdos.

—Hace mucho tiempo, pero lo recuerdo como si fuese ayer. Una muchacha vino aquella noche a casa. Ahora que lo pienso... se parecía a ti —dijo volviéndose a Julia.

—Era mi hermana Raquel.

La mujer asintió.

—Teníamos una pequeña reunión, llámenlo aquelarre si quieren, habían venido brujas de otras partes de las islas y una del norte de España. Estábamos en esta misma sala, conversando, cuando la chica entró y empezó a hablar atropelladamente, parecía desesperada por conseguir un hechizo. Un hechizo de vida.

Trajo dinero y varias joyas antiguas, y algunas de las presentes ambicionaron su parte y abogaron por intentar ayudarla. Una de ellas, la que vino de Navarra, dijo que sabía cómo hacerlo, pero que necesitaría el poder de todas para que funcionase, así que unimos nuestras manos con las de la joven y comenzó el ritual. Tras un largo rato, en el que no sé muy bien que sucedió, el clima cambió, comenzó a llover, y truenos y relámpagos descargaron una tormenta.

Cuando se terminó todas estábamos exhaustas.

Al irse, mientras la hechicera contaba avariciosamente el dinero, nos confirmó que el hechizo era un hecho. Que esa noche cuando ella tuviera relaciones con el hombre se quedaría preñada pero que él moriría. Una vida por otra. El pago del hechizo.

No quise tomar el dinero, me pareció monstruoso lo que habíamos hecho. La situación se nos fue de las manos y yo me aparté de la magia durante algún tiempo... Si usted está aquí debe ser porque no hizo efecto.

—En realidad sí —dijo Julia—. Mi hermana tuvo un bebé.

—Y el padre no murió... —añadió Jean Jacques con una mirada apenada y perdida—, porque ya estaba muerto.

Aquella noche, al llegar a la casa de campo, los dos estuvieron muy callados. Se sentaron frente al fuego de la chimenea y uno junto al otro, se quedaron allí largo rato.

Para Jean, la historia empezaba a cobrar vida. Todo era cierto.

Él, un vampiro de 559 años, tenía una hija humana que no conocía. Algo que era del todo imposible para cualquier inmortal de su clase.

De repente se sentía tremendamente viejo.

Julia lo sacó del trance.

—¿Quieres que nos quedemos aquí unos días?

—Bien, así puedes aprovechar y ver a tu familia.

—Jean. ¿Estás bien?

—Sí, sí. Lo que pasa es que si antes tenía dudas... ya no tengo ninguna y estoy un poco abrumado. Pero estoy bien —murmuró distraído mientras dejaba que sus dedos vagabundeasen por su espalda. Julia cerró los ojos y se acurrucó junto a él en el sofá.

Una hora más tarde sonó el teléfono móvil de Jean. Era Juana Llabrés. Él le había dado su número directo por si recordaba algo más, pero lo que no esperó es que la llamada fuese tan pronto.

—¿Señor le Loup? —dijo la mujer con voz temblorosa y respiración agitada.

—¿Juana?

—Necesito su ayuda.

Jean escuchó el ritmo lento del corazón de la anciana a través del teléfono. Le costaba hablar. —Juana, no te muevas. Voy enseguida.

—¿Qué ocurre? —preguntó una somnolienta Julia.

—Era la anciana. Tengo que salir, parece que tiene problemas.

—Pues vamos.

—No, no. Tú te quedas aquí. Volveré en seguida.

—Pero... ¿qué pasa?

— Quédate en casa. Te llamaré cuando lo sepa.

Sin añadir nada más, cogió una chaqueta, las llaves del coche y se evaporó en la oscuridad.

Jean recorrió los kilómetros que le separaban de aquel pequeño pueblo a toda velocidad.

Cuando llegó la puerta de la casa, estaba abierta de par en par y desencajada del marco. Antes de entrar, puso sus sentidos a trabajar pero solo captó el corazón de la anciana que parecía ir cada vez más y más lento.

Con cautela se asomó y vio sobre la mesa la cena de la mujer a medio terminar. La copa de agua se había volcado y una silla estaba tumbada en el suelo. Entró rápidamente y la encontró tendida sobre la alfombra. Tenía las manos y el vestido manchados de sangre y casi sin fuerzas, presionaba con la servilleta la herida de su cuello. Apenas podía hablar, pero tenía los ojos muy abiertos.

Jean Jacques la sujetó entre sus brazos y puso su cara frente a la mirada de espanto de la anciana.

—Tranquilízate. Todo va a ir bien —añadió con su voz suave como el terciopelo—. Ahora tomarás un poco de mi sangre, ¿entendido?

Ella se puso muy nerviosa y negó con la cabeza apretando los dientes hasta que sonó un chirrido.

—Juana, Juana... Quien te hizo esto te quería muerta y solo abrió la herida para que te desangrases. No te han mordido, si así fuera no habría tanta sangre en el suelo y si ese ser no bebió, no hay peligro de que te transformes en alguien como yo. Con mi sangre pararemos la hemorragia ¿de acuerdo?

Con delicadeza la cogió bajo los brazos y la apoyó en uno de los sillones para tener así las manos libres. De debajo de su camisa sacó un bonito medallón y tocándolo estratégicamente lo sesgó en dos. La parte que quedó en su mano mostró una cuchilla que parecía terriblemente afilada.

Se arremangó y cortó en su muñeca, apoyando esta en los labios de la mujer mientras decía suavemente: —Bebe. Solo un poco. Esto te hará sentirte mejor, ¡vamos!

La anciana lo hizo y como la herida del vampiro se cerró rápidamente, él volvió a repetir la operación, aprovechando para verter en esta ocasión, parte de su sangre sobre la herida del cuello de la mujer.

—Eso es... Tranquila.

Se sentó junto a ella y esperó. Al poco rato, el color volvió a sus mejillas y la respiración se hizo más estable. Cuando su mejoría fue evidente preguntó: —Juana, ¿por qué no has llamado a una ambulancia? ¿Qué ha ocurrido?

La mujer comenzó a hablar de forma atropellada.

—No me asusta morir, soy muy vieja ya y mi tiempo se está acabando. Necesitaba... le necesitaba a usted. Tengo que pedirle algo.

—Cuéntame primero que ha pasado.

—Ese monstruo entró sin llamar, sacó la puerta de sus goznes. Cuando estuvo dentro creo que le olió por qué empezó a preguntarme quien había estado en la casa y qué le había contado. Yo le dije que no le conocía que usted solo buscaba a una persona, pero no me creyó y se puso fuera de sí.

—¿Era el mismo hombre oriental que vino la semana pasada?

—Sí.

—¿Qué buscaba Juana?... ¿Juana? No puedo ayudarte si no me lo cuentas.

La anciana respiró profundamente. Había tomado una decisión de la que esperaba no arrepentirse. Necesitaba que Jean Jacques le hiciese una promesa.

—A mi nieta. Buscaba a mi nieta. Ella recibirá el legado de mi magia cuando yo muera y es joven e inexperta. Un vampiro como él la esclavizará en

su beneficio.

Mordiéndose los finos labios, la mujer alargó su mano hasta que alcanzó el brazo de Jean y le sujetó con todas sus fuerzas.

—Señor. Usted no es como él. Necesito que cuide de Judith, instrúyala como bruja, ayúdela a defenderse de monstruos como ese.

—Pero, Juana, ¿cómo puedes dejar a tu nieta bajo la protección de un desconocido? ¿Quién te asegura que yo no haré lo mismo que él?

—Mis poderes de bruja ya están muy mermados, solo soy una anciana, pero siempre he podido «ver» el interior de las personas. Cuando antes le toqué... Sé que es poderoso entre los suyos, que es un purasangre y que, aunque salga beneficiado, no actuará con maldad. Por favor...

—Juana, yo no sé si....

—Usted es perfecto. Dígame que cuidará de mi nieta, dígame lo —suplicó la anciana desesperada.

—Está bien, lo haré, pero no creo que tu nieta confíe de buenas a primeras en alguien desconocido.

—Señor...

—Juana, no me llames señor. Mi nombre es Jean Jacques...

—Ella apenas sabe nada de este mundo. No conoce la existencia de vampiros ni de otros seres sobrenaturales. Su padre la mandó a vivir con su tía a Barcelona para mantenerla alejada lejos de mí y mi influencia.

—Tranquila, yo le contaré lo que deba conocer.

—Gracias, gracias.

La mujer le abrazó agradecida y cuando remitió el contacto, él la ayudó a levantarse y la acompañó hasta el baño.

Mientras la anciana se lavaba y se cambiaba de ropa, Jean colocó la puerta en su lugar, recogió los muebles volcados y la sangre del suelo, y estaba tranquilizando a Julia por teléfono cuando la dueña de la casa volvió al salón.

Miles de gracias volvieron a salir de su boca de la mujer. Parecía totalmente recuperada.

Jean le dio su dirección, le insistió en que abandonase la vivienda y se fuese unos días a casa de algún pariente, aunque ella se mostró reticente y no quiso insistir. Tras asegurarse de que estaba bien, se marchó.

4

Por fin comenzaba su aventura.

Dani llegaba al aeropuerto de El Prat, con su bolsa de equipo fotográfico colgada al hombro y arrastrando una enorme maleta. Su vuelo destino a París salía en hora y media y aún tenía que facturar el equipaje.

Estaba feliz.

Cuando llegase al aeropuerto Charles de Gaulle debería coger un autobús hasta la capital, pues Sasha y Svetlana estaban trabajando y no podrían ir a por ella, pero eso a Dani no le importó, casi prefería tener la primera toma de contacto con la ciudad a solas y aprovechar para vagabundear por sus calles, mapa en mano como cualquier turista, hasta encontrar el piso de sus amigas.

Sonrió pensando en su tía Julia, su querida tía, amiga y madre, que estaba en la ciudad pasando unas vacaciones en casa de un «amigo».

«Wow, mi tía con un «amigo», eso sí que es una novedad».

Misión cumplida: equipaje facturado.

Aún tenía tiempo para tomar un café antes de que saliera el vuelo, así que se dirigió a la zona de tiendas y cafeterías de la terminal.

El local estaba hasta los topes y ella se puso en la cola para solicitar su pedido. Dos jóvenes se le acercaron.

—Hemos preguntado a media cafetería si te reconocían. Estamos seguros de que eres una de esas famosas que se ocultan tras unas grandes gafas oscuras, mientras toman un café en el aeropuerto. Nadie ha sabido darnos tu nombre...

Ella se bajó las gafas hasta la mitad del puente de la nariz y les miró. Sus felinos ojos azules observaron a los dos muchachos que quedaron embobados al descubrir su fantástica mirada.

—Pues lo siento, si habéis hecho alguna apuesta la vais a perder. Yo no soy famosa.

—No nos engañes. Seguro que vas de incógnito.

Desde atrás su grupo de amigos esperaban a los dos atrevidos jóvenes.

—¡Está buenísima! —dijo uno.

—¡Menudo bombón! —replicó otro.

Dani se volvió a mirarles, pues les oyó. Puso los ojos en blanco tras las enormes gafas y volvió su atención a la cola.

—¿No eres modelo? ¿O actriz? —insistió el chaval.

—No, nada de eso.

—Podrías al menos decirnos cómo te llamas...

Dani dijo lo primero que le vino a la cabeza.

—Laura. Me llamo Laura.

—¿Y tu teléfono?

No quiso seguirles el juego.

—Estás listo si crees que voy a darte el número de mi móvil. Y ahora, si me disculpas me gustaría tomarme mi café tranquilamente.

—Mírala, qué creída.

Era el turno de Dani, se giró hacia el mostrador y pidió su café en un vaso desechable para llevar y salir pitando de la cafetería.

«Hombres... en todas partes son lo mismo».

Mientras saboreaba el capuchino, se entretuvo dando una vuelta, mirando las tiendas de la terminal, pendiente de la llamada a su puerta de embarque.

—Dani me dejó un mensaje en el móvil, me dijo que llegaba esta tarde sobre las seis. Es raro que no haya vuelto a llamar.

—Pues llámala tú. Julia, estás nerviosa. ¿Qué ocurre?

—No sé si he hecho bien en hablarte de su llegada sin hablar primero con ella.

—¿Ahora me sales con esas? ¿Qué te hace pensar que has de protegerla de mí?

—No quise decir eso, Jean. Es que no sé cómo se lo tomará. ¿Y si cuándo se entere de que tiene una reunión con su padre, no quiere verte?

—Lo mejor es presentarme como un amigo tuyo y según vaya la reunión pues ya veremos.

—Pero ella te verá y será como reflejarse en un espejo.

—¿Tanto nos parecemos?

—Lo que estás pensando y un poco más.

—Bueno, pues entonces ella se dará cuenta y será más fácil... No te preocupes.

Jean Jacques dijo esas palabras para tranquilizar a Julia, pero el caso es que tras aquella máscara de no-soy-capaz-de-sentir-nada, sabía que el encuentro iba a ser todo un reto y se encontraba ansioso. Deseaba con todas sus fuerzas que saliese bien. No es que creyera que ella fuese a aceptarle de buenas a primeras, claro que no, pero albergaba la esperanza de que tuviese una mente abierta y que como Julia, terminase por admitirle como alguien cercano.

Dejaron pasar un rato y al ver que Daniela no llamaba, Julia se decidió y buscó su número en el móvil. Dejó el manos libres activado, para que Jean Jacques oyera la conversación, aunque realmente con el fino oído que poseía no hiciera ninguna falta, y marcó. Cuando Dani descolgó, a lo lejos se escuchó el murmullo de las voces de la gente y el agudo pitido del aviso de la megafonía. La voz melodiosa y dulce de la muchacha se alzó sobre todo el barullo.

—¡Hola, tía Julia! Ya estoy en París, ahora mismo delante del carrusel donde se recogen las maletas, esperando que aparezcan las mías. Tengo que darte buenas noticias, pero no por teléfono. Espero podamos vernos pronto.

—Pero, Dani, si me hubieras avisado con tiempo habría ido yo misma a recogerte. ¿Dónde vas a alojarte?

—Tranquila, tía, tengo unas compañeras de piso fantásticas.

—¿Compañeras de piso? Dani, no entiendo nada. ¿No venías a París para hacer un trabajo de una semana?

Daniela se mordió el labio.

—Soy una bocazas y he destrozado la sorpresa. Ese trabajo se ha convertido en un contrato de tres meses y por eso me quedaré en el piso de unas amigas. Esa era la buena noticia. Oye, ya salen mis maletas, voy a colgar. Te llamo mañana, ¿vale?

—De acuerdo, llámame mañana o cuando estés instalada y quedamos. Un beso, Dani.

—Un beso, tía.

Julia miró a al vampiro que la observaba a su vez con detenimiento y al ver la expresión de su cara comentó: —Empiezo a estar impaciente. Me estás contagiando tu nerviosismo.

—Prométeme que no saldrás volando por esa ventana en su busca.

—Julia, Julia... si salto por esa ventana me estamparé en la acera, no puedo volar. Concentrándome mucho soy capaz de levitar, pero de ahí a salir volando como Superman... Cambiando de tema. Quiero que mañana la llames y que la hagas venir aquí, a mi casa.

—Aquí en tu casa. ¿Estás seguro?

—Si ha sacado algo del temperamento de su madre me temo que puede volar algún objeto hacia mi persona y puedes creerme si te digo, que montar el numerito en un sitio público no me beneficia en absoluto.

—No creo que te lance nada. Dani es muy comedida, eso sí, se va a enfadar muchísimo conmigo por la encerrona.

—Todo irá bien. Tengo un presentimiento.

—Dios te oiga.

A la tarde siguiente, Dani se bajaba de un taxi a las puertas de la casa de Jean Jacques. Pagó al conductor y durante unos instantes se quedó en la acera mirando el moderno edificio.

«Mi tía, viviendo en París con un «amigo». Esto va a ser único. La primera vez que la veo salir con alguien desde que lo dejó con Carlos».

Una amplia sonrisa llenó su cara y se acercó hasta el portal, allí un portero con un elegante traje gris la recibió con gesto de asombro hablándole en un perfecto castellano.

—¿La señorita Daniela Caralt? *Monsieur Le Loup* me avisó de que vendría. Un momento, la anunciaré.

Descolgó un teléfono y ahora en francés habló con alguien notificando su llegada. Colgó y la acompañó al ascensor.

—Con mucho gusto la acompañaría pero no puedo dejar mi puesto en la puerta. Ultimo piso. La están esperando.

—Gracias, *monsieur*. Y mirando la placa de identificación que prendía de su chaqueta añadió: —Chavanel.

El ascensor se cerró y las puertas la separaron de la cara de pasmado que mostraba el portero. Dani bajo la vista y se miró. El vestido estaba en su

sitio, los zapatos también... Sobre la superficie de acero inoxidable pulido de la botonera del ascensor pudo comprobar que su maquillaje no estaba corrido, que todo parecía normal. Llenó sus pulmones de aire y exhaló despacio.

«Su tía y su «novio», bueno, «amigo», y sonrió de nuevo.

La puerta del ascensor se abrió y un criado la estaba esperando.

«¿Los franceses son todos unos atontados? ¿Qué le pasa a este hombre?, me mira como si hubiera visto un fantasma». —Buenas tardes —dijo ella, a la vista de que él no podía articular palabra.

—¿Señorita Caralt? —balbuceó por fin.

—La misma. Creo que me están esperando.

—Sí, sí. Por favor pase. La esperan en el salón.

Dani no esperaba semejante reacción. Debía ser el fantástico vestido de Dolce Gabanna que su compañera de piso Svetlana, le había prestado, pero la mandíbula del hombre se había quedado claramente desencajada y sus ojos estaban abiertos como platos.

Caminó tras él y al pasar delante de un espejo se miró de reojo, para comprobar que todo parecía normal: su vestido, su fantástica melena suelta y aquellos zapatos de Louboutin que compró en un outlet y que eran su amuleto de la suerte.

—Señor, la señorita Caralt ha llegado —anunció.

El mayordomo se apartó para dejarle paso y entonces ella entendió de golpe y porrazo la reacción del portero y el criado. Sentado junto a su tía Julia estaba *Monsieur Le Loup*, el amigo de su tía.

El «señor» era su vivo retrato.

Sus enormes ojos azul oscuro, sus negros cabellos, la blanca piel, la forma de su sonrisa..., pero no era solo eso... el “señor” no tenía más de diecisiete años. Durante unos segundos ella se quedó descolocada, pero puso cara de soy-tonta-y-no-me-entero-de nada e intentó que no se notase su sorpresa.

Julia soltó la mano de Jean Jacques, se levantó y casi corrió a abrazarla.

—Dani, estas preciosa. Qué alegría me da verte.

—Hola, tía. Te marchaste tan rápido después del entierro... Te he echado de menos.

Cuando se aflojó el abrazo, Julia se hizo a un lado para presentarles.

—Dani, él es Jean Jacques Le Loup.

Él se acercó con la intención de besar sus mejillas pero ella, tajante, lanzó su brazo adelante para darle únicamente la mano. Jean se la cogió y se la llevó a los labios para besarla con delicadeza.

—¿Todos los franceses son tan protocolarios?

—No lo creo, supongo que yo he tenido una educación anticuada.

Ella le dirigió una sonrisa falsa. Una que intentó decir, «no intentes jugármela, te tengo calado».

La cabeza de Dani iba a toda velocidad y se sentó de medio lado intentando que no se notase demasiado que por el rabillo del ojo observaba detenidamente a *monsieur* le Loup. El «amigo» de su tía era un adolescente, ¿qué broma era esta? No podían ser amantes... ¿Acaso su madre había tenido más deslices y había abandonado otro bebé y Jean Jacques era su hermano? Las preguntas se agolpaban en su mente...

Desde luego el parecido físico era increíble.

Al otro lado de la ciudad, Olivier d'Aubry abrió su cartera y dejaba un fajo de billetes sobre la mesita de noche de aquel hotel. En la cama dejaba satisfechas a dos mujeres hermosas. Dos prostitutas.

La rubia parpadeó y abrió lentamente los ojos. —En realidad nosotras deberíamos pagarte a ti —dijo.

—Fui yo quien solicitó vuestros servicios —contestó d'Aubry—. Y siempre pago por un trabajo bien hecho.

La mujer suspiró. —Al margen de tu extravagante aspecto y de algunas de tus excentricidades, he pasado la mejor noche de mi vida y sé que puedo hablar también en el nombre de mi amiga, aunque esté profundamente dormida. Se llevó la mano al cuello y aunque no detectó ninguna marca preguntó: —¿Me mordiste?

Olivier sonrió.

—En realidad da igual lo que pasara, no lo vais a recordar.

Puso su mano sobre la cabeza de la chica y ella cerró sus ojos durmiéndose al instante. Se quedó mirando a la otra, unos segundos, terminó de abotonarse la casaca y salió de la habitación.

Iba a tomar el camino de su casa cuando pensó, ¿por qué no? Tengo curiosidad y Jean me pidió que fuese... Giró sobre sus pasos y se dirigió al

ático de su amigo.

Mientras tanto, en casa de Jean Jacques la reunión no iba como él esperaba. El vampiro se daba cuenta perfectamente de todo lo que pasaba por la cabeza de Dani, podía «escucharla» pensar a toda velocidad, y la conversación era de lo más formal e incómoda.

La muchacha estaba sentada al borde del sofá con la espalda erguida y tenía una mirada desafiante, parecía que de un momento a otro iba a saltar sobre su yugular, a pesar de que ella era la humana y él el vampiro.

Tendría que decirle la verdad de un momento a otro...

Olivier entró y se quedó apoyado en el marco de la puerta mirando la escena, tan solo Jean se apercibió de su presencia pues las dos mujeres estaban tensas y concentradas en la conversación. El vampiro se quedó mirando el perfil de Daniela, que no podía negar que era hija de su padre ya que el parecido era impresionante.

En ese preciso instante, Daniela no pudo más y saltó.

—*Monsieur Le Loup*, ¡esto es una farsa! ¿Va a decirme quién es usted realmente? Es evidente nuestro gran parecido físico, pero tengo la seguridad de que no somos hermanos, a no ser que mi madre haya tenido la feliz idea de ocultarnos ese pequeño desliz. ¿Quién es usted?

Todo el discurso le salió de golpe, y cuando tomó aire para continuar, oyó unos aplausos que venían desde la puerta. Sus ojos se abrieron como platos al ver al hombre que entraba en el salón. Era alto, delgado y llevaba... ¿una peluca? ¿una chaqueta entallada larga hasta medio muslo bordada en negro y oro?

Parpadeó muy despacio. Pero él siguió allí al abrir de nuevo los ojos. El tipo que estaba apoyado entre sombras en el marco de la puerta vestía unos pantalones abullonados que le llegaban hasta la rodilla llenos de lazos, y llevaba calzas y zapatos con tacones rojos... ¿tacones rojos?

—Qué bonito es estar en familia —dijo con mordacidad.

Jean carraspeó. —Daniela, te presento a Olivier, hasta hace unos minutos un buen amigo.

—Jean, Jean... no dudes de mi fiel amistad, pero no pude reprimirme.

Al tiempo que hablaba avanzó lentamente hasta el grupo, dirigiéndose

a un sillón ubicado frente a las mujeres y al lado de Jean Jacques. Se levantó los faldones de la casaca y se acomodó de forma un tanto teatral. Daniela le había seguido con la mirada durante todo su desfile por el salón, y aún en shock abrió la boca para decir algo que no salió, así que la volvió a cerrar.

—Por favor, no interrumpáis vuestra deliciosa discusión por mi llegada. Continúad.

Julia también se había quedado muda y boquiabierta. A pesar de que Jean le había comentado sus extravagantes puestas en escena, no estaba preparada para esto.

Daniela se recompuso y después de respirar hondo un par de veces y cuadrar de nuevo sus hombros, exclamó: —Espero su respuesta, *Monsieur*.

—Dani.... —intervino Julia, a lo que la muchacha respondió con un gesto de su mano indicando que no siguiera hablando.

Daniela se levantó y comenzó a andar por la habitación, como si fuese un tigre enjaulado.

—Sí, Jean... Responde, yo también estoy deseando escuchar tu explicación —murmuró el recién llegado.

La mirada que le dedicó Jean Jacques a su amigo habría podido convertirle en glaciado. —Es muy difícil de explicar... —empezó diciendo.

—Pues no explique nada, diga lo que tenga que decir, creo que podré encajar el golpe.

—¿No lo imaginas, Dani?

—Vamos, ¡Suéltelo ya! Déjese de jueguecitos.

Daniela estaba muy seria en el centro de la habitación con los brazos cruzados y los ojos chispeantes.

—Siéntate, por favor —solicitó Jean Jacques con voz suave y sedosa.

—No es necesario, estoy muy bien de pie.

Aunque no lo necesitaba, el vampiro aspiró una bocanada de aire, empezaban a sudarle las manos y la camisa le había tendido una trampa a su cuello. Miró a Olivier quien le observaba con aire divertido y maldijo su actitud burlesca.

—Dani, yo soy tu padre

—Ja, yo también conozco frases de películas. Déjese de chorradas. ¿Quién es usted?

—¿Tienes alguna forma de contactar con Raquel?

—¿Raquel? —repitió con extrañeza.

—Sí, Raquel. Tu madre.

Ella se apresuró a sacar el teléfono del interior de su bolso de mano y lo agitó delante de su cara.

—¿Quiere hablar con ella? Pues vamos a llamarla, a ver si hoy ha tenido un buen día y se digna en contestar.

Sin mirarle siquiera, buscó el número en la agenda y le dio a llamar. Tras tres timbres descolgaron el teléfono.

—¿Raquel? ¡Hola, Raquel! Soy Daniela, «tu hija». ¿Me recuerdas?... Hay que ver lo pequeño que es el mundo, resulta que estoy en París por cuestiones de trabajo y he dado con alguien que dice que es un viejo conocido tuyo, aunque de viejo tiene poco. ¿Ahora te lo haces con jovencitos, madre? Porque él acaba de decirme que es mi padre.

Tras unos segundos en silencio, separó el auricular de su oído y miró extrañada el aparato.

—Quiere hablar con usted. Y le tendió el teléfono.

Jean Jacques no lo cogió pero pulsó sobre la pantalla de cristal para activar el altavoz y que Daniela pudiera seguir la conversación. Ella se quedó inmóvil, con el aparato en la mano.

—¡Hola, Raquel!

—¿Jean Jacques? ¿Cómo has localizado a Dani? Si le haces daño juro que te encontraré y te lo haré pagar.

—¿Por qué nunca me dijiste que estabas embarazada? ¿Por qué escapaste de mí?

—¿Y vivir con el miedo de que pudieras despedazar mi garganta?

—Yo nunca te hice daño.

—¡Por el amor de Dios!, te vi. Te vi aferrado a la garganta de aquel hombre. Eres un maldito vampiro. ¿Cuánto tiempo crees que hubieras tardado en drenarme? O de verdad piensas que tu «amor» hubiera durado para siempre.

Cuando Dani oyó la palabra vampiro su mano osciló y sus rodillas temblaron. Jean Jacques puso su mano bajo la de ella para sujetar el teléfono, y su brazo libre alrededor de su cuerpo pero sin tocarla.

—No te hubiera hecho daño, Raquel. Nunca. Pero tú deberías haberme dicho que íbamos a tener una hija, al menos yo hubiera cuidado de ella cuando tú decidiste abandonarla. ¿Sabes lo que significa siquiera, tener aquí a mi lado, a alguien de mi sangre? Tú lo conseguiste con magia y por un capricho,

para mí es un milagro.

Dani sintió frío y la habitación comenzó a dar vueltas, empezaba a respirar demasiado deprisa. El ataque de pánico estaba al llegar. Estaba hiperventilando.

—Tengo que colgar, ahora mismo nuestra hija me necesita.

Dejó el móvil sobre la mesa y la sujetó por los hombros. —¡Mírame, Dani! Respira despacio e intenta retener el aire entre bocanada y bocanada. ¡Olivier! Trae una bolsa inmediatamente.

Antes casi de que terminase de decirlo, el francés ya tenía una bolsa en la mano. La pusieron sobre la boca de Daniela para que ella aspirase un poco del Co2 que expulsaba y así nivelar los niveles de oxígeno y CO2 en su organismo. Julia la cogió por detrás para evitar que cayera.

Su cuerpo temblaba y las piernas parecía que no podían sostenerla.

—Ya, suficiente. ¿Cómo te encuentras?

Ella no hablaba, solo miraba a los hombres que tenía ante sus narices con incredulidad.

—No es cierto, no existís —dijo cuándo su respiración empezó a normalizarse y pudo articular sus primeras palabras. Dio un par de pasos atrás empujando a Julia y tiró la bolsa al suelo.

—No existís.

Caminando de espaldas se dirigió a la puerta del salón; aún no había tocado el picaporte cuando Jean ya estaba a su lado.

—Por favor, ¡No te vayas! Siéntate y hablemos.

Ella lo miró con espanto, retrocedió y buscó a tientas un asiento.

—¿La geisha también es como tú?

—¿Qué Geisha?... ¡Ah, Olivier!

—Oye, más respeto niña, no soy un payaso.

—¿No? pues realmente lo pareces.

Daniela estaba al borde de un ataque de nervios, su cara estaba mortalmente pálida y sentada al filo del sillón se aferraba con sus manos a los brazos de éste, para no caer. Sus nudillos se quedaron blancos de lo fuerte que apretaba los dedos sobre la tela.

—Olivier es mi amigo, y sí, también es una geisha, perdón un vampiro.

—¿Tú también en mi contra? —espetó el francés enojado—. Esto es increíble.

—Olivier... solo intentaba hacer reír a Dani. Y aunque ella no lo crea casi lo he conseguido. Mira sus labios.

Ella corrigió la mueca rápidamente y volvió a ponerse seria. —Esto no está pasando. No puede ser cierto.

Jean Jacques caminó despacio hasta llegar cerca de donde se había sentado Daniela, con tranquilidad tiró de una de las sillas cercanas para sentarse frente a ella. Parecía terriblemente cansado.

—Soy tu padre y quiero conocerte y recuperar todos los años que han pasado sin yo saber que existías.

—Pero es imposible. Si eres un vampiro, estás muerto, y si estás muerto no puedes tener hijos. En las películas no podéis tenerlos.

—Y en la vida real tampoco. Pero un poco de magia tocó a mi puerta y ahora me siento un hombre afortunado.

—Y supongo esperas que me lance a tus brazos llamándote «papa».

Jean Jacques negó con la cabeza.

—Eso sería un sueño hecho realidad, pero tengo los pies en el suelo y sé que de momento me está vetado. Tendré que ganármelo a pulso.

Daniela volvió a negar con la cabeza, su mirada estaba fija en Jean Jacques.

—No es posible.

—Cariño, eso ya lo has dicho antes, y no te servirá de nada repetirlo —dijo Julia.

Daniela se volvió hacia su tía y le dijo: —Tu lo sabías ¿no? y me hiciste venir aquí a sabiendas de que esto iba a ocurrir, ¿Por qué no me avisaste?

—Dani yo...

—Pequeña, no le recrimines nada a tu tía —interrumpió Jean—. Ella se enteró poco antes de morir tu abuela. Julia le prometió a Silvana que me encontraría y que verificaría la historia que le contó Raquel. Cuando me encontró y me contó lo sucedido, decidimos que era mejor no decirte nada hasta asegurarnos de que todo era cierto. Al saber que vendrías a París insistí en conocerte y lo aplazamos todo hasta este momento.

—Y si tú eres... lo que eres. ¿En qué me convierto yo?

—Eres una híbrida. Llevas mi sangre y la de tu madre pero eres muy humana, puedo olerlo.

—Usted no puede ser mi padre.

Jean Jacques suspiró, aunque no le hiciera falta.

—¿Por qué no? —preguntó con tristeza—. Yo empiezo a pensar que es posible. ¿No te basta el parecido físico y la palabra de tu madre?

—¿La palabra de Raquel? —dijo Dani con un graznido—. Eso es papel mojado. Quiero pruebas, pruebas de verdad.

—¿Una prueba de paternidad?

—Si algo así.

—Está bien. Eso sí puedo dártelo: Nos haremos un análisis.

Y arqueó sus cejas sonriendo con picardía.

5

Alrededor de dos horas costó convencer a Dani de que ellos mismos podían hacerlo.

—Aquí y ahora, Daniela. El sistema es sencillo, Olivier será juez y jurado, tomando la sangre de ambos y comparando sus características.

—No entiendo porque tenemos que hacer esto así y no ir a un hospital.

—Dani, no puedo ir a un hospital a hacerme un análisis. Saltarían todas las alarmas.

—¿No puede sobornar a alguien? Podría secuestrar a un enfermero y después cortarle la lengua, o matarle —dijo ella con sarcasmo.

—No. No puedo.

—En realidad, si podrías —intervino Olivier.

—¡Tú, cállate! No puedo ir por ahí tomando las mentes de la gente, tendría que borrar después la memoria a la mitad del personal del hospital. Y además, esto es igual de efectivo.

—Pues no pienso dejar que me muerda una muñeca gótica vestida por Christian Lacroix.

Olivier puso los ojos en blanco y Jean Jacques respiró hondo aunque en realidad no lo necesitaba. El vampiro contó hasta diez antes de continuar.

—Dani. ¿Podrías imaginar por un momento que ese de ahí no es Olivier? Es un microscopio que comparará nuestras sangres. Tu muestra la extraeré yo mismo, nadie te morderá.

—Pero si toma mi sangre... igualmente podrá manipularme después ¿no? Una vez tenéis la sangre de alguien sois como perros de presa.

—Dani. Él ha prometido no hacerlo.

—¿Y confías en él?

—Sí. Y si algún día necesitas algo excepcional, créeme, él es tu hombre.

—Pues yo no le confiaría ni a mi suegra.

—¡Dani! —le reprendió Julia.

Ella empezó a dar vueltas por la habitación, tenía los puños apretados

y los nudillos se veían blancos. Parecía a punto de saltar.

—Está bien. Hagámoslo —añadió hecha una furia.

Daniela miró con los ojos entrecerrados a Olivier que no pudo reprimir una sonrisa de triunfo.

«Es odioso. Tiene el ego del tamaño de un campo de fútbol...»

Olivier miró a otro lado para que ella no viera su rostro, en su cara hubo un atisbo de tristeza, no había podido evitar el «oír» el comentario mental de Daniela. Realmente a veces, aquella era una maldita habilidad.

—Empecemos.

Jean Jacques se arremangó la camisa y le ofreció la muñeca a Olivier.

—¿No puede ser en el cuello? Seguro que a nuestra «Dani» le gusta más la puesta en escena.

—No soy «tu» Dani, payaso.

—¿Qué os pasa a los dos? —preguntó Jean visiblemente enfadado.

Los dos hombres se miraron y tras unos breves instantes el francés tomó la mano de Jean y sin añadir ningún otro mordaz comentario, se colocó de forma que Daniela no pudiera ver su cara y se transformó. Sus ojos dejaron de ser humanos para convertirse en dos orbes negros y sus colmillos se alargaron sobremanera. Levantó la muñeca de Jean Jacques y se la llevó a la boca, mordió y succionó.

—Te tengo. Siguiendo...

Jean Jacques sacó un colgante que llevaba debajo de su camisa, se acercó a su hija e hizo el gesto de pedir su mano. Ella se la dio. Sin mediar palabra, dividió el medallón en dos mitades, la que quedó entre sus dedos tenía una afilada cuchilla que pasó con velocidad por la cara interior de su muñeca. Dani siseo de dolor, la sangre comenzó a brotar y detrás de ella, las aletas de la nariz de Olivier se movieron como las branquias de un pez.

Jean puso un pequeño cuenco bajo su mano y recogió parte de la sangre. Después se llevó el dedo índice a su boca, lo pinchó con sus incisivos y frotó la sangre sobre la herida.

—No quedará cicatriz —le dijo.

Se giró y le dio el cuenco a Olivier, que seguía de espaldas. Este bebió y la sangre de ella fue... fue miel en sus labios. Intentó paladear cada gota, retener la sensación de su esencia, saborearla. Se quedó unos segundos perdido en sus pensamientos hasta que notó la mano de Jean sobre su hombro.

—¿Y bien?

—Confieso que nunca había probado nada igual. Es una híbrida, sabe a sangre humana pero parte de tu ser esta en ella. Pondría la mano al sol y afirmaríala sin quemarme que es tu hija.

La sonrisa en el rostro de Jean se amplió hasta mostrar sus colmillos. Se volvió enfrentando a Daniela y dando un par de pasos se acercó para darle un tierno abrazo, pero ella retrocedió y él se contentó con tomar sus manos.

—Eres mi niña. Eres realmente mía.

Dos lágrimas de sangre roja recorrían sus mejillas, pero una sonrisa le llenaba el rostro. Durante unos segundos no soltó sus manos, solo se quedó allí mirándola, levantó su mirada al techo y articuló unas palabras que no exteriorizaron ningún sonido. Fue como una plegaria hecha al cielo.

La cara de Daniela mostraba su conmoción.

—Es una gran noticia —dijo intentando sonreír—. Ahora oficialmente soy un monstruo igual que vosotros.

—No hay nada monstruoso en ti, cariño. No te atrevas ni siquiera a pensarlo. Sigues siendo la misma de ayer...

El vampiro se acercó y esta vez ella no dio un paso atrás, aunque su rostro seguía aún en shock. Jean la rodeó con sus brazos y Dani se dejó abrazar como una muñeca sin vida. Julia se acercó a ellos y apoyó su mejilla en el hombro de Dani y cuando el vampiro la soltó, ella la cogió pellizcando su mejilla, como hacía cuando era una niña, y la besó con cariño.

Olivier se giró por fin, había recobrado su aspecto humano. Le tendió la mano a Daniela y con semblante serio dijo: —Felicidades y bienvenida a la familia.

Ella puso sus manos tras el cuerpo y dijo sin mirarle a los ojos —No me toques.

El brazo del vampiro cayó inerte en su costado.

—No pretendía... —dijo apesadumbrado—. Dani, yo...

—Apártate de mí.

Con cara de derrota, Olivier avanzó hacia la puerta, dio un golpe cariñoso en la espalda a Jean Jacques, y salió de la habitación.

Por toda respuesta Daniela, casi con lágrimas en los ojos, dijo: —Necesito salir de aquí.

Cogió su móvil, su bolso y salió casi corriendo del salón.

A toda velocidad se dirigió a la puerta de la vivienda, Vincent al verla se apresuró para llegar a abrírsele pero Olivier que aún estaba en el pasillo,

llegó antes que él.

—Dani, entiendo como debes sentirte pero no hagas ninguna tontería.

Al ver una lágrima surcar su delicada mejilla, él levantó la mano envuelta en encajes que salían de la manga de su chaqueta para con las yemas de sus dedos recoger la gota. Ella se quedó mirando su mano avanzar y dio un paso atrás.

—Antes le dije que no me tocase y añadiré que puede quedarse tranquilo, porque no he hecho una tontería en mi vida. Solo quiero salir de aquí —su voz sonó igual de dura que las palabras que lanzó—. Y ahora si me disculpa...

Olivier se mantuvo quieto en su sitio y ella le rodeó sin mirarle, con la cabeza alta, orgullosa, a pesar de las lágrimas que brotaban de aquellos hermosos ojos. Tomó entre sus dedos el picaporte y abrió. Salió y cerró suavemente.

Julia y Jean Jacques estaban en el pasillo observando la escena. Olivier se quedó por un momento abatido mirando la puerta, se volvió hacia ellos al notar su presencia para decir: —Julia, creo que deberías ir con tu sobrina.

Sin discutir, ella cogió su bolso y salió tras la muchacha.

Los dos hombres se quedaron solos en el pasillo, se miraron y sin mediar palabra se encaminaron hacia el salón. Jean Jacques se paró frente al mueble-bar, cogió un par de copas y una botella de cristal tallado. Olivier se quedó parado frente a la ventana.

Con cierto cansancio Jean preguntó: —Creo que me tomaré una copa. ¿Quieres un brandy?

—Sí, por favor —respondió Olivier con aspecto distraído.

Jean Jacques levantó la vista aún con la botella en la mano y se observó fijamente a su amigo, que de espaldas seguía absorto mirando por la ventana.

—*Le coup de foudre...* —murmuró entre dientes.

—No digas tonterías —replicó Olivier.

—Puedo leerlo en tu cara. Te conozco desde hace casi cuatrocientos años y nunca había visto esa expresión en tu rostro...

El francés hizo un gesto con la mano, como ahuyentando un insecto imaginario. Realmente había sido un shock ver a aquella hermosa criatura. La «hija» de Jean... pero probar su sangre le había robado la razón. *Le coup de*

foudre... pensó, pero no, no podía ser, menuda estupidez.

Jean al ver el gesto de su amigo decidió cambiar de conversación.

—No sé qué va a pasar si no me acepta. Nunca pude imaginar que para mí llegaría este momento. Tengo una hija Olivier... Aunque haya sido gracias a la magia y el engaño, ella existe de verdad. Espero que no me rechace por ser lo que soy.

—Creo que ha podido más para ella, el conocer que no es del todo humana, que saber que tiene un padre real. Dale tiempo, ha de asimilar en lo que se ha convertido. Piensa que nosotros nacimos así y nos hicimos a la idea poco a poco. Tranquilo, volverá... eres su unión con el mundo sobrenatural, tendrá que acudir a ti cuando comprenda que eres el único que puede ayudarla.

Mientras los dos hombres conversaban tranquilamente en el suntuoso salón, en la calle, a pocos metros de allí, Julia caminaba deprisa persiguiendo la estela de su sobrina. Pudo verla caminando despacio, como si tuviera flojas las piernas y tuviese que asegurar cada uno de sus pasos.

—¡Dani! ¡Dani!

Daniela frenó en seco en la acera al reconocer la voz de su tía, pero no se volvió. Cuando Julia la alcanzó, puso la mano sobre su hombro y simplemente dijo: —Tenemos que hablar.

Entraron en un café cercano y se sentaron en una mesa apartada del bullicio de turistas que tras la cena habían salido a disfrutar de la ciudad. Dani estaba absorta en sus pensamientos pero logró oír a su tía decir.

—Tienes que creerme. Yo no supe nada hasta una semana antes de la muerte de Silvana y ella me hizo prometer que no te diría nada hasta que le encontrase.

De repente Dani parecía increíblemente tranquila. Poniendo la mano sobre la rodilla de su tía dijo... —No pasa nada, Julia. Lo entiendo. ¿Qué os contó Raquel?

La mujer le explicó lo que sabía, lo que Silvana le había contado y los pasos que había dado ella para encontrar a Jean.

—Fue muy arriesgado que vinieras a buscarle, ¿y si él te hubiera hecho daño?

—Tenía que hacerlo, se lo prometí a tu abuela, y en cierto modo, te lo debíamos. Silvana y yo siempre nos sentimos culpables por no lograr que tu

madre te educase y cuidase de ti. Nos deshicimos por darte cariño... pero sin una madre ni un padre, nunca es lo mismo.

—¡Oh, vamos! Raquel nunca fue mi madre... os lo debo todo a vosotras dos.

—Dani, me preocupas. Estás un poco ida, pero... demasiado calmada para todo lo que acaba de pasarte.

—Y ¿de qué serviría llorar, o gritar... o salir corriendo? Es mejor afrontar los problemas con serenidad, además todavía no es seguro que no vaya a salir corriendo y gritando.

—Siempre has sido muy madura para tu edad.

—Quizá lo llevo en la sangre... Ahora solo quiero saber cómo va a afectarme esto personalmente, me da miedo convertirme en uno de ellos, necesito averiguar si voy a hacerles daño a otras personas, o si seré una humana normal.

—El único que conozco que podría ayudarte es tu padre.

—Por favor, no le llames «mi padre». No lo es. No lo conozco y él a mí tampoco. Un poco de sangre compartida no te convierte por arte de magia en familia de verdad, y si no mira Raquel, se supone que soy su hija, carne de su carne... y nunca ha soportado ni mirarme.

—Dale una oportunidad, Daniela. Es un buen hombre.

Dani se giró para mirar a su tía con gravedad. —¡Julia! ¿Te ha hechizado?

—No, no. Él se ha portado conmigo como nadie ha hecho. En ningún momento ha querido aprovecharse de mí.

Dani parecía absorta, ida. En su cara todavía se apreciaba el impacto de la noticia. Sus manos cogían temblorosas la taza de café y parecía que la tuviera entre los dedos para calentarse, pues la tenía entre las manos sin beber.

El móvil de Julia sonó.

—¿Estás con ella?

—Sí, Jean Jacques. Lo estoy.

—¿Cómo se encuentra?

—Aparentemente mejor de lo que hubiera podido pensar.

—Pregúntale si quiere hablar conmigo.

—¡Dani!, ¿querrías hablar con él? —dijo ofreciéndole el aparato.

Ella negó con la mano. —Dile que hablaremos, pero no ahora. Necesito asimilar todo esto.

Julia se puso de nuevo el móvil al oído pero no le dio tiempo a hablar, él ya había escuchado el comentario de Dani.

—Dale mi número de teléfono, dile que me llame, da igual la hora que sea, del día o de la noche. Dile también que no pretendo hacerle daño, que solo quiero recuperar parte del tiempo perdido y... abrázala de mi parte.

Dicho esto colgó.

—¿Y bien? —preguntó Dani.

—Él solo quiere una oportunidad.

—Pero tía... es un vampiro.

Y esta última palabra no salió de sus labios, solo fue vocalizada. Sus manos volaron de nuevo hasta su cabeza para ocultar su rostro.

—Esto no puede estar pasándome a mí —murmuró entre dientes.

—Ante todo es un hombre, Dani. Es tierno y cariñoso y si le das una oportunidad podrás verlo por ti misma.

Daniela apartó las manos con brusquedad y se quedó mirando a su tía.

—No, dime que no es cierto eso que tu tono de voz esconde. Dime que no «estáis juntos».

Julia balbuceó unas palabras que no llegaron a salir de sus labios.

—¡Pero, tía...! ¡Eso es necrofilia!

Por toda respuesta Julia le cruzó la cara dándole un sonoro bofetón, y la sorpresa de Dani fue tal que sus ojos, totalmente abiertos, le llenaron el rostro. Se levantó dio unos cuantos pasos y retrocedió para sentarse de nuevo.

—Lo siento, lo siento, lo siento —dijo mientras las lágrimas llegaban a sus azules ojos—. No quise... no pretendía...

Daniela se echó las manos a la cabeza y negando añadió: —¿Qué voy a hacer ahora?

Julia la abrazó.

—Todo saldrá bien cariño. Lo superaremos.

6

A la mañana siguiente, Dani intentó a duras penas convencerse de que todo había sido un mal sueño.

Después de la ducha matinal se quedó, por unos instantes, distraída contemplando el reflejo de su imagen en el espejo. Había dormido mal y eso se reflejaba en su cara. Ojeras y palidez.

Como Jean.

«¡Dios! Realmente nos parecemos».

Se acercó para verse mejor y con miedo arrugó el labio superior para verse los dientes.

Blancos. Perfectamente alineados y todos a la misma altura.

«Gracias al cielo. Al menos no tengo colmillos»

En ese momento Svetlana entró como una exhalación al baño. Y si en un primer momento solo se quedó mirándola, reaccionó y preguntó: —¿Revisando tus empastes?

Dani no dijo nada. Se limitó a sacarle la lengua y a cepillar con energía su larga melena.

De camino a la oficina, su cabeza iba dando vueltas y más vueltas. No se sentía diferente al día de ayer pero... ¿en qué la había convertido la confesión de su madre?

El día fue una auténtica pesadilla. A pesar de que intentaba concentrarse no le fue posible hacerlo. Su mente le jugaba malas pasadas a cada momento y se distraía con nada. Todo le llevaba a pensar en vampiros, licántropos y demás alimañas y no pudo dejar de preguntarse si los demás la veían diferente. Al final de la jornada, rendida, decidió pasear un poco para desconectar y se bajó del metro un par de paradas antes de la suya, con la intención de caminar y olvidar todo aquello.

No se dio cuenta de que la seguían.

Una oscura figura iba tras ella ocultándose entre las sombras. Un par

de veces le tuvo muy cerca, tanto que hasta llegó a tocarle el pelo, pero fue algo tan sutil que solo sintió un escalofrío y lo achacó a que la noche había caído y la temperatura había bajado considerablemente.

Cuando llegó a su modesto piso ya era totalmente de noche, pero el frío que sentía en los huesos no le impidió derrumbarse en el sofá con una tarrina de helado entre las manos.

Lo abrió y lo miró con deseo.

Aspiró su aroma. Chocolate negro, intenso y amargo. Delicioso. Tuvo que forcejear con la cuchara pues estaba bastante congelado, pero el placer que sintió en su lengua cuando se metió la primera cucharada le hizo cerrar los ojos y olvidar los amargores del día.

Fuera, envuelta en la noche, una siniestra figura se agazapaba en el tejado frente a su ventana. Aquel par de ojos la observaban con tal ansiedad y deseo, que cuando intentó situarse para verla mejor, tan absorto estaba en sus sensuales movimientos, que resbaló y a punto estuvo de caer.

Dani miró hacia la ventana. ¿Había escuchado un ruido? ¡Bah, imposible! Vivían en una buhardilla, en el cuarto piso de un edificio. Quizá fuera un pájaro o un ratón. Sin darle más importancia siguió con el ritual, paladeando cada cucharada.

Fuera, Olivier apretaba los dientes, anhelando ser esa cuchara y así poder meterse entre sus dulces labios, deseando percibir la tibieza de su lengua, codiciando sentir el pulso de su boca y beber otra vez su sangre... su dulce sangre.

Tumbada en el sofá y ajena a todo, Dani saboreaba el helado con deleite. Cuando tuvo la consistencia deseada se olvidó de la cuchara y metió el dedo índice. Lo miró y sacó un poco la lengua para lamer el chocolate que tenía sobre la piel.

Fuera, sobre el tejado, el vampiro se transformó sin desearlo. La visión de la muchacha lo tenía hipnotizado. Era hermosa, sexy... la deseaba.

Escuchó como la puerta de la vivienda se abría y nuevas voces femeninas que chismorreando se adentraron en el piso, y se refugió más si cabe entre las sombras.

Dos chicas altas y delgadas entraron al salón.

—Daniiii —dijo una de ellas con voz cantarina y fuerte acento eslavo— ¿Qué tal el día?

—Puf... «Fantástico».

La otra arrancó la tarrina de helado de sus manos y con voz de horror dijo: —¿Qué haces? Comer helado es pecado mortal. Deberías buscarte un hombre y no atiborrarte a chucherías, no entiendo cómo puedes tener ese cuerpazo con lo que comes.

—Sasha... no he comido en todo el día. Esto es lo primero que me llevo a la boca y decididamente es mucho mejor que una botella de tequila, ¿no? —protestó intentando recuperar la tarrina de las manos de su compañera. Cosa que no consiguió.

—Deduzco que no has tenido un buen día.

—¡Premio para la señorita! Creo que me voy a dormir, ha sido un día largo. Mmm Sasha. Podrías... ¿Podrías darme una de esas pastillas que tomas para dormir?

—¿Tú tomando somníferos? Vas a tener que contarme que te ha pasado desde que te vimos ayer.

—No ha pasado nada. Solo que creo que estoy tan cansada que no voy a poder pegar ojo.

—Mientes muy bien, pero a mí no me engañas. Toma, ya me lo contarás.

—Gracias. Eres un amor —dijo lanzándole un beso con la mano.

Se fue a la cocina a por un vaso de agua y se tragó la pastilla.

—Buenas noches.

Cerró la puerta de su cuarto y desapareció. Con la espalda pegada a la pared se deshizo de la máscara de buen rollo que había logrado poner ante sus amigas. Se puso el pijama y se acostó, pronto la pastilla haría su efecto y caería como un tronco. Realmente lo necesitaba.

Olivier cambió de lugar y se sentó en un rincón del tejado, desde allí podía escuchar la conversación de las dos muchachas y si se concentraba también podía oír como la respiración de Dani se tornaba pesada, debido a la pastilla que había ingerido. Se sentía tentado a entrar en su cuarto y observarla dormir, pero pensar en ello le hizo recordar su sabor. En su estado no podría reprimirse y estaría tentado a probar un nuevo bocado.

Una fina lluvia comenzó a caer y él se detuvo unos instantes mirando el oscuro cielo. Allí sentado, podía tomarle el pulso a la ciudad. En los edificios de enfrente una madre regañaba su hijo, en el piso de al lado alguien bailaba

al son de una vieja radio y bajo sus pies una pareja intercambiaba palabras tiernas mientras hacían el amor. Escenas cotidianas que para él nunca habían tenido importancia.

¡Maldita sea! Él había estado libre de sentimientos como esos durante siglos ¿Por qué ahora? A estas alturas era absurdo enamorarse de una humana, que además era «hija» de su gran amigo Jean Jacques.

¿Para qué complicarse?

Daniela estaba en el estudio de fotografía ubicado en la planta de oficinas, allí hacían las pruebas para algunos de los artículos de moda de la revista. Estaba terminando de ordenar unas fotos en su portátil para presentarlas en la reunión, que iba a tener lugar en el despacho de dirección en pocos minutos.

Una voz vagamente familiar la sacó de su ensimismamiento.

—¿Dani?

Ella se volvió para mirar a su dueña y de forma dura respondió.

—Estoy trabajando Raquel, y he de presentar esto en una reunión dentro de... —giró la muñeca para ver mejor su reloj— quince minutos. Así que si no te importa lo dejamos para otra ocasión.

—Esperaré a que termines.

—Pueden ser perfectamente un par de horas.

—Estaré en la cafetería que hay en los bajos del edificio. No tengo prisa. He venido expresamente para hablar contigo.

—De acuerdo. Como quieras.

Pasaron tres horas hasta que Dani salió de la reunión. A pesar de que habían aceptado casi todas las instantáneas, ella tenía un sabor amargo en la boca a sabiendas de lo que le esperaba a continuación cuando se reencontrase con su madre. Recogió sus cosas, se colgó la bolsa del portátil al hombro, se despidió de su jefe que volvió a felicitarle por las fotos, y dando unas tímidas gracias se marchó.

Al entrar en la cafetería pudo verla sentada en un rincón.

Su madre.

Al menos de forma oficial, porque en la práctica su relación no había sido nunca buena. Aunque decir «nunca buena» tampoco era justo, para Dani esa mujer era una perfecta desconocida, así que no podía juzgar como se hubieran llevado en una relación normal madre-hija.

Al acercarse la vio envejecida, profundas ojeras rodeaban sus ojos y

se frotaba las manos nerviosa, mientras que su mirada se perdía en la taza de té que tenía en la mesa, frente a ella.

Dani pidió un café y comenzó a dejar el bolso y la cartera donde llevaba su portátil, en una de las sillas vacías para después sentarse en otra, justo frente a Raquel.

—Buenas tardes, Raquel ¿Qué te ha traído a París?

—Hola Dani, celebros verte sana y salva.

—¿En serio?

—Déjate de sarcasmos y escúchame. Yo intentaba protegerte de todo, por eso nunca te conté nada.

La mujer hablaba con sentimiento pero su mirada era huidiza, como si estuviera aterrada de enfrentarse a la verdad.

—¿Cuánta sinceridad de repente! Y también por eso decidiste marcharte y abandonarme con tu abuela, para que yo creciese sin madre y sin padre, ¿no?

—Dani, no es justo. Tuve miedo, tenía dieciocho años cuando naciste, y para una joven de esa edad es muy duro tener un hijo.

—Pues para eso recurríste a la bruja del pueblo, para quedarte embarazada. Ibas a fugarte con él, ¿no?

—No te imaginas lo que fue verle beber de la garganta de aquel hombre. No debes acercarte a él, su mundo no es el tuyo.

—¿Ah, no? ¿Cómo has llegado a esa conclusión? Tengo sangre de vampiro en mis venas, madre. ¿Cómo puedes saber si su mundo y el mío no son el mismo?

Raquel comenzó a llorar. No se atrevía a mirar directamente a Daniela y parecía que tenía la mirada perdida en el ventanal que daba a la calle, pero en realidad observaba en el cristal el gran parecido que su hija tenía con Jean.

—He vivido con miedo tanto tiempo, miedo de que me encontrase, de que te volvieres como él... Cada vez que me sentía así ponía tierra de por medio y me marchaba más lejos. No he sido una buena madre.

—No, no lo has sido, pero eso ya no tiene arreglo.

—¿Por qué? Podríamos ser amigas... —dijo girando el rostro y por primera vez mirándola cara a cara. En sus ojos había súplica y temor.

—Creo que no, madre. A los amigos no les importa de qué pasta estás hecho, ellos te dan su apoyo y su cariño solo porque sí y hay demasiado rencor entre nosotras como para empezar de cero. Lo siento.

Mientras ella dejaba unas monedas para pagar su café, que había quedado intacto sobre la mesa, y recogía sus cosas de la silla, Raquel rozando apenas su mano dijo: —Acepta mi consejo, Dani. No te acerques a él.

—Adiós madre. Espero que tu estancia en París sea breve, no me gustaría volver a verte.

Tras lo cual dio media vuelta y se marchó.

De camino a casa Dani lloró. No pudo evitarlo. Y no le importó que la gente con la que se cruzaba se la quedase mirando. Las lágrimas se agolpaban en sus ojos impidiéndole ver el camino y tuvo que parar varias veces para tragarse los sollozos y limpiarse con la manga de su jersey.

No era justo, no estaba bien ¿Por qué tenía que aparecer su madre ahora? ¿Su vida no había sido lo bastante injusta? ¿Tenía que venir a recordarle que había nacido por un accidente? ¿Qué no la había querido nunca?

Comenzó a llover y Dani levantó su rostro hacia el cielo. Hablaría con Jean, vaya si hablaría con él. Necesitaba a alguien donde sentir calor y apoyo y él parecía estar dispuesto a dárselo.

Al día siguiente, mientras estaba en un descanso en el trabajo, se armó de valor. Si seguía pensando en ello acabaría por no lanzarse. No podía aplazarlo más, sacó su móvil y marcó.

Solo un tono de llamada. El vampiro era rápido.

—*Bonjour! Monsieur Le Loup?*

—Soy yo, Dani. Por favor, no me llames señor y mucho menos uses mi apellido. Empezaba a pensar que no volvería a escucharte... No lo tomes como reproche, pero han pasado tres días desde que saliste corriendo de mi casa.

—¡Oh, bueno! He intentado mantenerme ocupada. Esto ya es bastante duro para mí.

—Créeme, lo entiendo. Pero no tendrías que pasar por eso sola, yo quiero ayudarte.

Silencio.

—¿Dani? Sé que sigues ahí, puedo oír tu respiración.

—Ayer vi a mi madre.

—Raquel en París... —su voz hizo una pausa—. ¿Cómo está?

—Ella está bien, solo quería advertirme.

Esta vez el silencio cayó como una losa del lado de su interlocutor y por un momento Dani pensó que se había quedado hablando sola. Tomó una buena bocanada de aire y continuó: —Dice que eres un monstruo con piel de cordero, que no debo confiar.

—Bueno... Entenderás que no puedo ir por ahí diciendo quien soy.

Jean Jacques aspiró aire antes de continuar diciendo: —Deduzco que esta llamada es una despedida.

—En realidad no. Tengo un grave problema con las órdenes directas de mi madre, suelo rebelarme y hacer lo contrario de lo que ella me indica. Me preguntaba si....

—Claro que sí. Cuando tú quieras, ahora mismo si te va bien —interrumpió Jean de forma atropellada.

—No termino hasta las siete.

—¿Puedo pasar a por ti?

—Mejor no. ¿Podría yo ir a tu casa?

—Es también la tuya. Puedes venir cuando quieras.

—Está bien, si consigo rápido un taxi llegaré allí sobre las ocho.

—Tendrás un coche esperando en la puerta.

Ella suspiró. —De acuerdo.

—Gracias por esta oportunidad, Dani. Te espero.

Daniela colgó y se quedó mirando su iPhone.

Un padre... De repente tenía uno.

Siempre decía que no le importaba, que su abuela Silvana y tía Julia habían encarnado esa figura y que no necesitaba a nadie más, pero encontrarse con la verdad cara a cara daba que pensar.

Sin apenas darse cuenta, se vio a sí misma con diez años observando el público del auditorio, deseando encontrar a su madre entre aquella marea de gente, mientras que esperaba turno en el escenario para intervenir en el festival de fin de curso. Recordó también, como muchas veces miraba a los otros niños con envidia, cuando sus padres iban a recogerles tras finalizar las clases, como cada vez que alguien le preguntaba por la figura paterna, ella mentía confesando que nunca le conoció porque había muerto...

Y ahora le tenía a menos de un kilómetro de distancia.

Inspiró aire profundamente y le dio un trago al café que tenía en su mano, para darse cuenta de que se le había quedado frío entre los dedos.

Tenía muchas dudas pero esperaba haber obrado bien. En cualquier caso, él era el único que podía responder sus preguntas. Bueno él... y ese otro vampiro, Olivier.

Sacudió la cabeza para sacárselos de la mente y mientras preparaba un café para su jefa hizo otro para ella.

A las siete en punto salió del portal del moderno edificio de oficinas. Se despidió de sus compañeras y miró a ambos lados de la calle. En la zona de carga y descarga, un Audi negro con chófer parecía esperar a alguien. Comenzó a llover, así que abrió su paraguas y apretó sus pasos en dirección al vehículo. Antes de que ella llegase el hombre sentado al volante salió y le abrió la puerta trasera.

—Señorita Caralt.

No fue una pregunta, pero Dani respondió: —Sí, soy yo

—No me cabe la menor duda. Su parecido con *Monsieur Le Loup* es incuestionable.

Temblorosa subió al coche.

Cuando esa tarde llamó a Jean Jacques, estaba muy decidida a averiguarlo todo, pero ahora que el momento había llegado no se sentía tan valiente. Se acomodó, se puso el cinturón y entrelazó sus dedos para que dejaran de temblar.

Tenía que hacerlo. Quería saber.

El paseo hasta el domicilio de Jean fue tranquilo. La coincidencia de la lluvia y la salida del trabajo de buena parte de las oficinas de la zona, hizo que el tráfico fuera denso y avanzasen despacio. El chófer no habló, pero no paraba de observarla por el espejo retrovisor.

Cuando llegaron él bajó, le abrió la puerta y le ofreció guarecerse bajo un gran paraguas. La acompañó hasta el portal y se despidió.

El portero, que estaba en su puesto y se levantó al verla entrar exclamó: —Señorita Caralt, encantado de volver a verla.

—*Monsieur Chavanel*.

—*Monsieur Le Loup*, la espera.

Como días antes la acompañó hasta el ascensor y se quedó frente a ella esperando que las puertas se cerrasen. Cuando la cara del portero desapareció

para dar paso a la suya reflejada en los paneles de acero, se sintió encerrada entre aquellas cuatro paredes y volvió a sentir dudas. «¿Qué pasa si Jean no es tan amable como aparenta?»

—Tranquila, Dani —murmuró en voz alta para intentar darse un último empujón—, no estarás sola con él. Tía Julia y ese estirado mayordomo están en la casa...

Cuando de nuevo se abrieron en el último piso, se dio de bruces con Jean Jacques, que vestido de forma informal, con unos vaqueros y una camisa con los faldones por fuera, la esperaba frente al ascensor. Al mirarle pensó en los anuncios de las agencias de viaje, en esas fotos de una playa caribeña con un mar sospechosamente irreal por la intensidad de su azul. Con aquella luz, el color de sus ojos no parecía humano.

—¡Hola! Estaba nervioso, llevo media hora aquí, en la escalera —saludó con una sonrisa que dejó ver las puntas de sus colmillos.

—¡Hola! —respondió ella algo tensa.

—Pasa, por favor.

Al entrar en la casa, Jean confesó: —Estamos solos, le di la noche libre a Vincent, y tu tía tuvo la «necesidad» de ir a pasar un par de días con unas amigas.

Daniela aflojó el paso hasta detenerse, un escalofrío recorrió su médula espinal. Estaba «sola» con él.

Al darse cuenta de aquello, Jean se alejó un poco apoyándose en la pared, intentando con sus movimientos tranquilos parecer inofensivo.

—Y ¿«el otro»? —preguntó Daniela con una voz que sonó estrangulada.

—Olivier no vive aquí.

Con muchas dudas Dani reanudó sus pasos y se encaminó al salón, allí se quedó de pie admirando las magníficas vidrieras.

—¿Quieres tomar algo? ¿Un refresco? ¿Té?

—Odio el té. Preferiría un refresco. Gracias.

—Ven, vayamos a la cocina.

Daniela le siguió, y por el pasillo Jean se dio cuenta como al pasar frente a un pequeño espejo, ella lo miró de reojo buscando su reflejo. Unos pasos adelante, él frenó tan en seco, que Dani no pudo reaccionar a tiempo y chocó contra su espalda. Nerviosa, dio un paso atrás y al hacerlo, le vio hacer un gesto para que volviese la mirada hacia un gran espejo de cuerpo entero

apoyado en la pared. En él pudo contemplar las figuras de ambos.

—No soy un fantasma.

—Lo siento.

—Dani, no tienes que disculparte por nada. Estás aquí para que nos conozcamos un poco mejor y quiero que preguntes cualquier cosa, aunque pienses que es una tontería. ¿De acuerdo?

Sin fuerzas para abrir la boca asintió y le siguió hasta la cocina. Se quedó junto a la puerta mientras le veía abrir y cerrar armarios buscando los vasos.

Dani sonrió. —No pisa a menudo esta habitación, ¿eh?

—Realmente no, Vincent me ha convertido en un inútil y... vuelves a hablarme de usted, por favor tutéame, no quiero ser *Monsieur Le Loup* para ti, me gustaría que me llamasen Jean.

Ella asintió, e intentando dejar de lado sus miedos optó por comportarse de forma normal. Entró en la cocina, se dirigió a un armario y *voilà!* a la primera encontró los vasos. Él cerró la puerta y la inspeccionó.

—¿Cómo lo sabías?

—Solo es sentido común. El lavavajillas está al lado. Lo extraño hubiera sido que los vasos y las copas estuvieran donde tú estabas buscando. ¿Puedo?

—Estás en tu casa.

Fue al enorme frigorífico de acero inoxidable y añadió unos cubitos y una rodaja de limón. —¡Coca-Cola Zero!, Julia te ha puesto al día.

—Digamos que me ha dado unas cuantas pistas.

—¿Tú no tomas nada?

—Solo si prometes no salir corriendo.

Ella arqueó una ceja y comenzó a notar un sudor frío que le corría por la espalda. Él puso los ojos en blanco y sacó una copa de vidrio opaco del armario de donde ella había sacado su vaso. Fue hasta el frigorífico, extrajo una botella de un contenedor, le quitó el tapón y la calentó en el microondas. Vertió su denso y rojo contenido en la copa y levantándola dijo: —Listo.

—Eso es...

—Plasma sintético. Comprado en el mercado negro a través de Internet. Vamos al salón, estaremos más cómodos.

Se sentaron, uno frente al otro y estuvieron callados unos segundos.

A Jean, los latidos del corazón de Daniela le golpearon con estruendo

en las sienes. A Dani el tic tac del reloj de pared le hizo volver la cabeza para comprobar que apenas llevaba en el domicilio diez minutos. Iba a ser una tarde muy larga.

En un gesto nervioso, Jean se mojó los labios y aspiró profundamente obligado a romper el silencio.

—Dani, me siento muy feliz de tenerte aquí. Y de veras, solo quiero conocerte y que me conozcas. No pretendo ser tu padre de la noche a la mañana, pero sí aspiro a convertirme en un «amigo», en alguien en quien te puedas apoyar, en quien confíes. Solo conseguir eso ya sería un regalo.

Ella se quedó mirando el vaso que tenía entre los dedos. Las manos se le estaban quedando heladas por el frío contenido pero si apenas se atrevía a moverse, mucho menos estirar el brazo para dejarlo en la mesa.

—Raquel me ha dicho que no debo confiar en ti —dijo por fin.

—Bueno, realmente ella no puede juzgar eso con imparcialidad. No tuve la oportunidad de demostrarle que no soy un monstruo y lo último que deseo es que tú me veas como tal. No quiero que sientas ningún miedo por estar a mi lado.

Tras un breve e incómodo silencio Dani preguntó: —¿Eres realmente Jean Jacques Le Loup?

—Sí. Nací en la ciudad de Lieja en el año 1453. Padre español, madre francesa.

—Tienes más de quinientos cincuenta años... y no aparentas más de diecisiete. ¿Fue cuando te... transformaron?

—No fue así. Soy lo que se llama un «purasangre» de raza. Mi madre, Juliette, estaba casada con un noble español al que no quería. Los matrimonios concertados eran la moneda de cambio en aquella época. Cuando estaba embarazada de mí, apareció Bjorn, un apuesto vikingo que ya tenía varios siglos. Se enamoraron y se vincularon dos meses antes de que yo naciera.

La curiosidad le obligó a hacer la siguiente pregunta.

—¿Pero tu apellido es «Le Loup»? Eso no suena muy a nobleza española.

—¿Y quién dice que es un apellido? —el vampiro suspiró comenzando a relajarse un poco—. La vida a veces es complicada, y cuando me transformé me desquicié un poco. Escapé al bosque y estuve viviendo allí durante algunos años... entre lobos. Como mi madre fue dada por muerta antes de que yo naciera, no tenía sentido que usase mi nombre paterno.

Jean la observaba y cuando Dani le pidió que siguiera contando, supo que la necesidad de saber podía más que su miedo y sonrió para añadir: —Como te iba contando, vine al mundo como cualquier niño normal pero cuando empezó la pubertad empecé a... transformarme en vampiro, lo normal es que mi desarrollo hubiera continuado, pero por algún motivo mi círculo no se cerró y se quedó a medias. Olivier es un «purasangre» como yo, y él sí se convirtió en un hombre.

—¿Estás seguro? —preguntó Dani con una risita maliciosa.

—Explícate.

—¿Qué si estás seguro de que se convirtió en «un hombre»? —repitió recalcando con ironía las dos últimas palabras.

—No seas mala, sabes perfectamente a que me refiero —dijo Jean dejando que una sonrisa pícaro llegase a su rostro. Verla ante él, un poco más relajada le llenaba de satisfacción.

—Pues tienes aspecto aniñado, pero no pareces un crío. Si te dejases el pelo más largo parecerías una chica.

Jean Jacques con una sonrisa en los labios dijo: —Lo estás terminando de arreglar...

—Joder, me refiero a que tus rasgos son finos y delicados, pero no inmaduros.

—Esa boca.

—Lo siento.

Jean se mordió el labio, sin darse cuenta acababa de recriminarle el comentario como un padre haría con un hijo. Ella no pareció darse cuenta, menos mal. Lo último que quería era agobiarla con una relación confusa padre-hija.

—Te entiendo. Gracias por ser sincera. Mmm Dani, ¿me dejarías hacer una cosa?

Ella se retrepó en su asiento. —¿Qué cosa?

—Más adelante, cuando nos conozcamos mejor ¿Podría beber un poco de ti? Tengo curiosidad por saber hasta dónde llega mi legado.

—Bueno, eso es algo que yo también quiero saber, pero me parece que no estoy preparada para que me muerda nadie.

—No tengo que morderte, podríamos hacerlo como el otro día con Olivier, pero tranquila, solo quiero que lo pienses y lo tengas en cuenta. Siento curiosidad...

Jean Jacques pudo advertir que de repente, Dani estaba muy nerviosa, notó como su corazón bombeaba más rápido y que se le secaba la boca.

—¡Eh! Solo quiero ayudarte a comprender. No me voy a lanzar sobre ti, ni nada por el estilo. Se me ocurre que con tu sangre quizá podría averiguar algo más, aunque también hay otra cosa que podemos hacer y que a simple vista puede no parecer tan drástica, pero has de confiar en mí para ello.

—¿Qué otra cosa?

—Que me dejes «tocar» tu mente. Verás, los purasangre tenemos ciertos... poderes, por llamarlo de algún modo, que están más desarrollados que en cualquier vampiro normal. Nuestra fuerza mental es superior al resto. Puedo «obligar» a tu cuerpo a obedecerme, a que respondas a mis preguntas sin cuestionarme nada y a leer tu pensamiento, todo ello sin un gran esfuerzo.

—¿Qué mi cuerpo te obedezca?

—Cómo si estuviera dentro de ti. Sé que es raro, pero puedo hacerlo.

—Y si tú puedes... «Olivier también». La cara de Dani se desenchajaba por momentos. «Y ha bebido de mi... »

—Exacto. Pero eso no quiere decir que nos pasemos el día poseyendo cuerpos de otros. No es agradable hacerlo ¿sabes?

—Creo que tampoco estoy preparada para eso. Visto así, hasta donar sangre parece más fácil.

—Dani —dijo, y cogió sus manos al hacerlo—. No voy a obligarte a nada. Los dos tenemos dudas y te estoy planteando la forma de averiguar más cosas. Nada más. Ojalá hubiera un manual, pero no lo hay.

—Pues mejor si esperamos unos días... ¿Vale?

—Claro que sí, no pretendo presionarte en nada. Lo único que te pido es poder verte, que nos conozcamos mejor. Nada más.

—Supongo que no hay nada de malo en eso.

—Si sirve de algo yo me siento tan sorprendido como tú. Y cierto es que hasta que te vi, pensé que todo era una gran mentira, pero ahora que te tengo delante... Solo pretendo que funcione.

Dani volvió a tranquilizarse un poco, su mirada parecía muy sincera. Allí estaba ella, sentada frente a alguien que se suponía no existía y podía estirar el brazo y tocarle. Era real.

—Te reflejas en los espejos... ¿qué otros mitos no son auténticos?

—¿Con respecto a lo que sale en las películas? Un montón, pero no te preocupes por ello, lo irás averiguando poco a poco. Conforme te asalten las

dudas lo iremos descubriendo juntos, no quiero hacerte una lista ahora, no es algo importante. Quédate con que soy fuerte y rápido pero no soy un súper-hombre.

—Y... además de vampiros, ¿existen «otras cosas»?

—¿Qué tipo de cosas? —preguntó con una sonrisa.

—Hombres lobo, brujas, duendes....

—Brujas sí, algunas lo suficientemente buenas como para conseguir que un vampiro, un no-muerto, pueda llegar a tener descendencia —suspiró—. Hombres lobo también y hombres-león, tigre, pantera... aunque estos últimos son raros y escasos.

Después de tratar algunos temas sin transcendencia y en un momento en el que los dos se quedaron callados, el vampiro se acercó a Daniela y bajando la voz le reveló: —Dani... Yo querría darte mi apoyo por lo de tu abuela. Conocí a Silvana, ella estuvo aquel verano en Mallorca, y quiero que sepas que siento mucho lo que ha ocurrido. La muerte es nuestra más fiel compañera pero supongo que es más duro cuando sucede de una forma tan triste.

—La echo de menos. Fue una madre para mí —confesó Daniela mirando al suelo en un intento de contener las lágrimas.

—No imaginas lo que me hubiese gustado estar ahí para Julia, y para ti —dijo alargando su mano y casi rozando con sus dedos los que Dani tenía sobre el brazo del sillón.

—Es raro oírte decir eso, para ti la vida de un humano debe ser miserable.

—No digas eso. Ninguna vida lo es.

—¡Ejem! ¿Has matado... a muchos humanos?

—Aprendí rápido que no era necesario hacerlo. Y Bjorn, mi padre, me ayudó a superarlo. Cuando empecé a transformarme yo no deseaba ser la bestia en la que al final me convertí, y negué mi naturaleza hasta donde pude. De todos modos, y aunque no es excusa, imagina la Europa del siglo XV, guerras, epidemias... yo nací en medio de todo eso y puedo asegurarte que ninguna vida valía lo que ahora —tras una pausa en la que observó las reacciones de Daniela ante su confesión, prosiguió eligiendo con cuidado sus palabras—. A lo largo de mi existencia he intentado ser justo, cabal, controlado... pero no siempre lo he conseguido. No voy a engañarte, no estoy libre de pecado, pero a lo largo de los siglos he aprendido a valorar a los demás, aunque eso no me convierte en un santo. ¿Te estoy asustando?

—preguntó al verla un tanto envarada en el asiento.

A Dani le costó contestar, pero al fin dijo: —Se me hace difícil pensar que has vivido tanto, pero creo que entiendo lo que quieres decir.

Pasaron un par de horas más en aquel suntuoso salón, intercambiaron impresiones. Jean descubrió que era muy madura para su edad, y que a pesar de todo lo vivido en las últimas horas y de que su vida estaba totalmente patas arriba, no se dejaba amilanar y tenía fuerza y coraje para salir adelante.

Ella vio que a pesar de ser antinatural, «su padre» era la persona más normal y cabal del mundo. Amable, divertido, inteligente y cariñoso. «El mundo está loco» pensó, «en apenas unas horas todo se ha vuelto del revés».

—Creo que va siendo hora de que vuelva a casa, los humanos solemos dormir por las noches...

Jean sonrió. —El coche que te trajo está disponible para llevarte donde tú quieras ¿Puedo acompañarte?

—Es tu chófer, es tu coche, ¿tengo que darte permiso?

Jean acercó su mano y la despeinó al tiempo que vocalizaba —Gracias.

Sentados en el asiento trasero del Audi, Jean le contaba cosas de la historia de la ciudad, y ella escuchaba embobada. Casi sin darse cuenta llegaron a su destino.

Él bajó del vehículo y la acompañó hasta la puerta, pero antes de despedirse le dijo: —¿Qué te parece si mañana traes la cámara, el trípode y nos hacemos unas fotos para el álbum familiar?

Dani pudo ver la súplica en sus ojos.

—¿Durante el día estás operativo?

—Pese a lo que hayas visto en las películas, no me escondo en un ataúd durante el día para refugiarme de los rayos del sol. Exponerme directamente me haría quemaduras muy feas, pero no me haría estallar en llamas, ni nada parecido. En mis habitaciones privadas hay una terraza acristalada con muy buenas vistas sobre la ciudad y el pronóstico del tiempo para mañana es un día gris y lluvioso, perfecto para que pueda pasearme por ahí sin tener que ponerme factor 50 —hizo una pausa y añadió—: Es sábado y no trabajas...

Ella lo miró, había inquietud en sus azules ojos. Desde luego él quería

intentarlo y después de todo, parecía que no iba a hacerle daño.

—Vale. De acuerdo. Pero tendrás que hacer lo que yo te diga.

Jean pareció sentirse aliviado. Con un gracioso mohín, se llevó la mano a la cabeza imitando un saludo militar y contestó: —A sus órdenes, señora.

Él se quedó inmóvil en la acera dudando si podría abrazarla cómo despedida pero Dani se despidió con la mano cortando cualquier intento y Jean se conformó pensando que probablemente aún no estaba preparada para eso.

Dani entró en el portal y subió a casa con una tímida sonrisa asomaba a sus labios. La reunión no había sido como esperaba, le había parecido mejor incluso. Jean, a pesar de su aspecto de chiquillo, le había enseñado su parte sensata. Desde luego no parecía un loco maniaco ni un depredador.

Un vampiro.

Había estado sentada frente a frente con uno y habían conversado como dos amigos. No iba a ser fácil verle como a un padre, claro que no, pero estaba dispuesta a intentar conocerle un poco más.

«Esto es de locos».

—¿A casa señor?

—No, déjame en casa de Olivier d'Aubry, tengo que hablar con él de unos asuntos.

Cuando llegaron al edificio donde vivía Olivier, Jean se bajó del vehículo y le dijo a su chófer que no le esperase, que volvería en un taxi.

Con una espléndida sonrisa entró a casa de su amigo para encontrarle en el salón abrazando una botella de brandy. Su deplorable aspecto vaticinaba que debía haber estado allí toda la tarde.

—¿Emborrachándote?

—Hace falta más de una botella para tumbarme. Tráete una copa y bebe conmigo. Dime, ¿Cómo te ha ido hoy?

—¿Con Daniela? Pues, estoy sorprendido, además de guapa es inteligente y cariñosa. Al principio estábamos un poco tensos pero hemos conseguido pasar una tarde agradable. Ahora mismo la he dejado en su casa.

«Lo sé, hueles a ella»

—Mañana —continuó Jean como si no hubiera «escuchado» nada—, vendrá a casa a pasar la mañana y nos haremos unas fotos. Podrías venir,

quizás tengas la oportunidad de ser tú mismo y que Dani no tenga una opinión tan pobre de tu persona.

—No tengo que impresionar a nadie...

—Pero Olivier, sé que te molesta que ella te haya etiquetado como «hombre insoportable» sin apenas conocerte. Entiendo que si te conociera...

—dijo con burla—. Vamos amigo, puede ser divertido.

—Lo pensaré...

Se quedaron un rato más charlando de negocios y un par de horas más y unas cuantas copas, Jean Jacques se marchó.

Olivier que continuaba sentado, medio derrumbado sobre aquel incómodo sillón del que no se había movido en toda la tarde, se sintió tentado a ir al ático de su amigo al día siguiente, volver a ver a Daniela, tenerla cerca y sobre todo que empezase a verle como a un ser real... ella había dicho que era «una muñeca gótica vestida por Christian Lacroix», y eso era algo que poco le importaba si era dicho por otros, pero viniendo de Dani, dolía.

Él era cualquier cosa menos superficial.

Dani desembarcó en el ático de Jean sobre las once, y el término «desembarcar» se quedaba corto, parecía que traía equipaje para quedarse.

Vincent hubo de bajar con ella hasta la calle para descargar del taxi todo lo que había traído, pues aparte de material fotográfico para montar un improvisado estudio, llevaba varias bolsas con ropa.

Entre los dos, lo subieron todo a la última planta.

Cuando Jean Jacques entró al salón parecía que un vendaval se había colado por las ventanas. Los muebles estaban siendo organizados, y la cámara y un par de reflectores estaban ya instalados en sus trípodes. El portátil de Dani estaba sobre la mesa del comedor y Vincent ayudaba a la muchacha, que subida a una escalera, intentaba colgar un fondo blanco sobre la pared.

—Lo de las fotos te lo has tomado en serio ¿no?

—Buenos días, *Monsieur Le Loup*.

—Dani —dijo reprendiéndola.

—¡Hola, Jean!

—Mejor, mucho mejor ahora. ¿Has desayunado?

—Mmm creo que sí.

—¿Crees? Vincent, cuando termines con eso ¿puedes traer un café con leche y croissants para Daniela?

Dani le miró desde lo alto y su corazón se aceleró. «Es un vampiro» pensó, e inmediatamente vio como el gesto de Jean cambiaba por uno de auténtico disgusto. Él se acercó despacio y le ofreció la mano para ayudarla a bajar y aunque por unos segundos se quedó mirándole, se apoyó en él para descender. Al llegar a su lado se dio cuenta de que estaba bebiendo de un cáliz opaco. Miró el recipiente de reajo y frunció el ceño arrugando la nariz con desagrado. Suspirando y desviando la mirada de la copa, se centró en la cara del joven.

—Estás muy pálido. A la luz del día pareces un tanto irreal. ¿Puedo maquillarte para que salgas más natural? Si no lo hago vas a parecer un mimo a mi lado.

—Dijiste que tendría que hacer lo que tú quisieses, y acepté.

La sonrisa de ella asomó picarona a sus ojos —Solo es un mal menor, también he pasado por el vestuario de la revista y he pedido prestado unos trajes...

—¿Tengo que disfrazarme?

—Bueno, no creo que un traje vintage de Armani sea pensar en un disfraz. Sé que tú tienes ropa, pero lo cogí porque el mío va a juego, así nos pareceremos más. ¿No te has dado cuenta? hasta he ondulado ligeramente mi pelo.

Fingiendo gesto resignado, Jean se dejó peinar y maquillar para después ir a su habitación a ponerse el traje gris que había escogido Dani.

Cuando volvió, ella le arregló la corbata y dijo sonriendo: —¡Qué guapo! Pareces un gánster de los años cuarenta. Ahora me toca a mí.

Y salió disparada hacia el cuarto de baño. En pocos minutos volvió con un traje de pantalón de camal ancho y chaqueta, muy masculino, pero cuyo talle se ceñía a su esbelto cuerpo como un guante.

Puso música en el portátil y al ritmo de *Fountains Of Wayne*, comenzó a mover sus caderas, y como Jean la miró extrañado explicó: —Tiene que haber buen rollo en una sesión y la música siempre ayuda.

Con una vitalidad propia de su juventud, ajustó los parámetros de la cámara y preparó el disparador automático. Sentó a Jean en un butacón que había arrastrado hasta la improvisada pared blanca, y cuando lo tuvo todo preparado corrió a sentarse a su lado posando para la foto.

—Jean, ayudaría si no pareciese que te has tragado una escoba.

—¿Vas a salir corriendo si te abrazo o si pongo mi cara cerca de la tuya?

Silencio.

—No.

Jean Jacques expulsó el aire de sus pulmones y esbozó una sonrisa. —Pues entonces volvamos a intentarlo.

Se levantó y se colocó tras el sillón, Dani volvió tras la cámara, ajustó de nuevo el enfoque y cuando preparó el disparador, Jean le hizo señas para que fuese ella la que sentase. Al hacerlo, el vampiro colocó la mano en su hombro y bajó su cabeza hasta que ambos quedaron al mismo nivel, ella le miró de reojo cuando saltó el disparador.

—Mejor.

Repitieron la misma actuación varias veces y poco a poco el ambiente fue destensándose hasta el punto en el que incluso Jean ocupó el lugar tras la cámara mientras Dani le sonreía haciendo poses absurdas en el sofá. Se relajaron tanto que en una de las tomas ella se sentó sobre sus rodillas, rodeándole con sus brazos y pegando su mejilla al rostro del vampiro, al tiempo que ambos reían a carcajadas y la cámara se encargaba de inmortalizar la escena.

Olivier entró en ese mismo instante y sintió una punzada de envidia al ver la familiaridad y los gestos de complicidad de ambos. Parecían hermanos.

—Buenos días, Olivier, —dijo Jean, delatando la presencia de su amigo—. ¿Quieres unirme a la sesión? Es divertido.

No pronunció palabra. Hizo un gesto de negación con la mano y se sentó de forma melodramática en otro sillón. Tras unas cuantas fotos más, Jean insistió en que su amigo tomase su relevo, y entonces Dani se colocó tras la cámara para sacarle unas cuantas instantáneas, pero pensándolo mejor le pidió que se sentase al otro lado del salón, en una butaca Luis XIV que estaba junto a la ventana. Colocó a su lado un alto candelabro de bronce y arrastró desde una esquina una mesita auxiliar, puso sobre ella un reloj cogido del aparador y un ramo de flores. Olivier la miraba divertido, en un momento había creado un bodegón con él como centro de atención.

Sacó la cámara del trípode y le cambió el objetivo por un macro. Se acercó y comenzó a disparar desde varios ángulos, captando la riqueza de los bordados de su chaqueta, la aparatosa peluca, los encajes de su camisa y el empolvado maquillaje de su rostro. Él, muy serio, la seguía con la mirada y posó como un profesional, dando vida a un personaje del siglo XVII, sin ningún esfuerzo.

Por unos instantes, escondida tras el objetivo tuvo una buena excusa para mirarle detenidamente. Sus verdes ojos se veían más claros y un tanto azulados a la luz de la ventana, nariz patricia, pómulos marcados... Dani creyó ver algunas pecas ocultas bajo el maquillaje. Realmente era muy, muy atractivo y el que su corazón se acelerase no fue por miedo, ni aprensión.

—Eres bastante fotogénico.

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó con sarcasmo.

«Cretino narcisista... » —Solo dije que salías favorecido, si no fueras tan prepotente, hasta podría verte guapo, pero en fotografía la mayor parte de la belleza de una pose sale del interior, y aparentemente tú estás bastante

vacío.

—¡Dani! —le reprendió Jean.

—Lo siento, pero él ha empezado.

Olivier bajó la vista y murmurando unas palabras de disculpa se dispuso a marcharse. Cuando pasó ante Daniela, ella alcanzó a tocarle el brazo intentando detenerle, pero el vampiro llegó hasta la puerta, se volvió hacia Jean Jacques, y con una inclinación de cabeza se marchó.

—Iba a pedirle disculpas, pero no quiso detenerse.

—Dani, Dani....

En el pasillo Olivier se sintió impotente ante la situación. ¿Por qué con Dani tenía que tener esa actitud tan machista? Había sido un amante reputado durante casi cuatrocientos años. Ninguna mujer se le resistía ¿Por qué con Daniela se sentía tan torpe?

Padre e hija se sentaron en el sofá y con el ordenador puesto en las rodillas de ella, el vampiro pudo ver las fotos de ambos. Realmente se parecían muchísimo. Las instantáneas eran la mayoría en blanco y negro y ella estuvo un rato retocando la luz en algunas de ellas antes de decidir que estaban a su gusto. Jean Jacques le pidió algunas copias en papel.

Era increíble verla junto a él.

Cuando el ambiente le pareció más calmado le preguntó a bocajarro: —¿Qué te pasa con Olivier?

—A mí. Nada.

—Dani... Entiendo que él pueda parecerle una muñeca barroca, que haga comentarios mordaces sobre sus habilidades y su persona, pero créeme es un buen amigo, y necesito que haya cierto respeto entre los dos. A mí me toca estar en medio de la disputa, y no es agradable ver a dos personas que quieres discutir por tonterías.

Daniela se quedó silenciosa. Sin apartar los ojos de la pantalla del portátil asintió.

—Tienes razón —consiguió decir al fin—. Intentaré comportarme mejor.

Jean Jacques puso su mano sobre su hombro y de forma automática le masajeó con sus dedos el trapecio. —Tu tía vuelve en unas horas y esta noche quiero tener una tranquila reunión familiar. ¿Vendrás Dani?

—Claro.

Casi al mediodía, ella empezó a recoger para marcharse, había quedado a comer con Sasha. Nada más salir con todos sus bártulos Jean empezó a echarla en falta.

Cuando entró a la biblioteca, encontró a Olivier leyendo cómodamente sentado en una butaca. Su peluca yacía en una silla cercana y sus cabellos estaban más que alborotados.

—Por un momento pensé que al final te habías marchado.

Se sentó frente a él en la mesita baja donde el francés tenía apoyadas las botas y añadió: —No te reconozco amigo, siempre has tenido mano izquierda con las mujeres. ¿Qué pasa con Dani?

Bajando el libro y con la mirada, un tanto perdida, dijo: —Supongo que mi humor se adapta peor a la juventud de esta época.

—No veo que con Sara tuvieras ningún problema...

—Eso fue distinto, salvé a su novio de una muerte segura. Ella estaba agradecida.

—Olivier. ¿Realmente crees eso?

Por toda respuesta el francés se encogió de hombros, alzó el libro y continuó leyendo.

—He llamado Jack, aunque dudo mucho que venga. Markus y Sara están de camino, Bjorn y Juliette están bastante emocionados y han tomado ya un avión, y Dani, por supuesto, también vendrá, así que amigo... esta noche te quiero aquí. Sin discusión.

Cuando Olivier se quedó solo, cerró el libro y lo dejó en la mesa.

Sabía que se había comportado como un imbécil y tenía que empezar a arreglarlo. Esa noche evitaría en la mayor medida posible las confrontaciones con Dani, ella tendría que empezar a verle como era en realidad, realmente lo necesitaba.

Marcus y Sara no habían parado de hablar en el avión de lo que Jean Jacques les había contado por teléfono, tanto les impactó la noticia, que habían interrumpido su luna de miel, para acercarse a París a ver en persona a la hija

de Jean.

—¿Solo te dijo eso? —preguntó Sara.

—Sí —contestó Markus—. Desconozco los detalles pero al parecer hace veintidós años, y por medio de algún filtro mágico, hechizo o lo que fuera... mi padre concibió una hija y él lo desconocía totalmente.

—Menuda sorpresa ha debido llevarse Jean.

—Ya te digo.

Subieron al taxi y Markus le dio al conductor la dirección. Sara le cogió de la mano y le miró, aún le sorprendía haberse vinculado y casado con este hombre.

Era magnífico.

Llegaron al moderno edificio y cuando estaban esperando el ascensor en el hall, entró una joven y saludó amablemente al portero.

—*Bonjour, Monsieur Chavanel*. No hace falta que me acompañe, ya conozco el camino.

Y su voz sonó más dulce que el chocolate fundido.

Los dos se quedaron sorprendidos, no había duda de que era Daniela Caralt, la hija de Jean. Su porte era esbelto, sus andares felinos y tenía ese *charme* que tienen los vampiros. Cuando se acercó al ascensor se subió las gafas de sol a la cabeza a modo de diadema, y les sonrió.

—*Bonjour*.

—*Bonjour* —respondieron Markus y Sara a dúo.

De cerca, el parecido era aún mayor. No era muy alta, pero su padre tampoco lo era, llevaba una *blazer* azul marino corta y entallada con unos vaqueros de corte pitillo, que lucía tan ceñidos que costaba creer como habría podido ponérselos. Bajo la chaqueta se veía una camiseta a rayas de marinero en azul marino y blanco. Un gran bolso y unos zapatos rojos de salón con bastante tacón cerraban el conjunto.

La llamativa ropa y el tipazo de infarto de su portadora, la hacían parecer una modelo sacada de la foto de una revista. Pero no solo era la ropa llamativa... su larga melena negra como el azabache, sus ojos azules del color del mar en un día de tormenta, enmarcados en unas negras pestañas que parecían postizas, su blanca piel con pómulos altos y sonrosados, su boca sexy con labios más que deseables... Era absolutamente preciosa.

Si Jean Jacques fuera mujer, serían dos gotas de agua.

Ambos la miraron embobados pero ella no les prestó demasiada

atención. Cuando se abrieron las puertas del ascensor, entró, pulsó el piso de Jean Jacques y se apresuró a sacar su móvil que acababa de sonar con un aviso de mensaje. Lo leyó, esbozó una sonrisa y comenzó a responder.

Sara y Markus la siguieron y se colocaron a su lado.

En algún momento de la ascensión la joven se fijó en el panel de pulsadores y al comprobar que ellos no habían presionado ningún botón, respiró hondo y marcó el piso inmediato inferior, dando a entender que se había confundido. Al darse cuenta de la maniobra, Markus se concentró para avisar mentalmente a Jean de que ella pensaba boicotear la reunión.

Cuando las puertas se abrieron y se disponía a salir, se dio de bruces con Jean Jacques.

—¡Hola Dani! ¿Intentando escapar?

Ella agachó la cabeza y dio un par de pasos atrás, hasta llegar al fondo del ascensor.

—Me dijiste que iba a ser una «reunión familiar», pensé que solo estaríamos tía Julia, tú y yo...

—Pero, Dani, quiero que conozcas a mis amigos y al resto de tu familia. Lo creas o no Mark es tu hermano.

Sin levantar la cabeza, miró a la pareja que estaba a su lado.

—¿Hermano?

Cuando las palabras salieron de su boca se dio cuenta de donde venía el parentesco. Con ciertas reservas, dijo: —Encantada de conocerle señor.

—No me llames señor —dijo el vampiro tendiéndole la mano—. Mi nombre es Mark y esta mujer silenciosa que está detrás de mí es Sara, mi esposa.

Daniela titubeó, pero al final extendió su mano y se la estrechó.

Las puertas del ascensor se cerraron con ellos dentro y subieron el piso que les faltaba para llegar al ático de Jean Jacques. Cuando entraron y vio al resto, murmuró: —Y la geisha ¿qué parentesco tiene conmigo?

Al ver la cara de asombro de Sara, Olivier, que se acercaba hacia ellos con los brazos abiertos, aclaró: —Se refiere a mí. ¡Hola, pequeña! Cómo me alegro de verte —dijo abrazándola con cariño para después estrechar efusivamente la mano de Markus, tras lo que añadió una inclinación de cabeza.

Al otro lado del salón una pareja aguardaba silenciosa. Un enorme vikingo y una bella mujer morena de porte distinguido, que compartía cierto parecido físico con Jean Jacques. Ella tenía los ojos llenos de lágrimas.

Dani —dijo Jean tendiendo su mano. —Ven. Quiero presentarte a tus abuelos.

Daniela frenó en seco, se le puso la carne de gallina y tragó saliva. —¿Abuelos?

—Recuerda que te hablé de ellos, ella es Juliette, mi madre y él es Bjorn, su marido, mi padre vampiro.

A Dani la cabeza comenzó a darle vueltas. «Ya estamos todos. ¡Genial!» pensó, y dando un paso atrás para alejarse de la pareja, se dejó caer en el sofá junto a su tía, con los ojos vidriosos y un nudo en la garganta.

—Empezaba a preguntarme que habías heredado de tu madre.

—Eso es un golpe bajo.

—Pues compórtate.

Julia la rodeó con sus brazos y le besó la sien, como si fuera una niña pequeña. Daniela en un susurro le dijo: —Ayer me dejaste sola.

—Jean me lo pidió y me pareció correcto. Teníais que hablar.

Daniela respiró hondo y mirando de reojo a la pareja se levantó. Avanzó hasta donde estaba el vampiro, que continuaba de pie en mitad de la sala y que volvió a ofrecerle su mano en el momento la vio acercarse.

—Lo siento —se disculpó, tomando la mano que le tendían—. Todo esto me pone muy negativa y yo no soy así, pero tienes que entender que la vida da un giro bastante drástico cuando conoces a tu padre, tras veintidós años de ausencia, y encima es un ser sobrenatural que puede escuchar lo que piensas.

Jean Jacques suspiró, la abrazó con suavidad y murmuró junto a su oído: —¿Y qué tal si empezamos por saludarnos de un modo más cordial y comenzamos la velada de nuevo? Dani, nos tomaremos el tiempo que sea necesario.

Ella se esforzó por serenarse, y cabizbaja fue a saludar a Juliette y Bjorn. La mujer la abrazó y la retuvo durante unos minutos, mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas.

La conversación se animó y Dani, que poco a poco fue cogiendo confianza, los cautivó a todos con su carácter extrovertido. Era dulce, encantadora, inteligente y a pesar de su juventud demostraba tener una fuerte personalidad. Bromeó con Markus sobre sus lazos familiares, y no cesó de llamar «cuñada» a Sara. Abrazó un montón de veces a Julia, e incluso se colgó

del hombro de Jean mientras se agolpaban para mirar un álbum de fotos de cuando Dani era pequeña, que su tía había llevado consigo. Daniela sacó del bolso algunas copias en papel de la sesión matutina y todos comentaron lo bien que habían salido y lo mucho que se parecían. Juliette insistió en comprar parte de la colección, pero Dani se las regaló todas y la tranquilizó diciéndole que sacaría duplicados para Jean Jacques.

Solo Olivier parecía estar al margen, sentado como posando para un retrato, inmóvil en el gran sofá. Mientras los otros se peleaban por pasar las hojas del álbum, Sara se sentó junto a él.

—¿Va todo bien?

—Echo de menos no ser el centro de atención —bromeó al contestar.

—¡Olivier!

—Vale, ella me odia y no quiero estropear la reunión —dijo en voz baja.

—¿Por qué va a odiarte? Estás exagerando ¿Acaso le has hecho algo?

—Aparte de algún comentario quizá un poco fuera de tono, no.

—¿Comentario fuera de tono?

—Alguna sandez de las mías, pero vamos nada que necesite el sacramento de la confesión.

—Deberías hablar con ella.

—Quizá lo haga, pero no hoy. Jean está feliz y no quiero darle la noche. No me mires así, Sara, estoy bien.

—Me doy la vuelta y ya estás intentando ligar con mi mujer...

—Lo he intentado, pero no tengo ninguna posibilidad, está totalmente entregada. Me alegra ver lo bien que lleváis «el vínculo». Parecéis felices.

—Lo somos. Deberías probarlo algún día.

—*Mon ami!* No podría dedicarme exclusivamente a una sola mujer, es mi deber compartir «esto» —dijo abriendo sus brazos y admirándose—, con todas las que pueda.

Nada más decirlo, notó la mirada que Dani le puso encima. «Menudo cretino», la escuchó pensar.

Jean Jacques cogió su barbilla y la obligó a mirarle.

«Dani ¡Compórtate!»

Daniela abrió los ojos como platos, había oído perfectamente las palabras aunque no le había visto mover los labios. «Después, cuando todos se vayan, tendremos una conversación tú y yo».

Ella se limitó a asentir, pero tenía el corazón en la garganta y su pulso iba a mil por hora.

Interrumpiendo el momento, el móvil de Dani sonó, ella pidió disculpas y se alejó un poco para responder la llamada. Era Svetlana, su compañera de piso que estaba emocionadísima porque le habían ofrecido un buen contrato para ser la imagen de una firma de moda emergente, aquí en París. Dani la felicitó y le prometió que saldrían a celebrarlo pero que estaba en una «reunión familiar» y que hablarían cuando llegase a casa.

Colgó y al volverse se dio cuenta de que siete pares de ojos la observaban.

—Era mi compañera de piso... —balbuceó, sorprendida de que todos la mirasen con cara de asombro. —Lo siento, no debí responder, no era mi intención interrumpir... pero podría haber sido importante.

—Dani —dijo Jean Jacques—, lo que nos ha sorprendido a todos, es que hables ruso de forma tan fluida.

—¡Oh! Yo..., ella se dirigió a mí en ruso y yo le respondí igual. No pensé.

Ella se había quedado tensa al sentirse centro de atención y Jean Jacques se acercó por detrás a paso normal, la abrazó y besándole la frente dijo:

—Mark, te importaría sentarte al piano, hace mucho que no te escucho tocar y alguien me dijo que la música ayuda a dar «buen rollo» a una reunión...

Markus se sentó ante el enorme piano de cola y comenzó a tocar. El ambiente se serenó y al final todos, excepto Olivier, acabaron cantando a coro acompañando al pianista.

—Creo que estamos haciendo demasiado ruido, los vecinos van a estar encantados con «la reunión» —rio Julia.

—Tranquila, no vive nadie en los últimos cuatro pisos. Los tengo sin alquilar —y con voz profunda y ralentizando sus palabras añadió: —Nadie puede oírnos.

El gesto de Daniela cambió de forma brusca y Jean, dándose cuenta, la cogió de la mano y la trajo hacia sí. —¿Dani? No vas a empezar a tener miedo ahora, ¿no? —dijo entrecerrando sus ojos y poniendo una sonrisa enigmática.

—A los vampiros les gusta fanfarronear —intervino Sara al ver la cara de espanto de Daniela—, pero... «perro ladrador, poco mordedor».

—Así no se puede —dijo Jean Jacques riendo y negando con la cabeza—. ¿Qué clase de engendro soy que no le doy miedo a nadie?... Ven aquí Daniela, que te voy a dar un par de azotes si sigues con esa cara de susto.

Al final Dani tuvo que sonreír y se dio cuenta de que se sentía a gusto con ellos.

Con los monstruos.

Pasada la media noche, Markus y Sara se retiraron a su habitación, y Dani no paraba de interceptar miradas cómplices entre Bjorn y Juliette. Por otro lado, Olivier seguía con su pose de estatua en el gran sofá.

—Es tarde —dijo Daniela—. Me marcho.

—Tú y yo tenemos una conversación pendiente... —murmuró Jean.

—Lo sé, no pretendo evitarla pero creo que no es un buen momento.

—Es tarde para que te vayas tu sola.

—Shhh, no pasa nada, llamaré un taxi.

—Pero aunque vayas en taxi, seguirás yendo sola.

Sin dejar de mirarla pero levantando la voz dijo: —Olivier, ¿podrías acompañar a Dani a su casa?

Ella abrió los ojos como platos y su boca formó un NO clarísimo que no llegó a escucharse pero que fue vocalizado de forma exagerada.

La voz del francés, con su peculiar y marcado acento, sonó tras ella alta y clara.

—Por supuesto Jean, así aprovecharé el viaje y me marcharé también.

Dani cerró los ojos durante unos segundos y sin protestar, cogió su bolso, se despidió de los presentes, se puso la chaqueta y caminó en dirección a la puerta. Allí se quedó quieta, apretando los labios y mirando al suelo, esperando a Olivier.

Este se despidió y se dirigió hasta donde Daniela le esperaba. —¿Nos vamos? —preguntó. Ella se limitó a asentir y salió delante de él.

—¿Crees que será seguro que esos dos compartan un taxi? —dijo Julia.

Jean Jacques puso una mirada traviesa. —Por supuesto. Confío en que Dani va a llegar sana, salva e intacta a su casa, no puedo decir lo mismo de Olivier, pero eso es lo que quiero descubrir.

Cuando la pareja llegó a la calle, ella sacó el móvil con la intención de llamar a un taxi, maldiciendo no haberlo hecho antes, para que la espera durase lo menos posible. Olivier cogió el móvil de su mano y colgó, devolviéndoselo. —Tengo el coche ahí delante. No hace falta que llames a ningún taxi.

Ella iba a protestar pero él comenzó a caminar y Dani, como un autómatas, le siguió.

El atuendo del vampiro hoy no era tan llamativo como el del primer día que le vio. Una larga casaca negra, sin bordados, un pantalón ceñido, unas botas altas de ante, pero aquella peluca y su cara maquillada seguían siendo su seña de identidad. ¿Por qué vestiría así?

Daniela se quedó embobada observando su elegante forma de caminar un par de pasos por delante de ella, parecía atlético y ágil a pesar de aquella aparatosa casaca. Tan absorta estaba mirándole que no vio que el suelo estaba en mal estado, y dio un traspie. A punto estuvo de caer, pero Olivier fue rapidísimo y la sujetó por los codos.

—¿Te has hecho daño? —le preguntó.

—No —mintió ella. Al tiempo que veía las estrellas al poner el pie en el suelo.

Él, todavía sujetándola, la miró de arriba abajo sin articular palabra, pero la soltó, se giró y aminoró la marcha en dirección al coche. Dani sentía dolor cada vez que apoyaba el pie, pero caminó despacio y como pudo lo controló hasta llegar al vehículo.

Una vez dentro, el vampiro volvió a examinarla detenidamente y con una voz normal, sin su peculiar acento afrancesado, dobles intenciones o artificios, a la vez que se inclinaba sobre ella dijo: —Déjame ver.

—No. No me toques.

Él negó con la cabeza y se separó bruscamente, como si se hubiera quemado. Metió la llave en el contacto y esperó a que ella le diera la dirección. Arrancó en silencio y condujo hasta su casa. Al llegar, bajó primero y bordeó el vehículo para abrirle la puerta. Le tendió la mano y observó que el tobillo de Dani ya estaba empezando a hincharse. Ella rechazó su mano y salió del coche como pudo, y ya sin disimular llegó cojeando hasta el portal. Dio unas débiles gracias y sacó la llave.

—*Têtue comme une mule!* —casi gritó Olivier enfadado. Y sin añadir nada más, se acercó a Dani, la levantó entre sus brazos, ligera como una

pluma, y añadió con dureza—: ¡Abre la puerta!

Ella estaba a punto de llorar, aunque no sabría decir, si era por dolor o por vergüenza, y como pudo metió la llave en la cerradura y giró para abrirla.

—¿Qué piso es?

—El último —balbuceó con lágrimas en sus ojos.

Olivier subió a buen ritmo los peldaños, a pesar de que era un cuarto piso sin ascensor, y cuando llegaron al final de la escalera, todavía con enfado en la voz pero algo más sereno, le pidió que abriese la puerta.

Ella obedeció sin rechistar y el vampiro la metió en el interior. Tras inspeccionar unos instantes la sala, la sentó con delicadeza en el sofá.

La casa estaba a oscuras, solo la luz de las farolas se filtraba por las ventanas, pero era muy débil ya que la altura del piso superaba el nivel de luz de la calle.

Sus compañeras debían haber salido. Estaban solos.

—¿La cocina?

Dani señaló —Aquella puerta.

Durante unos minutos, le oyó abrir y cerrar cajones, para volver al salón con una bolsa llena de cubitos de hielo, un vaso de agua y un antiinflamatorio.

—Tómate esto.

Y le alcanzó la pastilla y el vaso de agua. Sin mediar palabra, le abrió la cremallera lateral del bajo del pitillo, le quitó el zapato de tacón y el calcetín de media. Tocó con delicadeza la zona hinchada y tras decir: «No tienes nada roto», envolvió la bolsa de hielo con una toalla y la puso sobre el tobillo.

Entonces y solo entonces, la miró.

Y fue consciente de su pulso acelerado, del fragante olor a jazmín que emanaba su piel, de la suavidad de sus cabellos, de sus labios entreabiertos que escondían una mueca de dolor...

Lo fácil en aquel momento hubiera sido besarla. Pero cerró los ojos pues el impulso a transformarse era muy fuerte, y consiguió empujarla mentalmente a dormir.

Salió del domicilio sin mirar atrás, negando con la cabeza y soltando todo tipo de maldiciones en su lengua materna. Al cerrar la puerta se derrumbó sobre ella y cerró los ojos.

¿Por qué a él?

Después de pasar el domingo atrincherada en el sofá con el pie en alto, el lunes Dani sintió la necesidad de ponerse en marcha.

Su cabecita había estado muy ocupada. Había tenido tiempo para pensar en lo ocurrido y a pesar del odio visceral que sentía por él, y que ignoraba de dónde nacía, decidió que de alguna forma le debía una disculpa. Sobre la mesa tenía las fotos que le había sacado en la sesión en casa de Jean Jacques, y en ellas pudo estudiar su semblante serio y atractivo, y esa mirada intensa que parecía traspasar el objetivo.

Olivier.

Daniela suspiró.

Se daba cuenta de que deliberadamente le había estado ignorando y que cada vez que hablaban era para enzarzarse en una conversación estúpida en la que ambos intentaban quedar por encima del otro. Él había sido muy amable subiéndola a casa después de su tropiezo... Era un buen amigo de su padre... «¡Dios!, mi padre», esas palabras se sentían aún extrañas en su boca.

Necesitaba intentar hacer las paces con él, o al menos firmar una tregua para que al menos si tenían que volver a encontrarse, no fuera incómodo para ambos. Se obligó a enumerar todas y cada una de aquellas estúpidas excusas, pero lo que en realidad deseaba, sin saber por qué, era volverle a ver.

¿Qué demonios tenía aquel hombre?

Era chulo, altivo, arrogante. Con la pose insolente de quien se sabe por encima de los demás. Tan atractivo, tan superior, tan guapo... pero si le parecía tan odioso ¿Por qué estaba pensando en ir a su casa?

Volvió a centrarse en las fotos y le observó con detenimiento.

Ella le había dicho con despecho, que la belleza estaba en el interior y que aparentemente él estaba bastante vacío, pero examinando las instantáneas impresas en papel, se concentró en su mirada y reflexionó en sus palabras.

Qué poco acertada había estado. En esos ojos había algo. Una complejidad que no pasaba desapercibida. Una personalidad fuerte. ¿Quién

era Olivier?

Esas fotos le brindaban un buen pretexto para pasar por su casa e intentar averiguarlo.

Todavía tenía el tobillo algo hinchado, pero se había tomado otro antiinflamatorio, y enfundándose unas botas bajas que le sujetaban bien el pie, se había vestido en plan cómodo, vaqueros, camiseta y gabardina para ir al trabajo.

A eso de media tarde cuando terminó en la revista, llamó a un taxi y se dirigió a casa de Olivier. El bueno de «Vincent» le había dado la dirección. Pobre hombre... había algo en ella que cuando hablaba con él, hacía que le resultase imposible negarse a cualquier petición. El criado sudaba y se estiraba del cuello de la camisa pero al final acababa cediendo siempre. «Debe ser la parte de sangre que tengo de Jean Jacques...»

El taxista paró y ella bajó del coche dando una vuelta en redondo admirando el barrio. Desde luego la zona, en pleno centro del barrio de Tullerías, era bastante exclusiva, y la casa donde vivía d'Aubry era un edificio de tres pisos, de estilo neoclásico impresionante.

«Vamos, no te arrepientas ahora. Sé valiente», se dijo animándose, mientras estaba parada delante de la vivienda. «Solo es un hombre. No te va a comer». Para infundirse valor, apretó la carpeta bajo el brazo, subió los peldaños y llamó a la puerta.

Un criado encorsetado y de cara agria le abrió.

—Buenas tardes, ¿se encuentra en casa *Monsieur* d'Aubry?

—¡Llegas tarde! —dijo con enfado—. ¿Has venido sola? —tiró de su brazo y la hizo entrar—. El señor pidió dos chicas, aunque al menos eres morena y de ojos azules...

Ella parpadeó y no fue capaz de responder.

—Entra ahí, el vestido está preparado, cámbiate.

La empujó a una habitación lateral, en el mismo zaguán de la vivienda y cerró la puerta sin darle más explicaciones. Cuando se acostumbró a la tenue luz pudo ver dos maniquís con vestidos sencillos de mujer que podrían ser perfectamente del siglo XVII.

Dejó la carpeta de las fotos sobre una mesa y giró alrededor suyo para admirar la estancia. Era una salita de espera, llena de antigüedades y con un

estilo muy afrancesado.

No pudo reprimirse y se acercó a tocar los bordados y admirar las prendas, que aunque simples, eran magníficas. Rodeó los maniqués para ver los vestidos por detrás, mientras que sus dedos rozaban con delicadeza las telas.

Inesperadamente se abrió la puerta y apareció Olivier, con la peluca mal puesta y la camisa por fuera de las calzas. Por la forma de enfocar la mirada Dani hubiera podido jurar que estaba borracho.

En un primer momento dijo: —¿Necesitáis mi ayuda, pequeñas?

Pero al ver únicamente a Dani, su voz pasó de la dulzura al enfado y levantó la voz para añadir: —¿Qué haces aquí? ¿Qué broma es esta?

—Yo...

No pudo decir nada más, pues en ese momento sonó la musical campanilla del timbre y por la puerta entreabierta, con sorpresa vieron como el criado abría para atender a dos chicas, que en un mal francés, decían que las mandaba la agencia para los servicios solicitados por *Monsieur d'Aubry*.

—Lo siento Olivier, yo solo venía a...

—¡Márchate!

—Yo... yo lo siento.

—¡Fuera! ¡Fuera todos! —gritó como un energúmeno mientras salía al vestíbulo.

Allí, Dani le vio abrir la cartera y sacar un fajo de billetes para dárselo a las muchachas que habían llegado tras ella. Tras hacerlo, las puso a las tres de patitas en la calle.

Las dos chicas cruzaron sonrientes mientras repartían el dinero que les habían dado. Daniela, parada en la acera, miró hacia las ventanas del piso superior y le pareció ver que una de las cortinas se movía.

Llenó sus pulmones de aire y se fue medio cojeando calle abajo.

«Genial, Jean Jacques estará orgulloso. Creo que acabo de estropearlo un poco más.»

La situación había sido de lo más embarazosa y Daniela tuvo la necesidad de tomar un poco el aire. Pensativa, decidió caminar despacio hasta la estación de metro, en vez de llamar a un taxi.

Su intención había sido buena pero todo salió mal.

Muy mal.

Tan agitada estaba por la reacción del vampiro, que ni se dio cuenta de

que había dejado el portafolio con las fotos de Olivier en aquella casa.

«Vaya con Olivier, y yo que creía que era gay».

Encerrado en su cuarto, el vampiro se arrancó la peluca y comenzó a desvestirse. Había encontrado en el suelo la carpeta de fotos que Daniela había traído, y la tenía sobre la mesa.

Necesitaba una ducha fría.

Desde la noche del sábado, no había podido parar de pensar en Dani, en sus labios sensuales y su mirada profunda, y en el calor de su cuerpo transportado entre sus brazos.

Llevaba todo el día de mal humor, hasta el punto que pensó que una botella de un buen coñac podría hacerle olvidar sus demonios interiores. Pero el hecho de emborracharse no mejoró la situación, y sin estar demasiado convencido le pidió a su mayordomo que, rompiendo todos sus hábitos pues nunca recibía mujeres en su casa, le mandasen a dos muchachas. Una buena sesión de sexo podía ser el mejor antídoto para sus males. Y aunque sería imposible que fuesen como Dani, pidió que fuesen morenas y tuvieran los ojos de color azul.

Que mal había salido todo.

Dani había aparecido en su casa y él, borracho, la había echado a patadas, y para mayor escarnio su mayordomo la había confundido con una de las prostitutas.

Si hasta hoy no tenía fama de perverso ante Daniela, en aquel momento se la había ganado con creces. Y si bien, le importaba bien poco lo que el mundo pensara de él, se encontraba hundido en la miseria por lo que ella considerase ahora mismo sobre su persona.

El agua helada le hizo reaccionar. Se apoyó sobre el mármol de la pared y dejó que cayera por su cuerpo intentando con ello limpiar también su mente.

—«*Le coup de foudre*. ¡Maldita sea!»

Solo con una toalla alrededor de su cintura volvió al dormitorio, se sentó en la cama y sacó las fotos. Las miró una y otra vez. Así era como le veía Daniela, un estúpido y encorsetado monigote anclado en el siglo XVII. De acuerdo que aquel rol le servía como anillo al dedo para no mostrarse ante los demás, pero no quería que ella se quedase con esa imagen de él.

Tendría que cambiar.

Al día siguiente y sin saber aún que pensar sobre lo acontecido en el domicilio de Olivier, Dani fue a trabajar como todos los días.

Su pie ya estaba mejor y se decidió a tomar un paseo hasta el edificio de oficinas de la revista. El día era gris, y fresco como casi todos los de aquel octubre en París, pero la belleza de la ciudad merecía el esfuerzo de caminar por sus aceras y mezclarse con la gente. Era una ciudad que enamoraba.

Casi estaba llegando al trabajo cuando su móvil sonó.

—Dani, ¿Qué te parece si paso a recogerte al trabajo hoy y charlamos un rato?

La voz de Jean Jacques sonaba al otro lado del auricular.

—Pensé que podríamos ir juntos a cenar. A menos que hayas quedado...

—¿Yo? ¿Quedado? No podría imaginar con quien. Me parece genial Jean, que tú y yo vayamos a «cenar»... —añadió recalcando la última palabra.

—No seas borde, anda. Solo quiero verte.

—Está bien, creo que a eso de las ocho habré terminado por fin.

—Pues entonces, allí nos vemos.

Daniela colgó y se quedó mirando el móvil. Era increíble. «Su padre»... ahora iba a resultar que tenía una familia normal, aunque su padre fuera un vampiro y no un humano corriente. «Creo que cuando se me pase el flash que estoy viviendo, iré derechita a ingresar en un psiquiátrico. Los vampiros existen... y son gente normal. Flipante».

A eso de las ocho, Dani estaba en el estudio que la revista tenía preparado para fotografiar a los modelos, recogiendo y guardando el material cuando Jean Jacques entró seguido de tres de las redactoras de la revista.

—No nos habías dicho que tenías un hermano, Dani.

Las chicas lo miraban embobadas.

—¡Hola, Jean!

—¡Hola, Dani!

Ella terminó de recoger mientras las mujeres coqueteaban con Jean Jacques. Fue hasta el despacho, cogió su bolso y divertida observó como el vampiro intentaba ser amable, aunque ellas estaban poniéndose bastante

pesadas.

—¡Vamos, rompecorazones! Tengo hambre.

Salieron juntos al pasillo y cuando ya estaban frente al ascensor uno de los modelos que Dani había estado fotografiando llegó acalorado junto a ella para decirle: —Dani, al final no me has dicho si saldrás conmigo el sábado.

—¡Hola, Hugo! Te presento a mi hermano Jean y sí te lo he dicho, el sábado imposible.

—¿Y el domingo?

—Mira Hugo. Llevo poco en París, aún me estoy instalando. Ya te llamo yo, ¿vale?

—Claro Dani, cuando quieras....

Jean Jacques y Dani se metieron al ascensor y cuando se cerraron las puertas se miraron y empezaron a reírse.

—Tener tú cara es una maldición, ¿lo sabías?

—¿Por qué no le has dicho que sí? Parece un buen chico.

—Y lo es. No sé. Realmente no sé qué estoy buscando... Pero no me llena nadie. Y no quiero darle a Hugo falsas esperanzas.

—¿Seguro? ¿No hay nadie que haya llamado tu atención? Yo creo que sí... he visto como le miras.

—¡Oh, no! ¡No! Ni hablar, no vayas por ahí. Aunque fuera el último hombre sobre la faz de la tierra, correría en dirección opuesta.

—¿Por qué?

—Es un ególatra. Es de esos tipos que porque tienen un físico increíble creen que todas las mujeres deben de caer rendidas a sus pies. Además, no puedo creer que tú, «mi padre», me aconseje conocer a un hombre que colecciona las mujeres de dos en dos.

—«No creas nada de lo que oigas y solo la mitad de lo que veas». Te lo digo en serio. Haríais buena pareja.

—¡Oh, vamos! He sido testigo, no me lo ha contado nadie.

Dani aspiró hondo y le contó lo que le había pasado el día anterior cuando fue a casa de Olivier a pedir disculpas. Jean la escuchó contrariado.

—Me echó... le faltó darme una patada en el trasero. Estaba fuera de sí.

«Tengo que hablar con él. Algo le pasa».

Hábilmente Jean cambió de tema y le contó a Dani que había llamado a Salomé, la líder del Consejo, para hablarle de su existencia y que ella había

insistido en verla.

—¿Consejo? ¿Qué es?

—Es un órgano de gobierno y control para todos los vampiros de Europa.

—¿Y quieren verme?

—Esto es extraoficial, no he puesto tu existencia en conocimiento de todos, solo de Salomé. Es una vieja amiga, te gustará.

—¿Cuándo iremos?

Jean sonrió. —No le he dicho que iríamos, tenía que comentarlo contigo primero.

—Es importante para ti. No veo porque no debo ir. Esta semana ando algo liada, mañana he de hacer unas fotos por la noche y el jueves salgo con Sasha y Sve, celebramos su flamante contrato, pero a partir del viernes el día que quieras.

—¿No pensabas decirnos nada?

—¿Sobre qué?

—Mark y Sara aún están en París, sería estupendo que saliéramos todos juntos. Me muero de ganas por conocer a tus compañeras de piso.

Daniela lo miró con los ojos como platos.

—No puedo creer que te estés auto-invitando. Es una discoteca, no habrá cuartetos de cuerda ni hablaremos sobre la Revolución Francesa...

—¡Oh, Dios! no puedo creer lo que estás diciendo. ¿Crees que no seré capaz de comportarme? ¿Te avergüenzas de mí?

Ella lo miró divertida. —Era una broma Jean, en realidad si no supiera qué sois, pensaría que os habéis escapado de un catálogo moda, nada más. Excepto en el caso de Olivier, ese sí que desentona en cualquier sitio. ¿Es raro, eh?

—Lo de Olivier tendrás que descubrirlo tú sola. Solo te diré que es menos excéntrico de lo que aparenta. Cambiando de tema, ¿dónde quieres que te lleve a cenar?

—¿Cenar? En realidad no tengo hambre, entremos aquí.

Entraron a una cafetería-pastelería, repleta de mesitas para dos separadas únicamente por los altos respaldos de las sillas que las acompañaban, lo que le daba cierta independencia a cada mesa aunque estaban una junto a otra. Parecía un sitio para parejas y enamorados. Se sentaron uno frente al otro en una mesa junto a la ventana, pidieron café y unos dulces para

acompañar.

—Jean Jacques, el otro día...

—¿Sí?

—El otro día en tu casa Olivier le preguntó a Markus que qué tal iba su «vínculo» con Sara. ¿A qué se refería?

—Hay muchas cosas que aún no sabes de nosotros, pero me alegro de que sientas curiosidad y me preguntes. Verás, el «vínculo» es una unión entre, generalmente vampiro y humano, que ata al ser vivo con el no-muerto, hasta la muerte de este. Es una especie de contrato, en el que las dos partes se ayudan y protegen mutuamente. En el caso de Markus y Sara ese nexo es por amor y se ha convertido en matrimonio. La unión entre ambos es muy estrecha porque está hecha con su sangre, y por ello Sara ha quedado unida a la existencia de Mark. A menos que ocurra una desgracia vivirá hasta que él muera.

—No sé si es bonito o aterrador porque un humano que caiga en manos de un sobrenatural que no tenga los principios de Markus, puede acabar mortificado hasta el fin de sus días.

—Es cierto que no siempre existe esa entrega al vincularse dos seres, hay quien ha tenido muy mala suerte al elegir, por eso desde hace un par de siglos, el Consejo prohibió que se ejecutara sin el consentimiento de las dos partes.

—Sabes... —murmuró abstraída—. He estado pensando lo que me dijiste el otro día.

—Dani, tienes tiempo de sobra.

—Pero quiero saber... —suspiró—, saber que soy y que puedo esperar. Aún tengo que decidir si dejarte que me muerdas o que escarbes en mi cerebro, pero a menos que encuentre un manual sobre, «cómo sobrevivir siendo un híbrido», quiero saber a lo que me enfrento.

—Estoy a tu disposición —dijo poniendo la mano sobre la mesa y cogiendo los dedos de Daniela—, pero no te precipites, hablemos primero con Salomé. Quizás haya más como tú.

—De acuerdo. Esperaremos a ver que nos dice Salomé.

Hubo unos minutos de silencio y por fin Dani le pidió que le hablase de cuando era pequeño.

—¿Tenías hermanos? ¿Primos? ¿Un perro?

Jean sonrió y su rostro se dulcificó tanto que Dani pensó que era imposible pensar en él como un monstruoso y terrible vampiro.

—Una hermana.

Cuando lo dijo, Daniela notó cierto dolor en su voz y se puso nerviosa buscando otro tema del que hablar, se mordió los labios y empezó a pensar a toda velocidad.

—Dani. Quiero contártelo. Solo dame un momento para ver cómo empezar.

—No te metas en mi cabeza —protestó ella.

—No lo hago, de verdad, pero eres una actriz pésima...

Pasó sus dedos por la mejilla con cariño y dejó que su mirada se perdiera en la pared de enfrente.

—A ver ¿Por dónde empiezo? Mi madre era una viuda joven y guapa, con una niña a su cargo, mi querida hermana María, que nació en París en 1448, hija de un aristócrata de la corte del rey Enrique IV que por cierto, las dejó en la miseria al morir.

Juliette, mi madre, volvió a casarse con un noble español solo por salir del pozo de pobreza en el que se encontraba. Al año se quedó embarazada... esta parte de la historia ya la conoces. Así que María era mi hermana mayor, fruto de un matrimonio anterior.

De pequeños estuvimos muy unidos, pero cuando yo... cuando empecé a cambiar nos fuimos distanciando. Mi madre nos separó porque tenía miedo de mis nuevos poderes, y ella... empezó a envidiar en lo que yo me estaba convirtiendo.

No te imaginas la de veces que me pidió que la transformase. Al final, convenció a Bjorn para que le diera el beso de la muerte, y su cambio hizo que nos separásemos casi del todo. Tras la transformación, su carácter se envenenó. Se casó con el Barón de Confranc y cuando tuvo el título en su bolsillo lo degolló. Solo buscaba dinero y poder.

Algunos años más tarde, cuando nuestro «padre» decidió ceder su línea de sangre no la eligió a ella, sino a mí, y eso la volvió loca de rabia.

Más que hermanos, casi parecíamos enemigos.

Después de eso, mantuvimos contacto a temporadas, yo iba ganando poder al ser purasangre, mi linaje creció y me gané una reputación. Y cuando ella necesitaba algo «tiraba» de mis contactos. Pero María, pese a su carácter era la debilidad de mi madre, Juliette.

—¿Era? —interrumpió Daniela.

Jean sonrió tristemente al escuchar la pregunta de Dani, hizo caso

omiso y prosiguió.

—En 1750 transformé a Markus a petición suya y fue un gran error. Me engañó. Y eso hizo que casi rompiéramos nuestros lazos y pasásemos a vernos solo en las reuniones familiares. El verano pasado, María enloqueció cuando él se vinculó con Sara y tramó un plan para deshacerse de ella, pero nos sonrió la suerte y le salió mal.

—¿De Sara? ¿Estás hablando de mi cuñada?

Jean asintió. —María estaba loca por Markus y le dolió que él no quisiera pasar sus días junto a ella.

Jean Jacques se quedó con la mirada perdida unos instantes y cuando Dani le agitó el brazo y dijo: «No te pares ahora ¡sigue!», su boca se torció en una sincera sonrisa.

—En un primer momento yo intenté interceder por ella, por satisfacer a mi madre, pero María se presentó en mitad del Consejo y peleó contra nosotros. Perdió y fue castigada.

—¿Castigada?

—Con la muerte.

—¿La ejecutaron?

Jean se encogió de hombros y exclamó: —Es la ley.

—¿Así que tú eres un «pez gordo» entre los de tu clase?

—Cada vez menos. Tras la conversión de Markus liberé a muchos de mis «vástagos» y me alejé de la política vampírica. Sigo teniendo contactos y algo de poder... pero nada más.

—Me pones la piel de gallina.

Jean se levantó para sentarse junto a ella y pasó su brazo por detrás para atraerla hacia sí.

—Pues no. No quiero. No puedo evitar el haber vivido tanto, ni ser lo que soy, pero al margen de esos pequeños detalles soy como tú. Ni más ni menos ¿De acuerdo?

—¿Así que tengo más hermanos?

—Tuve más hijos, pero al liberarles formaron sus líneas propias de sangre. Así que ahora mismo solo Jack y Markus, a quien ya conoces.

—¿Jack? ¿Cuándo voy a conocerle?

—Le he llamado para que viniera, pero ahora no está en un buen momento... Quizá más adelante.

Daniela empezó a ilusionarse. Tenía familia. Era algo increíble, pero

la tenía.

—Dani... —murmuró Jean poniéndose serio—, yo quisiera preguntarte algo.

—Adelante.

—Sabes que conozco a tu tía desde que era pequeña y también sabes que en el tiempo que hemos pasado juntos desde que vino a buscarme para hablarme de ti, nosotros hemos... intimado.

—No he querido preguntarle sobre ti. Lo que haya entre vosotros es algo privado.

La mirada de Jean se perdió de nuevo. Era un tema delicado y no quería darle a Daniela una imagen errónea.

—Nos llevamos bien. Tu tía es una persona adorable y como todas las mujeres de tu familia es fuerte y decidida pero ahora mismo está en un punto clave, tiene que tomar decisiones y eso le hace sufrir. Su antigua relación parece que no termina y ha llegado a un punto que debe liberarse de ello o volver con su ex. ¡Ejem! —carraspeó—, ...con Carlos.

—¿Cómo sabes todo eso? ¿Te dedicas a hurgar en su cabeza?

Jean la miró fijamente y con semblante serio negó despacio.

—Dani, no hace falta ser un vampiro para ver qué le pasa. La he visto llorar después de hablar por teléfono y a menudo su mirada se pierde en el vacío porque su mente está en otro sitio.

—Entonces... ¿Tú? ¿Lo vuestro?

—Nunca has oído la expresión «un clavo saca otro clavo»

Dani abrió mucho los ojos y lo miró fijamente.

—Y a ti... ¿No te afecta nada?!

Jean sacó todo el aire de sus pulmones antes de contestar.

—Lo primero que aprende alguien como yo es a mantener una máscara ante el mundo que te haga parecer que estás por encima de todo y de todos, pero por supuesto que me afecta. Tengo muy claro que lo nuestro es pura atracción y que la disfrutamos juntos... pero no hay nada más. Quisiera ayudarla y hablar con ella del tema pero creo que es demasiado personal para hacerlo, probablemente me dirá que no es asunto mío y quizá tenga razón, pero contigo... ¿Hablarás con ella?

Daniela le admiró en silencio. Él estaba más preocupado en hacer a Julia feliz que por sus propios sentimientos, desde luego podía parecer un quinceañero pero en su mirada había algo que mostraba su madurez interior.

—¿Y tú?

—Intentaré mantenerme al margen, pero no quiero verla llorar.

Después de hablar un buen rato, cuando salieron del local, Jean Jacques insistió en dar un paseo de camino a casa de Dani.

—París es una ciudad para recorrerla a pie —le dijo—. Cada esquina, cada plaza tiene un pequeño secreto por descubrir.

—Y que lo digas. Es preciosa. Y si además lo haces acompañada de alguien que la conoce bien...

Jean le ofreció su brazo para que ella se colgase de él, y una sonrisa picarona. Daniela no pudo sino aceptar el gesto para caminar a su lado. Cada vez se sentía más cómoda con él.

La noche se iba cerrando y ellos paseaban tranquilamente cuando de detrás de un furgón aparecieron dos hombres, altos, grandes y desgarrados, que iban armados.

—Mira lo que hay por aquí..., dos hermanitos volviendo al hogar. La chica es una delicia pero el hombrecito es un bombón, ¿no crees?

Jean Jacques tiró de la mano de Daniela para ponerla detrás. Ella se cogió a la tela de su chaqueta con manos temblorosas y miró a ambos lados, para descubrir que la calle estaba totalmente desierta.

—Qué tierno, el niño protege a su hermanita. Quizá empiece primero por tu pálido culito.

Negando con la cabeza Jean Jacques se transformó, sus ojos hasta ese momento de un azul limpio y profundo se convirtieron en dos esferas negras, sus colmillos con un chasquido se desarrollaron hasta asomar por debajo de su labio superior y sus dedos se alargaron casi transformándose en garras.

—¡Santo Dios! —exclamó el hombre con pánico en su voz y girándose a toda velocidad tropezó con su amigo al salir corriendo calle abajo.

Jean Jacques levantó una mano y una onda de poder los detuvo en seco y les hizo caer de rodillas. Se separó de Daniela y acercándose despacio, hasta donde estaban los hombres pero siempre de espaldas a ella, les susurró unas palabras.

Uno de ellos se acostó en el suelo pidiéndole a Dios que le ayudara, el otro, con la mirada perdida se orinó en sus pantalones.

De repente, salida de la nada, se levantó una brisa suave y fría y ambos quedaron inconscientes.

El vampiro dio media vuelta y fue caminando hasta donde Daniela se había quedado petrificada. A pesar de llevar la cara inclinada al suelo y de que su pelo suelto le cubriese la mayor parte del rostro, cuando estuvo cerca puso su mano delante para que ella no pudiera verle y dijo: —¡No me mires! ¡Vámonos!

La cogió del brazo al pasar a su lado y la arrastró hacia el otro lado de la calle.

—Para Jean. ¡Detente!

Él frenó en seco, pero no se giró a mirarla. Y cuando ella comenzó a dar la vuelta a su alrededor para verle la cara, él suplicó ocultando su rostro: —Dani, no me mires estando así. No quiero que me veas en este estado. Aún no.

—Shhh —dijo ella a todas luces temblorosa—. ¿Jean?

—Dime.

—¿Estás bien?

—Claro que sí, me preocupas más tú.

—Yo estoy bien y quiero... quiero verte.

Él, enderezó sus hombros y se puso frente a ella. Inmóvil como una estatua.

A Daniela, el corazón le iba a mil por hora, pero no retrocedió. Se detuvo a observarle, mirar sus ojos enteramente negros, su piel más transparente y fina de lo que recordaba, y unos afilados colmillos que sobresalían de su labio superior.

Temblando, se acercó a él y le abrazó.

—Gracias.

Jean correspondió el abrazo y la emoción hizo que una lágrima de sangre resbalase por su mejilla, mientras que en su interior recitaba una oración para dar gracias por aquello.

Ella consiguió separarse un poco de su férreo abrazo y preguntó impresionada: —¿Les has matado del susto?

—No. No soy un juez, ni un verdugo.

—Pero tenemos que llamar a la policía, seguirán libres haciendo lo que les dé la gana con otros inocentes.

Con una mueca grotesca y poniendo un dedo ante sus labios respondió: —Shhh tranquila, no van a recordar nada de lo que ha pasado y los dos van a ir a la policía a confesar todo lo que han hecho y entregarse.

Ella levantó la vista para mirarle y le abrazó de nuevo.

—Eres espeluznante.

—Hombre, gracias.

—Lo digo con todo el cariño...

—Vamos, he de llevarte a casa.

Él apretó su mano y cuando ella se volvió a mirarle, sus ojos volvían a ser increíblemente azules y humanos, y su rostro había vuelto a la normalidad.

Jean Jacques la acompañó hasta el portal sin soltarla ni un momento, y cuando Daniela tenía ya la llave dentro de la cerradura para entrar a edificio, en un murmullo que apenas fue audible dijo: —Espero que este episodio no consiga distanciarnos y siga en pie lo del jueves.

Ella le miró.

Su voz había sonado como un arrullo y había cierto deje de súplica en el tono empleado. Aquello era increíble. Se había sincerado con ella contándole cosas íntimas de su pasado, le había mostrado su preocupación por Julia y la había protegido de aquellos hombres. Era cierto que sentir como liberaba su poder y aquella inesperada transformación la había aterrorizado pero... ¿cómo podía negarse?

—Estáis invitados, mañana te llamo y os digo sitio y hora. Y ¡ah!, poneos guapos.

La sonrisa que le devolvió el joven fue lo más reconfortante del día. A ella sumó una graciosa reverencia y lanzándole un beso se marchó calle abajo.

Al subir al apartamento, Sasha y Svetlana la estaban esperando ansiosas.

—Ha llegado algo para ti.

Cuando se apartaron para que ella entrase, vio un gran ramo de capullos de rosa blancos que puestos en un jarrón de cristal ocupaban casi toda la mesa de comedor y hacían pequeña la habitación.

—¡Dios mío!, es enorme ¿Cuántas hay? ¿Tres docenas?

—Cuatro —dijo Sasha—. Las he contado. Pero lo que nos tiene en ascuas es este sobre. ¡Ábrelo, ábrelo! —añadió dando saltitos como una niña pequeña.

«Siento mucho lo ocurrido, no suele ser mi forma de proceder. Espero reconsideres mi comportamiento aceptando este pequeño obsequio. Olivier».

Cuando leyó el papel se quedó sorprendida, lo dejó sobre la mesa para coger una de las flores y oler su fragancia y sus amigas se lanzaron como buitres sobre la nota.

—¿Quién es Olivier? ¿Le conocemos?

—No, no le conocéis... «y yo, tampoco».

Con la rosa que había cogido del ramo, se fue hacia su habitación y cuando estaba en la puerta se volvió para mirar a sus amigas y preguntar: —Por cierto Sve, ¿te importa si unos amigos se unen a «nuestra celebración»?

—Si entre ellos hay hombres guapos, claro que no.

Entró a su cuarto y cerró la puerta tras de sí, apoyando su espalda contra ella, cerró los ojos y aspiró. El aroma del capullo que llevaba entre los dedos la tenía embriagada.

En un primer momento, al verlas creyó que las había enviado su padre, así que fue una gran sorpresa descubrir que había sido Olivier.

«Qué raro» pensó, «yo no dejé la ventana abierta... ».

Al ir a cerrarla, notó como la flor escapaba entre sus dedos y al intentar cogerla mejor, se pinchó. Una gota de roja sangre apareció sobre su blanca piel. Durante unos segundos se quedó mirando su pulgar herido y mientras lo hacía comenzó a notar una brisa fresca y limpia que venía de la calle. Con suavidad se sintió rodeada por ella y se notó sobre su boca unos labios suaves que la acariciaban, dulcemente.

Se asustó.

Abrió más si cabe, sus ojos y empezó a agitar sus brazos intentando espantar aquella presencia incorpórea que se cernía sobre ella. Como un torbellino la corriente se replegó y salió por la ventana, cerrando esta de golpe.

Dani se sintió aterrorizada, al mismo tiempo que un gran vacío llenó su corazón.

Se miró el pulgar y la herida había desaparecido. ¿Tenía alucinaciones?

Sentada en la cama estuvo buena parte de la noche, sin dejar de mirar

la ventana. Ahí fuera, en algún siniestro lugar, el mundo estaba lleno de sombras....

10

El jueves, cuando Dani llegó al piso después del trabajo, había ropa y zapatos diseminados por todas partes. Sasha y Sevtlana llevaban toda la tarde probándose conjuntos para salir esa noche. En el salón, frente a un gran espejo de cuerpo entero, discutían sobre los colores que más les favorecían.

—¿Vais a poneros todo esto?

—Estamos aún en fase de selección —contestó Sasha. ¿Qué vas a ponerte tú, Dani?

—Pues realmente no tengo mucho donde elegir, yo no tengo tanta ropa como vosotras. Lo pensaré mientras me doy una ducha.

Cuando salió del baño, Svetlana tenía preparado un par de conjuntos de su armario que podrían servirle.

—Pero Sve, de veras no hace falta.

La modelo llevaba dos vestidos en sus respectivas perchas colgando de cada mano.

—No quiero verte con esos trajes de mercadillo que tienes. Elige ¿Quieres que se vean los tatuajes que llevas en la espalda? —dijo mostrando el primero—, ¿o no? —preguntó hondeando el segundo como una banderola.

—Preferiría que no. Esta noche no quiero que me vean como si fuera una macarra.

—No son macarras —protestó Sasha—. Son siete mariposas preciosas que van revoloteando desde la cintura a tu hombro.

Y mientras hablaba dibujaba las figuras que asomaban sobre la toalla que llevaba Dani alrededor del cuerpo.

—Ponte este. Como es negro y con apliques azul Klein con tus ojos quedará precioso.

El vestido en cuestión era corto, cortísimo y muy ceñido. Tenía el escote asimétrico, llevaba uno de los hombros totalmente al descubierto, mientras que la otra manga llegaba hasta la muñeca.

Al mismo tiempo que Svetlana le subía la cremallera, Sasha no dejaba de ponerle un sin fin de pulseras de los dos colores en el brazo que quedaba desnudo. Unos stiletto azules y un clutch negro completaron el conjunto. Su

larga melena suelta con suaves ondas y el sutil maquillaje hicieron el resto.

—Eres tan bonita.... —suspiró Sasha—. No entiendo porque no has trabajado de modelo.

—Quizás... ¿Por qué no llego al 1.65m?

—Pasarela no podrías, pero con ese tipazo y esa cara bien podrías posar en algún catálogo.

—No soy tan bonita Sasha, tú me ves con buenos ojos porque somos amigas.

Sasha resopló. —No te miento Dani. Además está tu forma de andar y moverte, vas diciendo ¡Miradme soy SEXY!

—Yo también te quiero, Sasha —respondió Daniela divertida.

—He llamado a un taxi —anunció Svetlana mientras agitaba el móvil ante sus caras—. ¡Ánimo chicas! ¡La noche nos espera!

Lady Gaga sonaba a todo volumen cuando Svetlana, Sasha y Dani entraron al club. Estaba hasta los topes, pero le habían prometido a Sve que celebrarían por todo lo alto su contrato, e iban decididas a pasarlo bien.

Por otro lado, su padre y amigos, se habían invitado a la fiesta. Jean estaba decidido a pasar el mayor tiempo posible con ella y conocerla bien, así que había sido imposible decirle que no.

«Vampiros y humanos...». Dani negó con su cabeza para alejar esos pensamientos y siguió a Svetlana y Sasha que iban delante abriendo paso. Las dos mujeres, por su indumentaria, su aspecto y su altura, acaparaban buena parte de las miradas masculinas, pero cuando pasaban y le tocaba el turno a Dani que iba detrás las dos modelos bielorrusas pasaban a un segundo plano, pues ella tenía un «algo» del que carecían sus dos atractivas compañeras de piso.

Era guapa, bastante sexy y causaba la admiración de los hombres y la envidia de las mujeres por allí donde pasaba.

Cuando Daniela encontró el reservado donde estaba «su familia» le dio un tirón de la ropa a Sve. La música estaba tan alta que no se molestó en decirle nada, solo señaló. Tomó la delantera y sus amigas la siguieron.

En la zona donde estaban las mesas el nivel del sonido era más bajo y se podía hablar.

—¡Hola, chicos! —dijo Daniela sonriendo—. Os presento a Svetlana y a Sasha, mis compañeras de piso.

—¡Oh, Dani! ¡No nos habías dicho que tenías un hermano!

Ella abrió la boca y la cerró, quizá era la mejor forma de explicar el increíble parecido físico entre ambos sin soltar la verdad.

—De mi tía si os he hablado y estos son Markus y Sara, su mujer. Amigos... de mi hermano. Miró a ambos lados y preguntó con una sonrisa torcida. —¿No ha venido Olivier? Me hubiera gustado ver cómo se desenvuelve en un sitio como este.

Jean Jacques la miró con reproche y ella se encogió de hombros riendo. Él se acercó a su oído y susurró: —Deberías darle una oportunidad. Quizá si intentases conocerle un poco...

—No tengo ningún interés, créeme.

Aunque en el fondo se sentía decepcionada, desde aquel día en su casa, cuando él la había echado a patadas no había vuelto a verle y en cierto modo había esperado que hoy estuviera presente.

—Señorita —dijo uno de los camareros—. Hay un caballero en la barra, que estaría encantado de poder invitarla a una copa.

Ella miró en la dirección que le indicaban, esbozó una sonrisa y dijo: —dígame que estoy en una celebración con mis amigos y familia, y que se lo agradezco, pero no estoy interesada.

Svetlana puso morritos antes de decir con su extraño acento. —No es justo, llevo una semana decidiendo que me iba a poner para la fiesta y sé que voy preciosa, Dani ha cogido lo primero que ha visto en el armario y ella es la primera en ligar. Siempre igual.

—Pero Sve... Estás guapísima, si se ha fijado en mí es porque llevo un vestido tuyo. Vamos a bailar, anda.

Empezó a empujarla suavemente y se volvió para mirar a todos y encogerse de hombros a la vez que vocalizaba:

—Me la llevo a bailar.

Sasha aclaró: —A Svetlana le gusta la música, el mal rollo se le pasará enseguida. Pero tiene razón, Dani tiene algo que a los hombres les gusta y si no fuera como es tendría pretendientes a montones.

—¿Si no fuera cómo es? —preguntó curioso Jean Jacques.

—A tu hermana la llamamos «la princesa de hielo», pero en plan cariñoso, ¿eh?

Jean Jacques miró a la pista, a simple vista observando cómo se movía al bailar era difícil pensar que fuese fría. Las dos mujeres tenían espacio a su

alrededor y una corte de individuos las miraban de forma descarada. Ambas se movían de forma insinuante, levantando los brazos y agitando sus caderas al son de la música. Las luces parpadeantes hacían que sus movimientos parecieran hechos a cámara lenta.

Era muy sexy.

Dani estaba absorta bailando y no se dio cuenta de que al otro lado de la sala, alguien más tenía los ojos clavados en ella.

Tras tres o cuatro canciones regresaron. Sve ya estaba más animada, cogió una de las copas de champaña y se la bebió de un solo trago.

—Esto es muy flojo... Quiero vodka.

Fue hasta la barra y se trajo una botella y vasitos helados. Los llenó, repartiéndolos entre todos los allí sentados y diciendo *Na zdorovje*, se tomó el suyo de un trago.

—Por favor —dijo Dani—. Si esto termina como creo que va a terminar, que alguien me lleve a casa... —y se bebió el suyo de golpe también pero poniendo cara de asco, como quien toma medicina de horrible sabor.

El resto brindó y bebió, para celebrar el contrato de Sve, pero declinaron una segunda copa.

Sonó Muse, y Sasha y Dani, volaron a la pista de nuevo, pero cuando estaban a medio camino Daniela volvió sobre sus pasos para coger a Sara de la mano y arrastrarla hasta la zona de baile. Svetlana no soltaba el vodka y allí sentada, se hizo un par de taponazos más.

Jean Jacques se levantó y dijo: —Ahora vuelvo, creo que he visto a un conocido.

Se había percatado de un observador misterioso que desde el otro lado de la sala estaba pendiente de todos sus movimientos. Sonriendo, bordeó toda la pista de baile hasta llegar hasta él.

—No crees que deberías ir a la mesa y sentarte con nosotros.

—No estoy de humor Jean, creo que será mejor que no lo haga.

—¿Dónde has dejado tu peluca y tus tacones? ¿Acaso, vas de incógnito?

—En cierto modo.

—Olivier... ¿Qué sucede? ¿Qué demonios pasa con vosotros? Parecéis el perro y el gato. Nunca te he visto así.

El francés lo miró.

—No ha sido buena idea venir... Me marchó.

Apuró su copa y la dejó en la barra, se levantó y se alejó.

Jean Jacques negó con la cabeza y le observó alejarse. Apesadumbrado, volvió a la mesa con los demás. Se sentía contrariado por la reacción de su amigo, en todos los años que llevaba con él nunca le había visto derrotado. Siempre llevaba la iniciativa y debido a su atractivo, estaba más que solicitado por el sexo femenino, pero ahora parecía un gatito apaleado.

Tras muchas risas, mucho vodka y algunos bailes, la noche acabó y terminaron llevando a Svetlana casi a rastras a casa, pues había bebido demasiado y apenas se tenía en pie. Por el contrario Dani, de forma increíble para todo lo que había tomado, parecía aún bastante coherente. Insistió en parar para comprar una tarrina de helado y se empeñó en bajar del coche ella misma a elegirlo. Con pasos titubeantes, caminaba sola, aunque de vez en cuando parecía que sus tacones eran demasiado para ella, y entre risas, daba algún pequeño traspie.

Cuando llegaron a casa de las chicas, Jean Jacques y Markus llevaron a Sve en volandas hasta el portal. Una vez allí Jean preguntó: —¿Queréis que os ayudemos a llevar a Sve hasta la cama?

Dani negó con la cabeza apretando los labios en una fina línea.

—¿Puedes hablar?

Y entonces ella asintió y le entró la risa.

—Estamos bien —contestó cuando pudo calmar las carcajadas—. De verdad.

Dani se acercó a Jean y murmuró junto a su oreja —¿No vas a echarme una bronca por beber? Se supone que eso es lo que hacen los padres...

Jean la miró sorprendido y entonces ella le abrazó, y le besó en la mejilla. Al soltarle dijo en voz alta: —Gracias, «hermano» y también gracias a todos por acompañarnos.

Markus soltó a Svetlana y Dani ocupó su lugar, que con la ayuda de Sasha, que la sujetaba por el otro brazo, y entre risas, comenzaron a subir a su piso.

—¿Quieres que subamos con ellas? Parece que van un poco bebidas...

—¿Solo un poco? —contestó Jean con ironía—. No, tranquilo. Están bien. Dani es una chiquilla increíble, no te imaginas lo que me alegra haberla

conocido. Nunca pensé que pudiera sentirme tan completo. Supongo que a ti te ocurre lo mismo con Sara, pero a otro nivel.

—Sí, vámonos. Hablando de mi mujer... tiene que estar medio dormida en el coche, y la quiero descansada para continuar nuestra «luna de miel» mañana.

—Parecéis felices.

—Te aseguro que lo somos.

—Me alegro, Markus. Me alegro muchísimo. Gracias por venir y ayudarme con todo esto. Sé que tú y yo no empezamos bien...

—¡Eh!, eres mi «padre».

Se dieron un medio abrazo y subieron al coche.

11

Dos días más tarde, Dani iba sentada en el asiento del copiloto del todo terreno que Jean Jacques conducía. Circulaban en dirección al *château* rural de Salomé, en la población de Chartrettes a unos 50 km de París.

Ella estaba visiblemente agitada y no paraba de moverse. Si en un momento sus dedos tamborileaban sobre su pierna, al siguiente era el pie el que daba golpecitos.

Jean la observaba desde su posición al volante y sonreía divertido.

—¿Nerviosa?

—No. Para nada —dijo mientras cruzaba sus brazos para después ajustarse el cinturón por decimoquinta vez.

—Dani. ¿Quieres parar? Acabaré poniéndome nervioso yo también.

—No puedo parar, tendrás que atarme.

—Tengo muchas formas de detenerte, créeme —dijo poniendo énfasis en la frase.

—No serás capaz.

—¿No?

Ella lo miró con espanto y él le dirigió una media sonrisa.

—Cuéntame algo. Relájate.

—¿Algo como qué?

—¿Por qué te llaman «la princesa de hielo»? —y ante la cara de sorpresa de ella, añadió: —A Sasha se le escapó en la fiesta.

—Pues... es el apodo que me dan Sasha y Sve. Ellas se burlan por mi escasa agenda social. A veces me gustaría pensar menos en las consecuencias y lanzarme más pero... bueno pues soy así y ya está.

—¿Eres virgen?

—NOO. ¿Cómo preguntas «eso»? Es algo íntimo, personal. No son cosas que se les cuentan a «los padres».

—Dani, tú no me ves como a un padre.

—Bueno, a ratos sí.

—¿Soy padre a tiempo parcial? —murmuró poniendo un mohín

gracioso con sus labios.

—No. Claro que no. Pero... si me cuesta asimilar lo que eres... imagínate pensar que eres mi padre biológico real. Y no, no voy a contarte nada sobre mis relaciones sexuales, así como tampoco quiero saber nada de las tuyas.

—¿No quieres saber cómo es el sexo para un vampiro?

—No.

—¿No? Y si se te plantea... ¿No quieres saber que puedes esperar?

—No voy a tener sexo con ningún chupasangre.

—Nunca digas nunca jamás —murmuró Jean divertido.

Llegaron al *château* y aunque era de noche, la luz de la luna permitió a Dani admirar la arquitectura de la casa.

—¿Qué te parece?

—Pues yo diría que se construyó a finales del siglo XVI o principios del XVII. Por lo demás, es la típica construcción barroca francesa del campo, con un exterior de pureza clasista. Aparentemente la organización de los jardines es posterior...

—Frena, Dani. ¿Te gusta?

—Es preciosa.

—Vamos dentro, Salomé nos espera.

Daniela respiró hondo, cuadró sus hombros, levantó su barbilla y entró a la casa. Un mayordomo les acompañó a un pequeño salón que daba al jardín trasero. La chimenea estaba encendida y era agradable, pues el día había sido frío y húmedo. Una hermosa mujer de unos cincuenta años con el cabello negro y brillante como el ala de un cuervo, estaba sentada leyendo un libro. Cuando entraron levantó su hermoso rostro y al ver a Dani sonrió.

—Tenía mis dudas, Jean, pero al verla... es asombroso.

Dani se acercó e hizo una pequeña inclinación de cabeza.

—¡Oh, vamos! Olvidemos por un momento el protocolo. Ven aquí y abrázame. La hija de Jean... esto es un milagro. ¡Déjame verte!

La cogió de la mano e hizo que girarse sobre sus talones, la miró de arriba abajo, por delante y por detrás.

—Preciosa. Es preciosa y está viva, y sana. ¿Has pensado ya en convertirla?

A Dani se le heló la sangre de repente, ¡qué idiota!, nunca había pensado en la posibilidad, pero estaba ahí. ¿Y si querían transformarla?

—Muchacha, tranquila. No pienses en que vamos a obligarte a nada, pero eres uno de los nuestros, y sería muy lógico que tú quisieras pertenecer de pleno a la familia. Por cierto. Me llamo Salomé y soy buena amiga de tu padre. Nos conocemos hace mucho, mucho tiempo.

Despacio Dani expulsó el aire que llevaba un rato reteniendo, e intentó que al hablar su voz sonase tranquila y controlada.

—Mi nombre es Daniela, pero casi todos me llaman Dani.

La mujer se echó las manos a la boca. —No me habías advertido sobre esto, Jean. Su voz. ¡Ella posee el «don»!

Dani abrió mucho los ojos.

—Explíquese, por favor.

Fue Jean Jacques el que habló.

—He estado observándote y me he dado cuenta de que con tu tono modulado eres capaz de modificar la conducta de las personas. Con el entrenamiento adecuado podrías controlarlo.

—Niña, mírame a los ojos —murmuró la mujer.

Daniela, nerviosa, miró a Jean, quien afirmó con un movimiento de cabeza. Temerosa de lo que podría ocurrir, poco a poco levantó la vista hasta quedar frente a frente con la vampiresa. En ese momento las puertas dobles del saloncito se abrieron y, sorpresa, Olivier entró engalanado como un árbol de Navidad.

—*Bonsoir!* —dijo, flexionando su cintura y haciendo una exagerada reverencia.

Daniela se quedó boquiabierta. El vampiro lucía una entallada casaca larga de seda color turquesa, bordada con motivos chinescos en miles de colores. Pero lo que realmente le llamó la atención fue la peluca de tirabuzones del color del fuego que le llegaba a media espalda. Aquel cabello postizo pelirrojo hacía resaltar aún más su piel nívea y sus increíbles ojos verdes. Allí estaba, a tan solo un par de pasos de ella y su sola presencia le cortaba la respiración.

Olivier hizo un gesto de saludo hacía Jean y se quedó allí parado, congelado como solo los vampiros pueden hacer, con el cuerpo erguido y su mano derecha apoyada en el bastón, esperando a que la mujer se dirigiera a él.

Salomé exclamó: —¡Olivier d'Aubry! Celebro que hayas venido. Te he

mandado llamar porque al parecer fuiste tú quien probó la sangre de la muchacha y la comparó con la de Jean.

—Cierto, Salomé. Fui juez y testigo.

—¿Y bien? ¿Qué puedes decirme que no sepa?

—Como ya bien dije, ella es una híbrida. Tiene una ligera proporción de la sangre de Jean Jacques, y aunque es evidente que es su hija, es prácticamente humana.

—¿Crees que ella evolucionará y se transformará en purasangre como vosotros?

La cara de Dani era un poema, ya no intentaba fingir control ni serenidad. Estaba aterrada y sus ojos brillaban asustados.

—Salomé, la estamos asustando, quizá deberíamos tener esta conversación sin que ella estuviera presente —dijo Olivier sin mirarla.

—No —casi gritó Dani. —Lo que tengas que decir hazlo ya. Si sabías algo ¿por qué no lo dijiste en aquel momento?

—Nadie me preguntó —dijo encarándola por primera vez desde que entró en la habitación, —y además hubiera expresado mi humilde opinión. Sobre todo esto no hay un manual, no sé más que el resto sobre el asunto.

Volviéndose a Salomé y utilizando un tono más suave añadió: —No creo que se transforme, su componente humano es más elevado que el vampírico. Si no hubiera comparado allí mismo su sangre con la de Jean, no hubiera pensado que se trataba de una híbrida, sino que simplemente había bebido de uno de nosotros.

—Gracias, Olivier, como purasangre tu opinión es importante.

Él inclinó la cabeza y se quedó mirando al suelo.

En fin —dijo Salomé—. Es una gran noticia y creo que ahora nuestro deber es contárselo al mundo. De aquí a dos semanas daré un baile de máscaras a los que todos asistiréis y allí, presentaremos a la muchacha. Volviéndose hacia Dani añadió: —Conocerás a la flor y nata de nuestra raza... ¡Será magnífico! Me alegro muchísimo de haberte conocido. Nos vemos en dos semanas.

Salomé se giró y volvió a su sillón y con estas palabras por despedida, dio por terminada la reunión.

Salieron del saloncito y Olivier, que les precedía, se fue directo a su

limusina. Cuando ya casi estaba dentro del coche, se giró mirando a Dani y preguntó: —¿Tu tobillo está bien?

—Sí, gracias.

Asintió, se metió en el coche y le indicó a su chófer que arrancase.

Dani se quedó mirando como el coche ejecutaba la maniobra despacio y se perdía por el camino.

Parecía abatida.

—Dani —dijo Jean Jacques, sacándola de su estado de abstracción—. Deberías hablar con él.

—¡Para qué! ¡Mira cómo se ha puesto y yo no le he dicho nada!

—Después de todos vuestros encuentros y de cómo le has hablado cada vez, ¿crees que él va a intentar entablar una conversación normal contigo? Veo tu cara y sé que lo deseas. ¿Por qué no le llamas? Él podría ser de gran ayuda en tu presentación. Es un hombre de mundo y un gran bailarín, por lo que podría ponerte al día para que sepas como desenvolverte en el baile. Además, por su relación con el Consejo, conoce a todos e infunde mucho respeto. Dani, yo llevo mucho tiempo al margen de la política vampírica y me temo que no te daré información tan fiable como la que él podría proporcionarte.

—Me odia, no me ayudará.

—Dani —dijo Jean cogiéndola por la barbilla para obligarla a mirarle—. Él no te odia.

Ella respiró hondo. —Dame su número. Lo pensaré.

El silencio imperó en el camino de vuelta. Ella no paraba de darle vueltas a algo, estaba tensa y pensativa.

Cuando Jean empezó a tomar dirección hacia la buhardilla donde Dani vivía con las modelos, ella le preguntó: —¿Podemos ir a tu casa? Necesito que hablemos.

Jean Jacques no dijo nada, pero se dirigió hacia su casa. Al llegar, metió el coche en el garaje y mientras subían en el ascensor, no pudo evitar mirar el semblante pensativo de Dani.

Desde luego se avecinaba algo importante. Iba muy seria.

Entraron al ático y después de saludar a su tía le pidió a Jean que la acompañase a la biblioteca. Al entrar cerró la puerta y se desplomó en un

sillón.

—¿Qué ocurre Dani? ¿Por qué no puede estar Julia presente?

—No creo que le guste lo que va a pasar aquí.

Tras unos instantes en los que Jean la miró de arriba abajo, ella le dijo: —¡Muérdeme! Necesito saber todo lo que pueda sobre mi naturaleza. Me da la impresión de que Olivier se ha callado algunas cosas.

Jean arqueó las cejas. —¿Estás segura? No quiero hacer nada que te haga salir corriendo de mi vida.

—¡Hazlo! —dijo, y en su voz se notó un matiz de verdadera histeria.

—Está bien, siéntate. Lo haremos con el medallón, así no tendré que transformarme, pero beberé directamente de tu piel.

—¿Transformarte?

—Aunque veas mis colmillos más largos que el resto de mis dientes, si intento morderte así lo único que conseguiré es destrozarte el brazo. Para conseguir que crezcan hasta el punto de perforar perfectamente la piel, los vampiros sufrimos una transformación y además de alargar nuestros caninos... nuestros ojos dejan de ser humanos, la piel se afina quedando casi transparente y las falanges se alargan mostrando unas uñas tremendamente afiladas, casi como garras...

—¿Lo que te pasó el día que nos atacaron aquellos ladrones?

Él asentía mientras ella le miraba.

—Pues... mejor con el medallón, ¿vale?

—De acuerdo.

Estaba temblorosa y Jean Jacques la rodeó con sus brazos.

—No tengas miedo, mi niña. ¿De verdad piensas que yo podría hacerte daño?

—Confío en ti.

—Lo sé y te doy las gracias.

Le subió la manga del jersey y comenzó a frotar la parte interna de su muñeca con el pulgar.

—¿Estás preparada? No es seguro que vayamos a averiguar nada.

—Estoy todo lo lista que puedo estar, y confío en que si hay algo me lo dirás, no como la señorita doña secretos.

Jean sacó el medallón de debajo de su ropa, estaba caliente pues había estado en contacto con su cuerpo. Besó la zona que iba a cortar y antes de que Dani se diera cuenta, él tenía los labios sobre su piel. Fue muy delicado.

Cuando acabó, cortó con el medallón en su dedo y lo pasó por la herida. Ante los asombrados ojos de Daniela, la herida se fue cerrando como si hubieran reducido los fotogramas de una película y las secuencias pasasen de forma muy rápida.

En un suspiro se había cerrado y la única marca era una mancha de sangre emborronada.

—¿Estás bien? —le preguntó Jean.

—Sí. Algo aturdida, creo que no me acostumbraré nunca a ver como bebéis sangre, pero estoy bien. ¿Tienes algo que contarme?

—Eres humana sobretodo y, esto es mi opinión personal, no creo que vayas a evolucionar en nada, a menos que te vincules a uno de nosotros o desees ser convertida. Ese porcentaje mío que llevas dentro te hace más fuerte, más sana, más longeva quizás... pero por todo lo demás, puedes estar tranquila.

Dani expulsó el aire que retenía de golpe y se recostó en el sofá.

—Gracias Jean.

—De nada, pequeña.

Jean se llevó la mano a la barbilla. Olivier había dicho que su linaje no era demasiado evidente y no era así desde luego. Pensó que sería no mejor no darle mucha importancia, ya lo hablaría con él cuando estuvieran a solas. Giró sobre sus talones y caminó hasta la entrada de la biblioteca y ya con la mano en el picaporte de la puerta, se volvió para dirigirse a Dani que aún estaba desplomada en el sillón.

—¿Por qué no te quedas a dormir? La casa es enorme y puedes elegir habitación... Julia podría dejarte algo de ropa.

—Me encantaría, de verdad. Gracias, Jean.

Él sonrió, se acercó de nuevo y le tendió la mano. —Anda vamos al salón, que desde aquí puedo sentir la ansiedad de tu tía por saber qué está pasando.

—Un momento. ¿Me explicas lo de “la voz”?

El vampiro sonrió. —Parece que sí hay algo que has heredado de mí.

—¿Cómo?

—Verás. “La voz” es un poder que algunos vampiros tienen. Yo lo tengo y, en cierta medida, tú también.

—¿Y... en qué consiste?

Jean Jacques se alejó unos pasos, caminando con mucha suavidad.

Parecía flotar. Cuando se giró para mirarla de nuevo tenía una expresión tan taimada que un escalofrío recorrió toda su espina dorsal.

—**¡Levántate!** —le ordenó. Y sonó como si su voz reverberase por toda la habitación. La sensación fue como si un millón de pequeñas voces hubiesen repetido el mandato a destiempo, llenándole los oídos. Sin quererlo, Daniela se vio obligada a levantarse automáticamente con los ojos como platos, pues su cuerpo había obrado solo, sin que ella le diese la orden, y no solo eso, se encontraba detenida, como si esperase para obedecerle de nuevo.

Le miró con cara de angustia y Jean chasqueando los dedos hizo que el efecto pasara. Se acercó rápidamente a ella y la sostuvo, sujetándola por los hombros.

—¿Estás bien, Dani?

—¿Y yo podría hacer eso? —preguntó ella a su vez.

El vampiro sonrió. —Depende de lo que hayas heredado de mí. No te preocupes, lo averiguaremos pero te advierto que desarrollarlo será muy lento. No es algo que se pueda enseñar en un par de días, se tardan años.

Daniela cogió su mano. Estaba fresca y parecía extremadamente fuerte. Él tiró suavemente de ella hasta conseguir que le siguiese hasta el salón. Allí su tía los esperaba con incertidumbre.

—Todo va bien, Julia. Jean me ha invitado a dormir aquí. ¿Me dejarás alguna camiseta para usar como pijama?

—Pues claro, cariño —dijo Julia abrazándola—, pero antes vayamos a la cocina a ver que puedo darte de cenar. Te estás quedando en los huesos.

—Tía, no estoy en los huesos —protestó Dani.

—Es un decir, es un decir....

12

La voz de Olivier sonó jocosa en el altavoz del iPhone de Dani.

—No puedo creer que me estés llamando. ¿Estás enferma?

«Yo tampoco puedo creer que lo esté haciendo». Daniela respiró profundo, hablar con el francés siempre acababa crispándole los nervios.

—Intentaba hablar contigo directamente y no llamarte, pero hace varios días que no vas a casa de Jean. Lo que tengo que pedirte —prosiguió—, es algo directamente para mí, pero me gustaría que pensases que lo harás para ayudar a tu amigo.

—Esto se pone interesante. Dani pidiendo algo... Vas a tener que hacerme mucho la pelota para conseguir algo de mí, *ma petite*.

Dani se mordió el labio y sus palabras sonaron arrepentidas cuando dijo: —Quizá tengas razón, siento haberte molestado.

Olivier pudo escuchar como hinchaba de aire sus pulmones para añadir: —Mis disculpas, *Monsieur* d'Aubry, seguro que seré capaz de solucionarlo de otro modo.

La voz del francés cambió de tono, ya no era de burla, era plana, sin denotar ninguna emoción.

—Espera, Dani, ¿no podríamos firmar una pequeña tregua? Aunque sea temporal. ¿No podemos intentar simular que nos llevamos bien?

—¿Vas a escuchar mi petición sin ninguna mofa de tu parte?

—*Oui*.

Daniela aspiró profundamente, Olivier era perfecto para lo que ella necesitaba.

—¿No te reirás?

—*Non*. Lo prometo.

—Ya sabes del fastuoso baile que está organizando Salomé para mi presentación en sociedad... —no esperó respuesta y siguió con su petición—, pues Jean Jacques no para de decir que me va a presentar a fulano y a mengano, que está orgulloso de que yo sea su hija, bla, bla, bla... Está realmente emocionado con mi exhibición ante vuestros amigos poderosos y no me gustaría decepcionarle —llegado a ese punto, carraspeó—. ¿Quieres ser

Pigmalión?

—¿Serás tú Galatea?

—Sí.

—¡Hecho!

—¿Tan fácil? No he tenido que arrodillarme y suplicar.

—No soy una persona complicada, pese a lo que tú quieres creer de mí. Además, como tú has sugerido, lo hago por Jean Jacques.

«Eso es cierto» pensó Dani. «¿Por qué tendría que molestarse por mí después de cómo le he tratado?» —Es verdad —murmuró en voz alta—. ¿Cuándo empezamos?

—Ahora. Llama un taxi y ven. Ya sabes donde vivo.

Cuando colgó, Olivier tenía una sonrisa en los labios. Esa llamada había sido un regalo del cielo. No podía imaginar una excusa mejor para estar cerca de Daniela, para sentir su esencia, saborearla y demostrarle que él no era una muñeca narcisista y vacía. Iba a ser una tortura tenerla tan cerca, pero no podía evitar desearlo con todas sus fuerzas.

Media hora más tarde, sonaba el timbre de la puerta.

Impaciente, no dejó que su criado hiciese los honores de recibir a Dani. Allí estaba él, frente al espejo del recibidor recolocando su peluca y pasando las manos sobre su bordada chaqueta, alisando arrugas imaginarias, y templando sus nervios.

—*Bonjour, petite!* —exclamó el francés al abrir la puerta.

—*Bonjour, monsieur* —dijo ella evitando mirarle a los ojos—. ¿Siempre vistes igual?

—No empezamos.

—No estaba empezando nada, simplemente pensé que en la comodidad de tu hogar dejarías de llevar tacones y peluca. Nada más. Me recuerdas a Svetlana, una de mis compañeras de piso, desde que se levanta hasta que se acuesta va perfecta. Ropa, maquillaje, pelo. Y es un poco esclavo, ¿no crees?

Olivier la miró de arriba abajo. Ella llevaba unos pantalones de cuero rojos, tan ceñidos que parecían pintados sobre su piel y bajo su chaqueta entallada azul, de tipo militar, se veía una camiseta blanca en la que, bordado con cristallitos de strass, se leía «*there's an angel inside this t-shirt!*»

—Siempre he tenido la impresión de que tú también cuidas esos pequeños detalles, ¿no?

—*Touché!* —suspiró—. Aunque no lo llevo al límite como vosotros dos. Mírame, no llevo maquillaje, me lavé el pelo dejándolo secar al aire y además llevo zapatos planos.

Olivier la examinó de arriba abajo y al llegar a sus pies dijo: —El próximo día tendrás que traerte otros, algo con tacón. Las botas militares, aunque combinan bien con el resto de tu ropa, no son las más apropiadas para dar pasos de baile.

Dani le dio una sonrisa triunfal. —¿Para qué arrastrar un bolso XXL durante horas, si no es para llevar unos stiletto de tacón alto? Entre otras miles de cosas, claro —dijo mientras alzaba un enorme bolso de cuero rojo y lo zarandeaba ante sus ojos.

—Vas preparada.

—Siempre. Nunca se sabe con qué o quién te puedes encontrar... Y unos zapatos te cambian la vida. Así que vas a enseñarme a bailar... ¡Genial! ¿Puedo pasar o he de ponerme los tacones en tu recibidor?

—Adelante, estás en tu casa.

Ella entró y parada en medio de la sala, se quedó admirando el vestíbulo. En su anterior visita no había tenido tiempo de observar los fantásticos muebles barrocos que decoraban la entrada, las pinturas que adornaban el techo, los paneles de madera que cubrían las paredes y la magnífica escalera que ascendía al piso superior.

Olivier se quedó embobado mirando el perfil de la muchacha.

Llevaba la parte delantera de su cabello recogido atrás con unas horquillas, lo que dejaba el resto de su negra melena suelta a su espalda. El color era tan oscuro y brillante como el ala de un cuervo. Los gruesos mechones levemente ondulados se movían con ligereza y prometían una gran suavidad.

Levantó una mano con la intención de tocarlo, pero ella se giró a mirarle y su mano fue directa a su peluca, como para arreglar un rizo rebelde. En seguida ella desvió la vista, entornando sus ojos y mirando en dirección al suelo.

«Estúpida, estúpida. ¡No le mires a los ojos! ¡Oh, mierda! Quizá me haya equivocado viniendo aquí» pensó.

El vampiro se puso serio y dijo: —Dani, mírame.

—Va a ser que no... A los de tu clase no se les mira a la cara a menos que quieras tener una dentadura alrededor de tu garganta.

—Dani, no voy a hacer eso, mírame. Te prometo que el tiempo que pases aquí conmigo, mis ojos solo serán ojos, y no usaré las facultades de vampiro en mi provecho.

Ella dudó y al final levantó la vista y le miró fijamente. —Puedes leer el pensamiento, ¿verdad?

Olivier se sintió totalmente hechizado, su belleza le cautivó hasta el punto que tardó en darse cuenta de que ella le estaba hablando.

—Puedo. Pero no lo he hecho contigo. Lo que ha pasado es que si proyectas tus pensamientos tan directamente es difícil no escucharlos. Es como si alguien gritase a tu oído, puedes no prestarle atención pero el sonido está ahí.

Los dos se quedaron mirándose unos segundos y al darse cuenta, retiraron la mirada al mismo tiempo, simulando que nada había pasado, pero algo parecido a la electricidad les envolvió.

—Bueno, además de baile deberías darme nociones de protocolo, a quien debo saludar y a quien no, y cómo debo comportarme —dijo Daniela intentando disimular el rubor de su rostro.

—Por supuesto. Pero eso mejor cuando tenga la lista de invitados, así te iré señalando a los peces gordos y a los no tan importantes.

—«Peces gordos», suena como la mafia.

—No vas muy desencaminada.

Olivier la hizo pasar a un enorme salón que estaba prácticamente vacío, pero que tenía apoyados en el suelo espejos de grandes dimensiones que casi cubrían por entero las paredes, entre sus barrocos marcos dorados podía verse el lujoso entelado que cubría la pared. Los techos, parecían abovedados pues las pinturas que los cubrían ejercían un efecto óptico que les daba mayor altura. En ellos se representaba el cielo, y estaba lleno de angelotes y querubines.

Dani avanzó casi hasta el centro, deslizando sus pasos sobre la pulida madera, y una vez allí giró sobre sí misma para admirar las bellas proporciones de la sala.

—¿Das clases de baile normalmente? Es raro ver una habitación tan vacía.

—Aquí es donde entreno.

Ella lo miró intrigada.

—¿Entrenas?

—Esgrima. Practico el arte de la esgrima.

—¿Cómo Athos, Porthos y Aramis?

—Te olvidas de D'Artagnan. Y sí, algo así.

El vampiro se desabrochó la casaca y aflojó un poco el lazo de su camisa.

—Empezaremos con un minué. Mañana traeré un equipo de música, hoy solo contaremos los pasos.

Daniela fue hacia una de las paredes laterales de la sala se sentó en el suelo y empezó a quitarse las botas y los calcetines. Sacó unos zapatos de salón del bolso envueltos en una bonita funda de cuero, se puso unos calcetines de media y se los calzó. Ya de pie, se quitó la chaqueta que dobló cuidadosamente y la dejó sobre el bolso.

Olivier la miraba embobado, a pesar de ser movimientos corrientes, quitarse unos zapatos, calzarse otros, era hermoso verla moverse, era ágil y felina.

Cuando por fin terminó, se quedó de pie frente al francés y anunció:
—¡Lista!

—¿Tienes alguna noción de baile? —preguntó el vampiro mientras le hacía un gesto para que se acercase a él.

—Hmm bueno, estuve yendo a clases de tango, si eso sirve de algo.

—¿Tango? Interesante..., pero no creo que podamos usarlo, la fiesta va a estar ambientada con música barroca. Supongo que sabes que será un baile de máscaras.

—Sí. Me tenéis que decir que tipo de vestimenta he de llevar. Tengo que alquilarla.

—No te preocupes ahora por eso. Empecemos.

Él puso la mano en posición esperando que ella apoyase la suya y al verla dudar, preguntó: —¿Quieres que me ponga guantes?

—No, no, claro que no.

Levantó su mano hasta tocar la del vampiro y solo con rozarle los dedos sintió que se le erizaba el vello de todo el cuerpo. La sensación le hizo entornar los ojos, pero la voz profunda de Olivier la sacó del trance al oír como suavemente hablaba muy cerca de su sien: —La espalda erguida, aprieta el trasero, cuadra tus hombros, la mirada arriba. Eso es.

Comenzó a explicarle y mostrarle el orden de pasos y Daniela tuvo que reconocer que verle moverse era fascinante. Era muy ágil, y bajo toda aquella

ropa parecía tener un cuerpo armonioso y atlético. Ella se esforzó por atender y ser una alumna atenta y aplicada. Y era increíble, avanzaba.

—Aprendes rápido.

—Eres un buen profesor.

Y se quedó boba mirando la espectacular sonrisa del vampiro aunque preguntó: —¿Por qué sonríes?

—Porque te lo has tomado muy en serio y en la hora y media que llevas aquí no hemos discutido ni una sola vez.

—Te dije que me portaría bien.

—Cierto, pero tenía mis reservas. He sido un poco tirano y la clase sin música aburre pero no has protestado nada.

—No quiero que Jean Jacques sienta vergüenza ajena en la fiesta. Parece que está causando mucha expectación el hecho de que yo tenga que acudir. Cada día que me cruzo con él, me da un par de nombres más de vampiros que le han llamado para confirmar mi asistencia. Me siento como una atracción de feria.

—Eres excepcional.

—Yo no lo veo así.

Olivier cogió sus manos y dijo: —Todo va a ir bien, ya lo verás. ¡Mírame, Dani! Lo digo mortalmente serio.

Ella le contempló apenas un segundo antes de bajar sus párpados para ocultarle la mirada y rio con timidez. «Mortalmente serio... Y que lo digas».

Él sonrió ante la broma, pero controló su semblante para que ella no pensase que se estaba metiendo a propósito en su mente. Con los ojos fijos en Daniela dijo: —Tienes que acostumbrarte a una cosa, no bajes la mirada cuando mires a un vampiro, es como si te sometieras a su voluntad. Mírale a la cara, pero no a sus ojos. Fíjate en algún punto. Los labios, por ejemplo —dijo mientras se los rozaba con su índice—, son una buena opción.

Dani carraspeó. —Será mejor que me marche, mañana por la tarde tengo una cita, pero quizá después puedas tener un rato para «ilustrarme».

—Llámame cuando acabes, da igual la hora, duermo poco.

—Gracias, Olivier, y de parte de Jean Jacques, gracias también.

Cogió su bolso con gracia y sacó una bolsa de él, metió dentro las botas y se la colgó al hombro.

El vampiro se quedó encandilado mirando el contoneo de sus caderas al andar. Estos días previos a la fiesta iban a ser una verdadera tortura.

—Hasta mañana, Olivier.

Al llegar a la puerta se volvió y dijo: —Gracias por las flores, eran preciosas.

Cerró con suavidad y poco a poco el vampiro retornó a la realidad, al tiempo que sus últimas palabras daban vueltas en su cabeza... «Una cita. *Merde!* Ha dicho que tenía una cita».

—Esto no va a quedar así —añadió en voz alta—. No me gusta la competencia.

Al día siguiente, a las siete, Dani mandó un SMS a Olivier.

«Hola, vampiro.

Pese a que resulte inverosímil, mi cita se ha ido a Roncesvalles a empezar el Camino de Santiago...

Tengo la tarde libre, si quieres podemos ir a bailar»

A lo que él contestó:

«Vaya impresentable.

Yo nunca te dejaría tirada.

Nos vemos dentro de dos horas en la academia de baile de la 41rue Beauborg.

Te quiero con falda y tacones».

Dani alzó las cejas al leer la respuesta.

—¿Academia de baile? —preguntó en voz alta—. Este hombre no deja de sorprenderme.

Tras el trabajo, pasó por su casa para vestirse adecuadamente y llamó a un taxi. Le dio la dirección que le había facilitado Olivier y durante el trayecto, desde el asiento posterior, observó por la ventanilla a la gente que deambulaba por las aceras. Cuando el taxi llegó a su destino ella miró el rótulo de la academia mientras todavía estaba sentada en la parte trasera del vehículo.

Se quedó boquiabierta.

«¿Tango?»

Mientras pagaba al taxista alguien se acercó y abrió la puerta. Una

perfecta y modulada voz de tenor dijo: —Pensé que no encontrabas el sitio.

Cuando ella miró en su dirección, por unos segundos se quedó congelada. Ante ella un hombre alto y de cuerpo atlético con pantalones de vestir, camisa blanca, chaleco de corte sastre y americana le tendía la mano para salir del vehículo.

—¿Olivier? —preguntó con voz temblorosa.

—Claro que soy Olivier. ¿A quién esperabas?

Aparentaba unos veintisiete, veintiocho años. Su media melena castaña con mechas rubias le llegaba hasta la barbilla, llevaba la raya en medio y un flequillo informal y despeinado. Si su piel no hubiera sido tan pálida, su aspecto sería el de un surfero californiano. Su mandíbula era cuadrada, nariz griega recta, con una pequeña desviación en el puente que le otorgaba personalidad, y unos preciosos ojos verde azulado que la observaban fijamente.

«¡Pero qué guapo, por Dios!»

Era una atracción en mitad de la calle. Todas las mujeres estaban mirándole.

—Tienes pecas —balbuceó Dani, que no podía apartar la vista de su cara. Reconponiéndose añadió—: ¿Qué hacemos aquí?

—Bailar, como todo el mundo. Después de la aburrida tarde que te hice pasar ayer pensé que sería divertido que hiciésemos algo diferente.

—¿Y vamos a bailar tango?

—Dijiste que habías tomado clases, ¿no?

—Bueno, sí... pero

—Nada de peros. Dani, solo vamos a conocernos como pareja de baile. Míralo de este modo, al menos no has cancelado del todo «tu cita».

Daniela frunció el ceño.

—¿Mi cita? Ese tono... ¿tú no tendrás nada que ver con que Hugo se haya marchado, verdad?

—Por favor, ¿por quién me tomas? —dijo el francés con toda la ironía de que fue capaz.

—¿Olivier! ¿Qué has hecho?

—Tranquila, Dani, cuando vuelva seguirá tan colgado por ti como hasta ahora. Queda poco más de una semana para el baile de máscaras y cuando me aplico en algo no admito ninguna intromisión.

—Eres un déspota y un dictador, ¿lo sabías?

—*Oui!*

Ella giró el rostro intentando mostrar enfado, pero en realidad no estaba enojada. Había dicho sí a la cita con Hugo por la insistencia del hombre, pero no porque tuviera especial interés.

—¡Eres un monstruo! —exclamó mientras le seguía al interior del establecimiento.

—Para nada. Se ha ido convencidísimo. No te imaginas lo ilusionado que estaba.

—Olivier, no puedes hacer eso con la gente.

—¿Por qué, no? Podía haberle partido las piernas para que se pasase tres meses en un hospital. He sido bueno y lo he mandado de viaje.

—No puedo creer que lo hayas hecho.

—Los vampiros no juegan limpio. Ya deberías saberlo.

Mientras discutían habían dejado sus chaquetas y el bolso de Dani en consigna, y casi sin que ella se diera cuenta estaban en el centro de la pista.

Olivier la miró de arriba abajo. Frunció el ceño al llegar a su falda y se agachó para llegar hasta el dobladillo. Estiró de la tela con sus manos descosiendo la costura lateral, hasta que quedó una raja que le llegaba hasta medio muslo.

Daniela abrió muchísimo los ojos y sus labios formaron una “O” perfecta pensando en cómo le iba a contar a Sve lo que había ocurrido con su falda. Comenzó la cadencia triste de la música y él la rodeó con sus brazos.

—¡Shhh! Concéntrate.

Todavía enfadada ella tomó sus manos, pero al sentir su contacto se olvidó de todo y se abandonó al baile. En apenas unos segundos ya no pensaba en Hugo, ni en su cita, ni en su falda.

Hábilmente dirigida por el vampiro, comenzó un romance sensual que duró tres minutos. Las miradas, los brazos, las manos... cada movimiento de sus cuerpos acompañaba la triste melodía y la coreografía que en un principio fue sencilla, pasó a convertirse en un intercambio de pasos complejo, perfectamente conducido por Olivier.

Al terminar, a ella le faltaba la respiración y se sentía confundida por la marea de sensaciones que recorrían su cuerpo. La sorpresa fue mayúscula cuando algunas parejas que estaban en la pista se volvieron a aplaudirles.

—¿Un respiro?

—¡Sí, por favor! ¿Te has metido en mi mente?

—*Non* —dijo él de forma tajante—. Te lo diría, no gano nada mintiéndote.

—Nunca había bailado con nadie así, ha sido extraño —añadió suspirando.

—Nunca habías bailado en serio conmigo.

Silencio.

Se sentaron y les sirvieron unos refrescos. Ella le miró y se preguntó si en realidad sabía algo de él. ¿Se dejaría conocer? Por intentarlo no perdía nada—. ¿Quién eres realmente?

Él sonrió y su ahora expresivo rostro se dulcificó.

—¿Que quién soy? Pensé que nunca me lo preguntarías... no creía ser de interés para ti.

Tras un breve lapsus de silencio añadió:

—Mi nombre es Olivier d'Aubry, nací en París en el año 1604. Soy mercenario, espadachín sin escrúpulos e hijo bastardo de un aristócrata de la corte del rey Enrique IV. Mi madre era costurera y estaba embarazada de mí cuando un vampiro la mordió e intentó convertirla. Eso le provocó el parto y lamentablemente murió al darme a luz, pues no pudo pasar el trámite de la transformación. Su bebé, tras sobrevivir milagrosamente, fue criado y educado entre la corte. A los veinticinco años, y después de haber tenido siempre una salud de hierro, empecé a marchitarme y a morir poco a poco, y me convertí en esto que ves...

—También eres un «purasangre»

—En efecto. Lo soy

—Dices que eres maestro de esgrima. ¿Y lo del baile?

—Cuatrocientos son muchos años, mucho tiempo. He sido actor, he pertenecido a una compañía de danza, también trabajé en un circo... ¿Algo más?

—Nada más de momento —respondió ella, con las mejillas sonrojadas—. No pretendía interrogarte, en realidad yo... yo quisiera pedirte disculpas.

Él se acercó a su rostro y en su mirada había una mezcla de diversión y asombro. —¿Disculpas? ¿Por qué?

—Te he juzgado mal. Y a pesar de que hagas cosas censurables como mandar a un pobre chico a hacer el Camino, no sé... no me he portado bien contigo. Me he reído de ti y no he sido buena persona, y por todo eso quiero

decir que lo siento.

—No te disculpes —dijo él tocando su barbilla para hacer que ella lo mirase—. Conocerme tampoco ha sido agradable, yo tampoco me he comportado bien. Míralo de este modo, al menos tenemos una segunda oportunidad de empezar desde cero. ¿De acuerdo?

—Sí.

Volviendo a recostarse en su asiento, pero sin apartar de su cara la mirada añadió: —Mañana volveremos al aburrido minué, pero ahora me gustaría volver a bailar un tango. ¿A ti te apetece?

—Por supuesto. Es una delicia bailar contigo vampiro, todo lo haces parecer fácil.

Volvieron a la pista y la magia entre los dos apareció de nuevo. Dani se sentía transportada, entre sus brazos se notaba ligera y libre, y la seguridad que le proporcionaba escapaba a su razón.

«¿De entre todos los hombres por qué él? ¿Por qué un vampiro?»

Cuando salieron a la calle, Olivier preguntó: —¿Te apetece dar un paseo? Podríamos caminar hasta el Sena y ver al otro lado Notre-Dame iluminada. Por la noche es preciosa.

—No es muy recomendable caminar solos de noche, ¿no? —preguntó Daniela recordando el episodio vivido con su padre.

—¿Crees que no puedo cuidar de ti? ¿Tienes miedo de que me aproveche de la situación? O... ¿te avergüenza que te vean conmigo?

—¿Serás tonto? ¿Cómo puedes pensar algo así? ¿Está lejos? —dijo mientras se colgaba de su brazo.

—No demasiado, pero podemos coger un taxi si te cansas de andar.

—Pues entonces, perfecto. ¡Vamos!

Callejeando llegaron al Pont d'Arcole, y las vistas hicieron de imán para Daniela que se apoyó en la baranda de hierro mirando el Sena.

—París es precioso.

—Cierto. Lo es.

—Tú debes haberlo visto cambiar mucho en todos estos años.

—*Oui* —dijo con cierta melancolía.

Olivier se colocó tras ella y puso las manos sobre la barandilla, una a cada lado de su cintura. Dani se tensó al notar el aliento del vampiro en su

cuello.

—No voy a hacerte nada —protestó—. Disfruta de las vistas.

Estuvieron así un rato, él perdido entre el olor de sus cabellos y ella admirando la bella ciudad y las luces de la noche.

Empezó a hacer frío y Olivier llamó a un taxi para llevarla a casa.

Al llegar a su destino, el vampiro bajó para educadamente abrirle la puerta, y le pidió al conductor que esperase. La acompañó hasta el portal y allí levantó la mano rozando suavemente su mejilla con los dedos.

—Hasta mañana, Dani.

Se hizo unos pasos hacia atrás para obsequiarla con una de sus maravillosas reverencias, giró sobre sus talones, se subió al taxi que esperaba en doble fila, y se marchó.

Dani en el portal, se quedó mirando el coche que se alejaba.

Suspiró.

«¿Dónde se está metiendo mi corazón?»

13

Cuando Daniela acudió a casa de Olivier al día siguiente, estaba ilusionada. Frente a la puerta se enderezó, se secó las manos sobre la ropa y frente al pulido metal del timbre se revisó el maquillaje. Iba a tocar el timbre cuando la puerta se abrió: Un vampiro sonriente la esperaba al otro lado.

—Tengo una sorpresa para ti —dijo Olivier tan pronto como Dani se giró para mirarle.

—Confieso que esa frase viniendo de un chupasangre da un poco de miedo.

—No digas tonterías, ven.

La cogió de la mano y tiró de ella hasta llegar a la sala de esgrima. Abrió la doble puerta de par en par para descubrir que la habitación no estaba vacía. En el centro había un maniquí con un vestido de época para mujer.

—Todo tuyo —anunció el vampiro.

Ella soltó su mano, se dirigió hasta la figura y casi estuvo a punto de tocarlo, pero no se atrevió.

—¿Dónde has conseguido esto?

—Tengo un armario en el que podría perderme.

—¿Es tuyo?

—Iba a ser un regalo, pero al final no lo fue y se quedó sin estrenar. Quizá tengamos que acortarlo un poco de largo pero apostarí que de talla te queda bien. Pruébatelo.

—¿Ahora?

—Pues claro, si hay que arreglarlo cuanto antes lo sepamos mejor. ¿No te gusta?

—¿Qué si me gusta?... es precioso.

El fastuoso vestido era de un azul profundo. Mariposas y flores bordadas lo cubrían por doquier. El cuerpo era entalladísimo, con un pronunciado escote, y la falda ocupaba media habitación.

Daniela seguía mirándolo, rozando la suave tela con las yemas de los dedos.

—Vamos, quítate esos andrajos que llevas.

—Pues sal de aquí, delante de ti no me quito nada.

—Pero, Dani, ¿Cómo piensas ponerte eso tú sola? El vestido pesa lo suyo y va muy ceñido, necesitas ayuda.

Sin pensarlo dos veces, Daniela se le acercó, deshizo el lazo del cuello de su camisa y estiró de la cinta.

—Agáchate, te vendaré los ojos.

Él la miró con la sonrisa más burlona que encontró en su repertorio, pero se inclinó para que ella llegase bien a cubrirle la cara.

—Espera —dijo quitándose la peluca y lanzándola sobre una otomana que había en un lateral. —Ahora podrás atarla mejor.

Por unos instantes, ella se quedó congelada con la cinta entre las manos admirando su rostro. Tragó saliva y se apresuró a taponarle los ojos.

«Pero qué guapo es...» pensó. Y al ver la mueca de Olivier bajo la venda agregó: «¡Mierda!»

Se separó de él y comenzó a desvestirse quedándose en ropa interior.

—¿Ya?

—Sí.

Sin titubear, Olivier se dirigió hasta el maniquí y comenzó a sacar el vestido del muñeco.

—¿Seguro que no ves nada?

—Seguro.

Despacio le fue lanzando las cosas por orden para que se las pusiera, mientras le decía como hacerlo.

—Primero has de ponerte la camisa, las enaguas y después el corsé. Yo te ayudo a ceñirlo cuando estés lista. Iré estirando de las cintas hasta que digas basta, ¿de acuerdo?

Ella siguió sus órdenes y con el corsé en sus manos se acercó hasta el vampiro para que la ayudase a ceñirlo. Cuando tuvo aquella armadura de seda puesta sobre su cuerpo, Olivier, sin titubear, tironeó de las cintas y comenzó a tensar.

—¿Estás disfrutando, eh? Esto es una tortura. Casi no puedo moverme. He de suponer que este traje iba destinado a alguien que no necesitaba respirar...

Por toda respuesta Olivier dio un nuevo tirón a los cordones traseros que ceñían la pieza a su cuerpo, lo que hizo que escapase un jadeo de la boca de Daniela. Los dedos del francés se movían diestros sobre la tela y cuando

acabó la cogió de la cintura y exclamó: —Creo que aún podría apretarlo un poco más.

—Ni lo sueñes, no quiero morir encerrada en este traje.

—Alcánzame esa estructura, eso que parecen dos jaulas, las pondremos sobre tus caderas atadas a la cintura y después sobre ellas colocaremos la sobrefalda.

Las manos de Olivier volaban sobre la tela.

—Increíble, te queda como un guante —dijo acariciando la suave seda.

Ella cerró los ojos al notar sus manos deslizarse por su talle y en un momento de debilidad deseó que el contacto no cesara y que él siguiera acariciándola. Una sensación de mareo la invadió, y su mente racional le hizo pensar que era por el agobio del corsé y no por el ligero y sensual contacto de los dedos de Olivier.

La voz del hombre se escuchaba de fondo, como si fuese un narrador: —Y por último, colocaremos la sobrefalda de seda bordada.

Cuando estuvo totalmente vestida él se llevó la mano a la venda, descubrió uno de sus ojos y la miró, quedando deslumbrado.

—Creo que si respiro un poco más de la cuenta se me van a salir por el escote —confesó ella poniendo una mano sobre su pecho.

Olivier sonrió.

—Sé que es una tortura, pero mírate. Estás realmente preciosa.

La giró enfrentándola a un gran espejo y al colocarse a su espalda la miró por detrás y murmuró sorprendido. —¡Tienes mariposas tatuadas en la espalda...!

Y jugueteó con ellas, dibujando con su índice el diseño de las alas de la más grande, la que asomaba sobre el borde del cuello del vestido. —Van volando hasta tu hombro...

Ella se estremeció al notar su dedo deslizarse suavemente y levantó la vista al espejo que tenía delante, pero más que para mirarse ella, para observar al hombre que tenía a su espalda.

—No pienso ponerme peluca —dijo para cambiar de tema, mientras bajaba la vista, al ver que él la miraba fijamente a los ojos a través del espejo.

—Tienes el cabello largo, veremos que puede hacerse con él.

Y mientras hablaba hizo algo que llevaba días deseando. Tocar su pelo. Le soltó la coleta, acariciándolo suavemente y a punto estuvo de agacharse y meter su cara entre los suaves mechones.

Qué tentación.

—Ahora intentemos bailar un minué con el vestido puesto.

—Si ves que me pongo azul, «arráncamelo» — dijo poniendo énfasis en esta última palabra, con su voz más ronca y sexy.

—No hables así, no soy de piedra *chérie*, puedo sentir la «tentación» de seguir al pie de la letra tus instrucciones.

Ella se sonrojó y bajó la vista, y él lo disfrutó sobremanera.

Bailaron, y a pesar de lo incómodo y ceñido que era, Daniela se movió con gracia y desenvoltura.

—Bueno, basta por hoy. Te ayudaré a quitártelo y descansaremos un rato. Ya tengo la lista de invitados, y aunque sea provisional, la repasaremos y te iré indicando a quienes debes saludar y cómo. Desgraciadamente no tenemos fotos, pero no te preocupes, estaré contigo en la fiesta y te apuntaré con disimulo.

—Pues con el oído que tenéis será difícil.

«Hay otras formas de estar conectados...» dijo Olivier en su cabeza mientras se colocaba de nuevo la cinta sobre sus ojos. Ella abrió los suyos como platos. Le había oído claramente, pero no le había visto mover los labios.

Volvieron a ejecutar la misma operación pero a la inversa y solo cuando ella le dio permiso, se quitó la venda. Colocaron de nuevo todo sobre el maniquí y salieron de la sala de entrenamiento.

Sin pensar, Dani se dirigió al afrancesado y barroco salón que estaba justo al otro lado del pasillo.

—Espera —dijo Olivier—, arriba estaremos más cómodos.

Ella le miró con cierta sorpresa y un poco de temor y al notarlo, él sonrió.

—Relájate, Dani. Eso de tener reputación de malvado es terrible, todo el mundo piensa lo peor de mí. Vamos, no voy a seducirte. Ven. No querrás que nos pasemos la noche sentados como lechuzas en esos incómodos sofás, ¿no? Son para las visitas.

Tomó su mano y la arrastró escaleras arriba. En el primer rellano abrió una puerta y le cedió el paso. Con cierto reparo ella entró para encontrarse una sala amplia, moderna y mínimamente amueblada. Un gran monitor de televisión presidía la estancia y frente a él, un sofá XL tapizado en un agradable terciopelo gris. Todos los muebles eran contemporáneos y la sala

parecía muy confortable.

—Vuelvo en un minuto. Ponte cómoda.

Ella se sentó en el borde del gran sofá un tanto cohibida y esperó al regreso del francés en silencio.

Cuando él volvió, traía dos vasos en una bandeja y al encontrarla donde la había dejado, negando con la cabeza dijo: —Dani, me gustaría que te sintieses como en casa.

Cuando ella se giró para contestarle se quedó muda.

Olivier se había quitado sus pintorescos ropajes y llevaba unos vaqueros rotos y una camisa. Nada de maquillaje ni pelucas, ni tacones.

—Después de tener que vestirme y desnudarte necesitaba una ducha fría —dijo alzando sus cejas—. Es una broma, Dani, no pongas esa cara. En realidad me estaba ahogando con esa camisa.

Se sentó a su lado y le ofreció el vaso.

—No trato de envenenarte. Es Coca-Cola Zero...

Ella lo cogió y rozó sin querer sus dedos y al sentir el poder del purasangre, retiró la mano tan rápido que a punto estuvo de verter el líquido sobre la alfombra.

—Dani, Dani... eso que sientes es mi energía. Lo siento, olvidé mantener mi perfil bajo. Y ahora basta de cháchara, a trabajar.

—¿Perfil bajo?

—Intento mantener a raya mi poder.

—¿Y qué pasa si no lo haces?

Olivier sonrió y de repente todo en la habitación empezó a estar rodeado de electricidad. Dani sintió frío y calor a la vez, y la extraña sensación de estar sentada sobre una fuente de energía.

—Eso es lo que pasa.

Ella respiraba apresuradamente.

—Tranquila, Dani. Ya he terminado mi demostración.

—Mejor si mantienes tu perfil bajo.

Olivier sonrió.

—*D'accord!*

Empezó a darle una lista de nombres y con cada uno le daba una descripción, un resumen de su biografía, su status social y político y como debía de comportarse con él. A pesar de que le contaba anécdotas y lo aderezaba con comentarios mordaces sobre los implicados, Dani bostezó. Lo

que hizo que él la mirase con ternura y aunque el gesto le hizo esbozar una sonrisa, apartó la lista y le dijo: —Y con el baronet de Lyon lo dejamos hasta mañana.

—No estoy aburrida... en serio. Haces que sea muy entretenido, es solo que estoy un poco cansada, pero nada más.

—Shhh, pero yo sí. Estoy muy aburrido. ¿Te apetece ver «una peli»? Podemos llamar y pedir una pizza.

—¿Aquí? ¿Contigo?

—Si lo prefieres podemos sacar la televisión al pasillo —respondió el francés haciendo una mueca de burla, pero ante la cara de sorpresa de Daniela, Olivier continuó:—, Jean Jacques y Julia han ido al ballet, Sasha y Svetlana están en la fiesta de Mindy, así que estás sola y yo también ¿Por qué no podemos ver una película juntos?

—¿Cómo sabes que Sasha y Sve están en una fiesta? ¿Cómo sabes siquiera sus nombres?

—¿Con quién crees que hablé para saber de tu cita?

—No me han contado nada.

—Es que... no lo recuerdan.

—¡Olivier! No puedes ir haciendo eso a todo el mundo.

Él la miró y tardó unos segundos en contestar.

—Está bien. Intentaré portarme mejor. No va a ser fácil, llevo cuatrocientos años haciendo lo que me viene en gana, pero voy a mejorar.

Dani intentó poner cara de enfadada, pero la verdad es que estaba encantada con todas las molestias que Olivier se estaba tomando con ella. Tras elegir sus palabras dijo: —Espero que no creas que esto es una cita...

—No, tranquila, nada más lejos en mi imaginación.

Y con una sonrisa lobuna añadió: —Buscaré el teléfono de alguna pizzería.

—No me gusta el queso... Hmm, ¿podrías llamar a un «Japo» y pedir sushi?

Olivier sonrió... «No le gusta el queso, y se ha venido a vivir a Francia...»

—Como quieras, *chérie*.

«¿Cariño?»

«Sí, cariño, ¿te molesta?»

«No hables en mi cabeza».

«Tú empezaste...»

Se sentaron sobre la alfombra y en la mesa baja central pusieron la bandeja de sushi que había pedido Olivier. Ella se asombró cuando él cogió uno y lo tomó de un bocado, se chupó los dedos y le ofreció una mirada picara.

—Nunca dejas de sorprenderme, francés. No sabía que podías comer.

—Comerme toda la bandeja haría que me pusiera enfermo, pero cuando un vampiro está bien alimentado, su cuerpo funciona casi igual que el de un humano. Además, en todos estos años, nunca he dejado de comer alimentos de vez en cuando, así que mi estómago sigue en forma. Están bastante buenos, Pruébalos, pero perdóname si yo sigo con mi dieta líquida habitual.

Al final pasaron de la película y se quedaron hablando como si fuese algo que hicieran a menudo.

Pasadas dos horas ella miró el reloj.

—Es tarde, será mejor que me marche. Quién lo diría, lo he pasado bien.

—Podrías quedarte, hay habitaciones de sobra.

—Yo... —Y su voz salió estrangulada.

—Está bien, está bien, pero no te vas sola, como bien dices es tarde así que yo te llevo.

Fueron a un garaje privado próximo a la mansión y cuando él le dio al mando se encendieron los intermitentes de un Porsche 911 carrera de color negro.

—No tienes por qué sacar el coche, podría pedir un taxi.

—Deja de parlotear.

—¡Eres muy grosero! —bufó Dani.

—Lo sé —respondió resignado.

Le abrió la puerta del copiloto para que se acomodase y la pilló tocando el asiento de cuero cuando él entró.

—Bonito coche.

—Es antiguo, pero me gusta.

—¿Quieres poner en el GPS la dirección?

—Recuerdo donde vives, tranquila.

Él sonrió y arrancó el coche. Despacio lo sacó de la plaza de parking y condujo tomándose su tiempo para llegar a la puerta de su casa. La tarde había transcurrido de forma perfecta. Habían hablado como personas normales, habían cenado juntos... Ojalá pudiera prolongarlo unas horas más, le daba pena que acabase.

Al llegar, bajó del vehículo y lo rodeó para caballerosamente abrirle la puerta y ofrecerle la mano. Ella no le rehusó. Con una hermosa sonrisa puso sus dedos sobre la palma que se le ofrecía para salir del coche, y dejó que la acompañasen hasta el portal. Allí, tras mirarla fijamente, se acercó para besarla, pero como ella se tensó, lo dejó pasar.

—¡Hasta mañana, *chérie*!

Se subió rápidamente al coche y se marchó.

Dani, subió los peldaños hasta el cuarto piso en volandas con una sonrisa de oreja a oreja, y cuando fue a meter la llave en la cerradura, la puerta se abrió. La estaban esperando.

—Así que ese bombón es tu misteriosa cita de todas las tardes.

—¡Hola, Sasha! Habéis vuelto muy pronto.

—¿Por qué no has dejado que te besase? ¡Te has quedado más tiesa que el palo de una escoba!

—No es mi novio.

—Pues si está libre, preséntamelo —dijo Svetlana—. Desde aquí arriba no hemos podido verle la cara, pero tiene un cuerpo que está cañón. Esos vaqueros le sientan muy bien. ¿Es modelo?

—No voy a presentártelo —dijo Dani lanzándole un cojín del sofá—. Es mío, ¿entiendes?

—¡Huy, huy, huy! ¿Has visto como le defiende? Por fin, nunca había visto así a Dani.

—¿Así como?

—Con esa sonrisa estúpida en la cara...

—¡Buff! Sois imposibles. Las dos.

—¡Eh! —protestó Sasha—. ¡Qué yo no he dicho nada!

Dani se metió en el baño para comprobarlo.

Era cierto.

Su cara tenía una expresión bobalicona. El espejo le devolvía una sonrisa forzada, como cuando estás mucho rato sonriendo a causa de un evento social, y el rictus de tu cara se queda congelado como si te hubieras pasado

con las sesiones de botox.

Mojó una toalla y se refrescó la nuca.

«¿Qué me está pasando? Ese hombre ha conseguido meterse bajo mi piel. Nunca me había equivocado tanto con una persona. En fin, solo quedan seis días para el gran baile y después ya no tendré que volver a su casa. Va a ser duro intentar olvidarle».

De vuelta a su casa, Olivier iba con el piloto automático pensando en Daniela y cuando se encontró delante de la puerta del garaje, se dio cuenta de que apenas recordaba cómo había llegado hasta allí.

Era horrible tenerla cerca, tocarla y no poder demostrarle lo que sentía, pero de sobra sabía que si intentaba dar más de tres pasos seguidos en su dirección y llegar a algo más, Dani saldría corriendo de su vida.

Despacio. Tendría que ir despacio.

De momento había conseguido que dejase de verle como un payaso, pero aún no estaba todo ganado. Un paso en falso y ella volvería a rechazarle.

«Paciencia amigo... todo llegará» se dijo, intentando insuflarse ánimos.

Era lunes a media tarde, y el móvil de Jean Jacques se sacudía perezoso sobre la mesa. Pese a que el número le resultaba desconocido y no solía cogerlo en esos casos, al faltar únicamente cinco días para el baile optó por contestar.

—¿*Monsieur le Loup*?

—¿Sí?

—Usted no me conoce, pero quizá si le digo que soy la nieta de Juana Llabrés, eso pueda darle una pista sobre mi identidad.

—Claro. Tu abuela me dijo que te pondrías en contacto conmigo. Pensé que lo habrías olvidado porque han pasado cuatro semanas desde nuestro encuentro.

—Yo... hasta ayer no supe que tenía que contactar con usted. Mi abuela murió la semana pasada.

—¡Oh, Dios mío! Cuánto lo siento... ¿Qué pasó?

—La atacaron en su casa. Murió desangrada.

—Judith, tu nombre es Judith, ¿verdad? Ella lo mencionó. Creo que no deberíamos hablar por teléfono. ¿Dónde estás?

—Sigo en París, estoy estudiando aquí. Mi madre no me avisó de la muerte de Juana hasta que estuvo enterrada. Cuando hablé con ella, me dijo que la abuela tenía sus motivos para que yo no volase a Mallorca, ni asistiese a su funeral. Como comprenderá no entendí nada hasta que ayer recibí una carta que mi abuela me envió antes de morir. En ella me da su número de teléfono y su dirección. No sabía que hacer... al final decidí hacer caso de sus últimas voluntades y llamarle.

—Has hecho bien. ¿Dónde estás?

—¿Ahora? Cerca del museo *d'Orsay*.

—¿Conoces el Café que está en la *Rue de Verneuil*?

—Sí.

—Nos vemos allí en... ¿media hora te va bien?

—Está empezando a llover fuerte, si tardo espéreme.

—De acuerdo.

Jean colgó y se quedó pensativo.

Juana Lladrés. Muerta. Desangrada.

De nada sirvió que él la ayudase y la instase a salir de la isla. La mujer, cabezota, se había quedado en su casa y su atacante volvió para terminar lo que había empezado.

Levantó la vista y fue consciente de que Julia le miraba con interés.

—No te imaginas con quien acabo hablar.

—La has llamado Judith.

—¿Recuerdas la petición que me hizo Juana en nuestro viaje a Mallorca?

Ella se llevó la mano a la boca antes de murmurar: —La nieta de la bruja...

El asintió y llamó a Vincent para que le preparasen el coche. Tenía el tiempo bastante justo.

Jean fue el primero en llegar al local.

Se sentó en un confortable sofá chéster de cuero y dejó a su lado un pequeño macuto con libros que había retirado de su biblioteca personal.

Miró su reloj. Se cumplía media hora exacta de la llamada de la nieta de Juana. Ella debía estar al llegar.

Judith avanzaba lentamente por la acera.

La lluvia había arreciado y las rachas de viento hacían que su paraguas sirviese de poco. Era tan solo mediados de octubre, pero ya se notaba el frío en la capital. Helada hasta los huesos entró en el café donde había quedado con el amigo de su abuela. Dio un vistazo general y al no ver a nadie que encajase en el perfil que ella se había formado en su cabeza, se dirigió a la barra y se pidió un café con leche para entrar en calor.

Jean Jacques vio entrar a una joven y la enfocó con su radar. Estaba pensando en el desconocido al que tenía que presentarse y enseñarle la carta de su abuela. Era ella. La observó llegar hasta la barra y pedirse una bebida caliente. La notaba temblar de frío, estaba calada hasta la médula.

Desde luego era preciosa.

Aparentaba unos dieciséis o diecisiete años. De largo pelo castaño cobrizo, probablemente hasta la cintura, pero que llevaba peinado con raya en

medio y dos trenzas, cada una de ellas recogiendo la mitad, que medio desechas le caían por el pecho. Ojos grandes, almendrados, de color marrón dorado. Boca grande, labios bien formados que esbozaban una bonita sonrisa. Menuda y huesuda, parecía muy delgada.

Costaba imaginar que esa muchacha candorosa iba a convertirse en una poderosa bruja. Era una chiquilla.

Salió de su abstracción y se levantó para ir a saludarla.

—¿Judith?

Ella se volvió, le miró de arriba abajo y con cara de sorpresa preguntó a su vez. —¿Jean Jacques?

Por toda respuesta, él sonrió.

—Por favor, ven a mi mesa. Estaremos más cómodos.

Ella tomó su taza y le siguió, observándole a sus espaldas. En su pensamiento rezó: «Abuela... ¿Por qué me haces esto?»

Jean escuchó su comentario mental y aprovechando que ya llegaban a la mesa, se giró para mirarla y la pilló en el gesto de implorar al cielo, pero al verse con él cara a cara, rápidamente se recompuso e intentó disimular. Le ofreció asiento y como le pareció que titubeaba, decidió entrar al tajo para que no se volviese atrás.

—Tu abuela Juana me dijo que te pondrías en contacto conmigo cuando hablé con ella el mes pasado. Cuéntame que ha ocurrido.

—Creo que es mejor que lo lea usted mismo —dijo, rebuscando en su bolso hasta encontrar la carta que había recibido.

Con decisión le tendió el sobre desgarrado.

—Esto es muy personal —contestó Jean Jacques, al tiempo que cogía el papel que ella le ofrecía.

—Puede usted leerlo.

—Por favor... ¿Usted? Ni hablar. Llámame Jean, o Jean Jacques.

—De acuerdo, Jean, léelo.

Abrió con parsimonia la carta y la extendió sobre la mesa. Con letra muy caligráfica y algo temblorosa decía:

«Querida niña:

Si llega a tus manos esta carta es que algo terrible ha sucedido.

Tu madre tiene órdenes mías para que no se ponga en contacto contigo, si muero de forma no natural.

No deseo que corras ningún peligro y si vienes para darme un último adiós, presiento que alguien estará esperando para doblegarte y abusar de tu poder.

Sí, poder.

Sabes que siempre fui una gran conocedora de las plantas y sus efectos medicinales, y que ayudé en partos y curas que se apartaban de la medicina tradicional, lo que hizo que las gentes piadosas del pueblo, por envidia y desconfianza, me tacharan de bruja e hicieran correr el rumor de que había hecho un pacto con el diablo.

Nada más lejos.

No es ese el poder del que estoy hablando. Hay mucho más.

Tu padre nunca quiso que adquirieras tu legado y se ocupó de mantenerte lejos de mí. Pero eres la última descendiente de una casta de brujas que ha habitado en las islas desde hace mucho tiempo, y el poder es parte de ti.

No debes tener ningún miedo.

A mi muerte, que ya habrá sucedido cuando leas esta carta, el poder te llegará poco a poco, y con la debida instrucción te servirá para hacer el bien, como yo he intentado hacerlo todos estos años.

Debes ponerte en contacto con Jean Jacques le Loup. Encontrarás su tarjeta dentro de este sobre. Le pedí que te protegiera de aquellos que intentarán aprovecharse de ti ahora que eres joven e inexperta, y te asesorará para que consigas la información necesaria en tu educación.

Existen muchas fuerzas sobrenaturales que no conoces, algunas serán tus aliadas y de otras tendrás que apartarte si quieres mantener tu identidad e independencia.

Mucha suerte, cariño. Recuerda que siempre estaré contigo.

Un beso.

Tu abuela Juana».

Cuando terminó de leer, alzó su mirada y se encontró con los ojos de Judith fijos en él.

—Espero que me digas que todo es una burla y que esta carta no significa nada —dijo ella.

—Me temo que no puedo hacer eso —confesó Jean.

Ella se echó hacia atrás en la silla y durante unos segundos se quedó callada. Se la veía cansada, con ojeras y un tanto asustada.

Como si hubiera tenido una revelación, se incorporó y mirándole a los ojos le dijo: —Y qué pintas tú en todo esto. ¿Quién eres?

—Como dice tu abuela, una mano amiga.

Ella volvió a capturar su mirada como si intentase averiguar que había tras aquellas palabras pero Jean Jacques no añadió nada más.

Como parecía que ella no iba a decir ni una sola palabra, directamente Jean le preguntó:

—Y bien... ¿Qué conclusiones sacas de todo esto?

—¿La verdad? Que mi abuela estaba como una cabra y que tú solo pretendes asustarme al seguirle el juego.

Cogió la carta, que estaba aún sobre la mesa, la dobló y la metió en el sobre. Tomó su último sorbo de café y tomando su mojada gabardina y su bolso, se levantó.

—Espera, Judith. Siéntate un momento. Dame un minuto nada más.

Ella se quedó parada un instante, pensando en si debía o no confiar en el joven. Al final, resolvió escuchar las últimas palabras de su abuela y volvió a sentarse pero no dejó su bolso ni la chaqueta.

—Está bien. Te concedo ese minuto.

—No voy a pedirte que creas a pies juntillas lo que tu abuela escribió; eso lo irás comprobando por ti misma. Solo quiero que te leas estos libros —dijo al tiempo que ponía la pequeña mochila que tenía junto a él sobre la mesa—. Qué te pongas este medallón —añadió mientras extraía de la mochila una pequeña bolsa de terciopelo—, y qué me llames si sientes o ves algo extraño a tu alrededor.

Ella se quedó mirando los libros y la bolsita. Estiró su mano y la cogió de un extremo, volcando su contenido sobre la pulida madera de la mesa.

Una fina cadena de oro con un pequeño medallón que parecía muy viejo apareció ante sus ojos.

—¿Qué es eso? ¿Un amuleto o algo parecido?

—No. Mi familia es muy antigua, y ese es mi emblema. Si te surge cualquier contratiempo, digamos «sobrenatural», quiero que lo uses para identificarte. Si lo aceptas tendrás mi protección.

—¿Tu «protección»? —preguntó con ironía.

—Sí. Y es importante. ¿Lo harás? E intentó darle a su voz la inflexión

justa para que no notase que intentaba manipular su mente, pero ella se tensó como si hubiera sentido algo.

Alargó su mano y cogió la joya. La miró y respiró profundamente.

—Está bien. Supongo que no puede hacerme daño llevar un collar.

—Gracias.

Empujó el paquete de libros y ella lo tomó.

—Llámame.

Jean se levantó, fue hasta la barra, pagó las consumiciones al camarero y se marchó. Al salir, por el rabillo del ojo vio cómo ella le hacía una foto con el móvil. Sonrió para sus adentros y salió del local.

En la mesa, con la cadena aún entre los dedos Judith estaba pensativa.

«Aunque esté chalado, está buenísimo. ¿Por qué tengo que ser un imán para todos los tíos raros?»

De camino hasta su coche Jean Jacques no podía parar de pensar en la anciana.

Juana Llabrés. Muerta.

Empezaba a sospechar quien podría haber sido su verdugo...

15

Los días se fueron sucediendo y Daniela religiosamente acudía emocionada al domicilio del vampiro a tomar sus clases. Ella había sido la primera en sorprenderse al darse cuenta de lo a gusto que se sentía con él. Cada tarde, antes de entrar en aquella mansión, se encontraba ansiosa por verle, por encontrarle cerca y ver aquella lobuna sonrisa a la que estaba empezando a acostumbrarse. Cada noche, al llegar a casa y meterse en la cama, rememoraba sus conversaciones, e intentaba recordar lo que experimentaba al sentir el tacto de sus manos mientras bailaban, el roce de sus cuerpos y el aliento del hombre junto su cuello.

¿Qué demonios? Estaba empezando a pillarse...

Cuando faltaban tres días para el gran evento, Dani recibió un SMS de Olivier.

*«No vengas a casa cuando salgas del trabajo.
Me ha surgido algo. Nos vemos.
Olivier»*

«Qué extraño» pensó Dani. «En fin, un día de descanso no me viene mal, así paso la noche con las chicas que las tengo un poco abandonadas».

Llegó a casa pronto y se encontró a sus dos compañeras ocupadas con las tareas del hogar. ¿Limpieza general? Eso era más raro todavía.

—Huele muy bien. ¿Qué estáis cocinando chicas?

—Sve está preparando un guiso de carne, pero como ninguna de las dos sabemos cocinar, tenemos a su madre en videoconferencia, ella nos va dando instrucciones —dijo Sasha mientras permanecía pegada al portátil que tenían sobre la bancada de la cocina.

—Y... ¿qué pasa hoy? ¿Qué celebramos?

Aún no había terminado la frase cuando sonó el timbre de la puerta. Svetlana maldijo y se apresuró a recoger unos vestidos que estaban aún sobre el sofá. Sasha se fue al espejo del recibidor a retocarse los labios y responder

la llamada, y la cara de Dani iba de la expectación al más puro asombro.

—¿Qué está pasando aquí?

—Pues pasa, que no podemos creer que hayas estado saliendo con un tío y nos lo hayas ocultado. Sabes que Sasha y yo tenemos que dar el visto bueno a tus novios, así que hemos tenido que invitarle.

—¿Invitarle? Pero...

—Copié la agenda de contactos de tu móvil en el ordenador, y tras descartar unas docenas basándonos en las últimas cien llamadas que habías hecho, hemos averiguado su número de teléfono. No querías que lo encontrásemos, ¿no? Mira que ponerle como nombre de contacto «*Madame Butterfly*»

No dio tiempo a que Dani pudiera replicar, el timbre, ahora ya el de la puerta del piso sonó, y Sasha se lanzó a coger el pomo para abrir.

Un Olivier sonriente esperaba en la escalera, con una botella de champaña y una cesta de frutas en sus manos.

—¡Hola! —exclamó Svetlana—. Tú debes ser Olivier.

—Y por tu acento y tu voz... tú eres la que me llamó al móvil esta mañana.

—Svetlana, me llamo Svetlana y ella es Sasha. A Dani ya la conoces, claro —dijo sonriente—. Pasa por favor, estás en tu casa.

—Encantado de conoceros —dijo besando sus mejillas con la más pícara de sus sonrisas.

Cuando sus amigas se apartaron de la puerta y Olivier entró, Dani pudo admirar su atuendo informal. Vaqueros, zapatillas de deporte, camiseta blanca y americana de tweed con parches en los codos.

Svetlana se quedó un poco retrasada y cogió a Daniela del brazo para susurrarle. —No puedo creer que no nos lo presentases antes ¡Dios mío, Dani! ¡Está como un queso!

—Shhh.

—Tranquila, no nos ha oído.

«Eso es lo que tú te crees».

Nunca había visto a Olivier desenvolverse entre humanos y la verdad es que lo hacía francamente bien. Todo en él era natural, no había frases ambiguas, comentarios maliciosos ni poses estafalarias. Su acento francés casi había desaparecido y su forma de hablar era correspondería a un hombre

de su edad. Al menos de la edad que aparentaba.

—¿A qué te dedicas Olivier? —preguntó Sasha.

«¡Dios!» pensó Dani, «¿cómo vamos a salir de esta?».

—Cultivo rosas.

—¿Cultivas rosas? ¿Eres agricultor?

—No exactamente —dijo riendo—. Tengo negocios de exportación e importación de flores —dijo tranquilamente mirando a Dani, cuyo rostro iba del rosa al bermellón—. Las que tenéis ahí, que envié para Dani, son de mi propio jardín.

Sveltana y Sasha le miraban embobadas. «Qué hombre...».

Tan pronto como las dos modelos se fueron a la cocina a sacar el asado, Dani zarandeando al vampiro preguntó: —¿Qué haces aquí?

—Aceptar una invitación.

—Pero esto... esto es todo mentira. ¿Acaso piensas que me voy a tragar que eres florista?

—No hay ninguna mentira, Dani. Si te hubieras molestado en conocerme un poco, sabrías más cosas de mí. Y no soy florista, no como tú parece quererlo decir. Cultivo rosas como hobby, y mis negocios van encaminados a la exportación e importación, que no es lo mismo.

—¿Cultivas rosas?

—Sí

—Y ahora cuando traigan el asado. ¿Qué vas a decir? ¿Qué eres vegetariano? o ¿qué estarás encantado de aferrarte a su cuello para beber su sangre?

La cara de Olivier se entristeció.

—Si te avergüenza que este aquí, puedo poner cualquier excusa y marcharme. Vine porque ellas me llamaron y pensé que sería divertido pasar un rato contigo al margen del maldito baile.

Comenzaba a levantarse del sofá cuando llegó Svetlana con el asado para colocarlo en el centro de la mesa. La muchacha estaba orgullosa, se le notaba en la cara.

El francés se puso a recoger sus guantes, pero su gesto quedó interrumpido cuando escuchó a Daniela decir: —Olivier no ha parado de decir que olía fenomenal y que se moría de ganas de probar tu guiso, Sve.

«¿Eso significa que puedo quedarme?» escuchó Dani en el interior de su cabeza, lo que le hizo dar un pequeño salto. El corazón se le hizo una pelota

en la boca, así que solo pudo asentir.

«Gracias, Dani».

Pasaron una noche mágica, riendo y charlando los cuatro. Olivier probó el asado, pero se las ingenió para ir repartiendo su ración entre el resto de los platos sin que nadie lo notase, nadie salvo Dani, claro, que le observaba divertida.

Unas cuantas copas de vino, una buena conversación. Tenerle allí fue fantástico. Daniela nunca lo hubiera imaginado.

Al final, las dos modelos se quedaron dormidas en el sofá abrazadas la una a la otra y el francés se despidió.

—Será mejor que me marche, se ha hecho tarde y estáis cansadas.

Aunque el piso era pequeño, Daniela le acompañó hasta la puerta.

—Yo... siento mucho lo que te dije. Me pareció muy mala idea que te mezclas con ellas, pero ahora me doy cuenta de que estaba equivocada. «No dejas de sorprenderme vampiro».

—Ánimo, solo te quedan un par de noches, después del baile te librarás de mí.

—Cierto, terminará tu calvario y dejarás de ser mi profesor a tiempo parcial.

—Lo creas o no, lo echaré de menos, pequeña bruja.

Olivier puso sus dedos suavemente bajo su barbilla para que ella le mirase.

«¡Oh, Dios!, va a besarme» pensó Dani. Cerró los ojos y preparó sus labios para el momento.

Él sonrió y la besó en la frente.

—Hasta mañana, Dani. Y por cierto... ¿*Madame Butterfly*? Ya hablaremos.

Salió a la escalera y cerró suavemente la puerta.

Desilusionada, Daniela comenzó a recoger los platos, vaciar los restos de comida en la basura y meterlos en el fregadero.

«Quería un beso... y de un vampiro nada menos. Ay. ¿Es posible que me esté colando por él?»

—**Sí y mil veces sí.**

Se tapó la boca con las manos al darse cuenta de que casi lo había

gritado. Pero asomándose a la puerta, comprobó que Sasha y Svetlana seguían dormitando en el sofá y prosiguió con sus tareas.

«Olivier...» suspiró. «¿Quién me lo iba a decir? ¿Acaso me estoy volviendo loca? Él no parece nada interesado en mí... Anda que para uno que me gusta».

Se quedó mirando los platos y soltó una carcajada. Llevaba frotando el mismo plato al menos diez minutos y los demás seguían ahí, en el fondo de la cubeta, esperando para ser enjuagados antes de meterlos al lavavajillas.

Se esforzó por concentrarse mínimamente en lo que estaba haciendo y acabó por colocarlos todos dentro y encender el aparato.

Pero el caso es que, por más que lo intentaba, no podía sacarse a Olivier de sus pensamientos.

—¿Dónde están las rosas? —dijo Dani entrando como un ciclón a la sala de entrenamiento. Allí Olivier, espada en mano, trazaba arabescos en el aire, luchando contra un joven que parecía acorralado por los envites del francés.

—Buenas tardes, Dani, es algo temprano para que estés aquí. ¿Has salido antes del trabajo?

—Er... sí. Yo no pensé que estarías ocupado. Volveré más tarde.

El vampiro le hizo señal a su adversario de parar un momento y avanzó en su dirección. Una vez frente a ella le quitó el pesado bolso que colgaba de su hombro y lo dejó en un diván que estaba pegado a la pared. Sujetó su mentón hacia arriba para que ella echase la cabeza hacia atrás y le besó en los labios cariñosamente.

—Quédate, ya casi hemos terminado.

Olivier se volvió a su oponente y al grito de: «*En garde!*», arremetió de nuevo contra el muchacho.

Temblorosa, Daniela se sentó en el diván donde estaba su bolso y se concentró en la pelea. No podía evitar sentir el corazón en la garganta fruto del suave y casto beso de Olivier.

«Si es capaz de dejarme así con un mero roce, Dios no quiera que me bese algún día de verdad».

Pasados unos minutos de giros, lances y tocados, terminaron el entrenamiento. Tras una reverencia, el joven adversario de Olivier se marchó sofocado del salón, no sin antes murmurar unas palabras de despedida, después del pequeño varapalo que con Dani como público, le había dado el francés.

—¿Me das unos minutos? Quisiera ducharme.

—Olivier, yo... siento la interrupción.

—*Silence!* Ven conmigo.

Ella le siguió como un corderito y entró tras él en su dormitorio. Vio

que en un rincón había dos pequeñas butacas con una mesa de servicio y se sentó.

Él se quitó la peluca y la dejó sobre un soporte de alambre que tenía sobre el tocador. Comenzó a desabrocharse la pesada chaqueta y después se deshizo el lazo que anudaba el cuello de su camisa. Abrió un cajón, sacó unos vaqueros y una camiseta blanca, se los colgó al hombro y se fue hasta el baño.

—¿Quién era ese?

—Dominique.

Los grifos se abrieron y el agua comenzó a correr.

—¿Solo Dominique?

—¿Quieres un informe? Mira, los vampiros somos muy celosos de nuestra intimidad, si quieres te lo presento y que te cuente su historia si así lo desea.

—Solo intentaba darte conversación, no estoy interesada en él.

Y en voz baja añadió: —Desde luego cuando quieres eres muy grosero.

Inquieta, Dani se levantó y comenzó a deambular por la habitación, investigando. Era de estilo clásico y afrancesado, decorada en tonos oscuros de marrón, ocre y dorados, pero a pesar de lo recargado del estilo parecía muy comfortable.

No pudo evitar admirar la cama de gran tamaño, con un enorme cabezal dorado que se elevaba hasta casi el techo. Estaba vestida con una colcha de seda crema bordada, una manta de pelo de animal doblada a los pies y una gran multitud de cojines de terciopelo y seda, bordados, lisos, estampados... formando un ordenado bodegón. Justo frente a ella, se encontraba un fantástico tocador de estilo barroco con un espejo sobre él, que por su tamaño perfectamente podría haber sido de cuerpo entero, cuyo marco dorado estaba formado por olas y conchas marinas.

A su derecha y delante de una chimenea de mármol profusamente tallada, un diván tapizado en terciopelo y un magnífico biombo de Coromandel de madera lacada en color berenjena y oro, decorado con dibujos chinescos, completaban el conjunto.

Se dirigió hacia el tocador donde docenas de botellas de perfume convivían con maquillajes, polvos y lápices. Se inclinó para ponerse a la altura de la peluca y frunciendo el ceño murmuró: —Algún día te prenderé fuego.

—Tengo muchas más —dijo una voz amortiguada por el agua que caía de la ducha.

Dani bufó «maldito oído». Y se dirigió de nuevo hasta el sillón donde se dejó caer con desgana.

—Espero que no te lances así en los sillones el día del baile, o todo el encanto que despides cuando bailas se evaporará en un segundo —exclamó Olivier que salía del baño en ese momento con los vaqueros y la camiseta puestos, pero descalzo. No llevaba cinturón y los pantalones resbalaban hacia sus caderas. En sus manos llevaba una esponjosa toalla con la que frotaba el cabello.

Dani tragó saliva al verle. «Me encantaría preguntarle por qué me besó antes...».

Miró al suelo con la esperanza de que él no se hubiera dado cuenta de su pensamiento en voz alta. Esperó unos segundos y le observó. Él se había puesto la toalla tras el cuello, mientras sujetaba los extremos con las manos a la altura de sus pectorales.

—¿Quieres ver el invernadero?

—Me gustaría —contestó con un suspiro de alivio, pues al parecer él no había leído sus pensamientos. Aunque el agobio volvió, cuando el vampiro se puso ante ella y metiendo sus dedos entre los suaves mechones de su cabello, lo desordenó con ternura mientras decía: —Dani, Dani..., lo primero, antes no intentaba ser grosero «por un momento odié que le prestases atención a Dominique», no debí contestarte en ese tono, lo siento. Y segundo, te besé para que no pensase que puede tomarse ninguna libertad contigo. Estás en mi casa, eres de mi propiedad... así funcionamos los vampiros.

—¡Genial y yo que me estaba haciendo ilusiones! ¡Ups! —declaró tapándose la boca y poniéndose de color grana.

Sin poder evitar sonreír, Olivier se dirigió hacia una gran cómoda al otro lado de la habitación, abrió varios cajones y sacó un par de calcetines y un jersey fino de cachemira color gris. Terminó de vestirse delante de ella, se calzó unas botas militares y le tendió la mano al tiempo que decía: —¿Vamos?

Ella le miró sin comprender y él añadió: —¿No querías ver mis flores?

Bajaron a la planta del nivel de la calle y a través de los ventanales de un corredor, Daniela pudo ver el pequeño jardín trasero del edificio. Adosado a uno de los muros de la casa se distinguía, entre enredaderas, una estructura

de hierro fundido y cristal de estilo victoriano, rematada con una cúpula semiesférica construida con los mismos materiales.

—Se añadió a la casa a finales del siglo XIX —explicó Olivier mientras caminaban—, lo hizo un arquitecto inglés, no recuerdo ahora su nombre. No es muy grande, pero para mis pequeños experimentos me sobra. Con el tiempo he ido mejorando el aislamiento y reforzando la estructura y bueno, ahora lo verás.

Entraron a un despacho y abriendo unas puertas francesas laterales accedieron desde allí a la construcción.

—Normalmente paso aquí una buena parte de la noche, de día para mí es inviable estar en esta zona de la casa, a menos que este diluviando o que sea un día muy gris, como hoy.

Ella daba pasos torpemente con la mirada clavada en el espacio abovedado.

—Yo que tú mirarías también al suelo, casi te hiciste un esguince el otro día por ir distraída...

—Cada día me sorprendes más francés. Yo pensaba que era una invención de tu mente retorcida y resulta que es cierto.

—¿Por qué tendría que mentirte? Todo lo que sabes de mí es real.

—Es increíble, creo que podría vivir aquí —dijo Dani mientras pasaba las yemas de los dedos dulcemente por los pétalos de una hermosa rosa.

—Puedes mudarte cuando quieras, pero no tiene persianas así que si no eres de madrugar mucho, tendrás que comprarte un antifaz.

Ella se volvió a mirarle y en su cara irradiaba la felicidad, se sentía transportada, como si fuera un chiquillo al que le han comprado algo que desease mucho.

—Por eso hueles tan bien, vampiro, pasas tanto tiempo aquí que tu piel y tus ropas huelen a verde y a flores.

—¿Huelo bien? Gracias, al menos no todo en mí son defectos. Venga vamos, nos queda un poco de trabajo de protocolo que hacer, mañana pensaba darte descanso.

—¿Podemos quedarnos aquí? Este sitio inspira. Me pregunto si podría venir en un día soleado para hacer unas fotos...

—Claro que sí. Es una gran idea, debe ser precioso... aunque me lo voy a perder, yo no podré acompañarte.

Dani frunció el ceño. A menudo, en estos últimos días, se olvidaba de que tenía ante ella un vampiro. Olivier se estaba convirtiendo en un hombre y estaba dejando de ser un monstruo.

Un criado apareció en la doble puerta de acceso.

—El señor tiene visita. *Monsieur* Le Loup le espera en la sala de esgrima.

—Gracias, Henry.

Olivier le tendió una mano a Daniela, que ella tomó sin reservas, y juntos se encaminaron hacia la sala de entrenamiento.

Cuando entraron, Jean Jacques les esperaba sentado con elegancia en una de las otomanas que Olivier había incluido en uno de los laterales de la vacía sala.

—¿Has venido a comprobar los «progresos» de mi alumna? —dijo Olivier mientras se acercaba al vampiro y le daba un medio abrazo.

—He venido porque esta última semana la has monopolizado y apenas la he visto. ¿Cómo lo lleva mi niña? ¿Se porta bien el tirano? —dijo mientras la abrazaba hasta casi dejarla sin respiración.

—Sabes que no puedo ser franca si él está delante —respondió jocosamente Daniela y tras hablar, miró a Olivier dedicándole una espectacular sonrisa.

—Jean —exclamó mirando ahora a su padre— ¿Te apetece bailar conmigo? Estoy un poco cansada de tener siempre la misma aburrida pareja de baile.

—Pues claro. Aunque te advierto que no soy ni la mitad de buen bailarín que la geisha.

—¿Habéis terminado? —intervino Olivier intentando parecer enfadado—. Aquí se viene a trabajar y no a estar de cháchara. *On va commencer!* —dijo dando palmas.

Todos rieron y padre e hija comenzaron el baile.

Al terminar la pieza, Jean no podía estar menos que admirado.

—Dani, es fantástico. Lo bailas con soltura y gracia, casi como si hubieras vivido en aquella época.

—Pues eso no es nada. Observa.

Y poniéndose con la espalda recta, la mano al pecho y mirando al cielo

como si fuera a recitar a Shakespeare exclamó: —«La lluvia en Sevilla es una pura maravilla»

Lo que le valió un cachete de Olivier.

—Ya te vale, niña.

—No te enfades vampiro —dijo ella con una sonrisa torcida—. Me siento muy agradecida de lo que has hecho por mí, si todo sale bien en el baile será por tu culpa.

—¿Me ves enfadado? ¿Crees que esto es estar enfadado? —dijo, señalando su cara—. Pues espero que nunca me veas cabreado de verdad.

—Estoy alucinando —intervino Jean—. Hace tan solo quince días erais las dos personas más incompatibles con las que me había encontrado, y ahora hasta bromeáis y os reís las gracias. Me cuesta creerlo.

—Bueno —dijo Daniela—. Hemos firmado una tregua que expira tras el baile. Si echabas de menos nuestros encontronazos solo tendrás que esperar hasta pasado mañana. Olivier volverá a ser el mismo de siempre y no podremos volver a hablarnos sin tirarnos de los pelos.

—Daniela —cortó Olivier poniéndose serio—, eso no va a pasar. Yo no he cambiado, ni cambiaré después del baile y no deseo en absoluto que volvamos a enfrentarnos de nuevo. Así que si tú lo quieres, mi parte del trato es vitalicia.

La conversación estaba tomando un cariz serio y Dani pensó que era un buen momento para un cambio de tema radical. —¿Cómo os conocisteis?

Los dos hombres se miraron con cierta complicidad.

—Nos encontramos casi por casualidad. Fue en Lieja, en el año... ¿1632?

—Buena memoria, Jean ¿Lo cuentas tú?

Jean Jacques sonrió.

—Yo iba paseando por las calles de la ciudad, recuerdo que aún no había empezado el invierno pero las gruesas nubes impedían que brillasen las estrellas y hacía bastante frío. Desde un callejón me llegó el olor de la sangre, pero lo que me hizo ir a investigar fue que no era humana, sino de vampiro. Me acerqué intrigado y salté el muro del jardín que bordeaba la casa desde donde venía aquel olor. Avancé entre los parterres de rosas y me detuve de golpe cuando me sorprendieron las carcajadas de un borracho, que semidesnudo, se batía en duelo con un caballero mientras una dama llorosa suplicaba a los dos hombres que se detuvieran.

Al parecer el barón De Bruyn, el dueño de la casa, había encontrado a Olivier en la cama con su mujer y le había desafiado a un duelo. Nuestro amigo estaba... tan ebrio, que apenas podía sujetar el florete y a cada estocada de su adversario lo único que hacía era reírse, pues el caballero no paraba de preguntarse porque no caía muerto.

Hubo un punto en el que las carcajadas lo tiraron de culo sobre el barro.

El bueno de Jean —prosiguió ahora Olivier, con la mirada perdida en el pasado—, borró la mente a todos los presentes y se ocupó de mí, cargándome a su espalda como si fuera un vulgar saco de cemento. Me llevó a su casa y me hizo entrar en razón, y desde entonces siempre he estado en deuda con él.

—¿En deuda, *mon ami*? Tu espada me ha salvado la vida en unas cuantas ocasiones yo diría que más bien es al contrario. Y además, ahora eres tú el que me brinda protección frente a los buitres...

La mirada de complicidad que hubo entre ambos fue la revelación de lo mucho que se apreciaban.

—Yo solo tenía veintiocho años, y desde hacía muy poco se había hecho latente mi condición de vampiro. Era un bastardo arrogante e inexperto. El caso es que desde entonces tu padre y yo hemos ido y venido juntos —continuó Olivier—, pero siempre tendré que agradecerle que me ayudase a salir de esa espiral. Sin la amistad que me brindó y su apoyo incondicional, ahora mismo sería alguien a quien no querríais conocer.

—Pero Jean —exclamó Dani—. Tú eres «padre» de tu línea de sangre, creí que no necesitabas protector.

—Verás, la política entre no-muertos siempre ha estado ligada a traiciones, abusos, avaricia y falta de honestidad. Después de transformar a Markus yo liberé a la mayoría de mis vástagos, lo que me dejó en una posición vulnerable. Algunos vampiros maestros intentaron aprovecharse para tenerme bajo su tutela y Olivier me protegió. Nunca entendieron nuestra amistad y en algunos momentos de nuestra vida nos vimos obligados a disfrazarla. Siendo amantes, algo común entre viejos vampiros, pasaba desapercibida. Ante la mayoría, él me ha tenido bajo control y en su cama, y como tiene fama de ser un cabrón sin corazón que se aprovecha de todo lo que tiene próximo, los otros maestros me dejaron en paz.

Dani abrió mucho los ojos. —¿Amantes? —preguntó—. ¿Vosotros?

—No lo hemos sido, Dani, pero es lo que algunos piensan. Aunque... ahora que recuerdo... una vez tu padre me dio un morreo en público que me hizo plantearme si tendría que salir del armario.

—¡Olivier! Me lo diste tú a mí.

Los dos estallaron en carcajadas y Daniela no pudo evitar mirarles y envidiar la amistad y la camaradería que se profesaban.

Dani volviéndose al francés le preguntó, repitiendo las palabras de Jean: —¿Y a ti no te molesta que te vean así? «Un cabrón sin corazón...»

—La gente que me importa sabe cómo soy, el resto es todo teatro. Las opiniones ajenas me traen sin cuidado.

«Entonces esos trajes, esas pintas, esa forma de hablar... todo está relacionado. Es una armadura». Le miró a la cara, segura de que había escuchado sus pensamientos y él inclinó la cabeza, asintiendo una sola vez y sonriendo.

—1632... —dijo Dani, cambiando de tema—. Aunque lo intente, no puedo hacerme a la idea de lo que puede ser vivir tanto tiempo. Habéis experimentado tantas cosas... y además tenéis la certeza y la tranquilidad de que no hay un final.

—Siempre hay final, pequeña —dijo Jean—. No somos inmortales... Y la verdad, la mayoría de nosotros lo busca intencionadamente. Sin alicientes, la vida se hace tremendamente aburrida y cansina. Para sobrevivir, debes vivir el día a día y adaptarte a las épocas buscando incentivos que te ayuden a superar cada momento, pero aun así llega un punto que se hace difícil si no tienes apoyo externo.

—Entiendo. No saber cuál será tu futuro es un tanto incierto, pero saberlo....

—¡Eh! Dejémonos de conversaciones tristes ahora —dijo Jean—. Además no debes preocuparte, Olivier y yo estaremos por aquí mucho, mucho tiempo.

Dándole un cachete cariñoso se levantó para marcharse. —Ahora debemos organizarnos para la fiesta. Markus y Sara vienen mañana desde Londres y junto a ellos Julius, Judas y Poppy, a los que ya conocerás. Todos se quedarán en mi casa, en uno de los pisos inferiores que tengo sin alquilar, y saldremos juntos desde allí. Dani, tú te cambiarás en casa de Olivier, y te irás con él en el coche. Nos veremos en el baile. Y amigo —dijo dirigiéndose al vampiro—, tenemos un tema importante que tratar referido a la seguridad de

Daniela. Estas macrofiestas nunca me han gustado, se sabe que empiezan con buena intención por parte de todos, y tenemos la protección de Salomé y de todo el Consejo pero... tenemos que hablar. Mañana pásate por mi casa y discutiremos como hacerlo.

—Ya lo hemos hablado y sabes que no tenemos muchas opciones —protestó Olivier.

—Si es referente a mí, quizá yo debería estar presente, ¿no? —interrumpió Dani con un deje de malhumor en su voz.

—Haremos lo mejor para ti. Tú solo tienes que preocuparte de estar descansada y radiante.

—Pero... no es justo.

—La vida nunca lo es. Discutiremos las distintas opciones y no haremos nada sin tu aprobación, eso te lo aseguro —prometió Jean—. Por favor, deja ese tema en nuestras manos. Me marcho. Olivier llévala a casa después.

Se despidió con abrazos para todos y se fue.

—¿Y ahora qué? —preguntó Dani—. ¿Seguimos con el baile?

—Humm, no. Voy a llevarte a un sitio. ¿Llevas ropa de abrigo?

—Mi chaquetón...

—Te dejaré un jersey mío para que te lo pongas debajo, voy por él. No te muevas de aquí.

Se transformó en un borrón y desapareció.

Dani se quedó mirando la puerta entreabierta... «Nunca me acostumbraré a esto».

—¿A qué no vas a acostumbrarte? —dijo la voz del vampiro a su lado mientras le tendía un suave jersey de cachemira.

Al oírle, Dani gritó y dio un salto atrás.

—¿Quieres dejar de hacer «eso»?

—¿Qué he hecho?

—El truco de «hago chas y aparezco a tu lado».

Olivier rio. —Aún no has visto nada. ¡Vamos! Haremos una excursión.

Él ya caminaba hacia la puerta pero Dani se quedó parada en mitad de la sala, con el suave jersey entre sus manos. Se lo llevó al rostro y lo olió olvidándose de todo. Sutilmente amaderado, con un fondo de violetas, pimienta y ámbar... Olivier.

El vampiro se volvió cuando llegaba a la puerta y la vio allí, con el

jersey metido en su nariz y los ojos cerrados. Qué hermosa era bajo aquella tenue luz que quedaba reflejada en sus cabellos..., parecía un ángel.

—¿Vas a quedarte ahí toda la noche?

La profunda voz la sacó del trance y rápidamente llevó la prenda a su espalda, pero sus mejillas sonrojadas delataban que la habían pillado in fraganti.

—¿Dónde vamos? —tartamudeó.

—Ya lo verás. Te gustará. Pero ponte el jersey, la noche es fría.

Ella se colocó la prenda y con cuidado para no desbocar las mangas las dobló, consiguiendo con ello que se vieran sus manos. Cuando terminó, se puso el chaquetón que le ofrecía Olivier.

—Ponte los guantes —murmuró el vampiro mientras anudaba su bufanda y le recogía el cabello para encasquetarle el gorro de lana—. ¿Puedes moverte?

—Tanta ropa aprieta un poco pero estoy bien.

—Pues vamos.

Él cogió una chaqueta más ligera. Subió la cremallera y metió los guantes en un bolsillo.

—¿No tendrás frío? —preguntó Daniela.

—Sí, seguramente, pero yo no puedo resfriarme y he de tener libertad de movimientos para llevarte.

Mientras hablaba subía las escaleras al piso superior, ella le seguía mecánicamente sin dejar de hacer preguntas.

—¿Para llevarme? ¿Dónde?

Sin contestarle, el vampiro continuó guiándola escaleras arriba, siguieron subiendo hasta que llegaron al desván, una vez allí Olivier abrió una de las ventanas y se sentó en el alfeizar.

—Dame tu mano

—¿Al tejado? ¿Vamos al tejado?

—Deja ya de protestar. Te he dicho que te gustará.

Ella le dio su mano y él la ayudó a salir.

—No te sueltes, no quiero tener que saltar a por ti.

Caminaron sobre las chapas de zinc hasta el borde del edificio y allí Olivier dijo: —Ven, déjame cogerte, tenemos que saltar.

—Ni hablar. Está lejos. No pienso hacerlo.

—Dani, tú no vas a saltar, yo lo haré. Solo tienes que dejar que te

lleve.

Intranquila dejó que él la cogiese y casi sin apenas tomar carrera se encontró en el siguiente edificio al otro lado de la calle. Lo hicieron cayendo sobre el tejado de forma amortiguada, como caen los gatos cuando saltan, sin ruido ni inseguridad.

—¿Haces esto a menudo?

—¿Quieres parar de quejarte?

Caminaron hasta el siguiente edificio y repitieron operación, y así varias veces hasta llegar a uno un poco más alto donde el vampiro le dijo: —Ahora necesito las manos libres, cuélgate de mí como un koala.

—¿Qué?

—Me has oído de sobra. Vamos ahí arriba, tengo que trepar y necesito las manos libres.

Dani se subió a su espalda, rodeó su cuello con los brazos y atenazó su cintura con las piernas. De un ágil salto, él se colgó de la fachada y con extrema facilidad fue trepando hasta llegar al tejado.

Al llegar arriba dijo: —Menos mal que no necesito respirar, Dani, ya puedes soltarme y bajar.

Poco a poco ella bajó un pie y tanteó, cuando notó el sólido suelo, bajó el otro y soltó sus manos.

Él se giró y la miró divertido mientras le preguntaba: —¿Eres poco aventurera o no confías en mí?

—Nunca pensé que salía con Spiderman.

Al oír su respuesta, la sonrisa de Olivier se amplió hasta que Daniela pudo verle las puntas de los colmillos.

—Vamos, Dani, esto merecía la pena verlo. La sujetó por los hombros y la giró para que contemplara la vista que quedaba a su espalda.

Se quedó boquiabierta.

Aquellos grises tejados en mansarda de pizarra, las maravillosas luces nocturnas que salpicaban la ciudad, la Tour Eiffel que se erigía como un faro a lo lejos... El frío se colaba hasta las entrañas, pero era fantástico.

—¿Y ahora qué? ¿Ha merecido la pena un poquitín de miedo?

Ella le miró con adoración y dijo: —Gracias.

—No te quedes mirándome, a mí puedes verme cuando quieras, aprovecha que la noche está preciosa.

Dani sonrió y se giró, aspiró hondo y al expirar salió vaho de su boca.

No pudo reprimirse y quitándose los guantes, sacó su iPhone del bolsillo para hacer unas fotos.

El momento era perfecto. Aquél hombre la hacía sentirse especial y llena de vida. Notó como el corazón le daba fuertes golpes en el pecho y sin quererlo una lágrima cayó rodando por su mejilla.

¡Dios!, estaba enamorada. Total y absurdamente enamorada.

Desde su espalda él la rodeó con sus brazos y de vez en cuando soltaba una mano para indicarle un edificio, un lugar, y contarle alguna pequeña historia de la ciudad.

Sin poder remediarlo, otra lagrimita acompañó a la primera y después otra más y Daniela acabó llorando a moco tendido. Olivier al notar que su respiración se entrecortaba, la abrazó y le dijo:

—Dani, ¿Qué te ocurre? ¿Quieres que te lleve a casa?

—Estoy bien, es que esto es increíble y me siento algo colapsada.

Él le retiró el pelo y le besó la sien. —No llores más, *chérie*. Puedo traerte todas las veces que quieras.

Se quedaron allí un rato abrazados admirando la ciudad y cuando el vampiro advirtió que ella empezaba a temblar dijo: —Vamos, volvamos a casa, encenderé la chimenea en el salón para que entres en calor.

Volviendo sobre sus pasos, bajaron de nuevo hasta los tejados, pero el vampiro ya no la soltó. La llevó en brazos hasta encontrar la ventana por la que habían salido. Una vez dentro, la condujo hasta el salón y empezó a quitarle el gorro, los guantes y la chaqueta. Ella se quedó mirando el hogar que había prendido de repente.

—¿Has sido tú?

—*Oui*.

Después de frotarle brazos y piernas para que entrase en calor le ordenó: —Siéntate aquí. Te traeré un chocolate caliente.

—¡Señor, sí Señor! —logró decir, a pesar del castañeteo de dientes.

—Dani... si te resfrías sabré que ha sido por mi culpa, así que a callar y a obedecer.

Sin protestar se sentó en el suelo sobre la mullida alfombra, frente a la chimenea, y esperó a que él le trajera la bebida caliente. Allí mientras le aguardaba, empezó a darse cuenta de que nada volvería a ser como antes, de que el dichoso baile marcaría un antes y un después, y que su relación con Olivier terminaría pues ya no tendría que volver. Ese sentimiento de angustia

la envolvió y su coraza se derrumbó de nuevo con una gruesa lágrima que recorrió lentamente su mejilla. La retiró en seguida pero el otro ojo decidió acompañar a su gemelo y el líquido que emborronaba su mirada lo desbordó.

Y lloró.

Lloró por el sentimiento de pérdida, de algo que en realidad no tenía pero que deseaba de todo corazón.

Cuando él entró con la taza de chocolate, ella ya había logrado serenarse y secarse las lágrimas, aunque sabía que la rojez de sus ojos no le pasaría desapercibida al vampiro.

Olivier se sentó en el suelo frente a ella y la miró fijamente aunque no dijo nada. Le ofreció la taza y le indicó que tuviera cuidado al beber, pues estaba muy caliente.

Permanecieron un rato callados mientras ella se lo tomaba despacio.

—¿Puedo quedarme a dormir? No molestaré tu rutina, lo juro.

Sorprendido por la pregunta, Olivier sonrió.

—Pues claro que puedes. Ya te lo he ofrecido otras veces, hay habitaciones de sobra, la casa es enorme, y aunque roncases como un oso no me molestarías.

—No ronco.

—Eso es lo que tú te crees ¿Acaso lo has comprobado?

—Nunca nadie me ha dicho que roncase...

—Es broma, Dani. Es broma. Dime ¿Qué color prefieres? Azul, verde, blanco...

—Azul. ¿Por qué?

—Para saber en qué habitación voy a instalarte. Cuando se decoró esta casa era costumbre hacer las habitaciones de distintos tonos para distinguirlas... Vamos te llevaré de tour y si prefieres otra que no sea azul podrás elegirla tu misma.

Deambularon por la gran casa y Olivier fue mostrándole uno a uno todos los dormitorios. La «habitación azul» fue al final la elegida pues no era tan grande como las otras, y parecía más acogedora. Aquel cuarto era de un estilo afrancesado un tanto decadente, pero el mobiliario no era tan barroco como en otros cuartos.

—Algunas de estas antigüedades me las ha conseguido tu padre, otras son mías —le contaba Olivier mientras cerraba las cortinas—, pero por lo demás la casa está casi como cuando compré el edificio hace noventa y cinco

años, aunque los baños y la cocina han tenido remodelaciones hace poco.

—¿Llevas viviendo aquí noventa y cinco años?

—*Non*, claro que no. Se notaría mucho. Antes de la gente empiece a preguntarse porque no envejezco, cierro todo y me voy a otra propiedad. Tengo otra casa en París, en Montmartre, más pequeña y bohemia, ya la verás.

Antes de dejarla, Olivier se quedó por un momento apoyado en el marco de la puerta mientras la miraba fijamente. Sonrió mostrando las puntas de sus colmillos y dijo: —Si necesitas algo ya sabes dónde está mi dormitorio, si no estoy allí me encontrarás en el invernadero, pero solo con que digas mi nombre yo te buscaré. No hace falta que grites, tengo buen oído.

—¿Duermes en esa cama tan enorme? Creí que lo harías en un ataúd o colgado de una viga.

—Muy graciosa —protestó el vampiro—. Lo he intentado, pero el ataúd es un poco estrecho y si paso mucho rato en posición de murciélago acabo con dolor de riñones. Descansa. Ordenaré que mañana te sirvan un buen desayuno.

Y guiñándole el ojo se marchó de la habitación.

Una vez la puerta estuvo cerrada, Daniela recorrió el cuarto tocando los muebles y los tejidos de los pesados cortinajes, todo parecía ostentoso, lujoso y caro.

Unos suaves golpecitos le hicieron volverse y preguntar

—¿Olivier?

—No, señorita, soy Brigitte, he venido a prepararle la habitación.

—Pase, por favor.

La mujer entró como un vendaval y en cuestión de minutos acondicionó la gran cama con sábanas limpias de hilo blanco que parecían a estrenar. Cuando terminó, abandonó la habitación unos instantes para volver con una pila de toallas de aspecto suave y esponjoso, y una camiseta de Olivier que pudiera usar como pijama.

—Si necesita cualquier cosa no dude en llamar, señorita.

—¿Brigitte?

—Dígame.

—¿Lleva trabajando con el señor mucho tiempo?

—Unos veinticinco años.

—Entonces...

—Sí, sé que es un vampiro. Y tengo que confesar que al principio tenía

miedo, pero nunca, nunca ha hecho nada que haya hecho que saliera corriendo por esa puerta, y puedo decirle que estoy más que agradecida de haber aceptado este empleo. Es un buen hombre.

—Gracias, Brigitte.

—Me ha alegrado conocerla, señorita. Buenas noches.

Se quedó sola en el cuarto, se puso la camiseta gris que estaba sobre la colcha y se tumbó en la cama.

El colchón era tremendamente cómodo, pero le costó mucho dormirse, tenía mucho en que pensar. Intentó hacer una lista de las cosas buenas y malas del vampiro para sopesar sus virtudes y defectos y no encontró nada realmente censurable. Se sentía aturdida por un sin fin de emociones hacia él, pero no estaba segura de querer dar un paso adelante en su relación. ¿Tan malo era enamorarse de uno de «ellos»? Al fin y al cabo ella tenía sangre de vampiro en su organismo.

Suspiró.

En realidad le paraba más los pies su lado de hombre seductor que el sobrenatural.

En sus pocas experiencias sentimentales, la mala suerte la había acompañado siempre, los hombres con los que se había topado eran del tipo frívolo que lo único que querían era un trofeo bonito que enseñar y ella no quería eso, ella buscaba que la quisieran por como era, no por su linda cara.

Olivier no había tratado de seducirla y eso en parte la tenía intrigada. La parte libertina del vampiro era sexy y atractiva, pero con ella volvía el miedo a enamorarse de alguien para quien solo era una conquista más. ¿Qué pasaría cuando su atracción dejase de ser tal y él revolotease buscando nuevas sensaciones?

Sentía que eran imaginaciones suyas. En realidad Olivier no estaba interesado en ella, lo más seguro es que todas sus atenciones eran por ser hija de Jean. Él se había portado como un caballero de los de antes y ni siquiera había intentado besarla. Seguramente estaba ilusionándose con algo que solo existía en su fantasía personal.

Su mente estuvo elucubrando posibilidades hasta que al despuntar el alba cayó rendida por el cansancio y se durmió.

Horas más tarde, cuando se sintió descansada y abrió los ojos creyó

que debía ser temprano pues había poca luz en la habitación, pero cuando consiguió enfocar la vista y comprobar la hora en su reloj de pulsera, se levantó de tirón y fue directa al baño.

—¡Dios mío! Son casi las doce, he dormido toda la mañana.

Se fue hasta el ventanal y al descorrer las cortinas pudo comprobar que la poca luz, que ella había creído que se debía a lo temprano del día, era debido a la lluvia que caía sobre la ciudad. Fue hasta la silla donde había dejado su ropa y descubrió que a su lado, en el suelo había bolsas de exclusivas tienda de ropa. También se dio cuenta de que en el tocador había una nota, junto a un juego de llaves.

«Buenos días, mi niña.

No quise despertarte esta mañana, anoche te oí dar vueltas hasta bien entrada la madrugada y supuse que estarías cansada. No te preocupes, llamé a tu revista para excusarte, no te esperan hasta la tarde.

Te he dejado unas bolsas con algo de ropa, para que no tengas que usar la que llevabas ayer y también tienes un juego de llaves de esta casa, para que puedas entrar y salir cuando quieras.

Estaré en el ático de Jean Jacques.

Olivier»

Dani dirigió su mirada a las bolsas: Prada, Jimmy Choo, Stella McCartney y Tommy Hilfiger.

¡Dios santo!, ella no podría comprarse todo aquello ni en un año de trabajos forzados. Jugueteadando con el manajo de llaves se dejó caer en la silla.

Esto era demasiado.

Abrió las bolsas, todo era ropa casual y juvenil. Unos pantalones tipo pitillo, como ella solía llevar, un cálido jersey, un bolso, unas botas y una gabardina.

Se vistió y bajó a desayunar.

Nunca había llegado hasta la cocina, pero el olor a galletas recién hechas la llevó hasta la misma puerta, y cuando entró, la sonrisa de Brigitte le hizo sentir como en casa.

—El señor me dijo que seguramente usted querría el desayuno en el

invernadero. He preparado una mesa allí, si me da unos minutos le llevaré la comida.

—Sí claro, gracias, Brigitte —contestó Dani algo aturdida—. Gracias.

Cuando entró a la gran habitación acristalada el ambiente la hechizó. El agradable calor, el aroma a flores y la fina lluvia que rebotaba en los cristales del techo y se deslizaba por las paredes. Se quedó allí de pie, hipnotizada, mirando como las gotas de agua resbalaban por los paneles de vidrio. La llegada de la criada le sacó del trance y se apresuró a ayudarla pues llevaba una pesada bandeja.

—No se preocupe, señorita, yo la dejaré sobre la mesa auxiliar y desde allí le serviré. Como ya es un poco tarde para desayunar, le he traído además del café un almuerzo ligero, por si tenía hambre.

Daniela no podía hablar, todo parecía delicioso y sí, tenía hambre. Así que se sentó y comenzó a desayunar tranquilamente, envuelta en la misteriosa atmósfera de aquel increíble rincón.

Cuando una hora más tarde llegó a su trabajo, se sentía feliz y descansada, si había tenido dudas se habían disipado todas. Estaba enamorada.

Absoluta e irremediabilmente enamorada.

Olivier estaba sentado frente a Jean en el salón de su lujoso ático. Julia les acompañaba y se encontraba de pie, mirando a través de las ventanas, con la vista perdida en el parque que se extendía al otro lado de la calle.

Markus y Sara llegarían en tan solo unas pocas horas acompañados de Julius, el gran amigo y mentor del hijo de Jean, y de una pareja formada por Judas, un vampiro y Poppy, su esposa humana. Así que disponían de poco tiempo para discutir la forma en la que se iba a presentar a Dani en la fiesta.

A los presentes, les preocupaba la posibilidad de que algún padre de línea de sangre reclamase a Daniela. La hija humana de Jean era un bocado demasiado jugoso.

El mundo vampírico, se organizaba en «familias» que tenían a un patriarca o una matriarca por gobernante, todos ellos a su vez quedaban bajo el órgano del Consejo quien tenía la última palabra ante cualquier altercado entre «padres» de líneas de sangre.

Jean Jacques nunca había tenido aires de grandeza y había dejado marchar e independizarse a todos aquellos a los que con los años había creado. Daniela ahora estaba bajo su cargo, pero el hecho de que ella fuera una híbrida suponía que algún codicioso «padre» podría desafiarle y reclamarla para sí.

—Jean, sabes que si te retan quizá no puedas protegerla. Lo mejor es que ella pertenezca a alguien, antes de pisar el baile. Si me acepta, yo estaría más que encantado en tener el honor de ser su protector. Los allí presentes conocen mi reputación de mercenario y nadie osará desafiarne, todos me temen. Por una vez me alegro de tener fama de ser un hijo de puta sin corazón.

—Pero, y si Dani dice no —dijo Julia desde la ventana.

—Si Dani dice que no —intervino Jean—, hay dos posibilidades: hacerlo sin permiso, que es una muy mala opción o no hacerlo y arriesgarnos a que algún gran ego decida que la quiere para su harén, que es aún peor.

—Hablaré con ella —dijo Olivier—. Procuraré que lo entienda. Espero que confíe en mí lo suficiente. Y si no, me pegaré a ella como una lapa e intentaré protegerla.

—Espero que te escuche amigo mío —dijo Jean—. Realmente lo espero.

—Pero... —dijo Julia— ¿El Consejo admitiría que llegue un cualquiera y se la lleve?

—Si hay un desafío y pierdo, sí —contestó pesaroso Jean—. Los vampiros antiguos son muy dados a ese tipo de cosas, la mayoría todavía tienen una conciencia muy medieval. Yo quiero algo, reto a su dueño y si gano... es mío.

—¿Y no se puede rechazar el desafío?

—No debes, si lo haces pareces débil, y si eres débil no tienes derecho a tener nada. Es más complicado de lo que parece.

—Hoy sin falta hablaré con ella —dijo Olivier mientras recogía su bastón y se encaminaba hasta la puerta—. Jean, Julia... Nos vemos en la fiesta.

Cuando Jean Jacques y Julia se quedaron solos, el vampiro, aunque estaba sentado de espaldas a la mujer dijo: —Noto tu ansiedad, Julia. ¿Hay algo que quieras contarme?

Hoy no tenía que ir a casa de Olivier. Era el último día antes del baile, y el vampiro se lo había dado libre. Tuvo tentación de ir a verle y pasar con él la tarde, como en las últimas semanas, pero después de coger el teléfono para llamarle en varias ocasiones al final no se atrevió.

Le esperaba una buhardilla sola y desvencijada, ya que sus amigas habían cogido un vuelo para pasar unos días en su país, con sus familiares. Abriría el congelador y se zamparía una tarrina de helado de chocolate que compró hace unos días y aún estaba precintada. Sí, eso haría.

Menudo plan.

La tarde era muy fría, no en vano el mes de noviembre estaba a la vuelta de la esquina y decidió llamar un taxi para ir a casa, pero cuando salió de la oficina una sorpresa la aguardaba en la calle junto al portal.

Olivier.

Vestido con un abrigo negro y jersey de cuello alto del mismo color, pantalones de pana y botas, la esperaba en la acera. «¡Dios, pero qué guapo es...!» Por muchas veces que ella le viera sin peluca ni lunar postizo, no acababa de acostumbrarse a lo hermoso que era su rostro, a la calidez de su sonrisa y a la intensidad de su mirada.

—*Bonjour!* He venido para llevarte a casa. Hace muchísimo frío, está empezando a llover y como no iba a ser fácil que encontrases un taxi...

—No tiene por qué poner excusas, *monsieur*, puede venir a por mí todas las veces que quiera —dijo ella exhibiendo la mejor de sus sonrisas.

Dani miró de reojo a su izquierda. A cierta distancia, tres compañeras de la revista donde trabajaba, cotilleaban a sus espaldas. Olivier la descubrió mirando y le preguntó: —¿Te avergüenza que te vean conmigo?

—¿Avergonzarme? O tienes unas manías muy raras o te falta algún tornillo. En estos momentos eres el hombre más atractivo del edificio. Lo que quiero hacer es presumir de ti.

Se acercó a él y le preguntó: —¿Puedes oírlas?

—*Oui.*

—¿Y a qué esperas para contármelo?

—Bueno... ellas hablan de alguien llamado «la princesa de hielo» y...

—¿Y qué más?

—Pues...

—¡Vamos!

—Está bien, Dani, literalmente la más bajita ha dicho: —«Mira esa creída, ¿cómo puede estar «la princesa de hielo» con un hombre así?». Y la otra ha contestado: «Yo creía que era lesbiana».

Daniela bufó y la rabia se manifestó en su rostro.

—¿Qué pasa, Dani? No debería importarte lo más mínimo lo que piensen. ¿Quieres que hable con ellas?

—No. Claro que no. Me da igual lo que digan. Pero lo que empezó como una bromita está empezando a cansarme. Cuando Sasha y Svetlana empezaron a llamarme así me pareció hasta gracioso, pero si soy la comidilla de toda la oficina ya no me seduce tanto. ¿Qué más están diciendo?

—Nada más.

—Siguen mirándonos.

—Están hablando de mí.

Dani se sonrojó y escupió: —¡Vámonos de aquí!

—*Écoutez!* —dijo Olivier divertido—. Hagamos algo. Yo soy más grande que tú y si me pongo delante te tapo casi por completo. Voy a agacharme hasta tu boca, como si te estuviera besando, tú desliza tus brazos a mi alrededor como si me abrazaras, así conseguirás que murmuren por otra cosa. Vamos, sé atrevida ¡Úsame!

Ella dudó durante un breve instante y él añadió: —Dani... cuando bailamos me tocas, no será diferente.

—De acuerdo —aceptó ella mordiéndose el labio.

Él sonrió y agachó su rostro hasta la altura del de Daniela, puso los labios pegados a los suyos y susurró —Listo. Ahora tú parte.

Durante unos segundos ella se quedó congelada al notar un hormigueo en la piel. Su boca estaba junto a la de Olivier y tuvo que cerrar los ojos para evitar la tentación de besarle.

Respiró profundamente, deslizó las manos a los lados de su cintura y las entrelazó su espalda.

—¿Qué dicen ahora? —preguntó mientras era consciente de todos y cada uno de los movimientos de la boca de Olivier al hablar.

—Que eres más sosa que un día sin pan...

—¡Ahora verán! —dijo enfadada, y bajo sus manos hasta las nalgas del vampiro y allí apretó y masajéó.

A Olivier le entró un ataque de risa y espontáneamente giró su boca y la besó en los labios de forma suave. Se separaron y cuando él pudo parar de reír le dijo: —Creo que has hecho una buena exhibición, pero avísame antes de cambiar de planes.

—No te burles de mí. La idea fue tuya.

—Cierto, pero no soy de piedra, ¿sabes?

Empezaron a caer gotas con fuerza y él sacó un paraguas del bolsillo de su abrigo. Lo abrió y la rodeó por la cintura para caminar por la acera protegidos de la lluvia.

—Mi coche está cerca, vamos.

Al pasar por delante de las compañeras de oficina que habían criticado a Dani y que estaban mudas de envidia y asombro, Olivier aprovechó para acariciarle el cabello y besarla en la mejilla. Parecían una verdadera pareja de enamorados.

Juntos caminaron hasta el vehículo que estaba aparcado un poco más adelante en la misma calle y cuando llegaron, caballerosamente, el vampiro le abrió la puerta, y una vez la tuvo instalada en su interior, lo rodeó para subir al volante. Al entrar lo puso en marcha y accionó la calefacción.

Ella estaba silenciosa y parecía un poco sofocada por lo ocurrido.

—Olivier, quisiera pedirte disculpas. Lo que hice no está bien.

—¿No te gustó mi trasero? —preguntó él entre risas.

Ella le miró de reojo con rostro serio. —No debí utilizarte.

—Dani, Dani... yo te lo pedí, y fue divertido. Y... si sirve de algo mi humilde opinión —continuó—, yo no creo que seas «de hielo». Te emocionas, sientes, te excitas como cualquier otra persona, aunque intentas no exteriorizarlo y bueno, con la gente a la que quieres deberías empezar a soltarte dejando atrás complejos y prejuicios.

Esas palabras del vampiro resonaban en la mente de Daniela mientras Olivier conducía. Los dos estaban callados: Él hacía ver que iba concentrado al volante y ella parecía observar las luces de la calle.

El francés condujo despacio hasta la casa de Dani intentado prolongar los momentos que pasaba junto a ella. Sabía que el tiempo se le agotaba, que

tenía que dar el siguiente paso, pero no quería agobiarla. Daniela tendría que darse cuenta por sí misma de lo que sentía. No podía presionarla.

Cuando llegaron miró hacia arriba y observó que no había luz en las ventanas del apartamento de Dani.

—No quiero dejarte sola en casa. ¿Tardarán mucho en volver Sasha y Svetlana?

—¡Oh! —exclamó Daniela—, se me olvidó comentártelo. Ayer se fueron a su país por unos días a ver a la familia, unas mini vacaciones. Mejor, así no tengo que explicarles la sesión de peluquería de mañana y el baile y todo eso.

—Mmm, pues... ¿por qué no haces una pequeña maleta con las cosas básicas que te hagan falta y pasas la noche conmigo en casa? Tienes tu habitación lista.

Ella le miró y dudó al contestar. Por una parte le apetecía muchísimo pasar unas horas más junto a Olivier, pero no sabía si era una buena opción.

«¡Qué demonios! Claro que iré. Me quedan tan pocos momentos de estar con él».

—¿Tienes helado en casa?

—Pues... no lo sé. Dejé orden de que llenasen la nevera, pero no tengo ni idea de lo que habrán comprado, aunque sí «ese» es el único inconveniente, podemos parar de camino y comprar.

—¡Hecho!

—¿Así de fácil? ¿No tengo que rogarte?

—Todo el mundo tiene un precio. Y si tienes helado, me voy contigo al fin del mundo. Subiré y cogeré algunas cosas, vuelvo enseguida.

Dejó al vampiro en el interior del portal y empezó a subir de dos en dos la escalera, cuando llegó al tercer piso se estaba ahogando y tuvo que parar. Recuperó el resuello y subió corriendo también el último tramo. Una vez en su cuarto, abrió un pequeño macuto y cogió un pijama, unos pantalones y un par de camisetas, su bolsa de aseo y unas Converse.

Cuando lo tuvo todo metido en la bolsa se dio cuenta de que Olivier estaba apoyado en el marco de la puerta con los brazos cruzados, y por su sonrisa torcida seguro llevaba allí todo el tiempo observándola.

—¿Necesitas ayuda?

—No. Ya lo tengo todo.

—Déjame llevarla. ¿Seguro que lo llevas todo? Tu bolso pesa normalmente tres veces más...

—No es una mudanza, solo es para pasar una noche.

—Cierto, pero si para el día a día llevas un bolso «XXL» llenito hasta los topes, para una noche fuera de casa, lo normal es que arrastrases un baúl lleno como para vestir a un regimiento.

—Muy gracioso. El que seguro que pasa un día fuera y se va con lo puesto.

—*Touché!* —dijo Olivier llevándose la mano al pecho e inclinando su cabeza—. Nunca salgo con menos de tres maletas.

Daniela rio, se colgó del brazo del vampiro y dijo: —Vámonos ya. No me voy a Siberia, si necesito algo solo tengo que pedirte.

De camino a casa, Olivier se dirigió a una heladería para comprar el helado prometido a Daniela y antes de bajar del coche le preguntó: —¿Algún sabor en especial?

—Chocolate, chocolate y chocolate.

—¿Tienes algún problema con el resto de sabores?

—No, pero el chocolate es mi pequeño vicio.

—*D'accord!* Lo recordaré. Espérame aquí.

Cuando volvió llevaba una bolsa enorme llena de grandes tarrinas de helado. Al ver la cara de sorpresa de Dani exclamó: —No quiero que te quedes sin provisiones, *ma chérie*.

Ella abrió la bolsa y metió la nariz. «*Chocolat au nougat, Chocolat blanc, Chocolat du Mendiant, Chocolat blanc du Mendiant, Chocolat noir...*» —Estoy empezando a babear. Deja de mirarme y conduce, que se derriten.

—A sus órdenes, señora.

Ya en la mansión, Dani entró como un vendaval a la cocina y con sumo cuidado empezó a guardar la compra de Olivier en el congelador. Cuando las tenía todas dentro dijo: —Esto no es justo, ahora no sé por cual empezar.

Cerró los ojos y llevó su mano a tientas para elegir una de ellas. Cuando cerró la puerta del frigorífico llevando la escogida entre las manos, el vampiro, con una amplia sonrisa en su rostro, ya le estaba ofreciendo una

cuchara.

—Estoy en el cielo. Con todo ese arsenal en tu frigorífico acabas de comprar mi fidelidad al menos durante un mes.

—Me encargaré personalmente de que siempre lo tengas lleno —respondió con una voz sexy y llena de promesas.

Abrió la tarrina y metió la cuchara, miró al vampiro, sonrió y lo probó poniendo sus ojos en blanco.

—Mmmm.

Olivier la cogió por la cintura y la subió a la mesa donde estaba apoyada. Se retiró, apoyándose en el frigorífico frente a ella, y se cruzó de brazos para observarla. —Adelante, como si estuvieras en tu casa.

Ella tomó un par de cucharadas más, y mirando a Olivier de forma pícaro, relleno el cubierto de nuevo y ofreciéndoselo al vampiro susurró: —¿Quieres probarlo?

Él acercó su cara con la boca entreabierta sin dejar de mirarla a los ojos, y tomó lentamente la cucharada que ella le ofrecía. Fue un gesto muy seductor, que hizo que a través del cubierto una corriente eléctrica subiera por los dedos de Daniela.

—Delicioso —dijo.

El momento se congeló y ambos se quedaron mirándose por unos segundos, Dani se sintió abochornada, sonrojándose hasta las pestañas.

—Será mejor que lo guarde, creo que por hoy ya he tenido bastante.

Acto seguido se bajó de la mesa y guardó el recipiente en el congelador, mientras Olivier la miraba con diversión.

«Este hombre me mata, cada vez que me mira se me para el corazón».

—¿Te apetece ver una película, jugar a la Wii, al billar...? —preguntó el vampiro.

—Creo que una película será lo mejor, si jugamos a algo me enfadaré si me ganas siempre, o me enfadaré si me dejas ganar.

—Está bien, veremos una película pero antes he de enseñarte algo.

Él comenzó a subir las escaleras y ella le siguió, pasaron de la primera puerta, que era el salón que ya conocía y siguieron por el amplio pasillo.

—Lo he preparado todo en mi habitación.

Abrió las dobles puertas y se separó para que Daniela entrase.

En la parte de la derecha estaban los dos maniqués con las ropas que iban a llevar, cuando se adelantó lo suficiente para que, el que llevaba su

vestido dejase ver el que estaba detrás, exclamó: —¡Vamos a ir a juego!

—¿Te molesta?

—No... ¿tiene algún significado?

—Chica lista. En realidad, sí, lo tiene.

El vampiro aspiró profundamente y añadió: —Tenemos que hablar.

Ella le miró pero nada dijo, esperando que él continuase hablando.

—Siéntate. He discutido esto con tu padre y está de acuerdo, pero todo depende de si tenemos o no tu aprobación.

Olivier parecía nervioso, y de pie ante ella, pareció que dudaba al escoger las palabras.

—El baile de máscaras no deja de ser solo eso, un baile. Pero conociendo la naturaleza de algunos de nosotros, Jean Jacques y yo tenemos «miedo» de que pueda convertirse en algo más. Los dos pensamos que sería bueno que tú... «perteneieras» a alguien antes de pisar la fiesta. Tememos que algún «pez gordo» sienta que tiene algún derecho sobre ti y pueda desafiar a Jean por tu custodia.

—¿No tengo la protección de mi padre? —preguntó Dani.

—Claro que sí, él no dejaría que nada ni nadie te hiciera daño, pero ya sabes que su posición frente al resto de «padres» es un tanto débil. Su línea de sangre es pequeña y no es... nunca ha sido cruel. Si le desafían podría no ganar.

—Pero es un «purasangre» como tú...

—Y créeme, tiene un poder mental inmenso. Mucho mayor que el mío. Yo tengo una teoría con respecto a tu padre y es que, por algún motivo que desconozco, se auto limita de tal forma, que todavía no ha averiguado cual es el alcance de su naturaleza. Puede que algún día lo descubramos, pero por el momento... él piensa que no puede protegerte como quisiera, y está asustado ante la idea de perderte.

—Entiendo.

—Ahora viene lo complicado porque ahí es donde entro yo ¿Confías en mí, Dani?

—Sí.

—¿Tomarías un poco de mi sangre?

—¿Qué?

Olivier tragó saliva aunque no lo necesitaba. —He dicho que si beberías de mí.

—Lo he oído, pero no entiendo para qué.

—Si tú y yo intercambiamos sangre nos hace... «pareja» ante el resto y me convierte en «tu protector».

—Pero..., tú ya has bebido mi sangre ¿Hablas del vínculo?

—No. Esto es como una pequeña coalición. No te estoy pidiendo que te vincules a mí. Y sí, es cierto que ya he bebido de ti, pero al contrario del vínculo, que es para siempre, este tipo de pactos son efímeros, pues tu sangre se va filtrando continuamente y al final el efecto se diluye con el tiempo, pero Dani, no quiero solo beber de ti, he hablado de intercambio.

Como ella lo miraba sin pestañear, él continuó: —Si «nosotros» estamos juntos, podré proteger tu independencia, porque ninguno de los presentes osará desafiarme.

—¿Tu línea de sangre no es débil? —preguntó Dani.

—Mi línea de sangre no es extensa, pero mis allegados son fuertes y me son totalmente leales. Y mi posición en la sociedad vampírica es algo distinta. Soy un mercenario y le hago «trabajitos» al gran Consejo, así que me ven de otra manera.

—¿Eres de «los malos»?

Olivier suspiró. —Algo así.

—Y al margen de lo que parezca ante los demás, si intercambiamos sangre ¿Qué pasa entre tú y yo? —preguntó ella.

—Nuestros lazos serán más profundos. Sentiré algunas cosas de las que tú sientes y viceversa, es un pacto de sangre.

—Me proteges, pero me controlas —susurró Dani, y no fue una pregunta, solo una afirmación—. Y ante los demás ¿seríamos «novios»? —dijo volviéndose hacia él.

—*Oui*.

—Y ¿qué sacas tú de esto?

—Que seas libre y nadie te haga daño.

Dani se levantó y comenzó a dar vueltas por la habitación, como si fuera un animal enjaulado. Su cabecita trabajaba a mil por hora. Tras deliberar unos segundos, se plantó frente a Olivier para decir:

—¿Puedo tener «eso» por escrito?

El vampiro abrió la boca con asombro y exclamó: —Dani, hace un momento dijiste... ¿no confías en mí?

—Lo dije y confío. Pero tú y yo firmamos una tregua que duraba hasta

el baile de máscaras e independientemente de lo que yo pueda sentir ahora mismo, no sé lo que pasará después de esa noche. Quizá después tú vuelvas a ser el de antes y decidas aprovecharte de la situación.

—No puedo creer que estés hablando en serio. Ahora y antes yo siempre he sido el mismo, nunca me he aprovechado de nadie de la forma en que piensas, pero sí... si es lo que quieres, lo tendrás por escrito.

Malhumorado fue hasta su escritorio, sacó un papel verjurado para escribir cartas, que tenía pinta de estar hecho a mano y una pluma Montblanc antigua. —¿Quieres dictarme o te fías de lo que pueda escribir?

Al verle fuera de sí se hundió, y caminó hasta él arrepentida. Respiró profundamente, le puso la mano en el hombro, apoyó su mejilla en su pelo y dijo: —Olivier, no escribas nada, perdóname. Ha sido una estupidez todo lo que he dicho..., en realidad tú estás preocupado por mí y yo no tengo derecho a poner ninguna condición —dijo mientras las lágrimas llegaban a sus ojos—. He caído de cabeza en un mundo que no imaginaba, pero estoy dentro y no me queda más remedio que asimilarlo. Me guste o no formo parte de él y sí, por supuesto que confío en ti. Hagámoslo.

Él se giró para mirarla fijamente, y al verla llorando y angustiada quedó embobado por unos instantes con el vidrioso azul de su mirada. Levantó sus dedos y atrapó una de las lágrimas que corrían por su mejilla.

—No llores, pequeña. Confía en tu padre y en mí. Todo irá bien.

Suavizó la voz y acercándose a sus labios hasta sentir su aliento dijo en un susurro: —Deberíamos hacerlo ya. ¿Preparada?

—¿Ahora? —preguntó con voz trémula—. No. Sí. Todo lo que puedo estar. ¡Qué sea rápido!... Hazlo antes de que me arrepienta.

Olivier cogió sus manos para besar ambas palmas, y sus cálidos labios le mandaron una corriente eléctrica a través de la piel.

Ella cerró los ojos y se concentró en respirar lentamente.

—Sé lo que debes estar pensando, crees que me aprovecharé de ti pero no va a ser así. Quiero que estés tranquila respecto a eso. ¿De acuerdo?

Ella asintió y con voz quebrada preguntó. —¿Dónde vas a morder?

—Quiero que lo veas, así que en tu muñeca.

La rodeó con suavidad por la cintura y lentamente fue guiando su cuerpo hasta sentarla sobre sus rodillas.

—Primero, mírame. Mírame, Dani.

Sujetó sus manos de nuevo y ante la mirada atónita de ella, se

transformó. Sus ojos dejaron de ser humanos y se tornaron negros, no podía distinguirse el iris de la pupila ni la córnea, todo el orbe era del mismo color aunque Dani podía sentir como la observaba. Sus rasgos se volvieron más definidos, su piel más fina y transparente. Sus manos, atrapadas en las suyas, notaron como éstas se endurecían y alargaban, creciendo también sus uñas. Y los colmillos comenzaron a sobresalir del labio superior, mostrando unas puntas tremendamente afiladas.

Daniela no habló, pero su corazón iba a mil por hora y tuvo la impresión de que podría estallarle en la garganta.

Él soltó una de sus manos para pasarle los dedos por la mejilla, suavemente, con muchísimo cuidado de que sus uñas no rasparan la suave piel de la cara.

—No sientas temor —dijo con voz profunda—. No te haré daño.

Tras decir esto se acercó a su rostro y posó sus labios ligeramente sobre los de ella con un tímido beso, que ella, congelada, no devolvió.

—Dani... no tengas miedo de mí... Nunca... —murmuró con voz dolida contra el contorno de su boca.

Aferró su mano de nuevo y le frotó la piel de su muñeca con el pulgar. Justo ahí donde se toma el pulso, donde iba a hincar sus dientes. Se tomó su tiempo masajeándolo, deleitándose con la suavidad de su piel, mientras su mirada fija no se apartaba de la de ella. Se llevó la muñeca a su boca y con su lengua lamió la zona donde iba a morder.

Dani sintió como el martilleo de su corazón cada vez sonaba más y más fuerte. Empezó a notar que se quedaba sin aire.

—Respira... confía en mí.

Abrió sus fauces y ella siseó al ver que los colmillos perforaban su carne, aunque una vez pasado el susto inicial se dio cuenta de que realmente no le había dolido. Lo que si notaba era como sus labios, cálidos y suaves, succionaban sobre su piel.

Transcurridos unos segundos se paró, despegó su boca de la herida y la miró de nuevo con aquellos orbes negros. Se llevó un dedo a sus labios y lo perforó con uno de sus afilados incisivos, frotando la sangre que salía sobre las heridas en la muñeca de ella.

—Así no habrá cicatriz —aclaró.

Ella estaba a punto de llorar, sentía la boca reseca y le costaba respirar.

—Shhhh —dijo Olivier—. Ya casi está. No te derrumbes ahora.

Con una velocidad sobrehumana, él se mordió la muñeca, ofreciéndosela después. Ella parpadeó y despacio acercó sus labios hasta la herida. Primero lamió como para probar el sabor y después situó su boca y succionó como acababa de verlo hacer.

—Ya esta pequeña, es suficiente. Ya está —dijo abrazándola y besándola en la sien.

La mantuvo sentada sobre sus rodillas con la cabeza apoyada sobre su pecho y la acunó durante un rato, susurrando tiernas palabras en una lengua que ella no reconoció. Después se levantó, llevándola en brazos, y la depositó suavemente en la cama.

Al mirarle y ver de nuevo sus rasgos humanos dijo: —¡Has vuelto!

—Realmente nunca me fui. Shhh, descansa un momento, tenemos que hacer que ese corazón vuelva a latir a una velocidad normal.

Se tumbó en la cama junto a ella, sin rozarla, y jugueteó con un mechón de su cabello.

—Dime. ¿Te encuentras bien? —preguntó un tanto intranquilo.

—Sí. No noto nada especial ¿Debería sentirme diferente?

—Hay cosas que han cambiado entre nosotros, pero no debe preocuparte.

—¿No debe preocuparme? Mientras no empiece a babear por ti ni a seguirte a todas partes...

—Hum, veo que ya te vas recuperando.

Sonó el móvil de Olivier y este lo sacó del bolsillo de sus pantalones. Miró el número que le llamaba, y descolgó. Al otro lado, la voz de Jean Jacques dijo: —He notado una sacudida interior. ¿Ella está bien?

—Todo lo bien que puede estar. Espera pondré el altavoz y la escucharás, está aquí a mi lado.

—¡Hola, papá!

Al otro lado de la línea, Jean Jacques sonrió, «me ha llamado papá...»

—Dani, yo...

—No pasa nada. Olivier me lo ha explicado todo y... ya está hecho.

—Es solo para garantizar tu seguridad.

—Lo sé. No estoy muy segura de cómo va a afectarme, pero sé que lo habéis planeado por mi bien.

—Espero que Casanova no se haya aprovechado de ti.

—Para nada, Colmillo largo se ha portado de maravilla.

—¿Podrías dejar de ponerme motes? Esto no es serio —replicó Olivier fingiendo estar enfadado—. «El gran Olivier d'Aubry, al que nunca le ha tosido nadie, derrotado por la afilada lengua de una mocosa», pensó el francés, y la sonrisa barrió su rostro, pues ese pensamiento le hizo feliz.

—No protestes sabandija. Si llego a saber que lo ibas a hacer esta noche me hubiera acercado a tu casa para apoyar a mi niña. Dejarla a solas contigo es una temeridad.

—Daniela ha estado a salvo en todo momento y de sobra sabes que estas cosas cuanto antes mejor.

—Lo sé, amigo. Lo sé. Dani, si necesitas cualquier cosa, si quieres que hablemos...

—Estoy bien, de verdad. He pasado más miedo que el día que fui a Port Aventura en Halloween, pero ya pasó todo.

—Entonces... ¿Te ha montado el numerito con colmillos y todo?

—Sí, supongo que ha sido el número completo.

—Cariño... es lo que somos —dijo con cierta tristeza.

—Lo sé, padre.

Jean Jacques sonrió, era la segunda vez que se lo oía decir y empezaba a gustarle.

—Olivier, cuida de ella.

—Con mi vida.

Cuando colgó el teléfono el vampiro se levantó y dijo: —Iré a la cocina a traerte un poco de zumo. No te levantes de ahí, vuelvo enseñuida.

Dani se quedó tumbada, mirando el gigantesco cabezal que se erguía sobre su cabeza, absorta en sus pensamientos.

«No me ha hecho daño. Y si no hubiera estado tan predispuesta a estar aterrada, hasta lo hubiera disfrutado. ¿Por qué no me siento asqueada? Ha sido extraño e increíblemente íntimo.

¡Dios mío! ¡Me volveré loca! ¿Cómo puedo sentirme bien si acaba de morderme un VAMPIRO?

Y no solo eso, además... he bebido su sangre.

Y ha sido... tan... bueno».

Cuando Olivier salió de su dormitorio se encontraba tremendamente agitado. Se apoyó sobre la pared del pasillo y aunque físicamente no lo

necesitaba, se forzó a aspirar lentamente para que se llenasen sus pulmones de aire, lo que le hizo sentirse mejor.

Si no hubiese salido de la habitación ahora mismo estaría haciendo el amor con Dani. Contener sus instintos cuando la tenía delante era lo más difícil que había hecho en sus últimos años de vida. No podía negárselo más: se sentía perdido, desorientado sin ella. Daniela le había calado hasta los huesos, estaba profundamente enamorado.

Bajó hasta la cocina sin poder alejarla de su mente. Le preparó un zumo y unas tostadas, y con la bandeja entre las manos subió de nuevo a su cuarto.

Antes de entrar se encontró titubeando ante la puerta. «¿Estaría ella asqueada por lo que habían compartido?». Decidió no demorarlo más y entró, y al hacerlo se quedó sin habla. Dani seguía tumbada en la cama, parecía que se había quedado medio dormida y en su rostro lucía una preciosa sonrisa.

Cuando el vampiro depositó la bandeja sobre la mesa auxiliar ella abrió los ojos.

—No te oí entrar.

Empezó a incorporarse pero Olivier, rápido como un rayo, se lo impidió.

—Shhh, *mon coeur*.

—Quiero levantarme, me encuentro bien.

—Has perdido sangre.

—Yo diría que no está perdida... Además también he bebido de la tuya, eso debería recuperarme.

—Has tomado muy poca.

—Pero era sangre de vampiro.

—¿No te causa repulsión?

—No. Sé que puede parecer extraño, pero no.

Se sentó junto a ella en la cama y le ofreció el vaso de zumo. Ella lo tomó y bebió con avidez.

—No sabía que tenía tanta sed —dijo sonriendo.

Olivier frunció el ceño, como si acabase de recordar algo y le preguntó: —Dani, ¿cómo es que tu padre sintió que te estremecías? ¿Ha bebido de ti?

—No es lo que piensas, yo le obligué.

—¿Vas a explicármelo?

—Él me lo pidió al poco de conocernos, quería saber más sobre su legado en mí, pero yo me negué. Me daba escalofríos solo pensarlo, pero el día que nos vimos en casa de Salomé, y después de que pensase que tú, deliberadamente, me habías ocultado cosas... yo... le pedí que lo hiciera. Pero no me mordió. Me cortó con el medallón. Y yo no bebí de él.

—Entiendo. En aquel momento no nos llevábamos nada bien. Lamento aquellos días.

—¿Hice mal? Pareces enfadado.

—No, no... Jean Jacques es tu padre ¿Por qué iba a estar enfadado? «Solo triste por haber planteado tan mal nuestra relación».

—Ahora ¿Qué va a pasarme? ¿Tú también notarás si siento miedo?

—No solo el miedo. Cualquier sentimiento intenso lo notaré aquí —dijo poniendo una de sus manos sobre el corazón.

—¿Y yo? ¿Podré sentir los tuyos?

—Me temo que no, a menos que yo lo desee.

—¡Oh!, ¿te parece bonito? O sea que ¿esto no es *fifty-fifty*? Tú sabrás todo lo que me pase por la cabeza y yo no podré ver nada que tú no quieras... ¡Genial!

—Dani, Dani. Para y no te enfades. Tengo más de cuatrocientos años y he curtido mi coraza a base de pasar décadas de absoluta soledad. No pretendas que ahora abra mi corazón al mundo. No puedo, es un cambio muy brusco, pero no quiero decir con esto que me niegue a hacerlo. *Mon coeur*, yo confío en ti, pero me llevará tiempo —suspiró. —Te enseñaré a protegerte de todos. Pero vayamos poco a poco ¿De acuerdo?

—Lo siento. A veces me olvido de lo que eres y de lo que debes haber vivido. Yo solo soy un punto de referencia en tu larga vida ¿eh?

Él la miró a los ojos y dijo: —Eres importante para mí.

Se levantó bruscamente y caminó hasta la puerta.

—¿Todavía quieres ver esa película?

—Solo si prometes que me dejarás inmiscuirme un poquito, solo un poquito —dijo mientras juntaba casi el pulgar y el índice indicando algo minúsculo—, en tu vida. Quiero saber más cosas de ti.

—Ya formas parte de mi vida, Dani. Y quieras o no, no es solo un poquito —dijo repitiendo el gesto de ella.

—Vamos, creo que ya puedes levantarte de ahí, el color ha vuelto a tus mejillas y tu corazón late estable y fuerte.

—A sus órdenes, doctor.

—Pero antes, señorita, tiene usted que ir al lavabo y limpiarse la cara de sangre.

—No entiendo porque tú no te has manchado nada y yo parezco un payaso — dijo la voz de Dani desde el baño.

El vampiro sonrió.

—Son años de práctica, *mon coeur*.

Dani salió del baño y le siguió hasta el salón. Se daba cuenta de que Olivier había cortado la conversación. El por qué lo hizo, era algo en lo que tendría que pensar. Había momentos en los que creía ver que él tenía interés por ella y otros en los que se daba cuenta de que no era así.

«Olivier es un verdadero Don Juan y sin embargo no ha intentado convertirme en una de sus conquistas. ¿Será una prohibición de Jean? No creo, mi padre siempre me ha animado a conocer mejor al francés. Entonces... ¿qué falla? No creo que sea fea o estúpida.

Es gay.

No. La tarde que me echó de su casa había contratado a dos prostitutas y además lo confirmó el otro día cuando contó cómo se conocieron él y Jean.

Entonces solo hay una respuesta.

Es simple: No le gusto. No soy su tipo».

Cuando quiso volver a poner los pies en la tierra, se encontró a Olivier frente a ella, con los brazos cruzados sobre su pecho y los dedos de su mano izquierda tamborileando sobre el brazo derecho. La miraba fijamente.

—¿Has terminado? —preguntó—. Llevo un rato preguntándote sobre las películas que podríamos ver...

«Mierda, mierda, mierda» —¿Qué parte has escuchado?

—Todo.

Ella cerró los ojos y encorvó su espalda como si se rindiera.

—¿Todo?

—Dani. Primero, he cortado nuestra conversación porque pensé que era incómoda para ti. Que quizá era demasiado pronto para hablar de ciertas cosas.

Segundo, tu padre, no me ha prohibido nada. Siempre me ha animado a acercarme a ti.

Tercero, no soy gay. Es cierto que en cuatrocientos años he probado un poco de todo. Pero mis «Amantes» siempre han sido mujeres. Y por último...,

eres perfectamente mi tipo. Me gustas, pero quiero que estés segura de que yo te gusto a ti. Nunca me perdonaría perder lo que ha surgido entre los dos, solo por un buen polvo. Así que ahora, vamos a sentarnos en ese sofá y ver una película tranquilamente ¿De acuerdo?

Dani tragó saliva. —¡Señor, sí señor!

—Y como no me has hecho ningún caso mientras te hablaba, voy a poner algo de terror para que veas que no soy de lo peorcito que hay en este mundo.

—Después no podré dormir —exclamó ella un tanto angustiada.

El vampiro la miró, levantó sus cejas dos veces y ella respondió con gesto enfurruñado cuando él le dio la espalda para agacharse frente al reproductor e introducir el CD.

En seguida comenzaron los avances de otras películas. Él se sentó a su lado con el mando en la mano. Activó el menú, modificó el lenguaje y le dio a «Play»

—¿El diablo se viste de Prada? —exclamó Dani. —Pero... esto no da miedo.

—No fastidies, a mí me da terror. Tendrás que dormir conmigo esta noche para que no tenga pesadillas.

Aún no había terminado de hablar cuando recibió un almohadazo en la cara que no se molestó en esquivar, aunque lo había visto venir de sobra.

—¿Quieres guerra? —preguntó Olivier—. ¡Pues la tendrás!

Se lanzó sobre ella para hacerle cosquillas y se enzarzaron en una batalla sobre el sofá. Al final acabaron los dos tumbados riéndose a carcajadas.

—Después del baile te voy a echar de menos, vampiro.

—No tienes porqué, puedo seguir enseñándote cosas, así tendrás una excusa para seguir viniendo.

—Lo pensaré.

Se sentaron a ver la película y a la media hora Dani se quedó dormida sobre el hombro de Olivier. Con ternura, él la llevó en brazos hasta el dormitorio azul, le quitó los zapatos y la tumbó en la cama. Iba a quitarle la ropa para que estuviese más cómoda, pero pensó que ella se molestaría, así que la tapó con una cálida manta de cachemira y apagó la luz. Sus dedos volaron sobre el cuello, tocando suavemente aquel lugar donde el pulso era

más fuerte.

Su sangre era lo más dulce que había probado en la vida.

Cerró los ojos y luchó por no transformarse; la tentación era demasiado fuerte, pero no pudo evitar sentarse entre las sombras para verla dormir un rato. Allí, en aquel sillón fantaseó en cómo sería su vida si Dani estuviera con él. Si fuera suya para siempre.

Al final, pasó toda la noche velando sus sueños y solo cuando notó que ella comenzaba a despertarse se levantó y salió a hurtadillas de la habitación.

«Mejor me voy, si me ve aquí sentado pensará que soy un perverso... y no le faltará razón».

Daniela empezó a desperezarse y poco a poco abrió los ojos. Los recuerdos llegaron a su mente y la invadió una sensación de paz y tranquilidad. «Todo va a salir bien, Olivier cuidará de mi hoy...».

Pasó buena parte del día en la peluquería.

Su largo cabello fue transformado en una maraña de rizos, tirabuzones, moños y lazos, y cuando terminaron con ella le costó reconocerse ante el espejo.

Olivier envió un coche para recogerla y cuando este paró frente al domicilio del vampiro, Daniela se sentía nerviosa y excitada.

Bajó del vehículo y subió los escalones hasta la puerta principal. Él mismo abrió, como casi tantas veces en estos últimos días, pero hoy la recibió descalzo, con vaqueros rotos y desgastados, y una camiseta negra que se ceñía a su tonificado pectoral.

—¡Hola! Te estaba esperando. ¿Por qué has tocado al timbre y no has usado tus llaves?

—No sé. No me pareció apropiado.

—Pues no lo vuelvas a hacer, te las di para algo.

Ella se había quedado embobada mirándole, ni una gota de maquillaje, ni el lunar postizo que siempre lucía... volvía a ser él al natural. Suspiró y señalando todo el montaje que llevaba en su cabeza dijo: —Parece que se invierten los papeles...

Él sonrió. —Para que me ayudes a maquillarme tengo que ir con la cara lavada, ¿no crees?

—¿Me vas a dejar que te empolve la cara?

—*Oui*. A ver si así consigo no parecer «una muñeca gótica vestida por Christian Lacroix».

—Siento haber dicho aquello —dijo Daniela avergonzada.

Olivier puso los dedos bajo su barbilla y le levantó la cara para que lo mirase, y tras unos segundos de incertidumbre, en vez de besarla que era lo

que realmente quería, dijo: —¿Has traído tu maleta de maquillaje?

Ella levantó el brazo y zarandeó un maletín metálico a la altura de sus ojos.

—Pasé por casa antes de ir a la «pelu».

—Perfecto, vamos.

Fueron al dormitorio de Olivier, donde estaban los maniqués con los trajes de ambos y ella se dirigió al baño para esparcir sus potingues por toda la bancada de mármol. Cuando entró en el cuarto de nuevo, él ya se había puesto las calzas, los pantalones de seda y se estaba abrochando la camisa frente al espejo.

—Vaya, me perdí la mejor parte...

—Si quieres me lo vuelvo a quitar.

Ella puso cara de espanto y agitó sus manos riendo después. Cogió de la cama, las enaguas y la camisa y volvió al baño.

— ¡Eh! —dijo él—, ¿me estás castigando? He dicho que empezaría de nuevo. ¡Dani! Puedes cambiarte aquí. No hay nada en ti que no haya visto antes, no creo que vayas a sorprenderme.

—Calla, sanguijuela, bastante es que sin ti no puedo ponerme la armadura esa —gritó desde la sala contigua.

Él sonrió.

Daniela salió del baño y al pasar por la cama se quedó mirando el corsé. Respiró hondo y lo tomó entre sus manos. Se lo ofreció y dijo: —Al lío.

Él lo cogió de sus manos y dejándolo de nuevo sobre la gran cama, le dijo: —Primero creo que deberíamos maquillarnos, al menos lo básico. Una vez vestidos será más incómodo, así después solo tendremos que retocarnos.

La rodeó con el brazo y la llevó de nuevo hasta el cuarto de baño, allí la sentó frente a él en un taburete y con presteza comenzó a ponerle una crema hidratante en la cara, para después seguir con la base de maquillaje y los polvos. Cuando cogió el lápiz para delinearle los ojos ella preguntó: —¿Quieres que eso lo haga yo?

—Tengo buen pulso y mucha práctica, no te preocupes.

—¿No voy a llevar sombras?

—No. Llevaremos antifaz, así que nada de sombras.

Cuando le tocó a él el turno, ella tenía las manos temblorosas. Cada vez que le rozaba sentía espasmos en su piel. Le puso la crema y la base y cuando iba a coger el lápiz, él dijo: —Deja que eso lo haga yo, no quiero

parecer un mapache. Dani, tienes que tranquilizarte, solo es un baile.

«No estoy intranquila por el baile. Rozarte me produce vértigo vampiro».

Olivier no dijo nada. Ella volvía a hablarle sin darse cuenta.

En silencio, pero con una amplia sonrisa en su rostro siguió con el maquillaje. Dani esperó sentada, mirando como él terminaba de cubrir sus pestañas con máscara, y cuando acabó le siguió como un perrito hasta el dormitorio. Cogió su corsé y se acercó para que se lo pusiera. Con cariño, Olivier la rodeó con sus brazos desde atrás para sujetar un par de corchetes que se habían abierto en la parte delantera y después se puso a estirar de las cintas.

—Este no es el mismo corsé, parece igual pero no está tan rígido.

—¡Qué observadora! No, no es el original, este lo encargué y tomaron las medidas del otro pero está hecho con materiales actuales, pesa menos y no es tan rígido. Te permitirá respirar.

—¡Oh!... gracias.

—No hay de qué.

Ella le miró a través del espejo, él parecía concentrado ajustando la pieza sobre su cuerpo, pero tan pronto vio su sonrisa taimada se dio cuenta de que sabía que le estaba observando.

—Algún día me vengaré de esto —dijo Daniela mientras él tensaba las cintas.

—Antes de lo que te imaginas...

Olivier le quitó al maniquí la larga casaca del traje dejándola sobre la cama, y Dani pudo ver que debajo llevaba un chaleco bordado en vivos colores, cuando le dio la vuelta para que ella lo viera por detrás, comprobó que tenía cordones para ajustarlo al torso, al igual que su corsé.

Soltó una carcajada pero le faltó el aire y se atragantó poniéndose a toser.

—¿Estás bien, Dani? —dijo el vampiro mientras le daba palmaditas en la espalda.

—Perfectamente, perfectamente. ¡Qué presumidos erais en aquella época! ¡Madre mía!

Olivier se puso el chaleco y ella lo ajustó desde atrás atándole las cintas. Sin pensar, dejó que sus dedos serpenteasen sobre la tela, acariciándole, deslizando sus manos por los duros contornos de su talle.

—Dani... si no quieres que me vuelva y te lance sobre la cama, deja de hacer eso *chérie*.

—Perdón.

Ella se sonrojó sobremanera y salió disparada hacia el cuarto de baño, y cuando Olivier se asomó para comprobar si se encontraba bien, la descubrió haciéndose aire con las manos. Pillada infraganti se ruborizó más aún.

El vampiro llegó a su lado con paso lento, sin dejar de observarla ni un solo instante. Le acarició los hombros y la situó frente a él. Con suavidad, tomó su barbilla para levantarle la cara y tras fijar la mirada en sus ojos, susurró: —Yo tampoco puedo soportar ni un minuto más...

Llevó la mano libre hasta su boca para dibujar con las yemas su contorno, mientras entrecerraba los ojos con placer, como si fuera un ciego descubriendo sus labios con el tacto.

Después la miró fijamente estudiando su rostro, memorizándolo, y acercó su boca hasta rozarla en un tímido beso.

Daniela, provocadora, se lo devolvió con ansiedad, abriendo sus labios para darle la bienvenida, desatando la apasionada respuesta del vampiro que no pudo reprimir su impaciencia. La suavidad inicial se transformó en delirio, la glotonería se apoderó de él y se recreó devorando con pasión aquellos labios, tan dulces y jugosos.

Acabó sujetándola por la cintura pues notaba que se desvanecía y casi dejaba de respirar.

—Dani, ¿estás bien?

Y ya tenía una mano en el corsé para arrancárselo, cuando la voz de ella sonó casi imperceptible.

—Sí. Yo... Nunca me había pasado algo así. Lo siento.

«¡Dios mío!, acabo de tener un orgasmo y casi ni me ha tocado...»

Olivier estalló en carcajadas y ella empezó a golpearle los brazos.

—Deja de leerme la mente maldito bicho.

—¡Eh! Mírame —dijo él con dulzura—. *Chérie*, mírame.

No quiero hacer algo ahora de mala manera y con prisas. Nuestra primera vez no debe ser así. Pero te juro, por lo que más quieras, que cuando termine el baile vendrás a mi cama y me permitirás que te proporcione unos cuantos más de esos...

Con una infinita ternura acarició su cara y besó su frente que estaba perlada en sudor. Cogió una toalla y la mojó. Con suavidad y dando pequeños

golpecitos refrescó la cara de Dani, a la vez que le soplaba suavemente sobre las mejillas.

—Deja de gruñir y protestar. Ahora te retocaré el maquillaje, pero debemos terminar de vestirnos, que ya empieza a hacerse tarde.

Dani estaba silenciosa. Se sentía avergonzada y enfurruñada. Todo a la vez. A ella, a «la princesa de hielo» nunca le había pasado algo así. Nunca, nunca se había colgado así de un tío y desde luego, nunca había dado un espectáculo tan lamentable como el de hoy. Se sentía torpe en sus brazos, totalmente a su merced y odiaba que él pensase que era boba o tonta de remate. En fin, no podía entretenerse en eso ahora, faltaban solo unas horas para el maldito baile. Debían apresurarse.

Él, a escondidas, observaba sus reacciones a cada minuto y se empapaba de todos sus pensamientos, pero se guardó de hacer ningún comentario. En ningún momento quiso que pensase que la veía como una chiquilla ingenua, no era eso para nada. Ese beso también le había afectado a él hasta lo indecible, pero estaba acostumbrado a mantener su coraza ante todo y todos. Debía cambiar... debía abrirse a ella y mostrar sus sentimientos. Frunció el ceño. Todo a su tiempo: Ahora tocaba el baile.

Cuando estuvo totalmente vestida, Olivier sacó del armario unas alas de mariposa de color azul petróleo, hechas de encaje almidonado y un antifaz del mismo material. Cómo ella le miró con extrañeza, explicó: —He tenido que hacerle unas modificaciones al traje, no estaba preparado para un baile de máscaras. No te dije nada por que pretendía que fuera una sorpresa.

Primero le puso el antifaz que sujetó atrás, escondiendo el lazo entre los rizos de su pelo, y después le sujetó las alas.

—¿Te gusta?

—Es precioso, Olivier, no tendrías que haberte tomado tantas molestias.

—Y ahora has de ponerte este labial.

Y dejó sobre el tocador una barra de labios de un color rojo explosivo.

—Ya que tus ojos se ven poco con la máscara... hay que destacar esos labios perfectos.

Ella miró la cajita, *Russian Red* de M.A.C. El famoso labial de la firma. Este hombre no paraba de sorprenderla. Había pensado en todo.

—¿Tú no llevarás máscara?

—Claro. —Y alzó la mano con un antifaz como el de ella—. Uno exactamente igual al tuyo.

Mientras ella se pintaba los labios sentada frente al espejo, él de pie detrás de ella, se puso el antifaz y después la peluca que esta vez era negra, del mismo color del pelo de Daniela.

—¿Estás lista?

—Yo creo que sí —dijo mirándose y pasando sus manos por las faldas para alisarlas.

—Te falta esto.

Y abrió un cajón del mueble que estaba junto a él para sacar una caja de joyería. Al abrirla, los ojos de Dani se abrieron como platos, el estuche contenía unos pendientes de oro blanco y diamantes de los que colgaban azules zafiros con forma de corazón, y también un ostentoso collar a juego.

—Pero...

Cuando él se los hubo puesto ella se miró en el espejo y no se reconoció. El peinado, el vestido, el antifaz...

—Ahora sí que estás lista y absolutamente preciosa. Una lástima que no pueda volver a saborear tus labios, ahora que llevas puesto el carmín. Pero esta noche... «...esta noche recuerda que serás mía. Por fin».

Ya bastante complicado era el vestido como para añadir unas alas de encaje, así que se las desmontó para que pudiera subir al coche. Tras dejarlas en el maletero, se sentó en un rincón de la limusina y la miró divertido, pero al ver su gesto preocupado, le puso una mano sobre la rodilla y le dijo: —Todo irá bien, ya lo verás.

—¿Me avisarás de quién es quién?

—Claro. No voy a separarme de ti en toda la noche. Y añadió con voz grave y sexy: —No quiero que escapes...

Cuando llegaron Jean Jacques les estaba esperando en el jardín.

—¡Hola, mi princesa! Deja que te mire....

Se separó un par de pasos y comenzó a girar a su alrededor.

—Desde luego era muy complicado mejorar lo inmejorable, pero he de admitir que el canalla de Olivier, ha hecho un magnífico trabajo escogiendo el traje y los complementos. Estás más que preciosa.

Ella sonrió nerviosa. —No soy yo...

Respiró profundamente y tomó la mano de su padre al tiempo que decía: —Jean, yo... esta mañana hablé con tía Julia. Siento mucho que ella y Carlos...

Olivier los miró a los dos. Había estado demasiado entretenido con Daniela como para prestar atención a otras cosas y lo que la joven insinuaba le había sorprendido.

—¿Su exmarido? —preguntó el vampiro.

—El mismo. Lo van a intentar de nuevo. En estos momentos ella vuela hacia Barcelona para reunirse con él.

—¿Pero... y tú? ¿Y vosotros?

—Fue bonito e intenso mientras duró.

—*Mon frère*. ¿Estás bien?

—Claro.

Dani respiró hondo y pensó: «Ahora estoy sola en esto».

—Ni lo sueñes, *ma petite* —dijo una voz a su espalda, mientras que una mano la rodeaba por el talle y unos labios se posaban ligeramente en su hombro para darle un tierno beso.

Ella notó que su respiración se agitaba, pues ese ligero contacto quemó su piel.

—¿Por qué dices que estás sola? —dijo Olivier interrumpiendo su trance —. Y entonces ¿qué hacen los dos hombres más guapos de la reunión a tu lado? Tu padre y «tu novio» siempre estarán contigo. No lo olvides.

Los dos vampiros se dieron la mano y se miraron conspiradores.

—Me dais miedo.

—¡No! —protestó Jean Jacques a la par que Olivier decía—: ¡Ni hablar!

—Mi niña no tiene que tenerle miedo a nada —prosiguió Jean—. Su padre está aquí para cuidarla «por siempre». Y ese canalla que tienes de pie a tu lado, es muy duro de roer y no será fácil doblegarle si te acosan. Vamos dentro, hay un montón de gente que ha venido a conocerte.

Dani se volvió a mirar a Olivier.

—Entra. Aunque no me veas, estaré siempre a un paso de ti.

Por muchas instrucciones y consejos que le habían dado, Dani no se sentía preparada para lo que le esperaba al traspasar el umbral. Una multitud de hombres y mujeres, todos ataviados de época y portando antifaces o máscaras se giraron para observarla, y los murmullos se hicieron patentes por toda la sala. Ella avanzaba de la mano de Jean Jacques, intentando mantener la mirada alta sin fijarse en nadie en concreto.

La magnífica escalera helicoidal del recibidor, al igual que la gran araña de cristal de Murano que colgaba del alto techo, estaban iluminadas con velas de todos los tamaños y decoradas con flores frescas cuyo aroma inundaba la estancia.

El recibidor estaba concurrido, pero los invitados se iban apartando a su paso dejando un pasillo que les condujo al salón adyacente donde la anfitriona, Salomé, les estaba esperando. La dama les aguardaba con porte erguido y orgulloso, muy elegante con su vestido negro, y cuando les vio se acercó para darles la bienvenida.

Ella, junto con su padre, comenzaron a presentarle a todos y cada uno de los invitados. Caras que Daniela no conocía, pero cuyos nombres recordaba de los días que había pasado en casa de Olivier estudiando la lista de asistentes.

Al recordar al vampiro le buscó con la mirada, y tal y como él había prometido estaba a tan solo un par de pasos a su espalda. Al notar que ella le miraba, le guiño un ojo a modo de saludo.

«Respira, Daniela, se natural y no te preocupes de nada». Escuchó en su cabeza. Ella tragó saliva e intentó aplicarse en saludar, a todas y cada una

de las personas que le presentaron.

Cuando vio a Markus y a Sara su corazón dio un respiro. «Al menos alguna cara conocida» pensó, y les saludó con una amplia sonrisa. Con ellos iba otro vampiro, maduro y atractivo, al que le presentaron como Julius, que del brazo llevaba a una vampira nórdica llamada Frúa que era muy pálida y alta. Un tal Judas y su esposa Poppy completaban el grupo que iba con su medio-hermano.

También estaban Bjorn y Juliette, los padres de Jean Jacques... «sus abuelos». Ella abrazó a la mujer, olvidándose por unos instantes del protocolo, y saludó al enorme vikingo con una inclinación de cabeza.

Al resto, la flor y nata de la sociedad vampírica, se los fueron presentando por «familias», empezando por el «padre» de línea de sangre y nombrando de pasada a todos sus descendientes, y ella iba haciendo reverencias, como le había enseñado Olivier, o les daba la mano según su rango.

Cuando terminó el paripé de las presentaciones, acompañados por Salomé, pasaron a otro salón magníficamente decorado, donde un cuarteto de cuerda tocaba discretamente en un rincón. Allí su cuerpo se tensó, pues lo que vio la dejó horrorizada.

Era como una orgía romana, solo que los alimentos eran humanos, que desnudos portando máscara o antifaz, deambulaban por la habitación ofreciéndose a los invitados. Los vampiros conversaban en grupos o se sentaban recostados, para tomar directamente de la vena de aquellas ofrendas humanas. Sintió como desfallecía y rápidamente, notó como un fuerte brazo la sujetaba por la cintura y un olor familiar inundaba sus sentidos.

—Respira —la suave voz de Olivier estaba junto a su oído.

—Estoy bien.

—¿Seguro?

—Sí, solo que quizá deberíais haberme advertido.

Cuando recuperó un poco el control se dio cuenta de que a pesar de lo dantesco de las imágenes no había sangre; todo era muy limpio. Por un momento, al abrir sus ojos pensó que vería cuerpos mutilados, vísceras y sangre. Pero no.

—Normalmente esto se da en cualquier reunión de vampiros, pero no suele ser tan evidente. Solemos ser más discretos pues hay humanos en la reunión.

—¿Tú no vas a alimentarte?

—Ahora no. Ven conmigo, hay una terraza cubierta cerca donde no habrá nadie y podrás respirar un poco de tranquilidad.

Salieron, y ella se estremeció pues a pesar de estar a cubierto, la noche se sentía fría en el exterior. Se apoyó en el alfeizar de la ventana, pegó su frente al cristal y suspiró.

—Cuando lo hagas asegúrate de que no estoy cerca, no quiero saber qué tipo de garganta te gusta.

Desde atrás, Olivier la rodeo con sus brazos y puso la mejilla sobre su hombro. Ella se tensó.

—Dani, no voy a morderte. Nunca lo haré sin tu permiso.

La giró y la enfrentó a él. —Esto es lo que somos, pequeña. No puedo hacer nada por cambiarlo. Tienes suerte de no haberte transformado y de seguir siendo humana, o medio humana.

—¿Tú nos ves solo como bandejas de alimento?

—Sí y no. Necesito la sangre. Sin ella no puedo subsistir y si me niego a tomarla me vuelvo loco y los impulsos de mi naturaleza se vuelven impredecibles, así que sí... os veo como comida, pero siempre os trato con respeto, hace mucho que no he matado a nadie por el placer de apurar un bocado.

Ella alzó sus ojos y le miró, con esa mirada limpia y serena que hacía suspirar al vampiro.

—Generalmente —continuó, —intento que sea un trueque más que una donación involuntaria, así que trato de satisfacerles de alguna forma, ellos me dan sangre y yo les pago con dinero o sexo, o les ayudo de alguna forma, después les hago olvidar lo que ha pasado y hasta otro día. Sé que suena horrible, pero es la única forma de que no me sienta vil y mezquino.

La miró fijamente y aunque ella continuaba sin tener color en sus mejillas, su rostro parecía menos afectado.

—Estás empezando a enfriarte, vayamos dentro. ¿Te sientes mejor?

—Sí, creo que sí. Pero antes de entrar, cuéntame una cosa.

—*Dis moi!* ¿Qué quieres saber?

—Ayer, cuando te alimentaste de mí... Te sentí más cerca y de algún modo más humano, no me pareció que fuese un acto de control y sumisión. Fue... raro —dijo Daniela.

—No fue alimentación, Dani. Fue mucho más. Si yo solo hubiera

querido controlarte, con tomar tu sangre me hubiera bastado. La sangre de un vampiro es un regalo, y yo te ofrecí la mía porque quiero que confíes en mí.

Tras un breve silencio, cogió sus manos para llevárselas al pecho, y acompañando ese gesto íntimo, añadió: —Pequeña, cuando termine este baile no deseo que vayamos cada uno por su lado. Quiero seguir viéndote, tratarte y tenerte cerca. Te quiero en mi vida Dani...

A ella se le cortó la respiración y no pudo contestar, pero en su mente bailaban las palabras del vampiro y como respuesta pensó: «No podría dejar de verte... me siento perdida sin ti».

Él la miró sorprendido. —¿Dani?

Ella desvió la mirada al suelo, avergonzada. —Por favor, no me mires así, sé que debes haberlo oído. No puedo reprimir mis pensamientos y eso me cabrea porque tú estás ahí y lo cazas todo.

Olivier la cogió por la nuca con una de sus manos, y el agarre fue tan férreo que el corazón de ella comenzó a galopar en su pecho. Se acercó a su rostro, puso la mano libre bajo su barbilla y sin dejar de mirarla a los ojos, recorrió con su pulgar el contorno de sus labios, primero por fuera con cuidado para no emborronarle el maquillaje, y después por dentro.

Daniela se estremeció hasta tal punto que pensó que iba a tener un orgasmo de nuevo. Tras dibujar lentamente su boca, llevó el dedo hasta la suya propia y lamió la saliva de Dani que le había quedado en el pulgar. La abrazó y la apretó contra los duros contornos de su cuerpo para terminar mirándola con deseo. Humedeciéndose los labios dijo: —Salgamos de aquí o no respondo. Tú y yo tenemos muchas cosas que aclarar, pero hablaremos esta noche cuando volvamos a casa.

Olivier tuvo que poner todas las reservas de voluntad que le quedaban, para no abalanzarse sobre ella en ese momento. Su piel ardía de deseo por la mujer que tenía delante.

«Calma» se dijo, «todo a su tiempo. No es momento ni lugar».

Sin añadir ni una sola palabra más, la tomó de la mano y la llevó hasta el salón de baile. Una vez allí, le hizo una espléndida reverencia para invitarla a bailar.

Ella respondió con una inclinación de cabeza y comenzaron el minué.

Como por arte de magia, Daniela se sintió transportada y le pareció estar en el cine, pero no como espectadora, sino como figurante. A su mente llegaron imágenes de la película de Polanski, aunque a diferencia de aquella

escena, estos vampiros si se reflejaban en los espejos, y la ambientación, los trajes, las luces... todo era más majestuoso, más parecida al remake que de dicho baile se hizo en Van Helsing.

Dani respiró profundamente. «Olvídate del cine ya y concéntrate» se dijo. «¡Películas! La vida real es sin duda, mucho más intensa, mucho más terrible».

Enderezó sus hombros, puso su mejor cara y se centró en los pasos, y durante unos minutos se olvidó de todo y de todos. El baile le ayudó a ignorar durante unos instantes lo que ocurría a su alrededor. Todo menos al hombre que tenía delante.

Tras el antifaz, los ojos de Olivier se veían muy verdes y la miraban con intensidad, con ternura, con cariño... Ella no podía más que admirarle. Su vampiro se movía con mucho estilo, sus movimientos, afeminados en otros hombres, en él quedaban de lo más natural. Todo lo que veía de Olivier le hacía sentirse capturada. ¿Sería la sangre que había tomado? Qué estupidez, ya se sentía totalmente pillada mucho antes del intercambio...

En un determinado momento, como en una coreografía estudiada, todos los presentes en el salón se volvieron hacia la puerta de acceso, los músicos dejaron de tocar y el ambiente se enrareció con cierta tensión. Y al ver que todo se detenía Dani fue consciente de que un grupo de individuos había entrado a la sala.

Eran siete, cinco hombres y dos mujeres, todos ellos vampiros por el tono blanco níveo de su piel. Iban uniformados de negro con pantalones de cuero y camisetas rotas, chupas de piel, vestidos ceñidos de látex, tachuelas, cadenas... Pero además de la vestimenta su aspecto también era oscuro: cabellos de largas melenas, peinados mohawk, o rapados completamente, con ojos y labios maquillados también en negro. Tatuajes, piercings....

Desde luego no habían seguido las peticiones de vestimenta de las invitaciones de la fiesta.

A Dani le llamó la atención especialmente, una de las mujeres, que con 1.80 m de altura, apenas vestida con un sujetador de cuero y unos shorts, y con la constitución de un culturista, pues de su mano colgaba una cadena de animal, pero en lugar de llevar un perro, llevaba un león.

Delante de todos ellos un hombre menudo y delgado, con una oscura y larga melena lisa, rasgos orientales y piel blanca como la nieve, avanzó hasta

mitad del salón. Ese desconocido que lideraba el grupo, era, de todos, el más vestido, pues solo se le veía la cara. Llevaba pantalones de cuero ceñidos, una camisa negra con un lazo al cuello y una levita a media pierna, de un tejido brocado de seda negra bordado en el mismo color. Guantes, también de cuero, cubrían sus manos.

—Por favor, que no se detenga esta animada fiesta. Dando un par de palmadas se dirigió a los músicos.

—¡Continuad!

Algunos instrumentos comenzaron a sonar débilmente, mientras que la multitud abría paso para que Salomé llegase hasta el desconocido. Cuando estuvo a un par de metros, con voz airada le preguntó:

—¿Qué haces aquí?

Él sonrió y mostró sus colmillos. Aún en la distancia Dani pudo ver que uno de ellos brilló a la luz de las velas.

—Ah, pero... ¿no estábamos invitados?

—¿Acaso recibiste invitación? —replicó desafiante Salomé.

—La verdad es que no, pero supuse que se había traspapelado. No podía perderme el gran evento. Ni más ni menos que la presentación de la hija de Jean Jacques Le Loup. A mis oídos ha llegado que es toda una belleza.

Y mientras hablaba giró en redondo dando un vistazo a todos en la habitación. Dani miró hacia el suelo con la esperanza de que el desconocido no la viera, pero solo pudo oír un «Allí está. No puede negarlo, es idéntica a su padre».

Con suaves movimientos, el vampiro comenzó a avanzar en su dirección, parecía que más que andar, flotaba. De reojo, vio como al otro lado de la sala Jean intentaba abrirse paso para llegar hasta donde ella se encontraba, pero justo cuando vio las botas del desconocido frente a sus pies, un brazo seguido de un cuerpo la retiró suavemente hacia atrás y se colocó entre ella y el vampiro: Olivier.

Los dos hombres se miraron con furia y la carga de poder se expandió por la habitación.

—Buenas noches, Takeshi.

—Buenas noches, Olivier.

—¿Has venido a que te arranque el otro colmillo?

El vampiro se llevó la mano a la boca y se tocó el implante. Por toda respuesta, sonrió. —Menudo recibimiento francés, qué pensará la señorita de

mí —dijo intentando aparentar inocencia. No he venido a pelear esta noche —añadió—, solo quería conocer a la hija de Jean, pero veo que te has adelantado, puedo olerla en ti. ¿Ya ha caído en tu malévolos red? Por una vez podrías dejar algo para los demás...

Olivier apretó los dientes, pero se contuvo y no respondió a su provocación. El vampiro se dirigió a Daniela al continuar hablando. —Niña, si te cansas de este bastardo malnacido, delante tuyo tienes a un hombre de verdad, con un oscuro y alto linaje. Si decidieras abandonarle, llámame.

—Encantada de conocerle —respondió Daniela con voz temblorosa.

—El gusto es absolutamente mío —contestó Takeshi. —Espero que a lo largo de la noche podamos cambiar impresiones como viejos amigos.

El vampiro se volvió, dio un par de palmadas y sus esbirros se dispersaron por la fiesta. Se notaba la tensión, pero poco a poco la música volvió a escucharse y algunas parejas comenzaron a bailar.

—Necesito una copa —dijo Dani.

—Acompáñame —ordenó Olivier.

Sujetándola por la cintura llegaron hasta la mesa buffet donde servían las bebidas. Allí se les unió Jean Jacques, que cogió las manos de Dani y en su mente preguntó: «¿Estás bien?»

Ella asintió y miró agradecida a Olivier. —Mi chico estaba cerca... Jean, ¿quién es ese hombre?

—Un bastardo arrogante. No debe preocuparte.

—¿No?

—No. Nadie se llevará a mi niña sin su consentimiento, pero quiero que no te separes de Olivier o de mí durante el resto de la noche. Si tienes que ir al baño te acompañaremos.

—¡Jean!

—No hay que exagerar amigo —intervino Olivier. —Hay demasiada gente para que él intente algo aquí. Como mucho intentará crear una sombra de duda para que Dani acuda a él en otro momento.

—Quizá tengas razón, francés, pero aun así no quiero correr riesgos. No te separes mucho de nosotros, ¿de acuerdo? Esto de ser padre...

—Sí, Jean.

Jean Jacques sonrió, besó su mano y se perdió entre los bailarines buscando al vampiro oriental. Necesitaba preguntarle un par de cosas, preferiblemente a solas.

—¿De qué conoces a Takeshi? —dijo Daniela mirando a Olivier.

—Digamos que entre él y yo hubo una bonita historia hace mucho tiempo.

Dani seguía mirándole, esperando que él añadiera algo más, al notar lo el vampiro añadió: —Una mujer.

El corazón de Daniela dio un vuelco. «Una mujer».

—¿Dani? —preguntó él mientras que con sus dedos dirigía su barbilla hacía arriba, obligándola a mirarle.

—Me siento celosa —murmuró.

—No deberías, eso pasó hace casi 200 años.

Daniela agachó la cabeza y se apoyó en su pecho. Él había tenido una larga e intensa vida antes de que ella existiese y aunque se le hiciera difícil, tendría que vivir con ello. En ese momento él la rodeó con sus brazos y la música y el bullicio enmudecieron, todos los presentes desaparecieron y por unos instantes se quedaron solos en aquel salón.

«Me gustaría estar entre tus brazos toda la vida...».

A la espalda de Daniela se escuchó una voz aguda que protestaba.

—Ya le has acaparado bastante esta noche. Las demás hemos tenido que aprender a compartirlo y tú tendrás que cederlo también.

—Marguerite —murmuró entre dientes Olivier mientras apretaba el abrazo sobre Dani, cuando notó que esta intentaba separarse de él. —Hemos hablado antes sobre esto y sabes que no me gusta repetir las cosas.

—Pero...

—Márchate. No quiero escenas. Además de tu marido, hay otros hombres que están libres y dispuestos a pasar la noche contigo. Yo no.

Enfadada, la vampiresa abrió la boca para decir algo pero la volvió a cerrar. Con gesto airado levantó el mentón y se marchó con paso decidido.

—Estás muy solicitado.

—Ahora mismo lo único que deseo lo tengo entre mis brazos...

—Me siento halagada... «y tremendamente celosa».

Olivier la achuchó un poco más y la dejó ir.

—¿Crees que no me doy cuenta de cómo te miran a ti los hombres? Pero yo confío en ti.

—Para ti es fácil decirlo. Sabes lo que siento y lo que quiero. Yo solo veo a un montón de mujeres que están furiosas conmigo porque estoy acaparando a «su hombre».

—Dani, yo no soy «su hombre» y dale tiempo a nuestro pequeño pacto de sangre *mon minette*, aprenderás a saber lo que quiero y lo que siento.

Cambiando radicalmente de tema añadió: —Vayamos a saludar a Markus y a Sara, hace un rato hablé con ellos y me preguntaron por ti. Esta conversación la terminaremos en otro momento, no quiero que nada ni nadie estropee tu fiesta.

Jean Jacques encontró a Takeshi en la sala de billar. Estaba con dos de sus «vástagos» jugando una partida.

—¿Por qué mataste a la anciana?

—¿Cómo?

—A la anciana... ¿Por qué la mataste?

Los ojos de Takeshi no decían nada, pero su voz mostraba su asombro.

—¿Qué anciana, Jean?

—¿Ya no lo recuerdas? Estás perdiendo facultades, Tak, fue tan solo hace dos semanas.

—Querido amigo. Yo no he matado a ninguna anciana desde hace años. Muy mal me tendría que ver para atacar a un humano viejo y decrepito, me van más las gargantas suaves y jóvenes. ¿Por qué te interesa? ¿Era alguien allegado? ¿Algún familiar de tu hija, quizá? No me pongas esa cara, si hubiera sido yo te lo diría. Si su muerte te fastidia... ¿por qué no jactarme de ello?

La contestación dejó a Jean pensativo.

«Si no ha sido Takeshi, ¿quién busca el poder de Juana?»

De la mano, Olivier llevó a Dani hasta el salón en donde sus amigos se habían reunido. Ya le habían hecho las presentaciones pero el francés volvió a señalarle quién era quién.

Entre los allí reunidos se encontraba Julius, un vampiro de más de dos mil años de edad, amigo y mentor de Markus, que iba acompañado por una vampiresa de aspecto vikingo llamada Früa. La pareja formada por Judas y Poppy, vampiro y humana vinculada a él, que no podían parecer más distintos pero a la vez estar más enamorados. Markus, Sara y sus «abuelos»: Bjorn, y Juliette.

Desde el principio se sintió cómoda con ellos y durante un buen rato consiguieron que se olvidase del lugar donde se encontraba. Todos charlaban,

reían, recordaban antiguas aventuras... Eran «normales», si a un grupo de monstruos se les puede considerar así.

«No puedo creer que sean tan humanos. Esto puede conmigo, me volveré loca...» Jean apareció entre la multitud, la miró y le guiñó el ojo, y ella no pudo evitar sonreír.

Al cabo de un rato, una vampiresa guapísima llamada Celine, se acercó al grupo y en voz alta exclamó: —No quisiera interrumpir, pero he de llevarme a *Monsieur* d'Aubry. Tan solo serán unos minutos, el Consejo se ha reunido y requiere su presencia.

Olivier se levantó con cara de fastidio y siguió a la mujer. Él no pertenecía al Consejo, en realidad era su brazo ejecutor, pero en contadas ocasiones le requerían, cuando alguno de sus miembros no comparecía.

—¿Quién es ella? —preguntó Daniela a su padre en voz tenue.

—Celine. Una vampiresa que forma parte del Consejo.

—El Consejo..., dijiste que era algo así como un órgano de gobierno para los vampiros, ¿no?

—Algo así. En realidad se encargan de controlar que haya estabilidad en nuestra sociedad. Son quienes en última instancia se convierten en jueces y jurado cuando alguien saca el pie del tiesto.

—¿Les conozco?

—Salomé es la fundadora. También está Erik, el vikingo que te presentaron nada más llegar y Celine que es algo así como su mujer...

Dani lo miró con extrañeza.

—Es una de esas relaciones de «no-puedo-vivir-contigo-ni-sin-ti» —aclaró, arrugando el entrecejo—. Están los gemelos MacAlister, Ian y Andrew, dos highlanders pelirrojos que también te han sido presentados, Sakura, el samurái y Lady Sofía. Al oriental no le he visto, debe ser por eso que requieren la presencia de Olivier.

—¿Le sustituye?

—No. Pero entre él y Erik hacen el trabajo sucio. No sé si le habrás visto entrenar, pero tu novio es uno de los mejores espadas de todos los tiempos. Y en el manejo del hacha y en la lucha cuerpo a cuerpo Erik es muy peligroso. Juntos hacen una pareja letal.

«Vaya... otra faceta de Olivier que no conocía».

Markus, Sara, Judas y Poppy se levantaron y fueron al salón de baile. Jean Jacques hablaba animadamente con Julius y Früa y Dani empezó a sentirse un tanto enjaulada.

Se levantó con la excusa de ir al baño pero lo que en realidad necesitaba era dar una vuelta y estirar las piernas. Le habían dicho que no se alejase demasiado, pero la casa estaba llena de gente y el ambiente era ahora relajado. Además solo tenía que murmurar el nombre de su padre o el de Olivier, para que ellos se personasen junto a ella en segundos. ¿Qué podía pasar?

Paseó entre la gente y recibió muestras de afecto por parte de algunos invitados. Al parecer, su «padre» era bastante apreciado. Entre las faldas de su vestido había descubierto un bolsillo y tenía su iPhone escondido allí. ¿Podría hacer algunas fotos? Mejor no intentarlo, seguramente a la mayoría de los allí presentes no les iba a gustar la idea.

La casa era magnífica y estaba embobada mirando los antiguos muebles cuando recordó la fantástica terraza donde antes la había llevado Olivier. Era esta puerta... ¿o aquella?

Al abrir la segunda de las puertas de aquel pasillo su cuerpo se congeló ante el espectáculo que tenía ante sus ojos. Dos de los «vástagos» de Takeshi ocupaban la habitación, junto con la enorme mascota que había entrado con ellos. Solo que el león ya no era un león.

Al menos no completamente.

En realidad era casi-humano. Su cuerpo había perdido la constitución de bestia y tenía las dimensiones propias de un hombre: torso, brazos y piernas... pero estaba recubierto de gruesa y peluda piel. Su cabeza, sus manos y pies, por el contrario seguían siendo los de un animal.

Era alto, muy alto y enorme. Debía pasar de los dos metros de altura y su cuerpo parecía estar musculado y fibroso, fuerte como el de un jugador de rugby, bajo aquella gruesa capa de piel.

Su cabeza era totalmente la de un león. Los ojos felinos del color del ámbar, parecían delineados con maquillaje y el largo hocico llegaba hasta unas fauces con enormes caninos. Su melena leonina que estaba peinada en rastas recogidas en una especie de coleta, iba del dorado en la zona de la cabeza hasta el negro en las puntas.

Era una mezcla entre hermoso y aterrador.

Los vampiros de Takeshi lo tenían tumbado sobre una mesa, totalmente desnudo, con las zarpas esposadas, bajo su cuerpo. La inmensa cabeza estaba al borde del tablero de madera y colgaba un tanto hacía atrás. Sus fauces estaban abiertas, suplicantes. En su rostro se manifestaba cierto dolor debido a que tenía a uno de los vampiros aferrado a su garganta como un perro de presa, pero parecía totalmente ajeno a la vampira que sentada a horcajadas, inmovilizando aquellas musculosas piernas, le hacía una felación.

Se le veía poderoso y fuerte pero su mente parecía rota, totalmente entregado a aquellos dos individuos.

Los vampiros la ignoraron, pero al oír la puerta el león se giró y sus ojos suplicantes se encontraron con Dani, que se había quedado congelada con el picaporte en la mano. El hombre-animal negó con la cabeza advirtiéndola para que se marchase, pero ella no podía moverse. Estaba petrificada junto a la puerta.

La vampira que estaba sobre la mesa interrumpió su juego para dirigirse a ella.

—Mmmm. ¿Te gusta? Puedo compartirlo contigo. Esta polla enorme puede dar para las dos.

Dani balbuceó —No deberíais, esto no...

El vampiro se soltó del cuello con la boca chorreando sangre, parecía borracho, extasiado, y soltó un gemido de placer como si acabase de tener un orgasmo.

—Y ¿quién va a impedirlo? ¿Tú? —dijo mientras la sangre que le caía a borbotones de sus labios le llegaba hasta la mandíbula.

A su espalda una voz dijo: —Ella podría, al fin y al cabo es en parte de nuestra raza. Solo tendría que desafiarnos.

Una corriente eléctrica recorrió su cuerpo llenándola de terror. Aquella voz había sonado muy cerca, demasiado. No se había dado cuenta de que había alguien tras ella hasta que habló, y el frío aliento rozó la parte posterior de su cuello.

Otra voz, esta vez conocida, se escuchó a tan solo unos pasos.

—Takeshi, te dije que no te acercases a ella. Es mía.

Dani suspiró con alivio. «*Olivier*».

—No he hecho nada, «amigo». Solo le he dicho a «tu chica» que puede detener lo que está viendo si quiere, desafiando a la dueña del animal.

—Es humana, Takeshi. ¿Qué intentas? No puede enfrentarse a ninguno

de tus dos vasallos.

—El reto no tiene porqué ser de fuerza o poder, podría ser simplemente un acertijo.

—Pero ella tiene mucho que perder si no vence.

—O ganar, amigo. O ganar.

Mientras hablaban la mente de Dani trabajaba a toda velocidad pues sentía la necesidad de liberar al león de aquello. Desde niña la habían educado para no quedarse al margen cuando veía una injusticia.

De nuevo le observó, y aquellos increíbles ojos ámbar le devolvieron la mirada y por segunda vez negó con su cabeza, pidiéndole de nuevo que se mantuviera al margen.

La mirada de Daniela recorrió esta vez la sala y se detuvo en un rincón junto a la ventana, donde dos confortables silloncitos tapizados estaban enfrentados separados por una mesa auxiliar, sobre la que había un tablero de ajedrez, con todas sus fichas colocadas como para empezar una partida.

Con paso decidido, avanzó hacia la mesa. Adelantó un peón y giró su rostro hacia la vampira.

—Si gano, liberas al león.

En la cara de la mujer se dibujó un placer extremo ante el desafío, mientras que Olivier la miraba con el gesto desencajado.

—Si pierdes obtendré una sesión de sexo duro contigo y mi mascota. ¿Aceptas?

—Acepto —dijo sin mirar a Olivier, que con los puños apretados asomaba junto a Takeshi en el vano de la puerta.

En el interior de su cabeza pudo escuchar la voz del francés: «Eres una insensata... pero te entiendo y puedes ganarle. Concéntrate. Si esto no sale bien, quédate tras de mí, ya veré la forma de arreglarlo».

—Gracias —contestó ella en un susurro.

No pudo evitar sonreír, su vampiro, su adalid, su caballero. Su, su, su... ojalá él fuera suyo de verdad. Aspiró todo el aire que cupo en sus pulmones y lo soltó suavemente. Tenía una partida que ganar.

Miró a la vampira aparentando una serenidad que no sentía y dijo: —Partida semi-rápida, tiempo de juego quince minutos por jugador.

—Humm, no tienes nada que hacer, estúpida niña. Yo jugaba a esto antes de que tus padres nacieran.

Las piezas comenzaron a moverse y la partida se desarrolló

rápidamente, Daniela estuvo muy agresiva jugando y planteó una estrategia atrevida y algo arriesgada. En pocos minutos terminó con el rey negro acorralado y en jaque. La vampira muy enfadada se levantó y volcó la mesa, haciendo que volaran las figuras que quedaban sobre el tablero.

Takeshi intervino.

—Has perdido, Mara. El león debe quedar libre.

—¡Es absurdo! —gritó.

—Si apuestas, has de saber que puedes perder —continuó el vampiro—. Ahora... ¡Fuera de aquí! ¡Los dos!

Cuando pasaron por delante de él, el vampiro se volvió a mirar a Daniela y añadió: —Espero no tener que enfrentarme nunca a tu intelecto, has planteado muy bien la partida, y la has desarrollado aún mejor. Felicidades.

Se inclinó ante Olivier a modo de despedida, se giró y salió del cuarto, tras los pasos de una vampiresa que gritaba enfurecida.

En ese momento Dani soltó todo el aire y con las piernas temblorosas se apoyó en la pared. Olivier se acercó a ella y cuando estaba a escasos centímetros de su rostro, le dijo seriamente. —Si no quieres que sufra un ataque al corazón, no vuelvas a hacer algo así. ¿Me oyes? Habla conmigo antes y discutimos cual es la mejor opción.

Tras la reprimenda sonrió, la besó suavemente y añadió, cambiando totalmente el tono de su voz. —Has estado magnífica. Felicidades.

Sobre la mesa, el hombre-león les miraba silencioso. Lentamente se incorporó y se quedó sentado con las piernas colgando. Sus manos seguían inmovilizadas a su espalda con unos grilletes de grueso metal.

—Tendremos que buscar un cerrajero —dijo Dani—. No quiero dejar que pase encadenado ni un minuto más.

—Dani... Él puede romper esos grilletes.

—¿Puede? Y volviéndose a mirarle preguntó—: ¿Puedes?

Sin mediar palabra el león hizo fuerza con sus brazos y rompió en dos la cadena, como si fuera papel.

—¿Por qué no lo hiciste antes? ¿Por qué no te liberaste?

—No tenía permiso —respondió con voz ronca.

El león se bajó de la mesa y se arrodilló frente a Daniela, inclinando su enorme cabeza con la mirada hacia el suelo. La herida de su cuello estaba totalmente cerrada aunque su piel había quedado manchada de sangre.

—Os agradezco lo que habéis hecho, mi señora. Ahora soy vuestro.

—Yo no soy «tu señora» —murmuró escandalizada—, puedes llamarme Daniela y eres libre de hacer lo que quieras.

—Dani —interrumpió Olivier—. No puedes dejarle ahora. Ha sido un esclavo demasiado tiempo, si le abandonas no sabrá que hacer, debes ayudarlo hasta que pueda valerse por sí mismo.

—¡Yo no puedo tener un león en casa! ¿Imaginas lo que dirían Sasha o Sve?

—Eso no es problema —dijo riendo Olivier—. Puede quedarse conmigo o con Jean Jacques. Míralo, está asustado y parece joven ¿Cuánto tiempo has estado con Mara?

—Me capturaron a los diecisiete años, cuando empezó a manifestarse en mí el león. Me vendieron a Takeshi unos diez años más tarde y he pasado con ellos los últimos treinta años.

—Te han obligado a mantener tu forma animal mucho tiempo, ¿verdad? —continuó preguntando el vampiro.

—Desde que Mara me sometió no he vuelto a tener aspecto humano. Me hicieron algo que bloqueó mi mente y no puedo convertirme en hombre. Soy medio-hombre, medio-bestia o león.

—Tendremos que encontrar la forma de ayudarlo —dijo Dani—. Si su mente está bloqueada... Olivier, ¿tú podrías...? O quizá Jean Jacques...

—Veremos que se puede hacer, pero en estos casos la mayoría de las veces apenas podemos ayudar, la jaula mental que creó Mara solo él mismo puede romperla. Quédate aquí con él, buscaré a tu padre y veré si puedo traerle algo de ropa.

Olivier salió de la habitación dejando solos a Daniela y al león. La muchacha miró a la bestia que arrodillada en el piso tenía la cabeza inclinada en actitud de derrota. Aun así, en esa postura le llegaba a la cintura, desde luego era altísimo.

Alargó su mano y tocó, acariciándole como si fuera un gato doméstico, la parte superior de su cabeza. Como respuesta, el animal estiró su cuello y frotó aquella enorme cabeza leonina contra las faldas de Dani. Ella se quedó congelada.

—No te asustes —dijo la voz de su padre desde la puerta—. No te hará daño. Los animales necesitan contacto y por eso se frota contra ti. Piensa en él... como en un gatito grande.

—Menudo gatito —contestó Dani algo tensa.

—Olivier me ha contado lo que has hecho y no sé si darte una paliza o comerte a besos.

—Sé que no estuvo bien, que me arriesgué demasiado, pero cuando vi su mirada supe que tenía que hacer algo.

—Está bien, pero la próxima vez, que realmente espero que sea nunca, consúltanos antes.

—¿Estás enfadado?

—Sí, pero a la vez orgulloso. Ven aquí y no te separes de mí ni un segundo más ¿entendido?

Dani se acercó a su padre y se fundieron en un cariñoso abrazo. Cuando Jean Jacques la soltó, puso las manos a ambos lados de su cara para decir: —Si llega a pasarte algo... yo no sé qué hubiera hecho. Estoy empezando a quererte, Dani.

—Empiezas a hablar como un padre.

—Cierto. Y me asusta un poco, ¿sabes? No quiero agobiarte con una relación padre-hija, que sé no deseas pero no puedo evitarlo. Me importas.

— ¿Por qué crees que no lo deseo? Nunca me gustó ser la única en el colegio que tenía los padres en búsqueda y captura. Es solo que es difícil ver en ti una figura paterna. Pareces joven y peligroso.

—Las apariencias engañan.

—Empiezo a darme cuenta de que así es.

Jean Jacques sonrió y de pronto recordó que a sus pies una mole de 110 kg y más de 2 m de altura, les miraba con incertidumbre. Se agachó y puso su cara a la altura de la del hombre-león.

—Respecto a ti... No debes estar asustado, pondremos los medios para que salgas adelante. Olivier y yo intentaremos ayudarte para que desbloques tu mente y puedas forzar el cambio para regresar a tu forma humana. Nadie volverá a obligarte jamás.

En ese momento Olivier regresó con algo de ropa que le había cogido a Erik, el único con envergadura suficiente como para que le sirviese al león, que con unas palabras de agradecimiento cogió los pantalones y el jersey y comenzó a vestirse.

Era triste verle así, descolocado y con el miedo metido en el cuerpo.

Cuando estuvo vestido y les miró, Dani no tuvo más remedio que admirarle. A su manera era hermoso, fuerte, majestuoso.

«Le cuidaré» pensó. «No sé si podré hacer que vuelva a ser quien fue, pero lo intentaré con todas mis fuerzas».

—Debemos volver a la fiesta, Dani —murmuró Olivier. Y se volvió al león para añadir —: ¿Recuerdas tu nombre?

—Sí. Me llamo Dante.

—Si quieres descansar un poco y quedar fuera de la vista de los vampiros de Takeshi, he pedido que preparen una habitación en el piso de arriba. Allí podrás estar tranquilo hasta que nos vayamos. Me temo que es un poco pronto para irnos.

—Prefería salir al jardín a correr un rato y... cazar.

—De acuerdo. Mi coche está en el parking, cuando termines puedes esperarnos allí. No creo que tardemos más de una hora en marcharnos. ¿Te parece bien?

—Gracias. Es perfecto.

Cuando Dante abrió las puertas francesas del balcón y saltó desde allí hasta el césped, Dani se volvió al vampiro y preguntó: —Cuando se refiere a «cazar», ¿habla de humanos?

—No, tranquila. Es noble... no atacaría a ningún humano, además la propiedad es muy grande y no encontrará a ninguno. Seguramente buscará algún conejo o zorro.

—¿Come «cosas vivas»? —dijo con cierta aprensión.

—No deberías sorprenderte, es un león. Pero no te preocupes, también le encontraras sentado a la mesa comiendo comida humana normal, aunque... de vez en cuando sienta la necesidad de «algo diferente».

«Me quiero morir. Si conocer «vampiros» no ha sido suficiente... »

Jean Jacques, Olivier y Daniela salieron del cuarto y se dirigieron a la sala de baile. La entrada de los dos vampiros creó tensión entre el público femenino, sobre todo por parte de Olivier que para fastidio de Dani, no paraba de recibir sonrisas sugerentes, guiños de ojos y besos al aire. Era horrible, no podría competir con todas ellas ni en sus mejores sueños.

Volvieron con el grupo de Markus y Sara, y desde allí observó a Olivier que hablaba con Celine y Erik.

Una mujer con un ostentoso vestido y cargada de joyas, pasó por detrás y con la palma de la mano lo tocó. Más que tocarlo lo manoseó. El vampiro,

muy serio, la miró por encima del hombro y murmuró algo, ella le dedicó una sonrisa seductora y llena de promesas. Alzó su mano hasta la cabeza del hombre para retirar con aire seductor uno de los rizos de la peluca y ladeando la cabeza de forma provocadora susurró unas palabras y se marchó. Olivier se giró y continuó hablando con sus amigos como si nada, pero Dani sintió una punzada en su corazón.

—Si crees que comerá de tu mano estás muy equivocada.

Daniela miró a su espalda para ver quién era la portadora de aquella melodiosa voz.

La mujer que tenía tras ella era hermosa. Alta, esbelta con cabellos rubios como el oro y con unos ojos azules como el amanecer. Su piel era como el alabastro, tersa, pulida y fría. Su boca sonreía de una manera que intentaba ser amable, aunque le asomaran las puntas de los incisivos.

—¡Hola!, me llamo Daniela.

—Lo sé. Eres la sensación de la fiesta. Una híbrida, e hija ni más ni menos que de Jean Jacques, un purasangre. Yo soy Becca —dijo tendiéndole la mano para estrechar la suya.

Al tocarla un escalofrío recorrió su espina dorsal.

—He visto como le miras, y créeme si no quieres salir malparada, olvídale. No llevo mucho por aquí, solo tengo setenta y cinco años, me limito a ver y a escuchar, pero acepta mi consejo aléjate de él, *Monsieur* d'Aubry se ha acostado con todas las mujeres que asisten a este baile y cuando caigas tú te olvidará como ha hecho con el resto. Es un frío y calculador hijo de puta. Yo no gano nada, a mí me rechazó como a todas y solo me queda la rabia ante su prepotencia, pero ten presente que te ve como un reto más o menos complicado. Cuando te tenga se largará y te dejará colgada como a las demás.

Esto solo es un consejo, claro. Puedes hacer lo que quieras.

—Si me disculpas —dijo Dani. Y con pasos temblorosos se acercó a Jean Jacques que estaba al otro lado de la sala, próximo a la salida al jardín.

«Olivier... con todas las mujeres de la fiesta».

—¡Hola, mi niña! Se te ve pálida. ¿Estás bien?

—¡Oh, sí!, perfectamente. Es este sitio y toda esa gente... creo que estoy saturada.

«Solo eres un reto para él...»

—A mí me pasa lo mismo, hace tanto que me desligué del Consejo y su política que estoy un poco, descolocado. No tardaré en marcharme.

«Te olvidará como hace con todas... »

—Cuando te vayas, dímelo. Me iré contigo.

—¿No vas a volver con Olivier? —preguntó Jean volviéndose a mirarla.

—Yo... er. Bueno, él está como pez en el agua y no quiero estropearle la fiesta. Además, si no te importa me gustaría quedarme en tu casa esta noche.

—Dani, Dani. ¿Cómo va a importarme? Me encantará que te quedes en mi casa y no una, todas las noches que quieras, es la tuya también, pero por el camino has de confesarme qué demonios ha pasado. El mamonazo de «tu novio» le ha puesto un cepo a tu mente y no deja que se vislumbre nada.

—¿Que ha hecho qué?

—Hoy no proyectas nada, querida. Normalmente tus pensamientos son tan frescos, tan nítidos que solo con mirarte podría saber que pasa en tu cabecita sin acercarme siquiera a tocar tu mente. Pero Olivier ha hecho algo para que nadie pueda «ver». Es muy celoso de tu intimidad.

—Jean, estoy hecha un lío y creo que hoy si quiero hablar contigo de ciertas cosas.

—De acuerdo. Le diré a Salomé que nos vamos. Vuelvo enseguida.

Ella salió al jardín y se quedó medio oculta entre las sombras.

Desde su escondite podía ver a través de una de las ventanas como Olivier hablaba con Erik y Celine, y tuvo que admitir que realmente era fascinante, su forma de moverse, su mirada burlona, ese porte chulo y altanero. Todo en él combinaba de forma excitante. Durante unos segundos le vio mirar a su derecha y a su izquierda, como buscando algo, pero Erik le preguntó y se centró de nuevo en la conversación.

Cómo había podido ser tan estúpida. Era un Don Juan, un libertino, un rompecorazones. Y ella había caído en sus redes como todas. Su mente retrocedió en el tiempo y recordó todas y cada una de sus citas.

El corazón le latía tan fuerte que dolía. Qué tonta había sido.

«Si crees que comerá en tu mano estás muy equivocada...»

Tenía que darse prisa en salir de allí...

Jean Jacques apareció a su lado sin hacer ruido, y Dani dio un bote al notar la presencia sobrenatural cerca.

—No te asustes, soy yo. Te dije que volvía enseguida. ¿Estás segura de que no quieres despedirte? ¿Te vas a marchar sin decirle nada?

—No creo que importe demasiado. Vámonos.

Jean negó con la cabeza.

—No cabíamos todos en el mismo coche, así que Julius, Früa, Sara y Markus vinieron en la limusina y yo traje el mío, pero será mejor que te quite esas prótesis o no vas a caber.

Con destreza le quitó las alas y las metió en el maletero. Después mientras Daniela se apoyaba en un árbol, él metió las manos bajo la sobrefalda para desatar las estructuras que la mantenían levantada y la liberó de ellas.

Lo guardó todo bajo el portón trasero del coche, le abrió caballerosamente la puerta y una vez la tuvo sentada dentro, le ayudó a doblar las faldas.

Ya estaba Jean Jacques sentado al volante cuando vio a Olivier de pie, petrificado junto a la puerta, con el semblante muy serio. A punto estuvo de levantar su mano y decirle adiós, pero se limitó a bajar la cabeza y cerrar los ojos.

Jean arrancó el coche y partieron.

Cuando ya llevaban unos minutos en la carretera, Jean Jacques le pregunto: —Ahora cuéntame. ¿Qué ha pasado entre los dos?

A bocajarro soltó: —Me he enamorado de él.

La voz de Jean sonó estrangulada cuando preguntó: —¿Y por eso huyes?

—Huyo porque esta noche me he dado cuenta de que solo soy un conejo asustado perseguido por un experto cazador.

—Pues yo no sabría decirte quién ha cazado a quien.

—Jean, he visto cómo las mujeres le miran, cómo le meten mano cuando pueden, cómo le dan las llaves de su cuarto y coquetean incluso delante de sus maridos.

—Dani, ¿y a cuántas le has descubierto manosear? ¿Y con cuántas se ha citado en el piso de arriba para darse un revolcón? Porque yo no le he visto desaparecer de la vista del público en ningún momento. Mira, hace un siglo y en una noche como esta Olivier podría haber tenido unas cuantas citas, pero hoy él estaba pendiente de ti como un adolescente con su primera novia.

—Solo me ve como un trofeo.

—¡Por el amor de Dios! ¿De dónde has sacado eso? Escúchame. Nunca, y reitero nunca, he visto a mi amigo reaccionar ante la mirada de una mujer como lo hace contigo. Por favor, Dani. No te precipites. De acuerdo que estés confusa, pero no le rechaces solo por su pasado.

Las lágrimas, tanto tiempo contenidas, brotaron por fin. Dani no podía parar y Jean Jacques se maldijo a si mismo por haberla forzado a esa situación.

En silencio terminaron el viaje y cuando llegaron al ático de Jean, ella salió disparada en busca de algún lugar tranquilo donde tumbarse y pensar. Su padre se quitó la casaca se sirvió un brandy y se desplomó en el sofá.

Pocos minutos más tarde Olivier, seguido de un león asustado, aparecía en la puerta del salón.

—¿Dónde está?

—Ha desaparecido por el corredor donde están los dormitorios de invitados, para mí que ha entrado en el tuyo. ¡Eh!, no seas muy duro con ella. Está deshecha.

—¿Por qué todo el mundo presupone que soy un maldito hijo de puta? No voy a hacerle daño, solo quiero que me explique qué demonios ha pasado esta noche.

Jean apretó sus labios para no decir nada más. Vio cómo su amigo desaparecía por el pasillo y se bebió el resto del brandy de golpe. Se levantó, cogió la casaca y desapareció por el pasillo camino de su habitación.

Dante se quedó en el salón, ignorando que debía hacer.

Con curiosidad, deambuló por la sala olisqueando los rincones. No había más cambia formas allí, y solo Daniela y los dos vampiros se sentían en la casa. Más tranquilo, se sentó en uno de los sofás y se acurrucó abrazándose a sí mismo. Había salido de una pesadilla y todavía se hallaba muy confuso, pero daba gracias a Dios por haber encontrado a aquella gente en el baile. Al menos hoy no tendría que dormir en el suelo de un frío sótano, aunque después de treinta años en aquella situación, se sentía agobiado por lo que veía a su alrededor. Nunca le habrían permitido dormir en una habitación así.

En uno de los dormitorios de invitados, Dani estaba a oscuras tumbada en la cama. No había podido quitarse el corsé, pero si las enaguas y la sobrefalda, por lo que pudo recostarse con un mínimo de comodidad.

Cuando la puerta se abrió, gracias a la luz del pasillo pudo ver de reojo, la figura recortada de un hombre en el vano de la entrada. El visitante entró y cerró.

—Jean, no quiero seguir hablando de esto. Estoy bien y mañana estaré mejor. Solo quiero dormir un rato.

—No soy Jean.

El corazón le dio un salto y se le puso en la garganta. Se incorporó a toda prisa, pero a oscuras no se atrevió a levantarse de la cama por miedo a tropezar.

—Sal de aquí.

—¿Por qué? Este es mi cuarto.

Y mientras hablaba se quitó la peluca y el antifaz, y comenzó a desabrocharse la chaqueta.

—Lo siento.

Ella se levantó, y a tientas comenzó a caminar hacia la puerta. No había dado dos pasos cuando unos fuertes brazos la interceptaron.

—¿Dónde crees que vas?

—A otra habitación, debe haber como quince más.

—Dani... No hagas esto. Tenemos que hablar, tú y yo, y lo sabes. Cuéntame ¿Qué ha pasado?

Ella miró al suelo, aunque realmente no hacía falta pues no podía ver nada en la oscuridad.

—Mírame, Dani.

—Qué más da donde mire, no veo nada.

Con ella entre sus brazos, él se deslizó hasta la cama como si se ejecutase unos pasos de baile, allí encendió una de las lámparas de la mesilla de noche y con una hábil maniobra la sentó en el colchón a su lado.

—Ahora ya me ves. Dime. ¿Qué ha pasado para que huyas así de mí?

—No quería estropear la fiesta. Había muchas mujeres esperando para estar contigo.

—Y has supuesto que porque ellas querían estar conmigo, yo quería su compañía... Dani, ¿de qué hablamos en mi casa? ¿Lo recuerdas?

El silencio de ella le animó a continuar.

—Te dije que esta noche estarías conmigo en mi cama y eso significa que si vas a estar tú, no quiero a nadie más. Ven, déjame que primero te quite ese corsé, quiero abrazarte a ti y no a una armadura.

La giró sobre el colchón, y antes de que pudiese protestar ya le había desabrochado la prenda. Sus dedos se deslizaban con celeridad sobre el tejido y en un suspiro la dejó solo con la camisola que llevaba debajo. Daniela se sintió desnuda y avergonzada, porque la tela era muy fina y semitransparente.

Él se quitó la chaqueta y el chaleco, y despacio empezó a desabrocharse la camisa sin dejar de mirarla a los ojos. Cuando la abrió para retirarla, ella pudo admirar un magnífico pectoral y unos abdominales muy definidos. Al medio girarse para dejarla sobre una silla, entrevió un enorme dragón tatuado en su espalda que cubría parte de los hombros y le llegaba hasta los antebrazos.

—Ven un momento al baño. Déjame que te limpie la cara, los churretes de la máscara de pestañas te llegan hasta la barbilla.

Se levantó y tiro de su mano para que le siguiese al lavabo y Daniela, como un corderito, se dejó llevar sin oponer ninguna resistencia.

Allí con las luces del espejo, pudo contemplar bien el enorme tatuaje que cubría buena parte de su espalda, hombros y brazos. El intrincado dibujo, ejecutado únicamente con tinta azul, representaba un dragón oriental, enroscado y con las garras extendidas.

Con suma delicadeza, Olivier mojó una toalla y frotó suavemente los restos de pintura de la cara de Daniela. Una vez tuvo su rostro limpio comenzó a quitar todas las horquillas, cintas y lazos de su pelo, metiendo sus dedos para sacar los sedosos mechones y deshacer el intrincado peinado.

Al ver que ella le observaba dijo: —Viví durante algún tiempo en Japón.

—Pareces de la Yakuza.

—No estuve allí para relacionarme con la mafia japonesa, en el tiempo que pasé en aquella tierra aprendí el arte del Kenjutsu.

—¿D'Artagnan se hace ninja?

Por primera vez desde que entró a la habitación, Olivier se permitió una sonrisa. Una pequeña.

—Algo así —contestó—. Ven. Vamos a la cama. Tranquila, no voy a seducirte, solo quiero abrazarme a ti.

La llevó hasta el colchón e hizo que se tumbase. Se recostó tras de ella y se encajó de tal forma que eran como una pareja de cucharas en el cajón de los cubiertos. Dani podía notar todas y cada una de las duras curvas del cuerpo de Olivier. Con una magnífica constitución atlética, estaba delgado y sus músculos se definían bajo la piel.

Al notar que ella temblaba, él estiró de la colcha y la tapó acurrucándose aún más, si es que podía, a su lado.

—¿Por qué estás tan nerviosa? ¿Nunca has dormido con un hombre? Incorporándose sobre su codo para ver completamente su cara le preguntó: —¿Eres virgen?

—¿No te has parado a pensar que lo que no he hecho nunca es darle la espalda a un vampiro?

—*Merde! Mon coeur!*, eso no. Contigo he sido lo menos vampiro que he podido. No pienses en eso por favor. ¿Crees que es mi deseo que tengas miedo?

Olivier volvió a recostarse y ella notaba su aliento en la nuca cada vez que hablaba.

—Quiero que me digas que ha pasado para que hoy huyeras de mí. Y

no me contestes que las mujeres me miraban con deseo, también había muchos hombres babeando por ti y yo solo podía pensar en la envidia que sentirían hacia mi persona. Dime, *mon amour*... ¿Por qué has salido corriendo?

—Alguien me abrió los ojos y me hizo ver que tú no puedes ser domesticado.

—¿Domesticado? ¿Quién te dijo esa estupidez? ¿Vas a contármelo?

—Pues alguien me hizo ver que yo no era nada para ti, que solo represento un reto más. Una de tus muñecas de usar y tirar.

—Dani, para un vampiro es fácil implantar algo así en tu mente. Dime, ¿piensas eso de verdad?

—¿Quieres decir que me manipularon?

—Algo así. En realidad nadie hubiera podido entrar en tu mente sin que yo me hubiese dado cuenta, entre otras cosas, por eso hicimos el ritual de sangre antes del baile, pero los seres como nosotros somos expertos en sembrar la duda en la mente de los humanos. Es una mala habilidad, pero ahí está. Ahora dime. ¿En qué momento te he dado yo motivos para que pienses que solo eres una muñeca de usar y tirar? ¿Tan superficial me ves?

Un silencio sepulcral cayó sobre los dos.

—¿Dani?

—No.

—Y entonces... ¿no vas a darme ni siquiera una oportunidad? Mi pequeña niña, si hubiera querido seducirte por tener una copa más en mi vitrina de trofeos no hubiera tardado tanto ¿Crees que hubieras podido resistirte a mis encantos de vampiro? Y no solo me quedo ahí. ¿Crees que algún humano está totalmente libre de nuestra influencia? Mira tu padre, Jean podría hacer lo que quisiera con tu mente o con la de Julia, pero no actuamos así. No somos tan monstruosos. Al menos nos merecemos el beneficio de la duda, ¿no crees?

Ella tardó en contestar. Sentía que se ahogaba con sus propias palabras.

—Sí.

—De acuerdo, pues no diré nada más. Solo quiero que pienses en ello, ahora intenta descansar.

—Olivier.

—*Dis moi*.

—La noche que me mandaste las flores... ¿estabas en mi cuarto?

—Estaba fuera en el tejado.

—¿Y fuiste tú quien me besó?

—*Oui*.

—Me asusté.

—Lo sé y lo siento. Llevo tanto tiempo esperando poder demostrarte lo que siento... Esa noche me perdí.

—¿Me curaste tú la herida?

—*Oui*.

—¿Desde el tejado?

Se revolvió entre sus brazos y él le dejó espacio. Giró sobre su espalda y lo miró. —Olivier yo...

—No digas nada. Solo quédate a mi lado y duerme mi amor.

Dani levantó su mano y la llevó hasta la boca del vampiro, allí dibujó con su dedo índice la comisura de sus labios.

—Son tan suaves...

—*Ma petite*, antes te pregunté si eras virgen y no me contestaste.

—¿Es eso un problema?

—No, claro que no lo es.

—Pues no lo soy, pero comparándome contigo no tengo una gran experiencia.

Ella bajó su dedo hasta la mandíbula, y de ahí a su cuello.

—¿Y crees que me importa si tienes experiencia o no? —dijo fijando en ella aquellos ojos de color verde azulado.

—Dani... —protestó—. Si no dejas de tocarme no voy a poder resistir la tentación.

—¿La tentación de qué?

—De llevar mis manos a tu pelo y acariciarte, de besar esos dulces labios, de fundir mi cuerpo con el tuyo... y hacerte mía.

—¿Y por qué estás esperando tanto?

—Dani, Dani. No juegues con fuego.

Haciendo caso omiso de sus palabras, ella acercó la boca hasta los labios de Olivier y con timidez los besó.

El cuerpo del vampiro estaba tenso, inmóvil. Intentando a toda costa resistir el impulso que le pedía corresponder su beso, pero la cercanía de Daniela, su dulce aroma, la suavidad de su pelo... Todo se alió en su contra y tan solo un breve instante después, vino el suyo: duro, fuerte, dominador...

—Mira a lo que me has obligado —dijo entre susurros al separarse de su boca.

Ella llevó las manos a su pelo y tiró de él para separarle y poder hablar mirándole a los ojos.

—¿Sabes qué? —explotó ella—. Me da igual ser una más en tu vitrina de trofeos, no me importa despertar mañana y que te hayas ido, Al infierno con todo, te quiero aquí y ahora.

—Daniela... —le reprochó Olivier, mientras que sus ojos entornados y su rictus serio mostraban agonía y dolor.

—Ya lo has oído.

Olivier abrió los ojos y capturó su mirada, y sin dejarla un solo instante llevó sus manos a ambos lados de su cara. Como un felino salvaje, arrugó el labio superior para mostrar toda su dentadura, y de nuevo la besó. Y esta segunda vez fue tan intenso que la mente de Dani se quedó en blanco, como si en el mundo solo existieran los dos. Ella y su vampiro.

«Su vampiro».

Las manos de él recorrieron su cuerpo con urgencia, revoloteando sobre la fina tela de la camisa, y Daniela sintió como todas y cada una de sus terminaciones nerviosas se colapsaban para dejarla temblorosa y excitada. En el interior de su cabeza una brisa fresca la invadió y empezó a percibir todo lo que sentía él: Su deseo, el dolor físico por el anhelo de su cuerpo, la carga magnética de su piel, la suavidad de la tela bajo las yemas de sus dedos... Todo eso la condujo hasta el borde y tuvo un orgasmo que la dejó casi sin respiración.

Antes de que pudiera recuperar el resuello, Olivier rasgó la fina tela en dos y se recostó con delicadeza contra su cuerpo, torso contra torso, piel contra piel.

La sensación fue indescriptible.

El cuerpo del vampiro era suave pero también anguloso y fuerte, su piel se sentía fresca y al tacto tersa, y aterciopelada. Daniela le miró y vio que tenía los ojos cerrados y que, al igual que ella, saboreaba el momento, memorizando el instante de su primer contacto íntimo.

Con suaves y tiernos besos, Olivier recorrió el camino desde sus labios hasta la mandíbula y desde allí a su cuello, deteniéndose un instante donde el pulso era más fuerte. En ese punto se frenó totalmente y aspiró su perfume.

La voz de Daniela sonó débil. —¿Puede ser sin dientes?

Él la miró y sonrió antes de buscar de nuevo su boca para besarla suavemente.

—Deseo concedido mi señora —murmuró contra sus labios.

Con su mejor cara de pícaro continuó torturándola, y fue dejando un reguero de besos cálidos sobre su piel mientras trazaba un camino hacia sus senos. Se detuvo en ellos y la miró, observando sus reacciones. Empezó suavemente humedeciendo el pezón con su lengua para después cogerlo con los dientes y mordisquearlo antes de empezar a succionar. Cuando dio con el ritmo que al parecer ella disfrutaba, se entretuvo y juguetó con ellos.

Mientras la mantenía ocupada con su boca, una de sus manos bajó hasta sus caderas, acarició el encaje de sus braguitas y de un tirón lo rompió. Los ojos de Dani se abrieron como platos.

—¿Qué...? —comenzó a protestar, pero unos hábiles dedos jugaron con su sexo y ella volvió a cerrar los ojos deshaciéndose por sus caricias, dejándose llevar hasta que un remolino de sensaciones la llenó por completo y comenzó a tener pequeñas convulsiones.

Las primeras palabras que logró articular fueron: —¡Dios mío! ¿Es esto real?

—Todo es real. Solo estoy uniendo nuestras mentes para que tú «veas» lo que siento yo.

—No juegues conmigo... —dijo Dani entre jadeos.

—No hay ningún juego. Relájate, abre tu mente y podrás verlo y sentirlo.

El vampiro suspiró.

—*Mon coeur*, me duele la piel de lo mucho que te deseo....

Enterró la cara en su estómago y las manos de Dani se movieron solas para tocar su pelo. Después, beso a beso, fue subiendo hasta alcanzar su boca de nuevo, para recorrer tortuosamente de nuevo el camino de vuelta hacia sus senos. Su aliento se sentía caliente sobre la piel y el placer explotó de nuevo por el cuerpo de Daniela.

—¿No llevas mucha ropa? —preguntó ella entre jadeos.

—Si me quito los pantalones no habrá nada que me detenga. Nada que se interponga entre los dos.

—¿Y a qué esperas....?

Él la miró a los ojos durante unos segundos, deseando que aquellas

palabras fuesen del todo en serio y no el capricho de un momento apasionado. Al ver la determinación en su rostro, se sentó con parsimonia sobre sus talones y comenzó a desabrocharse el pantalón. Debajo llevaba unos boxers negros. Se incorporó lo suficiente para quitárselo todo y gateó sobre su cuerpo hasta llegar a sus labios.

Sin ser consciente de ello, la mirada de Dani fue más allá del ombligo y a pesar de que ya estaba erecto, solo con sentir su mirada, aquello ganó peso, largura y anchura.

—*Mon coeur*, tócame, bésame, di algo o perderé la razón.

Daniela estiró sus manos y rodeó su miembro con los dedos y le acarició. Un dulce gemido escapó de los labios del hombre y ella fue consciente de la tensión de sus brazos a cada lado de sus hombros. Su piel era blanca y satinada como la de una estatua de mármol, y los músculos, nervios y venas se definían perfectamente.

Como si el tiempo se hubiera detenido, observó que el vampiro tenía un gesto que mostraba placer y dolor, todo al mismo tiempo, pero la miraba embelesado, con cariño.

Su tacto era suave, aterciopelado, cálido... y con sus caricias todavía lo notó crecer aún más entre sus dedos.

—Dani —dijo con voz ronca y mirada salvaje. —Dani, necesito estar dentro de ti ¡Ahora!

—Hazlo ya, yo también lo quiero —gimió ella como respuesta.

Y entonces de una sola embestida, la penetró y cerró los ojos, quedándose quieto unos segundos para saborear la intensidad del momento, disfrutando del calor que en aquellos instantes le envolvía. Cuando los abrió y encontró la limpia mirada de ella, llevó una mano a su rostro para dibujar con ternura el óvalo de su cara y entonces, despacio, buscó un ritmo que les llevase a ambos a tocar el cielo.

Juntos.

Se quedaron abrazados, uno frente a otro un buen rato, como si fuesen dos metales convertidos en una nueva aleación, y cuando Dani se revolvió, él le dejó espacio, pero no la soltó.

Sus ojos, ahora muy verdes, la observaban con veneración. Se quedó a su lado admirándola, mientras jugueteaba con un mechón de su largo cabello. Con la mano libre, capturó una de las suyas para llevarla hasta su boca y besarle la palma con ternura.

—Así que esto es lo que ellas sienten.

—¿Humm?

—Por esto te acosan y te persiguen. ¿Por estar como yo ahora? ¿Voy a convertirme en un mendigo de tus caricias y besos?

—Dani...—maldijo Olivier.

—¿No eres consciente del efecto que causas en las mujeres? Ahora las entiendo.

—No digas nada más. Se acabó.

Pasó su brazo bajo el cuerpo de ella y la trajo hacía sí. Sus miradas se enfrentaron. La del vampiro firme y segura, la de Daniela con angustia y ansiedad.

—No he estado con ninguna otra mujer desde que te conozco. Y tampoco lo deseo, te tengo a ti.

—No estuviste porque te salió mal. Yo estropeé tu doble cita ¿Ya no lo recuerdas?

—Eso fue una estupidez y no imaginas cómo me arrepiento. ¿Sabes lo que significa *coup de foudre*?

—*Foudre* es rayo ¿verdad?

—Sí, pero la expresión se podría traducir como flechazo.

El primer día que nos vimos, cuando te marchaste después de saber que Jean era tu padre y que ni él ni yo éramos humanos, me miró a los ojos y se le escapó. Por supuesto yo no di crédito. ¡Por favor! ¿a moi?

Suspiró.

—No tardé mucho en darme cuenta de que así había sido.

—Pero...

—Déjame continuar, Dani. Las primeras veces que nos vimos... Nuestros primeros encuentros no salieron nada bien. Me puse a la defensiva, creo que en cierto modo era lo normal, a nadie le gusta sentirse vulnerable ¿Una niñita humana capaz de poner patas arriba mis sentimientos? ¡No, por favor!, soy Olivier d'Aubry, el hombre más libertino de París. Tú me rechazaste desde el primer momento y le diste un buen derechazo a mi ego.

El día que viniste a mi casa a traerme las fotos, yo estaba desesperado. Quería hablar contigo, mostrarme realmente, conocerte, pero desconocía cómo y tiré por el camino fácil. Me emborraché y quise demostrarme que seguía siendo el mismo. El fantástico amante, el eterno calavera y... le pedí a Henry que llamase a dos prostitutas. Por si no te fijaste, las solicité morenas y de

ojos azules.

¡No se puede ser más imbécil! Ahora estoy seguro de que fue un error enorme.

¿Quieres saber más? ¿Recuerdas cuando hace un rato me preguntaste si lo que estaba pasando era real? Te respondí que solo estaba abriendo mi corazón para que vieras y sintieras lo que yo. Mi pequeña princesa helada... «eso» nunca lo hice con otra mujer.

¿Necesitas más pruebas?

Quiero que dejes de pensar que eres un trofeo. Que ya te he cazado y que me doy por satisfecho. Mira Daniela, no sé a dónde va a llevarnos todo esto, pero estoy seguro de que es un riesgo que quiero correr.

Ella se sintió abrumada por la confesión y se incorporó para levantarse. Al separar las sábanas vio sangre entre sus piernas y se asustó.

—¿Qué me has hecho?

—Nada, nada, no es nada, no te asustes. Eso es mío... olvídalos, vamos a darnos una ducha juntos.

—¿Tuyo?

—El semen de los vampiros contiene sangre. Tendría que haberme levantado y haberlo limpiado todo, pero estaba tan a gusto contigo entre mis brazos que lo olvidé completamente.

Olivier se levantó y se metió en el baño. En apenas un minuto estaba de vuelta. Llegó a su lado y la rodeó con sus brazos, frotando la mejilla contra su rostro. La levantó en volandas y la llevó hasta la bañera que ya empezaba a llenarse.

Depositándola cuidadosamente en el suelo, levantó su barbilla con sus dedos y la besó, suave, tiernamente. Ella no pudo resistirse, su boca se abrió dándole la bienvenida y lo que empezó de forma dulce se convirtió en un beso abrasador.

—Escucha una cosa pequeña... esto no es el fin de nada. Es el comienzo y no pienso marcharme. Así que deja de darle vueltas a eso que ronda por tú cabeza y no estropees lo que estamos compartiendo.

—¿Qué va a pasar ahora?

—Si defines «ahora» como «ya mismo», te diré que pienso meterte en esa bañera, enjabonarte y mimarte para después hacerte el amor hasta que los dos quedemos agotados.

Si en el ahora ya interviene un futuro próximo te diré que no lo sé. Tengo claro que no voy a dejar que te me escapes, me ha costado mucho llegar hasta aquí, y ahora he de descubrir la manera de que quieras seguir a mi lado.

—El «ahora» de «ya mismo» suena bastante bien... —susurró Dani.

Lo que le valió un tierno abrazo y un beso apasionado del vampiro.

—Pues vayamos a ello, *ma petite*.

Daniela despertó al sentir los labios de Olivier perezosos recorriendo su espalda. Cuando se despejó lo suficiente, fue consciente de que el vampiro estaba besando todas y cada una de las mariposas que ella tenía tatuadas.

—¿Qué haces?

—Memorizando tus marcas...

Ella sonrió contra las sábanas y todavía medio dormida murmuró: —No sé ni por qué me las hice... pasé de un «no seré capaz» a estar tumbada en la camilla mientras un tío tatuado hasta las cejas me las dibujaba en la espalda.

—Recuerda darme su dirección, he de sacarle los ojos, no puedo permitir que nadie más conozca tu secreto.

El vampiro continuó con su dulce tortura y cuando llegó a su cintura a besar la última susurró: —¿Por qué no te hiciste mil? Siete son muy pocas...

—¿Mil? ¿Mil mariposas? Parecería un mapa de carreteras, como tú.

—*Sacrebleu!* ¿No te gusta mi dragón?

Ella se volvió para encararle y acurrucada entre sus brazos murmuró: —Tu dragón es flipante.

Se quedaron unos instantes mirándose y el vampiro, al tiempo que retiraba un mechón de su cara dijo: —Eres una chica increíble. Capaz del gesto más tierno y de la actitud más guerrera. Ayer, cuando ganaste el peluche en la tómbola me dejaste absolutamente fascinado. Hubiera podido matarte, por el susto, pero...

—¿Peluche?

—Tu león.

—¡Mierda, mierda, mierda! ¡Me lo dejé en casa de Salomé!

El cuerpo de Daniela se puso en tensión y sus ojos mostraron enojo y consternación.

—¡Oh, Dios mío! ¿Cómo pude olvidarle? ¡Oh, Dios!

—Shhh. Lo traje conmigo. Debe haber dormido en el salón porque no le he oído deambular por la casa.

Daniela saltó de la cama y correteó hasta el sillón donde estaba su ropa buscando algo para ponerse.

Olivier, admirando su hermosa desnudez, se recostó poniendo los brazos bajo la cabeza, mientras observaba detenidamente sus movimientos.

Ella comenzó a sacar prendas, pero pronto comprendió que no tenía nada. Lo único la camisola, pero Olivier la había partido en dos y taparse con ella sería lo mismo que ir desnuda.

Tan absorta estaba buscando algo que colocarse encima, que tardó en darse cuenta de que tenía un espectador sonriendo en la cama, Con gesto insolente se puso de cara a él, con los brazos en jarras mirándole a su vez, descarada.

Estaba tan hermosa que de nuevo se excitó y un bulto empezó a ser más que evidente bajo las sábanas. Se puso de lado y sobreactuando, se llevó las manos a la entrepierna por encima de la tela, al tiempo que decía: —¡Maldita! ¿No has tenido ya bastante esta noche?

Dani no pudo contener la risa, pero entre carcajada y carcajada logró decir: —Eres un payaso.

—Me encanta verte reír.

Como vio que ella no se movía, al tiempo que gesticulaba con las manos requiriendo su presencia, dijo: —Si me besas, te cuento un secreto.

Ella se acercó silenciosa a la cama y tumbándose sobre el colchón le cogió la cabeza y le besó con ternura.

—Mmmm

—¿Y el secreto?

—En aquél armario de allí hay ropa mía. Ponte una de mis camisas.

Con cara picarona se levantó y abrió el armario de par en par. Aún no había descolgado ninguna prenda cuando notó un cuerpo anguloso a su espalda, y unos labios que urgentes recitaban junto a su oído.

—El león puede esperar unos minutos más...

Olivier cerró una de las puertas y atrapó a Dani entre el mueble y su cuerpo. Se frotó contra ella y atrapó sus pechos con las manos.

La cabeza de Dani se hizo líquida y se dejó acariciar y besar, como si fuera la primera vez. Y allí, de pie, contra la pulida madera de caoba de un armario de doscientos años, le hizo tocar el cielo de nuevo con rudeza y ansiedad.

—No vuelvas a provocarme... Me cuesta muchísimo controlarme

cuando se trata de ti.

Su voz sonaba arrepentida.

Dani se volvió a mirarle y le dijo: —Olivier. Confío en ti. Y... sé que si yo hubiera dicho no, tú no me habrías obligado. Me gusta cómo eres...

La sonrisa que le dio el vampiro y su mirada tierna la desarmaron, y se abrazó a su cuello para darle un beso suave.

—Déjame ir. Tengo que verle... Necesito disculparme.

—De acuerdo, pero ponte una camisa. No va a asustarse por verte desnuda, pero quiero que todo esto sea solo para mí.

La luz del sol comenzaba a filtrarse por las vidrieras y Dante abrió los ojos un tanto descolocado. Por primera vez en mucho tiempo había dormido a pierna suelta, a pesar de haber tenido que hacerlo acurrucado en un pequeño sofá.

Los ruidos y el olor a café le llevaron hasta la cocina y cuando entró, descubrió al mayordomo, preparando el desayuno.

Si el humano se sorprendió, no lo mostró en absoluto.

—Buenos días, señor. ¿Va a tomar el café en el salón?

—¿Café? ¿Salón? —musitó Dante como un autómata.

En ese momento Jean Jacques entró en la cocina.

—Buenos días, Dante, ¿Qué te apetece desayunar?

—Señor, yo no lo sé. Hace mucho que no tomo el desayuno.

Jean Jacques hizo una mueca de disgusto y se volvió para dar órdenes al mayordomo.

—Estaremos en la biblioteca. Vincent, trae un poco de todo. Miró a Dante y añadió: —Sígueme.

Al entrar en la biblioteca Jean Jacques se sentó en uno de los sofás y le hizo señas al hombre-león para que se sentase en el otro. Cuando le tuvo frente a él acomodado le dijo:

—Lo primero, mil disculpas. Anoche estaba un tanto aturdido y no te ofrecí siquiera una habitación donde dormir. He sido muy poco hospitalario y lo siento. Ya te están preparando uno de los dormitorios de invitados y esta tarde traerán una cama más grande y algo de ropa, para ti. Aunque puedes quedarte en esta casa o con Olivier, como prefieras.

—No es problema, señor. Puedo seguir durmiendo en el sofá.

—No me llames señor, mi nombre es Jean Jacques. Soy el padre de Daniela.

—Mi señora.

—No, ella no es tu señora, es tu amiga.

En ese momento entró Vincent con una bandeja enorme repleta de panecillos recién hechos, bollería y una taza de café.

—¿Leche, señor? —preguntó el criado.

—No... no lo sé.

—Déjalo sobre la mesa, Vincent, ya lo servimos nosotros. Gracias.

El mayordomo les dejó solos de nuevo.

—¿Cuánto tiempo haces que no desayunas como un humano normal?

—Con la señorita Mara, yo vivía en el sótano y me tenían encerrado durante el día. Normalmente me traían las sobras de la comida de los residentes humanos de la mansión.

Y como si de repente hubiera recordado algo se levantó torpemente y se arrodilló en el suelo frente a Jean Jacques. —Perdonadme, señor. No me di cuenta que no habéis desayunado.

Y girando su cuello en una postura un tanto antinatural ofreció su garganta al vampiro.

La cara de Jean se tornó agría y le cogió del brazo con fuerza para levantarlo.

—Aquí no eres un esclavo. Siéntate y desayuna. ¿Ves ese termo? Es sangre comprada en un hospital, y es lo que yo tomo por las mañanas. No voy a alimentarme de ti, ¿entendido? Olvídate de todo lo que has vivido hasta ahora con Mara y Takeshi. No todos los vampiros somos así.

Aturdido, Dante se sentó y se quedó mirando la taza de fina porcelana. Sus torpes zarpas hacían casi imposible que cogiera la cucharilla para ponerse azúcar y mucho menos sujetar la jarrita de la leche para añadirle un poco a su taza de café. El hombre león se quedó quieto, mirando la bandeja sin saber muy bien que hacer.

—Espera un momento —ordenó el vampiro.

Jean Jacques se levantó y salió de la habitación, para volver en pocos minutos con un tazón que tenía un asa bastante grande y un par de pajitas.

—¿Te gusta dulce?

—Creo que sí.

El vampiro añadió leche y azúcar al café, lo removió y lo pasó al gran

tazón. Metió las dos pajitas y se lo ofreció, al león. Dante lo miró casi con lágrimas en sus ojos, en treinta años nadie se había molestado por él hasta tal punto.

—Vamos, cógela. Es suficientemente grande para que no se te escape de las manos.

Con cierto apuro la cogió y bebió, y el gesto le hizo sentir menos bestia, más humano.

—Gracias.

—No hay de qué.

En ese momento Daniela entró como un vendaval en la habitación. Iba descalza y llevaba puesta una camisa azul de Olivier llena de puntillas y chorreras, que le llegaba hasta las rodillas.

—Lo siento. Te abandoné en la fiesta. Me fui y te olvidé. Te dejé allí como quien se olvida de unos zapatos. Lo siento mucho, muchísimo.

Dante estaba aturdido. —No pasa nada, mi señ...

Vio el ceño fruncido de Jean Jacques y añadió: —Daniela. Me trajo vuestro marido.

—Olivier no es mi marido. Él es... es...

—Vamos, estoy esperando —dijo una voz desde la puerta—. ¿Qué soy?

Los ojos de Daniela se entrecerraron y su voz cambió de tono cuando añadió: —Él es un grano en el culo. Eso es lo que es.

Con una sonora carcajada se le acercó. —Ven aquí, *mon amour*, te mereces un beso.

—¿No habéis tenido bastante? —dijo Jean Jacques con una sonrisa burlona en los labios—. Lleváis toda la noche igual.

La cara de Daniela se desencajó. —¿Nos has oído?

—Me temo que sí. Y supongo que no habré sido el único —añadió haciendo un gesto con la cabeza señalando al león que estaba tieso como un palo, sentado a su lado, sin saber si intervenir o no en la conversación.

—¡Dios mío!, ¡Qué vergüenza!

La carcajada que salió de la boca de Jean sonó sincera y musical.

—Dani, Dani... No pasa nada. Creo que a estas alturas pocas cosas podrían sorprenderme y a nuestro nuevo amigo supongo que tampoco. Celebro que hayáis hecho las paces.

—Hemos dejado claras algunas cosas —intervino Olivier—, pero nos queda camino por recorrer. Aún he de conseguir que esta muchachita confíe en mí.

—Pondría mi vida en tus manos y lo sabes.

—Pero yo quiero tu corazón —declaró Olivier mientras depositaba un suave beso en los labios de Daniela. Un beso tierno que fundió sus fusibles y dejó su cerebro como el de un bebé.

—Yo... yo.

—Shhh no ahora. Tenemos tiempo.

Y volviéndose al público que los miraba anonadado añadió: —Dante, Daniela va a vivir conmigo, tú también deberías venir a mi casa... o ¿prefieres quedarte con Jean Jacques?

—¿Voy a vivir contigo?

—Claro, *chérie*. No acepto un no por respuesta.

—Yo... —intervino Dante.

—Perfecto —interrumpió Olivier—. Ordenaré que preparen también una habitación para ti. La buhardilla tiene unas vistas preciosas y tengo un jardín trasero donde podrás estirar las patas con intimidad. Jean, ¿has encargado ropa adecuada para este hombre? Ni la tuya ni la mía, es de su talla. Mirando a Dante añadió: —No es por nada pero eres enorme.

El francés se llevó la mano a la barbilla como si acabase de darse cuenta de algo y manifestó: —Mmmm, me vendrá bien un sparring para mi entrenamiento.

—¡Olivier! ¡Detente! —interrumpió Dani—. ¿Te estás escuchando?

—*Oui*. Me encanta dar órdenes. Creí... que lo habías notado. No te preocupes por el león, en un cuerpo a cuerpo él lleva las de ganar, podría desmembrarme en un par de minutos. Solo quiero que entrenemos juntos, yo tendré un rival de nivel y él algo que hacer.

—¡Olivier!

—¿Qué? No hay nada de malo en ganarse la vida siendo entrenador personal, yo lo he sido mucho tiempo. Pensaba pagarle un buen sueldo.

—Me parece bien —intervino Dante—. Me gustaría sentirme útil y no hace falta que me pague, con tener un sitio donde dormir me conformo.

—Ni hablar, la esclavitud fue abolida hace mucho tiempo por supuesto que tendrás un sueldo. No se hable más. Haré un par de llamadas —dijo encaminándose a la puerta. Al llegar se volvió y mirando a Daniela dijo con

voz sugerente. —Te espero en el dormitorio...

—Hemos despertado a la bestia —dijo Dani.

—Sí —confirmó Jean—. Pero no pluralices... lo has hecho «tú» solita.

Padre e hija intercambiaron miradas y empezaron a reír. Frente a ellos, todavía con el tazón entre las manos, el león parecía feliz, por fin tenía ante sus narices un camino, algo que hacer.

Por fin sentía esperanza en sus huesos.

Los primeros días en casa de Olivier fueron extraños.

Tenía una habitación para él solo con una cama enorme de esas modernas, que consistía en una plataforma pegada al suelo con una especie de colchoneta sobre ella. Futón le llamaban ellos. Y habían calculado tan bien las medidas que podía tumbarse sin doblar sus rodillas. Las primeras noches dormía en el suelo, junto al enorme lecho, pues le daba reparo utilizarlo, pero acabó probándolo y acostumbrándose a él.

Le habían llenado los armarios de ropa cómoda: pantalones de entrenar, jerséis, sudaderas... No había trajes ni corbatas, ni tampoco zapatos, pues con sus pies terminados en zarpas era complicado que le viniese algo, pero aun así se le hacía raro ir vestido.

Sin embargo, lo más excepcional es que ya no le tiraban la comida al suelo, se sentaba a la mesa junto con sus nuevos amos para comer, desayunar o cenar.

«Sus nuevos amos»... Daniela, su señora, se enfadaba muchísimo si le escuchaba decir eso. Ellos le pedían ser llamados por sus nombres y le trataban como a un igual. Nada de golpes ni de insultos, era uno más.

En las comidas, además de servirle la comida en un plato, tenían la deferencia de troceárselo todo, para que él pudiese pinchar sin tener que manipular aquellos artilugios llamados cubiertos. No es que no pudiera usarlos... pero no tenía práctica y se le caían de las manos.

Pasaba las mañanas leyendo, pues para colmo había encontrado en casa de Olivier una biblioteca inmensa, y a pesar de que le costaba mucho, le encantaba.

Y por las tardes entrenaba con el francés.

La vida podía ser maravillosa y él era feliz. Muy feliz.

A Daniela también le costó adaptarse.

El vampiro la había instalado en la habitación azul, y no es que la mantuviese apartada de él, se comportaba de forma cariñosa y no paraba de

hacerle pequeños regalos o agasajarla con flores y sorprenderla con detalles bonitos... pero la evitaba, y desde que llegó a la casa no habían vuelto a dormir juntos.

Después de tres días, mucho besito pero poco... ¿Qué había pasado?

Para colmo, el trabajo en la revista la estaba asfixiando, se le planteaba un reto que no sabía cómo solucionar y llevaba horas dándole vueltas.

Era importante y un buen espaldarazo en su carrera...

Daniela entró como un vendaval en casa de Olivier. Después de mucho pensar por fin había dado con la solución. Fue directamente al salón, donde sabía que encontraría al hombre-león haciendo sus deberes de lectura y en efecto, allí le encontró.

—Dante —dijo con apremio—. Sé que es horrible pedirte algo así, pero necesito un favor. No llevas conmigo ni una semana, y me horroriza abusar de ti, pero no te llevará mucho tiempo y puede que lo encuentres hasta divertido.

Apretó los labios en una fina línea esperando la contestación del león mientras retorció sus manos en un gesto de desesperación.

—Seguro que no es tan terrible —dijo Dante con voz tierna, mientras dejaba el libro en su regazo—. Cuéntame.

—Yo...

—Vamos, dime eso que es tan horrible que quieres que haga. Te aseguro que no le llegarás a Mara ni a la altura de sus tacones.

—No, no... ni por un momento pienses eso. Para nada. Nunca me plantearía hacer algo así con nadie.

—Pues dímelo ya, me tienes en ascuas.

—Me han propuesto un trabajo, uno importante. Son unas fotos para el catálogo de una joyería de renombre aquí en París. El emblema de la firma es una corona y yo... bueno, tú eres el rey de la selva y pensé...

—¿Vas a taladrar mis orejas para que use pendientes? —preguntó divertido.

—Nooo. Solo quiero que poses como león. Las joyas las llevará una modelo que se unirá contigo en las fotos.

—¿Solo es eso? ¿Unas fotos? Pues claro que lo haré, Dani, faltaría más.

—Pero las verán en toda Europa.

—Solo verán un león. Un poco grande... pero león al fin y al cabo.

—¿Lo harás? ¿En serio? —dijo con el rostro iluminado.

—Por supuesto. Solo tienes que decir cuándo y dónde.

—Le he pedido permiso a Olivier para hacerlas aquí. Me parecía horrible tener que meterte en una jaula para llevarte a otro sitio, pensé que sería más fácil traer aquí algunos muebles y atrezzo. Ahora que ya tengo tu aprobación daré ordenes de que empiecen a organizar el salón esta misma tarde.

—¿Tan pronto? Pero Dani, tendrás que traer una jaula de todos modos, no creo que vean muy normal que tengas un león paseando por la casa.

—¡Mierda! Es cierto. Tendré que hacer un par de llamadas más. Dante, te doy las gracias de nuevo. Significa mucho para mí. Solo serán unas horas, como mucho una mañana y Cristina te gustará. Ella es muy especial.

—¿Cristina?

—La modelo que saldrá en las fotos contigo.

La voz de Dani salía atropellada.

—Es una de las buenas, una top model, muy solicitada y simpática. Supongo que se quedará de piedra cuando sepa que su compañero de fotos es un león... pero lo hará. ¿Serás bueno con ella, verdad? Me refiero a que es una humana normal y corriente y no deberías asustarla.

—Seré bueno. Te lo prometo. Me portaré bien e intentaré parecer lo más inofensivo posible.

—Gracias otra vez. ¡Ah!, ¿no te he dicho que te pagarán igual que a ella? —dijo elevando sus cejas—. Vas a ganar una pasta.

—Dani, me liberaste, me salvaste de una existencia miserable. Ni en toda la vida podré agradecértelo lo suficiente. ¿Cuándo será? Has dicho que querías organizar ya el salón.

—El próximo lunes.

—Entonces explícame bien que he de hacer.

—Nada. Solo ser tú mismo. He de enviar a alguien al aeropuerto esta tarde a recoger a Cristina, mientras yo me quedé aquí para coordinar a todos los operarios que vengán. Quiero que lo dejen todo montado mañana viernes, así el lunes a primera hora no habrá que hacer nada. ¡Menudo lío! Dante, grac...

—No vuelvas a darme las gracias. No lo hagas. Otra vez más no, por

favor.

Ella le miró, vio su sonrisa afable y no pudo resistirse, se agachó y le abrazó, como quien le da un achuchón a un enorme peluche.

En la media tarde del viernes comenzó a llegar gente al domicilio de Olivier. Dos camiones llenos de muebles estacionaron en la puerta y empezaron a descargar. En el salón, parte del mobiliario fue arrinconado y el resto cambiado de sitio, bajo las órdenes de una estilista. Poco a poco, quedó todo perfectamente colocado y listo para la sesión del lunes siguiente.

Dani estaba histérica, iba dando vueltas como un animal enjaulado, teléfono móvil en mano, dando las últimas indicaciones para que saliera perfecto. Cuando colgó, soltó todo el aire y suspiró mirando hacia el techo, y fue entonces cuando unos fuertes y conocidos brazos la rodearon desde atrás y unos labios se pegaron a su cuello dándole pequeños besos.

Olivier.

—Te he echado de menos ¿dónde te habías metido?

—Con todo este lío... Dante y yo nos hemos atrincherado arriba en la biblioteca. Solo cuando hemos oído que volvía la tranquilidad hemos decidido bajar. Tu león está en la cocina, pidiéndole a Brigitte que te haga algo de cenar.

La giró para enfrentarla y la miró con ternura. —Pareces agotada. Ven. He preparado un baño para que te relajés. Pediremos que suban la cena al dormitorio.

El vampiro la cogió de la mano y tiró suavemente para obligarla a caminar. Remoloneando ella le siguió escaleras arriba. Pasaron de largo por delante del dormitorio donde Dani solía quedarse a dormir. El vampiro la llevaba directamente al suyo.

—Olivier...

—Cállate.

—Pero...

—*Silence!*

No tuvo que volver a repetírselo, se quedó muda cuando abrió la puerta de su cuarto de baño privado. La habitación estaba en penumbra, iluminada únicamente con velas de todos los tamaños esparcidas aquí y allá.

Sonaba una música suave, relajante, y el vapor lo inundaba todo, dándole cierto aire de misterio. Pétalos de rosas rojas flotaban en el agua caliente de la gran bañera.

Desde luego el vampiro lo había preparado bien. La puesta en escena era increíble.

Con lentitud empezó a desnudarla y cada trocito de carne que descubría, acercaba sus labios y lo besaba. Daniela cerró los ojos dejándose llevar, cada vez que la boca de Olivier rozaba su piel sentía un dulce sensación de embriaguez.

Una vez le hubo quitado toda la ropa, lo que le llevó unos minutos pues lo demoró lo más que pudo, la cogió en brazos y la sumergió en la bañera. Al introducirla, se mojó la camisa y se le quedó adherida al cuerpo, marcando todas y cada una de las duras curvas de su torso.

—Olivier, deberías estar prohibido. No me canso de mirarte, me dejas totalmente embobada.

Él sonrió. —Dani, Dani... qué cosas dices. Siempre creí que no te gustaba mi aspecto. Hasta no hace mucho me mirabas con el ceño fruncido y cierto desdén.

—Al contrario. Desde el primer momento me pareciste guapísimo. Solo que, no quise ver más allá. Parecías tan superficial. Tuve miedo de caer en tus redes de don Juan. Yo....

—Entre nosotros ha habido muchos malentendidos —interrumpió el vampiro—, pero nunca más. ¿De acuerdo?

—Sí. Nunca más.

—Le diré a Brigitte que traiga aquí tu cena. Vuelvo enseguida.

Olivier salió del baño y Dani se quedó inmóvil, mientras disfrutaba del agua caliente. Él la había dejado sola de nuevo, esta vez con la excusa de la cena, pero al menos estaba en su bañera y quizá eso significase que hoy iban a pasar la noche juntos, y solos...

Le oyó entrar y le llamó, y él estuvo a su lado antes de que ella terminase de decir su nombre.

—¿Cómoda? —preguntó.

—¿Por qué no te metes aquí conmigo?

—¿Estás segura de eso?

—Pues claro. Has estado evitándome y quiero saber que ocurre.

—*Ma petite* no pasa nada. Te dejo tiempo para que asimiles todo lo

que ha sucedido. Te doy espacio. No quiero que te sientas presionada a venir a mí por el hecho de vivir en mi casa.

—A veces pienso que te falta un tornillo. Tanto jugar a espadachines te ha fundido el cerebro. Ven. Quítate toda esa ropa y ven. Necesito un masaje.

Olivier sonrió.

—A sus órdenes, mi señora.

Con parsimonia, como quien sabe que es centro de atención, Olivier comenzó a desnudarse. Se desabrochó uno a uno, los botones de la mojada camisa, y como el mejor de los exhibicionistas, se puso de espaldas para quitársela y dejarla sobre un taburete. Sus músculos se movían dando vida al gran tatuaje y por un momento, Daniela pensó que nunca podría quitarle los ojos de encima.

Mirándola fijamente a través del gran espejo, el vampiro esbozó una sonrisa torcida, y continuó con parsimonia desabrochándose los pantalones, aunque antes de bajárselos se sentó en el borde de la bañera para quitarse las botas.

—Eres un demonio, estás tardando adrede —dijo Daniela mientras tiraba de él y le hacía perder el equilibrio, haciéndole caer de espaldas en la gran bañera. El agua rebosó y llenó parte del cuarto de baño.

—¡Oh, no pensé que te derribaría! ¿Te has hecho daño?

—He dejado que me tirases, *chérie*. ¿Aún piensas que puedes «vencer» a un vampiro? —dijo al tiempo que la abrazaba bajo el agua y le besaba los hombros y el cuello.

—Pero ¿y los pantalones?

—¿Crees que hace falta que me los quite?

—¿Vas a hacerte de rogar? Pues claro que te quiero sin ellos. ¿Qué pasa, Olivier? ¿No quieres volver a estar conmigo? Tan malo fue que no quieres que tú y yo...

El vampiro puso el dedo índice sobre sus labios haciéndola callar.

—No vayas por ahí. Te equivocarás. Me subo por las paredes cada vez que te dejo marchar, pero ya te he dicho que no voy a presionarte, quiero que te des cuenta de que soy capaz de estar contigo sin necesidad de sexo, aunque lo más probable es que acabe volviéndome loco. Mira, Daniela, sé que me ves como un calavera, un crápula, y... no es que haya pronunciado votos de castidad, pero no quiero que pienses en mí como en un animal.

—Pues es una lástima que después de tantos años hayas decidido ser

puro y casto precisamente ahora.

—Dani...

—Ponte de pie. Es una orden, vamos.

Con una sonrisa que llegó hasta sus ojos, se levantó. Los pantalones chorreaban y los tenía totalmente adheridos a la piel. Daniela se incorporó un poco, poniéndose de rodillas. Forcejeó para bajárselos, pero solo consiguió resbalar y caer hacia atrás. El vampiro estuvo rápido y la sujetó para que no se diera un golpe. Cuando estuvo seguro de que no iba a caerse, se llevó las manos a la cinturilla para desnudarse él mismo.

—No, quieto. Quiero hacerlo yo.

El francés se quedó inmóvil con una irónica mirada fija en su cara. Ella volvió a intentarlo y esta vez consiguió bajárselos un poco.

Lo suficiente.

Con ambas manos rodeó su miembro y se lo llevó a la boca. Olivier cerró los puños, siseó y llevó sus manos hasta la pared que tenía delante, luchando consigo mismo por no caer sobre ella. Dani le besó y lamió hasta que él dijo basta, y la levantó para besarla.

—No puedes hacerme eso y salir bien parada.

Con una mano desgarró, como si fuese papel, la tela que quedaba en su sitio y se quedó totalmente desnudo, emparedando a Daniela entre su cuerpo y la pared.

Se transformó.

Y sus ojos se volvieron negros como el azabache, sus colmillos crecieron hasta sobresalir de su boca y sus dedos se alargaron y crisparon hasta casi ser garras.

Aunque el corazón le latía a mil por hora, Dani intentó mantener la calma y no bajar su mirada. Él estaba ahí, dentro de aquella bestia que se lo había comido ante sus ojos.

—Dani... —dijo con voz desgarrada y salvaje—. No tengas miedo, eso me excita.

Tras un breve silencio añadió: —Confía en mí.

Llevó sus manos hasta los hombros de Daniela y la acarició con mucho cuidado. Acercó la nariz hasta su garganta para frotarse contra ella. Dani se tensó. No hizo ningún amago de morderla, tan solo se entretuvo aspirando su fragancia, pero ella notó perfectamente como aquellos enormes caninos se paseaban por su piel.

Olivier se acercó a su boca y posando sus labios suavemente sobre los de ella, susurró: —Bésame.

Tímidamente Dani obedeció. Y lo que comenzó como un beso avergonzado, acabó siendo atrevido y apasionado.

Olivier la presionó con su cuerpo y la mantuvo firme contra la pared. Llevando una de sus manos hasta su trasero para poder sujetarla y pasando la otra por debajo del muslo para subirlo, pudo dejar vía libre a sus fantasías.

Allí, contra el frío mármol, con su aspecto más salvaje, le hizo el amor a Daniela. Y a pesar de estar de pie contra ella, controló sus impulsos animales y fue tierno y suave, haciéndola llegar hasta lo más alto.

—Olivier... yo —dijo ella entre jadeos.

—Mi amor, todo está bien, shhh. Descansa —dijo al tiempo que la abrazaba y volvía a introducirla en el agua caliente. Él se apoyó en el respaldo de la bañera, a su espalda, y la acunó entre sus brazos.

Ella se revolvió al tiempo que decía —No hemos terminado.

Se sentó a horcajadas sobre él, y ayudándose con la mano, se introdujo su miembro despacio y comenzó a torturarle con movimientos lentos y sensuales.

Dani pretendía que él también lo disfrutase, pero acabó excitándose de nuevo y fue acelerando el ritmo hasta sentir su cerebro derretirse como cera caliente. Todas y cada una de sus terminaciones nerviosas colapsaron nuevamente.

Olivier sonrió.

Como disfrutaba de esa mujer, de su tesón, de sus caricias, de su entrega. A duras penas conseguía controlarse, pero estaba decidido a olvidarse de sus fantasías y sus deseos por hacerla feliz.

Ella le miró con las mejillas arreboladas y le dijo: —¿Por qué no quieres...? ¿Por qué tú no...? ¿No te gusto lo suficiente?

Con un giro rápido la tuvo bajo él en un segundo y comenzó a marcar un ritmo duro y rápido. En tan solo un suspiro se derrumbó sobre ella, y a pesar de aquellos enormes colmillos, consiguió besarla con ternura.

Se abrazaron y con los ojos cerrados se quedaron juntos unos segundos.

Cuando Dani se recuperó y volvió a mirarle, su aspecto ya era normal. Sus felinos ojos negros eran ahora muy azules y había vuelto el color a su rostro. Como si alguien pudiera oírles, Olivier se acercó a su oído y dijo:

—Me gustaría que trasladases tus cosas a mi habitación.

La cara de Daniela se iluminó. —Déjame salir, voy a traer mi maleta ahora mismo.

Olivier negó con la cabeza. —Primero ese masaje que me pediste...

Y entre risas se enjabonaron, se frotaron y disfrutaron del baño un buen rato.

Era viernes por la mañana y Jean Jacques estaba en la calle, bajo un gran paraguas esperando a Judith. Ella le había llamado el día anterior para devolverle los libros prestados, y habían quedado en la estación de Gambetta, cerca de una de las entradas al cementerio de Pere Lachaise.

«Curioso sitio para quedar» pensó Jean mientras esperaba bajo la lluvia.

Cuando vio aparecer a Judith lo entendió. En sus manos llevaba un cuaderno de dibujo envuelto en plásticos y protegido de la lluvia. Se protegía con un pequeño paraguas que cerró al llegar junto a él.

—¡Hola! —exclamó, mientras se colaba bajo el suyo. —Siento haberte hecho esperar, el profesor no nos dejó escapar hasta hace unos minutos. Y aunque la tumba de Oscar Wilde está cerca de aquí, la lluvia lo hace todo más lento.

—¿Estudias dibujo?

—¡Eh! Sí. Llevó dos horas ahí dentro, bajo un toldo, abocetando para un trabajo de clase. Le he sacado unas fotos y lo terminaré en casa. ¿Te apetece un café? Tengo las manos heladas y preferiría que hablásemos tranquilamente sentados delante de algo caliente.

—Claro. Justo ahí enfrente hay una cafetería.

Cruzaron la calle y entraron al establecimiento, sentándose en un rincón, lejos del bullicio de la gente que abarrotaba la barra. Ella llevaba una mochila dentro de la cual, forrados cuidadosamente en plástico transparente, tenía los libros que le prestó el vampiro. Los sacó y poniéndolos sobre la mesa los empujó hasta Jean Jacques.

—¿Y bien? Los has leído rápido, en solo una semana.

—Su lectura me enganizó. Sobre todo el pequeño, el de las tapas rojas, ese que está manuscrito. Pero la verdad no esperaba ciencia ficción.

—¿Ciencia ficción?

—No esperarás que me crea que es real. Si lo es, es el diario de un demente. El tío que lo escribe cree que es un vampiro. ¿Dónde lo conseguiste?

—Es muy antiguo, debe tener unos doscientos cincuenta años. Mi familia —carraspeó—, tiene tiendas de antigüedades y compramos muchos objetos en subastas. ¿No tienes preguntas sobre el libro?

—No. Es algo tétrico, sobre todo cuando cuenta como lo transformaron y eso, y lo que sentía al beber sangre humana... ese estado de embriaguez y euforia. Parece tremendamente real y está muy bien descrito pero... tú no creerás que sea cierto ¿No?

—Los otros dos libros son escritos de la iglesia y en ellos certifica la existencia de demonios y los describe como vampiros bebedores de sangre y hombres que transformados en bestias matan gente y la descuartizan... ¿Tampoco te parecen creíbles?

—¡Oh! La iglesia. Esos que nunca han ocultado la verdad, los que nunca le han mentado al pueblo.

—Vale, vale. Tienes razón. Te he traído un par más, pero tienes que ser más abierta y no cuestionarlo todo.

—Sin pruebas, un escrito es un relato, una novela. O lo que es lo mismo, ciencia ficción.

Jean suspiró. No iba a resultarle fácil, no.

—Intentaré que tengas pruebas más adelante, cuando seas más consciente de las fuerzas que te rodean. Cambiando de tema. ¿Llevas el medallón? ¿Has notado si alguien nuevo se interesa por ti? ¿Has conocido algún hombre de raza oriental?

—Sí, no y no. El medallón va conmigo —dijo tironeando de la cadena y mostrándolo—. Y no he conocido a ningún oriental nuevo ¿Satisfecho? —añadió con ironía.

—Judith. Es importante. No quiero que te pase lo que le ocurrió a Juana.

Su semblante se ensombreció.

—¿Quieres asustarme?

—Deberías estarlo. Si te asustas, aunque solo sea un poco, serás más prudente. Y ahora en serio, si ves algo extraño, aunque pienses que es una tontería, llámame ¿De acuerdo?

—¿Y qué harás tú si un desconocido oriental me aborda en plena calle?

—Haré lo que me pidió Juana. Cuidar de ti.

Como vio que a Judith le había cambiado la cara, cambió de tema.

—¿Has sentido algo del poder del que tu abuela te hablaba en la carta? Judith suspiró. —Ayer... Me enfadé y no sé si fue una casualidad, pero se apagaron todas las luces de mi casa.

—¿Cuántas luces había encendidas?

—No lo sé. Digamos que fundí todo el edificio y vivo en un cuarto piso a dos vecinos por planta.

Jean Jacques sonrió.

—No tiene gracia. Si lo hice yo, y no soy capaz de controlarlo...

—Tranquila, lo harás y yo te ayudaré. Pero tendrás que confiar en mí.

—¿Quién eres? ¿Harry Potter?

Él la miró divertido y negó con la cabeza.

Salieron del café una vez intercambiaron los libros y Jean insistió en acercarla, pues tenía el coche aparcado allí mismo, pero ella rehusó y cruzó corriendo cuando vio que se acercaba el autobús.

Jean Jacques la vio correr y observó su vestimenta. Zapatos planos tipo Oxford, pantalones vaqueros muy anchos, un abrigo enorme...

Judith se subió al autobús y se sentó junto a la ventanilla. Jean se quedó mirando como el vehículo arrancaba y ella le decía adiós tras el cristal.

«Una brujilla... quien lo iba a decir».

A primera hora del lunes, unos operarios llegaron temprano al domicilio de Olivier con unas cajas que llevaban una jaula de seguridad desmontada. Tras una hora de trabajo la dejaron preparada en el centro del salón. Dani revisó que todo estuviera correcto y llamó al león.

—Vendrán todos dentro de una hora, a las 11 deberíamos empezar. ¿Estarás listo?

—Lo estaré en cuanto tú me lo digas. ¿Quieres que me transforme ya?

—No. No. Es pronto y cuanto menos tiempo pases ahí dentro mejor.

—¿Estás nerviosa? Te aseguro que me portaré bien, seré un gatito totalmente inofensivo.

—No me preocupas tú. Es todo lo demás. Este es mi primer trabajo serio de verdad y quiero que todo salga bien.

—Pues ya verás. Tengo un presentimiento. Todo va a ir sobre ruedas.

—¡Dios te oiga! Gracias, Dante.

A unas cuantas manzanas de allí Cristina, que se había levantado temprano, se encontraba en el gimnasio del hotel corriendo en la cinta andadora. Tenía pensado llamar a la fotógrafa que iba a llevar la sesión para quedar con ella. Normalmente necesitaba ese pequeño ritual. Odiaba presentarse en un estudio, hacerse las fotos y salir corriendo. Con una simple charla para romper el hielo, se implicaba más y el trabajo salía mejor, y no solo eso, al hacerlo se sentía menos siendo un trozo de carne frente a una cámara.

Hizo una sesión corta, subió a su habitación, se duchó y se preparó para salir. Llovía a cántaros pero no le importó, se calzó unas Hunter negras, se puso su gabardina Burberry's, y un sombrero impermeable donde metió toda su larga melena. Cogió su bolso, un paraguas y bajó a la calle. En recepción le preguntaron si necesitaba un taxi, pero respondió argumentando que iba cerca y prefería andar un rato a pesar de la lluvia.

Nada más salir por la puerta principal, se encontró con una blogger que se empeñó en hacerle unas fotos para su blog de moda, preguntando por todas y cada una de las prendas que llevaba. Intentó ser agradable y le pidió que se abstuviese de retratarla prometiéndole entradas para un próximo desfile.

Era temprano y se entretuvo paseando por la ciudad. Había estado en París muchas veces, pero las oportunidades de pasear por sus hermosas calles habían sido escasas, ya que siempre iba por motivos de trabajo y eso conllevaba traslados de aeropuerto-hotel, hotel-sitio de trabajo, sitio de trabajo-hotel y hotel- aeropuerto. Así que respiró hondo y disfrutó del trayecto.

Con ayuda del GPS de su teléfono, se plantó delante del edificio donde se iba a realizar la sesión en poco tiempo y al levantar la vista para admirar la mansión se quedó muda. Era un domicilio privado, al menos eso le habían dicho, y se trataba de una casa magnífica de tres pisos de estilo neoclásico con los tejados de zinc construidos en mansarda y las típicas ventanas blancas en la buhardilla.

Bueno, no iba a presentarse sin llamar y aún quedaba una hora para la sesión. Sacó su móvil y buscó el número que le habían dado en la revista. La muchacha que iba a fotografiarla se llamaba Daniela Caralt. Marcó y esperó respuesta, al cuarto timbre le respondieron.

El móvil de Dani sonó y ella lo sacó del bolsillo. Al mirar la pantalla arrugó el entrecejo. ¿Cristina? Eso solo podía significar problemas.

—¿Hola?

—¡Hola, Daniela! ¡Buenos días! Soy Cristina Balaguer. Verás, sé que esto es irregular pero siempre que tengo una sesión con un fotógrafo a quien no conozco, me gusta, si hay posibilidad, charlar un rato con esa persona. Esa toma de contacto me ayuda para hacerlo mejor cuando me da órdenes desde detrás de la cámara. Hace un rato salí de mi hotel y me fui paseando hasta la dirección que me disteis. Estoy cerca de allí. ¿Qué te parece si nos vemos y tomamos un café?

—Humm.

—Si estás ocupada con los preparativos no hay problema, lo entiendo perfectamente. Por otro lado, no creas que lo que pretendo es entrometerme en

tu trabajo. De ninguna manera.

—¿Qué te parece si vienes? Quiero decir, que si tomamos aquí ese café. Tu compañero de reportaje ya está aquí conmigo y estaría bien que os conocieseis antes de que llegasen todos.

—Bien, me parece bien.

—De acuerdo. Te espero.

Cristina colgó el aparato y pensó «¿Compañero de sesión?» Tenía entendido que eran unas fotos para un catálogo de un joyero afamado de la ciudad parisina pero nadie comentó que participase alguien más. En fin, daba igual, al menos también le conocería antes de comenzar a trabajar. Pensó en esperar unos minutos antes de cruzar y tocar el timbre, pero ¡qué demonios! Llovía a cántaros y ella estaba ya en la puerta. Así que esperó a que pasasen un par de coches y cruzó.

Respiró hondo y llamó.

En el interior, Dani miró a Dante y él, con una mueca que debía ser una sonrisa dijo: —Ya voy, ya voy... Por cierto, tiene una voz muy bonita.

—Pues cuando la veas vas a flipar.

—Estoy acostumbrado a mujeres hermosas. Mara y Takeshi tenían gustos algo excéntricos, pero todos y cada uno de los hombres y mujeres que «conocí» eran muy atractivos.

Daniela le miró antes de dirigirse a la puerta. Cada vez que Dante le nombraba a Mara o a Takeshi, se le erizaba el vello y le entraba un «nosequé» por la espalda. Ojalá algún día pudiese hacer algo por él. Con ese tipo de abusos le entraba la vena más sádica y no podía reprimir sus pensamientos de venganza pero aquello era mucho más complicado que todo eso. La posesión de “mascotas” aún estaba permitida por el Consejo y ella no sabía cómo luchar contra ello. Tendría que plantárselo en algún momento a Jean y a Olivier... al menos ellos no parecían estar de acuerdo.

Llegó a la puerta justo cuando el mayordomo estaba abriendo.

En la habitación contigua al vestíbulo, Dante se desnudó, metió la ropa en un cajón y se concentró. El cambio a león para él estaba asumido pero realmente era brutal y antinatural. Su piel se engordaba y cubría con más pelo y sus huesos se quebraban para alargarse o acortarse y volverse a unir dándole forma de bestia. Durante unos pocos segundos se quedaba agotado pero por

suerte la recuperación para él era muy rápida.

Ya con forma de animal se dirigió hacia la jaula, se introdujo en ella y se acostó. Como no podía pasar el pestillo de la puerta con aquellas enormes zarpas ni siquiera se molestó en cerrarla, la dejó entornada esperando que Dani se anticipase a la visita para encerrarle hasta la sesión.

Bajo la lluvia, Cristina esperaba que le abriesen la puerta.

Un mayordomo bastante estirado le invito a pasar y ella se sintió un tanto invasora, pero en ese momento Daniela Caralt apareció con una gran sonrisa por una de las puertas del inmenso vestíbulo, y aunque estiró el brazo para darle la mano, inmediatamente rectificó y se acercó para darle afectuoso abrazo.

Como si se conocieran de toda la vida.

La modelo no pudo sino admirar a la muchacha. Era joven y preciosa. Ojos azules, cabellos negros y brillantes. No muy alta pero esbelta y proporcionada.

Desde donde se encontraba el león sentado, pudo ver a las dos figuras femeninas saludarse con besos y abrazos. La top model estaba de espaldas y llevaba botas de agua altas, gabardina y un gorrito impermeable, así que no podía verla con claridad pero maldita sea, su fragancia invadió el cuarto. Y al margen de aquél caro perfume su cuerpo olía a primavera, a sol y a un jardín lleno de flores. Era embriagador.

La chica se quitó el sombrero y una larga melena castaño-rojiza cayó suave y dulcemente hasta media espalda. Al sombrero le siguió la gabardina y pudo contemplar su esbelta figura. Era más alta que Dani y quizá estaba demasiado delgada, pero su cintura quedaba marcada por aquel ancho cinturón y sus proporciones eran perfectas. Una vez que Henry, el mayordomo, se apropió de las prendas se volvió para seguir a Daniela en su dirección y cuando pudo verle la cara se quedó paralizado.

Era preciosa.

No llevaba nada de maquillaje, podía olerlo, pero su tez era blanca y perfecta, parecía de porcelana. Sus ojos eran enormes, de color verde intenso y felinos, muy exóticos. La nariz recta y discreta pero sus labios... ¡Dios mío, qué labios! Eran carnosos, suaves, con un tono coral totalmente natural.

Cuando entró, el cuarto se llenó de luz. Sus andares, su presencia, su olor.
No podía parar de mirarla.

Cristina se quedó admirando la entrada de aquella magnífica casa y como una autómatas siguió a la fotógrafa hasta el salón del cual había salido. Al entrar se quedó sorprendida pues lo último que hubiera esperado era encontrar una jaula de gruesos barrotes y un magnífico ejemplar de león tranquilamente acostado en su interior.

—Este es tu compañero de sesión.

—¡Un león! —exclamó sin disimular su sorpresa—. ¿He de entrar a esa jaula? No puedes decirlo en serio. ¿Tengo que hacerme fotos con él? —añadió con cierta angustia.

Dante se dio cuenta de que las dos chicas hablaban de él y tuvo que volver a la realidad de sopetón.

—No debes preocuparte. Es muy tranquilo y está acostumbrado al trato con humanos. Hará lo que le digamos.

—Supongo que le habréis drogado.

—No —dijo Dani. Y al momento se arrepintió, pues vio la cara de terror de la modelo—. Pero de verdad que no tendremos ningún problema. Es muy manso.

—Espero que tengas razón. Todavía no he hecho testamento.

En ese momento entró el estirado del mayordomo, con los cafés y unas piezas de bollería. Cristina se quedó mirando la bandeja, aunque todo parecía apetitoso no iba a tocar nada, lo tenía prohibidísimo. Su constitución era de por sí delgada, pero su trabajo la hacía permanecer siempre alerta para no engordar ni un gramo.

La bandeja fue depositada sobre una mesa auxiliar y mientras se servían los cafés sonó el móvil de Daniela, y ella excusándose salió de la habitación. El mayordomo terminó de servir y se fue, y Cristina aprovechó el momento a solas para mandar unos mensajes desde su teléfono. Siempre que tenía un momento libre aprovechaba para decirle alguna tontería a su hermano.

Su gemelo.

Su trabajo la obligaba a viajar a menudo y cuando pasaban tiempo lejos no podía evitar intentar contactar con él siempre que le fuese posible. «Tengo que contarle lo del león» pensó. «Se va a mondar de la risa».

Dante no pudo resistir la tentación de sentirla más cerca. Se levantó

con sigilo y salió por la puerta entreabierta de la jaula. Con lentitud, para no asustarla, dirigió sus pasos hasta ella y cuando llegó a escasos centímetros de su espalda se paró y se sentó. Desde allí podía admirar su perfil. Tuvo que hacer verdaderos esfuerzos por reprimir los deseos de meter su hocico entre su pelo y frotarse con ella.

Nunca le había pasado algo así.

Aspiró su aroma y una sensación de bienestar le inundó, estiró la enorme cabeza y se acercó un poco más para olerla mejor.

Cristina estaba escribiendo el mensaje y pensó «le haré una foto y se la mandaré también». Estaba buscando la cámara en el menú del teléfono cuando sintió un cálido aliento en su cuello. Se giró despacio, muy despacio y se encontró frente a frente con el león.

Nariz y hocico a tan solo unos centímetros.

A la modelo se le paró el corazón. El móvil se le escurrió entre los dedos y aunque abrió la boca no pudo gritar, ni moverse, ni respirar. Aquella cabeza era enorme y las fauces... esos colmillos medirían al menos siete centímetros. «¡Dios mío!».

En ese momento Olivier entró en la habitación seguido de Dani.

—¿Qué haces fuera de la jaula? —dijo duramente.

El león agachó la cabeza como si algo le hubiera golpeado y emitió un sonido lastimero. Se tumbó totalmente en el suelo y se quedó inmóvil.

—¡Hola! —dijo el hombre ofreciéndole la mano en señal de saludo.

—Soy Olivier d'Aubry, el novio de Daniela, dueño de esta casa y este animal. Espero que no te haya asustado. Te aseguro que no es peligroso, como mucho podría ahogarte a lametazos, pero de verdad que no te haría nada más.

—Pues yo... No esperaba tenerle tan cerca, me asusté porque me giré y estaba ahí, mirándome —dijo Cristina con dificultad.

Tras unos segundos de desconcierto, respiró hondo y cuadró sus hombros a la vez que respondía al saludo de Olivier.

—Hola, soy Cristina Balaguer. Parece que hemos invadido tu casa.

—No es problema. ¿Te encuentras bien?

—Sí. Aunque he de reconocer que por un momento pensé que... bueno no sé qué pensé. Pero ya me siento mejor.

Olivier se volvió al león y le dijo: —Ahora vas a pedirle perdón por asustarla, y si te portas mal te dejaré sin ver el gran premio de Australia de Moto GP el domingo.

Cristina rio con la ocurrencia y su sonrisa fue música para él. Se giró en el suelo sobre su espalda y dejó sus patas muertas boca arriba, como esperando que ella le acariciase la panza.

—Vamos —le animó Dani—. Tócale. Verás que suave.

Ella se puso en cuclillas y alargó el brazo tímidamente. Con las puntas de los dedos rozó la piel del león. La sintió gruesa, sedosa, esponjosa... y su mano se hundió entre el pelaje del pecho.

—Sí que lo es —dijo sonriendo.

Dante notó como su miembro empezaba a ponerse duro, y avergonzado giró su cuerpo de nuevo para ocultar su erección.

«¿Qué demonios me está pasando?
Apenas me ha rozado».

Se acostó como la Esfinge de Gizeh y se quedó mirando embobado a Cristina con las fauces abiertas y la lengua colgando por uno de los lados.

—Tenemos un león enamorado —dijo Olivier en un susurro junto al oído de Dani—. Mírale.

Ella le encaró y sonriendo vocalizó: —Eso parece.

Cristina volvió a llevar su mano hasta Dante y le acarició la cabeza. Él no pudo reprimirse y le dio un lametazo en la mano.

—¡Eh! Qué ya me he duchado esta mañana —le dijo ella con suavidad. Y como hechizada, llevó sus dedos hasta alcanzar la zona del nacimiento de la oreja del león y allí comenzó a rascarle. Dante ladeó su cabeza y la apretó contra la mano de la muchacha cerrando los ojos por el placer que ello le proporcionaba. De su garganta surgió un sonido, entre rugido y ronroneo.

«Sigue, sigue...»

—Ya lo tienes en el bote —dijo Dani entre risas—. No pensé que sería tan fácil.

—Los hombres somos así de simples —dijo Olivier, mientras abrazaba a Daniela y le besaba en el cuello—. Nos hacéis cuatro caricias, nos dais de comer y nos tenéis más que pillados.

Y en un susurro añadió: —Será mejor que me vaya antes de que no pueda parar de besarte. Girándose al león dijo: —Tú, pórtate bien.

¿Entendido? Y... si necesitáis algo estaré en el invernadero. Encantado de conocerte, Cristina.

—Lo mismo digo.

El timbre sonó de nuevo y las mujeres se miraron. —Han llegado pronto, tendremos que empezar a trabajar —dijo Dani.

El salón de al lado, donde habían preparado la sesión comenzó a llenarse de gente.

El peluquero entró donde estaban las chicas y se quedó paralizado al ver al enorme animal tumbado a los pies de Cristina.

—¿Empiezas por mí o por él? —preguntó ella.

—Creo que él está bien... —balbuceó—. Empezaré contigo.

Cristina se agachó frente al león y le dijo: —¿Nos dejas un poco de espacio? Este chico me tiene que dejar fabulosa para estar a tu altura. Y volviéndose a Dani preguntó: —¿Cómo se llama? Porque este «gatito» tendrá un nombre, ¿no?

«Dante, Dante... di mi nombre.

Quiero oírlo de tus labios»

—... Scar. Se llama Scar.

«¿Scar?»

—¿Scar? ¿Cómo el malvado de la película de Disney El Rey León?

«¡Vaya por Dios!»

—Sí, ese.

—¿Nos dejas un poco de sitio Scar? Vamos, muévete.

Remoloneando se levantó y se dirigió a un rincón donde se desplomó con desgana.

«Scar, vaya nombrecito. Bueno al menos desde aquí puedo mirar descaradamente y nadie me dirá nada. Para ellos solo soy un animal aburrido que observa como se mueven los humanos».

Sin dejar de mirar al aparentemente perezoso león, el peluquero recogió con destreza el cabello de la modelo en un moño muy alto, dejando el esbelto cuello al descubierto. Cuando finalizó, entró el maquillador y abrió un enorme maletín lleno de tarros de maquillaje, coloretes y sombras. Mientras tanto un par de chicas trajeron varios trajes de noche que fueron dejando sobre uno de los sofás. También entró un operario y colocó un biombo en un rincón. Todo listo.

Al terminar con el maquillaje la cara de Cristina estaba aún más hermosa si es que eso era posible. Ella se levantó y se metió tras el biombo para desnudarse, pero cuando el estilista abandonó la estancia salió para terminar de hacerlo en el centro de la habitación.

«Qué bueno es ser un mueble a veces...

Ella no se desnudaría frente a mí si supiera que no solo soy un león»

Su cuerpo era delgado pero de constitución atlética y se notaba que hacía ejercicio y estaba fuerte. Su piel parecía tremendamente suave. Joder, se estaba poniendo duro otra vez.

«¿Qué me está ocurriendo?

Con Mara nunca me pasó esto.

Mierda, si llegaron a darme fármacos para estimular mi erección.

Y ahora tan solo la miro y me empalmo sin remedio»

Ella se puso uno de los vestidos. Estaba increíble.

Se miró al espejo y en voz alta le dijo: —Si no tuvieras esas zarpas te pediría que me ayudases a abrocharlo. Tendré que llamar a alguien que me eche una mano.

«Qué sea una mujer porque como te toque un hombre lo mato».

Cristina llegó hasta la puerta y cuando casi tenía el picaporte en la mano, alguien la empujó desde fuera para abrir. Era Daniela.

—¡Qué bien! —dijo Cristina—. ¿Me ayudas?

Dani le terminó de abrochar y volviéndose a Dante con una sonrisa maliciosa dijo: —¿Scar?! Sal de tu burbuja. Hay que empezar a trabajar.

Juntos fueron a la habitación de al lado y Dani indicó al león que se tumbase sobre la cama estilo imperio que, con las sábanas artísticamente desechas, ocupaba el centro de la habitación.

En un rincón, un anciano muy serio y trajeado cargaba con un maletín. A su lado, dos gorilas armados, sus guardaespaldas, observaban los movimientos de todos los presentes. En la pequeña maleta estaban las joyas que iban a ser objeto del reportaje. La abrió y saco un estuche de terciopelo, en cuyo interior había unos pendientes de diamantes y esmeraldas y un ostentoso collar. Se los mostró a la modelo y le indicó que se acercase. Ella misma se puso los pendientes y tomó el collar pero se giró para que alguien lo abrochase por detrás.

Uno de los guardaespaldas se acercó y tomó los extremos que ofrecía Cristina y al hacerlo, rozó con sus dedos la nuca de la mujer y se demoró más de la cuenta en abrocharlo. Dante se incorporó, alerta y elevó sus orejas mirando la escena fijamente.

—¿Cuándo terminas, preciosa? —preguntó el gorila junto al oído de la modelo.

—Estoy ocupada hasta el 2017.

—Estúpida creída —respondió con antipatía.

De repente, de fondo sonó el potente y aterrador rugido de un león. Todos los presentes se quedaron congelados y tras unos segundos de incertidumbre, la primera en reaccionar fue Cristina.

—Creo que si quieres salir conmigo tendrás que preguntarle a él...

—Se giró y avanzó hasta la cama donde estaba sentado Dante. Le guiñó el ojo, y le dijo a Dani—: ¿Dónde me quieres?

—Siéntate en ese rincón. Peter, puedes despeinarla un poco, la idea es que ellos acaban de... ejem., y ella va demasiado perfecta.

El peluquero se acercó y empezó a sacar mechones del riguroso moño hasta dejarlo como si se hubiera revolcado sobre la almohada.

—Quiero que te sientes en una esquina, que parezca que algo no ha salido bien y estáis distantes. Eso es, perfecto. No os miréis.

La cámara comenzó a disparar y pacientemente Dante y Cristina fueron moviéndose, obedeciendo las instrucciones de Daniela. Transcurrido un buen rato, hubo cambio de vestido, de joyas, de peinado y de actitud, ahora se les tendría que ver amorosos y felices.

—Cristina, tumbate a su lado.

Con ciertas reservas se recostó junto al león y el estilista colocó el vestido mientras el peluquero esparcía artísticamente el pelo suelto de la muchacha, para que pareciera casualmente derramado sobre la almohada. El maquillador se acercó y cubrió unos brillos de la piel de sus hombros con una densa brocha.

Dani tomó su cámara, puso un macro, y comenzó a disparar a quemarropa. Hizo unas cuantas fotos y frunció el ceño.

—Demasiada ropa, quedaría mejor piel contra piel. ¿Cristina, lo harías?

Con cierto reparo la modelo asintió, se levantó y comenzó a quitarse el vestido. No llevaba sujetador pero sí unos preciosos culottes de encaje negro que Dante ya había visto. Alguien recogió el vestido y ella se abrazó tapando sus pechos.

—Quiero que todos los que no tengan que ver con la sesión salgan de aquí. Esperen fuera. Y mirando a los representantes de la joyería añadió: —Ustedes también tendrán que salir, su presencia incomoda a la modelo y las joyas no van a ir a ninguna parte, así que no se les necesita aquí.

Cuando todos estuvieron fuera menos Dani y sus ayudantes, Cristina se tumbó de nuevo junto al animal, pero sin rozarle. Se le notaba tensa y asustada. Dante metió con cuidado una de sus patas bajo su cabeza para que se apoyase. Al notar su avance ella la levantó un tanto angustiada y él terminó de meter su enorme zarpa. Sus cabezas quedaron muy cerca. Él podía sentir la respiración entrecortada de ella y la agradable sensación de su cuerpo. Debía tener frío, su piel estaba un tanto erizada y sus pezones duros, así que amorosamente pasó la otra pataza sobre su cuerpo y abrazándola la trajo hacia sí. Él le daría calor.

Cristina emitió un sonido medio grito medio gemido. Su corazón iba a mil por hora.

«¡Dios mío! ¡Qué grande es!

Podría partirme en dos de un zarpazo y con esos dientes me arrancaría un brazo cómo quien rompe una barra de pan».

«¡Qué bueno!

Es... suave, y cómo huele su cabello.

Qué dulce tortura».

«Madre mía. Como pesa.

¡Dios!... Hace años que no rezo, pero no permitas que me pase nada hoy. Soy muy joven».

Dani preguntó: —¿Todo bien? Mientras se acercaba para disponer bien la melena deshecha de Cristina y colocar la pata del león de forma que no se vieran los pechos de la modelo.

La voz de Cris salió en un hilo.

—Sí, todo bien.

—Quiero que le mires, que os miréis. Quiero carga sexual en estas fotos.

Dante fijó sus ojos en los suyos, y el verde esmeralda le robó el alma, no pudo reprimirse y comenzó a frotar la cabeza de Cristina con su mejilla mientras Dani comenzaba a disparar muy de cerca.

«Lo que daría por poder besarla... Mmmm, que dulce»

«Lástima que no tenga unos labios que se puedan besar...

¿Besar?

¿Besar? ¿Te has vuelto loca?

¿Estás pensando en besar a un animal?»

—Cris, necesito ver ese anillo —repuso Daniela

Tímidamente ella subió la mano hasta la cabeza de la bestia y con las yemas de los dedos acarició los largos bigotes. El león respondió al gesto y metió la lengua entre sus dedos.

«¡Oh, Dios mío! Esto es excitante.

No puedo creerlo. Esto no puede pasarme a mí.

¡Es zoofilia! Tonta, tonta, no estás con un tío. ¡Es un león!

¿Qué demonios le pasa a mi cuerpo? Tengo los pezones duros como piedras».

Dante se sentía pletórico, lleno de fuerzas y al intentar llevar su zarpa libre hasta las caderas de la modelo para estrecharla más contra él, se dio cuenta de la envergadura que tenía ya su miembro, y avergonzado giró

discretamente su torso para quedar con sus cuartos traseros pegados al colchón. No quería que ninguna de las mujeres lo viese. La postura era un tanto incómoda pero finalmente lo consiguió.

La voz de Daniela sonaba como música de fondo.

—Muy bien, vais muy bien. Esto va a quedar increíble.

«Tengo que salir de aquí. ¡Ya!»

Cuando terminaron Dani ofreció a Cristina una prenda, ella se la puso y salió de la habitación como un rayo. Recogió sus vaqueros y su jersey y se metió en el baño de servicio.

Una vez dentro, cerró y pasó el pestillo apoyando su espalda en la puerta mientras intentaba calmar su respiración. Cuando se miró en el espejo pudo contemplar una sonrisa boba en su rostro.

«¡Contrólate, imbécil! Casi tienes un orgasmo ahí fuera ».

Mientras tanto, Dante en el salón se preguntaba: «¿He hecho algo malo? ¿Por qué se ha ido tan rápido?»

Dani le miró y como si le hubiera entendido le dijo: —Tranquilo, iré a ver si está bien. Las fotos han salido perfectas. Quédate aquí un momento. Ahora vendré a buscarte.

«Menos mal, ahora tendré unos minutos para bajar esto. Aunque sería mejor que me metiese en una bañera llena de hielo. ¿Cómo demonios?... Esto es inconcebible».

Dani se acercó a la puerta donde Cristina se estaba cambiando y golpeó.

—¿Estás ahí? ¿Va todo bien?

—Sí, sí. Salgo en un minuto.

Tardó unos pocos minutos en salir y lo hizo totalmente vestida. Se despidió del equipo, le dio un abrazo a Daniela felicitándola por su trabajo y se acercó a la jaula a la que había vuelto el león. Se agachó frente a los barrotes y lo miró.

Suspiró y se fue.

De camino a la puerta Dani la interceptó.

—¿Vas a quedarte mucho tiempo en París?

—El jueves próximo tengo que volar a Tokio. Quizá me quede hasta entonces, tengo amigos aquí. ¿Tenemos que repetir la sesión?

—No, no. Para nada. Las fotos han salido perfectas. Me preguntaba si querías ver el montaje.

—Sí, claro. Llámame.

—Cristina... ¿Seguro que estás bien? Has salido disparada.

—Estoy bien, todo perfecto. Despídeme de tu novio, por un momento olvidé que estamos en su casa y no quiero parecer grosera. *Ciao*.

Cogió su impermeable y su gorrito y salió como una flecha caminando rápido, sin mirar atrás. En la calle seguía lloviendo y hacía bastante frío, pero Cristina parecía no notarlo, aún tenía las mejillas sonrojadas por lo que le había sucedido en la sesión. Se había sentido excitada y seducida... ¡por un león! Debía estar volviéndose loca, pero esa bestia no parecía un animal en absoluto. Si hasta Daniela le hablaba como a un humano y él obedecía completamente sus órdenes como un niño bueno. Y por otro lado, estaba convencida que también había reaccionado a su proximidad. La forma en la que la miraba, sus suaves caricias como si temiera lastimarla, parecía coquetear con su cuerpo y Dios santo, hasta se había empalmado. Aunque gracias al cielo se había girado discretamente como si se avergonzase por ello.

De pronto Cristina se paró en seco y notó que la gente la miraba. Al momento se dio cuenta de que debía parecer una loca, dando vueltas sobre sus pasos una y otra vez y balbuceando entre dientes.

«Mierda, mierda, mierda. Espero no encontrarme con ninguna blogger que me reconozca. Solo me faltaba salir a todo color, como si hubiese perdido el juicio, en una web de moda».

«¿Qué me he perdido?» pensó Dani mientras la veía marchar a toda velocidad. Sin pensarlo entró directamente a la habitación donde se encontraba la jaula del león. Dante ya se había transformado, y desnudo de espaldas a la puerta, recuperaba sus ropas del cajón donde horas antes las había colocado.

Al oír a Dani se giró y ella se puso de espaldas abochornada por haberle pillado en pelotas.

—Perdón, perdón. Me preguntaba si tú sabías que le ha pasado a

Cristina para que pareciese totalmente ida y saliese de aquí disparada.

—No lo sé. Pensé que había sido por mi culpa, que hice algo que no le gustó, pero estoy recordando la sesión y no encuentro ningún motivo. Ya puedes volverte, Dani.

—Bueno... ¿y tú que tal? ¿Lo has pasado bien?

—Ha sido increíble. Me he sentido fenomenal, como no recordaba. Ella es..., es fabulosa. Necesito encontrar la manera de recuperar mi forma humana. Lo necesito ya.

Desde la puerta una voz conocida murmuró. —Nuestro pequeño león se ha enamorado.

—No es eso, ella me gusta pero no estoy «enamorado».

Olivier miró el bulto que todavía era visible en la entrepierna y arqueó una ceja.

—¡Eh! Sí ¿Y qué? No es como si pudiera disimularlo —dijo bajando sus garras y poniéndolas delante de sus genitales antes de que Daniela le mirase—. ¿Podrías dejar de burlarte?

—No me estoy burlando. Es más, estoy muy serio, si «la has encontrado» quiero darte la enhorabuena.

La cara de Dani era un poema, miraba a uno y a otro sin comprender y Olivier debió sentir su confusión, porque sin ni siquiera mirarla añadió: —A pesar de lo promiscuos que son los hombres-león, cuando se emparejan es para siempre. Y poniendo la mano en su boca como intentando que Dante no le oyese añadió: —Y creo que nuestro animalito ha encontrado a la mujer que lo va a meter en vereda.

—¿Cristina? —preguntó Daniela. —Pero se acaban de conocer...

—Para los cambiaformas no es como para los humanos, ellos lo sienten desde el primer momento —respondió Olivier—. Es como si estuviera escrito en su corazón, cuando encuentran a su compañera no ven a nadie más. Y se giró para hablarle al león—. ¿Ha sido así, *mon ami*?

—No. No lo sé. Cristina me gusta, es evidente, pero no sé si es tanto como cuentas.

—¿Ella te corresponde?

—Estaba muy nerviosa, aparte de eso no olí nada más...

—¿Seguro? —preguntó Olivier

—Pues no lo sé. A lo mejor tanto tiempo con Mara ha mermado mis capacidades.

—¿De qué habláis? —dijo Dani—. No entiendo nada.

De nuevo fue el vampiro el que contestó.

—Los seres sobrenaturales, como los vampiros, los hombres lobo y demás cambiaformas tenemos un sentido del olfato muy desarrollado, así como una percepción diferente de los olores. Podemos oler la mentira, el deseo, el miedo... es fácil detectar muchos sentimientos por el olor. Si Cristina es la compañera elegida para Dante —continuó—, él no podrá hacer nada contra ello. Está abocado a buscarla, protegerla y amarla. Su naturaleza así lo exige. Lo mismo que si ella fuera una mujer león no podría evitar la llamada de Dante, pero siendo humana...

—Una percepción distinta de los olores... —repitió Daniela—. ¿Sabéis cuando una mujer os corresponde? —preguntó con un graznido mirando directamente a Olivier. Abrió la boca para decir algo pero la cerró de nuevo. «Ya hablaremos tú y yo...» pensó en voz alta.

«Lo estoy deseando...» recibió como respuesta.

—Tengo que llamar a Jean Jacques —dijo Dante—. He de salir de esta cárcel. Quizá vosotros dos juntos podríais forzarme a cambiar.

—Eso es peligroso *mon ami*, podría causarte daños irreparables y no lo vamos a hacer. Estuvieron a punto de quebrar tu mente una vez, no tientes a la suerte de nuevo.

El león daba vueltas por el cuarto con gesto desesperado.

—¿No lo entiendes? No puedo perder esta oportunidad, no sé cómo, pero he de hablar con ella. ¡No solo soy un animal!

—No desesperes, se va a solucionar ¡Ya lo verás!

—Mírame, Dani. No bastará con que le digas que soy buena persona, que le asegures que no le haré daño, y que solo quiero que me conozca y me dé una oportunidad de mostrarme como soy. No soy humano.

—Bueno... déjame pensar en algo...

Dante agachó la cabeza y con tristeza abandonó la habitación.

Daniela y Olivier le vieron marchar y una punzada de pena, sacudió sus corazones.

Cuando escucharon la puerta de la biblioteca del primer piso cerrarse, Dani se volvió al vampiro y poniéndole un dedo sobre el pecho preguntó: —¿Qué tienes que decir en tu defensa?

—Soy inocente. Lo juro —dijo levantando sus manos con las palmas hacia delante.

—Y qué me dices de todo el tiempo que pasó, mientras yo venía a aprender a bailar y tú hacías como que ibas a besarme y no lo llevabas a cabo, de todas tus insinuaciones para verme sonrojar cuando sabías de sobra lo que yo estaba sintiendo... No es justo. Has jugado con mis sentimientos.

—No te enfades, no es del todo así. Yo fui dándome cuenta del cambio que operaba en ti, y sabía cómo te sentías, pero tú no, y he tenido que provocarte muchas veces para ver hasta donde podíamos llegar. Siempre has negado todo sentimiento hacia mí, me rechazabas aunque me deseabas, y me he visto obligado a esperar pacientemente a que te dieras cuenta. Te dije que no quería que un simple polvo estropease lo que había nacido entre los dos. No podía precipitarme, Daniela. Contigo no.

—Eres un idiota —murmuró ella mientras comenzaba a pasear por la habitación en un intento de sofocar su enfado.

—Dani, ha sido un suplicio tenerte aquí y jugar limpio, hubiera sido muy fácil seducirte pero después no habría quedado nada y yo lo quiero todo. Ahora sé que me quieres, y sé que tú lo sabes. Todavía nos queda mucho camino por andar porque me aceptas, pero con ciertas reservas, y he de conseguir que todo eso desaparezca. Te quiero totalmente entregada.

—Pero no es justo... ¿Y tú? ¿Qué sientes tú?

—Qué me falta la vida cuando no estás, qué estoy muerto por dentro. Qué eres tú o nada. Qué te quiero.

—¿Tú... me quieres?

—¿Crees que finjo cuando estoy contigo? *Sacrebleu!*, estoy loco por ti. Y estoy deseando que te des cuenta para comprometerme. Quiero que seas mía, pero solo si tú lo deseas.

—¿Comprometerte? ¿Hablas de casarnos?

—Eso es solo un papel. Quiero más, mucho más. Contigo lo quiero todo.

—¿El vínculo?

—*Oui*.

—¿Tú y yo?

—¿Acaso te parece raro?

—Nunca creí que tú quisieras... comprometerte a nada.

Despacio, muy despacio se acercó a ella. Levantó su mano y rozó con las yemas de los dedos su mejilla.

—He puesto las cartas sobre la mesa, *ma chérie* —dijo—. Ahora eres tú la que debe decidir, y no quiero meterte prisa, pero me estoy volviendo muy impaciente últimamente. No lo demores demasiado... *d'accord?*

La sujetó por la barbilla e inclinó hacia atrás su cabeza con suavidad. La besó y añadió con voz grave: —No me dejes, Dani. No sé qué haría sin ti.

Se giró y se encaminó hacia la puerta, dejando a Dani en el centro del salón mirándolo con la boca abierta. Antes de salir se volvió y agregó: —No sé si ha sido un buen momento para soltarte todo esto, pero recuerda que tú me lo has pedido. Ahora te dejas, sé que tienes trabajo. Estaré en el invernadero si me necesitas.

Daniela se quedó inmóvil. Su mente, siempre lúcida, era incapaz de pensar con claridad. Olivier era lo que ella deseaba y ahora, llegado el momento, cuando él le había expresado lo que sentía, se quedaba ahí, de pie, pensando en salir corriendo.

Y realmente ella no rechazaba su naturaleza, su indecisión no era porque Olivier fuese un vampiro, hacía tiempo que ella ya no le veía como un monstruo. Le asustaba más que fuera un mujeriego. Nunca podría competir con todas esas mujeres hermosas y experimentadas que día tras día lucharían por meterse en su cama. Cómo iba a ser su vida, ¿siempre sintiendo celos?

Salió del ensimismamiento cuando se dio cuenta de que Henry, el mayordomo, le estaba preguntado cuando vendrían a recoger todo lo que habían montado en el salón.

—Esta tarde, Henry, cuando sepa la hora te lo diré —contestó con la mente puesta en otro sitio.

Sin pensarlo dos veces, se dirigió al invernadero. Desde el corredor pudo verle y durante un momento se quedó allí parada pensando.

El vínculo... Nunca se lo había planteado. «Juntos, juntos para siempre...». Y por algún extraño motivo, el estar con Olivier le parecía totalmente natural y correcto. Ella era espectador de primera fila de lo que había bajo aquella coraza de arrogancia, y ahora veía un hombre maravilloso que la hacía vibrar con solo una mirada. ¿Qué podía haber de malo en estar con él?

En aquel corredor, mientras le observaba moverse en el invernadero a lo lejos, recordó sus besos, su mirada intensa, su peculiar forma de llamarla *chérie*, *amour*, *tresor* y todas las cursilerías habidas y por haber... y las lágrimas llegaron a sus ojos al pensar en el paseo nocturno por los tejados de París, en la enorme bolsa de helados de chocolate, en el beso que recibió delante de Dominique.

Qué tonta había sido.

Todo eran pequeñas señales de lo que él sentía...

Cuando entró al despacho que daba acceso a la hermosa estructura se frenó antes de llegar hasta la puerta y se quedó absorta mirando al hermoso vampiro que observaba las hojas de una de sus plantas. Aunque ella no hizo ningún ruido, él notó su presencia y se giró. Bajo la tenue luz de aquel lluvioso día, sus ojos verdes parecían gris plata, y al mirarle se le cortó por un instante la respiración.

Decidida a continuar la conversación que habían comenzado momentos antes, Daniela abrió las puertas dobles de cristal y entró, cerrándolas cuidadosamente tras de sí.

—Dime, Daniela. ¿Qué ocurre?

—No sé si podré vincularme a ti —dijo con seriedad—. Es... es... lo que más deseo, pero no creo que pueda soportar toda una vida viendo como las mujeres te persiguen, sintiendo celos de todas y cada una de tus miradas y de tus palabras. Si nos vinculamos te exigiré fidelidad y sentiré que te estoy encarcelando. Sé que no es justo hacerlo, pero moriría si te viera con otra.

Él dejó las tijeras de podar que llevaba en su mano y se acercó a ella.

—Amor mío. No deseo a ninguna otra. Desde que te conozco no he visto a otra mujer en mi cama que no fueras tú. Y si nos vinculamos no tendrás que exigirme fidelidad, yo te la daré gustoso. No puedo borrar mi vida, lo haría si pudiera, pero no es posible. Y no creas que me meterás en una jaula, al contrario. Me darás la libertad.

Dani... —suspiró—, no puedo prometerte un «fueron felices y

comieron perdices», pero créeme si te digo, que moriré en el intento por conseguirlo. Te quiero y quiero vivir contigo por y para siempre. Quiero ser tuyo y que tú seas mía.

Ella se sentía tremendamente confundida. Él, el hombre que le había robado el corazón, le estaba ofreciendo comprometerse.

—Ven aquí —prosiguió mientras le tendía la mano—, y no vuelvas a pensar, ni por un momento, que voy a engañarte con otras. Seré tuyo cuando estés preparada para aceptarme, pero piénsalo bien, la unión será para siempre y yo lo deseo, pero ¿tú lo quieres?

—Sí. Lo quiero —y tartamudeando añadió—: Te quiero.

Se fundieron en un tierno abrazo y el vampiro besó todas y cada una de las partes de su rostro con ternura.

—Estás asustada. Puedo olerlo.

—¿En qué consiste el ritual?

—¿No lo imaginas? Tratándose de vampiros solo puede ser una cosa, ¿no crees?

—Sangre.

—*Oui*.

—Pero tú y yo... tú y yo, ya hemos intercambiado sangre.

—*Oui, c'est vrai*. Pero para vincularnos debemos estar algo más unidos. Cuerpo, mente y sangre. Yo te haré mía y tú me harás tuyo.

—¿Dolerá?

—Al contrario, haré que sea muy placentero y que no puedas olvidarlo mientras vivas. Dani, Dani... cuando te dije que no lo demorases no te estaba dando un ultimátum. No hay prisa. Hablaremos de ello y volveremos a hablar, todas y cada una de las veces que sea necesario. Tienes que estar totalmente segura y mientras yo siga notando un mínimo atisbo de duda me negaré a que lo hagamos, aunque eso me destroce el corazón.

—¿Sabías que eres increíble?

—Solo soy un tipo enamorado.

El móvil de Dani vibró en su bolsillo.

—Humm, ¿quieres ver cómo soy capaz de destruir un móvil solo con mirarlo?

—Es Sasha. Puede que sea importante.

Al otro lado de la línea la amiga de Dani estaba emocionada. Halloween, fiesta por todo lo alto. Disfraces de personajes de cuentos

infantiles en plan macabro...

Dani la cortó no dejándola acabar —Sasha, ¿después te llamo, vale? Ahora estoy ocupada.

Dani colgó y volviendo a los brazos de Olivier dijo: —¿Por dónde íbamos?

Y sin mediar palabra el vampiro la besó, primero tiernamente y después duro, apasionado.

—Esos colmillos no te molestan para nada.

—Dani, tengo cuatrocientos años, tener estos largos caninos está más que asumido. Y además de para tomar alimento puedo enseñarte otros usos que tengo para ellos... —dijo elevando sus cejas.

—Eres un monstruo.

Una sonora carcajada quebró la paz del invernadero. —Soy un monstruo feliz y tú, solo tú, tienes toda la culpa.

La volvió a besar y tras hacerlo la dejó suavemente en el suelo. Solo entonces ella se dio cuenta de que la tenía suspendida en el aire, entre sus brazos.

Con cara de borde Olivier preguntó: —Disfraces de personajes de Disney... humm ¿crees que Jean Jacques se dejará vestir como Peter Pan?

—Te puede matar si se lo insinúas.

—Lo puede intentar... lo puede intentar —dijo entre risas.

Se miraron unos instantes y Olivier tomó sus manos y entrelazó sus dedos con los de ella.

—Ven conmigo, vayamos al dormitorio. Quiero que estemos a solas.

Ella le siguió. En verdad, después de la sesión de fotos le apetecía un rato tranquila con el vampiro. Y no se le ocurría nada mejor que estar entre sus brazos.

—Así que vuestros poderes son capaces de detectar los estados de ánimo de la gente.

—Cuánto más poderoso es el vampiro, mejor sabe leer lo que ocurre.

—Y tú eres un jefazo, ¿no?

—Un poco...

Dani se acercó a él y se plantó delante mirándole a la cara.

—¿Y qué dicen tus «sentidos arácnidos» sobre mí?

—Que estás... cansada.

—No me refiero a eso y lo sabes.

Olivier la miró y se pensó lo que iba a decirle mientras se quitaba la pesada chaqueta y la ponía en el respaldo de una silla.

—*Bon!* Está bien. Tú lo has querido. Estás indecisa. Tienes dudas sobre lo que siento por ti. Tienes miedo de que salga corriendo por esa puerta y que no me vuelvas a ver.

Dani se abrazó a sí misma.

—Vaya, no sabía que era tan transparente.

—Ven aquí y deja que haga una cosa. Sé que no te gusta que me entrometa en tu intimidad, pero por una vez, confía en mí.

Olivier le tomó las manos y ella se dejó llevar hasta la cama. El vampiro se sentó sobre el colchón y le indicó que se colocase frente a él.

—Mírame.

—¿Vas a sugestionarme?

—Quiero que nuestras mentes se encuentren. ¡Vamos, Dani!, no pongas esa cara...

—Está bien... pero como te pases un pelo habrá represalias, listillo.

Él sonrió.

—Dime, ¿qué ves?

—¿Ya estás dentro?

—Aún no, *mon minette*, aún no. ¿Qué ves?

—A un hombre fascinante que me ha robado el corazón.

—¿Confías en él?

—Pondría mi vida en sus manos.

—Pues entonces déjale que te demuestre qué siente por ti.

Despacio acercó su rostro y puso sus labios sobre la boca de ella. Casi sin moverlos, Daniela pudo sentir un beso increíble de los que se dan durante horas y horas los enamorados.

Dani se separó un poco —¿Cómo? —acertó a decir.

—Shhh —replicó Olivier que poniendo una de sus manos en la nuca para acercarla de nuevo a su boca. El simple roce de sus labios volvió a desatar los sentimientos más profundos que ella había sentido jamás.

—¿Qué haces, Olivier? —dijo Daniela articulando despacio las palabras.

—Te dejó ver lo que siento, lo que deseo.

Ella apenas podía respirar. Su corazón latía con fuerza, como si hubiera estado corriendo.

«Ven, ven a mí» —escuchó. Y no era una voz, era un sonido en su mente—. Hueles a miedo, Dani, y no quiero que sientas ningún temor. No hay nada malo en esto.

Olivier anudó sus mentes y ella pudo «ver» lo que él sentía y entonces se dio cuenta, por primera vez, de que su amor era inmenso, de que la rodeaba por todas partes, fundiéndose en ella misma. Y entonces ya no tuvo miedo, supo a ciencia cierta que él no iba a defraudarla, que haría lo que estuviese en su mano para que lo suyo funcionase y que nunca, nunca podría pensar en otra mujer.

—O.. livier... —murmuró.

—Dime mi amor...

—Muérdeme, tómame... hazme tuya para siempre —dijo entre sollozos.

—No llores mi vida, tenemos tiempo de sobra para eso.

—Hazlo... por favor. No quiero esperar ni un minuto más, ni un segundo más... Te... te quiero.

Él se separó un poco para poder mirarla a la cara. Sus esbeltas manos rodearon su rostro y volvió a besarla. Despacio. Tomándose su tiempo con aquellos labios de seda que acariciaban su alma.

—Olivier...

—Shhhh.

—Por favor —añadió con voz estrangulada. —No sé qué me has hecho pero mi corazón tiene una pena enorme si te separas de mí. Quiero sentirte a todas horas, quiero estar contigo.

El vampiro la miró y con los dedos recorrió el borde de sus labios. Con lentitud comenzó a desabotonarle el vestido, mientras le besaba distraído los hombros. Cuando hubo desabrochado todos y cada uno de los diminutos cierres puso una mano bajo sus nalgas para levantarla en peso, como si fuera una pluma y Daniela se cogió a su cuello, para no caer. Con la otra subió el vestido lo suficiente para volver a sentarla en la cama y sacarlo despacio mientras ella levantaba sus brazos. Así, casi desnuda fue empujada suavemente hasta que estuvo tumbada en la cama.

Sin dejar de observarla, Olivier comenzó a desabrocharse los puños y el frontal de su camisa. Dani no podía dejar de admirar aquel torso pálido y lampiño, y todos y cada uno de los músculos que cobraban vida al quitarse la prenda. A continuación, se quitó también los ajustados pantalones y los boxers

y se acostó junto a ella.

Cuando estuvo a su lado se entretuvo jugueteando con un mechón de su pelo al tiempo que decía: —No me canso de contemplarte.

—No cambies de tema vampiro, y haz lo que te he pedido.

—Dani, esto es muy serio.

—¿Crees que no lo sé?

—No quiero que puedas llegar a arrepentirte, necesito que estés muy segura.

—Lo estoy. Creo que nunca he estado más decidida a nada.

—No habrá marcha atrás.

—No vas a disuadirme.

Olivier cerró los ojos y estuvo unos segundos tenso y concentrado. Lentamente los abrió y se colocó arrodillado entre sus piernas, metió los dedos bajo el encaje de sus braguitas y lo rasgó, como quien rompe el lacre de una carta.

La cogió de los muslos y tiró de ella suavemente hasta que la suave piel de sus nalgas se encontró con la de sus piernas. Con hábiles dedos recorrió los pliegues de su sexo comprobando su excitación y controlándose para no acabar antes de empezar... y cuando la tuvo a punto, la penetró despacio.

Sus fuertes brazos la levantaron hasta dejarla sentada sobre él y juntos comenzaron un baile de amor apasionado.

— *Je t'aime...* —musitó dulcemente en su oído, y tras esa declaración, volvió a abrirle los más escondidos rincones de su mente, para que ella viese todo su amor.

La fuerza de sus sentimientos la impactó y se sintió mareada, desubicada. El orgasmo le llegó tan fuerte, tan intenso, que creyó que no volvería a respirar. Cuando comenzó a recuperar el resuello, Dani bajó la cabeza y acercó su boca hasta la suave piel de sus hombros. Los besó dulcemente y pudo sentirlo. ¿Había pulso? Era imposible, pero ella podía percibir como bombeaba la sangre bajo la epidermis.

Tentación.

Hizo el amago de morder y se apartó, la atracción era muy fuerte y sin darse apenas cuenta volvió a intentarlo seducida.

Mordió.

Pero con sus dientes solo hizo la marca, pues al oír un sordo gemido

del vampiro se retiró sin perforar la piel.

—Dani, hazlo. No es dolor lo que siento... es placer. ¡Hazlo!

Se miraron y él añadió: —Si quieres hacerme tuyo bebe de mí. Toma mi sangre, yo te la ofrezco con gusto.

Solo titubeó un segundo. Sin darle tiempo a que volviera a repetirlo apretó su mandíbula hasta que el sabor acre de la sangre llegó a sus labios. Hasta que tomó su esencia y lo hizo suyo. Uniéndose a él en cuerpo y alma.

«Mío. Para siempre...»

Cuando se separó, a su boca manchada de sangre llegaron dulces besos. Ella notó los duros colmillos con la lengua y se demoró acariciándolos con sus labios, lo que arrancó un sonido gutural de Olivier. Cuando la sensación de placer fue remitiendo y pudo abrir los ojos se encontró con dos orbes negros que la observaban como un animal al acecho, esperando para saltar sobre su presa.

—¿A qué esperas?

—A tener tu permiso, mi señora.

—¿Mi permiso?

—Soy tuyo. Ahora y siempre.

—Olivier... No quiero encadenarte. Espero que lo de ser «tu señora» sea broma.

—No. No lo es. Te pertenezco.

—No digas esas cosas...

—¿Dejarás que te haga mía?

—Lo estoy esperando.

—¿Segura?

—Muy segura.

Él se lanzó a su cuello con la eficacia y la destreza que da la práctica, y clavó sus colmillos con celeridad, al tiempo que molía sus caderas contra las de Dani. El éxtasis le llegó por partida doble y temblando se abrazó a su cuerpo al tiempo que lamía las heridas de su cuello.

—Daniela... mi vida, mi amor.

—No me siento diferente —dijo ella cuando el nudo de su garganta se deshizo y pudo volver a hablar.

—Yo sí —dijo Olivier—. Yo podría volar.

El vampiro hizo que se recostase y se tumbó a su lado. Dani se enroscó a su cuerpo y se quedó quieta junto a él. Sus rasgos, poco a poco volvieron a

ser totalmente humanos y aquellos ojos, ahora muy verdes, la miraron con vehemencia.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—No quiero perderte.

—No ibas a hacerlo.

—Olivier yo... No dudo de ti, pero son muchos los elementos ajenos que pueden separarte de mí. Las mujeres no van a dejarte en paz...

—Dani...

—Y tu trabajo no consiste en podar flores en un invernadero... Y yo, yo quiero ser tuya, quiero sentirte y demostrarte lo que siento.

—Ya lo haces, *mon coeur*. Y tras este paso, formas parte de mí, al igual que yo de ti. Te quiero, Dani. Ahora solo queda que me dejes demostrártelo. Déjame enseñarte quien soy y lo que busco en ti.

—Solo si me besas hasta que me quede dormida.

—Ese es un precio muy pequeño...

—No pido nada más.

—Entonces dalo por hecho, pero no pienses que será solo hoy. Prometo que así se hará todas y cada una de las noches que durmamos juntos.

—Cállate y empieza.

Una cálida sonrisa se dibujó en la cara del vampiro. Era un hombre con suerte. La mujer que tenía entre sus brazos, los amigos que había encontrado... no podía haber en el mundo alguien más satisfecho.

La abrazó y empezó a darle pequeños besos y cada uno que añadía una sensación de gozo que le pareció nueva, y que le llenaba más y más.

Sonrió al pensar que aún le quedaban muchos años por vivir, pero que junto a esta mujer se le iban a antojar pocos.

Dani despertó al notar como algo trazaba líneas sobre su piel. Parpadeó un par de veces e intentó incorporarse, pero una mano que se plantó sobre su espalda se lo impidió.

—¿Quieres estarte quieta? Van a salirme movidas...

Consiguió volverse a pesar de las protestas de Olivier y cuando le miro, lo pescó con un grueso rotulador entre sus dedos.

—¿Qué estás haciendo?

—Intentando cumplir un sueño.

Dani se retorció para mirar sus nalgas y se dio cuenta de que tenía la parte alta de los muslos y su trasero, lleno de trazos negros.

Con la tenue luz que entraba por las ventanas, Daniela no acertaba a distinguir que era lo que Olivier estaba escribiendo y estiró su brazo para encender la lamparilla de la mesita de noche.

Cuando se adaptó a la luz pudo comprobar que, además de su parte trasera, sus brazos y piernas estaban llenos de pequeños dibujos. Un sinfín de mariposas decoraban su piel. Estaban por todas partes, grandes, pequeñas con las alas desplegadas...

Antes de que pudiera decir nada, el vampiro añadió: —Quiero mil mariposas para besar...

Dani se lanzó a él y le dio un beso apasionado que por supuesto, fue correspondido con la misma vehemencia.

—Creí que ibas a enfadarte...

—Me ha parecido muy tierno... a menos que el rotulador sea permanente.

—Hummm —ronroneó Olivier mientras hacía como que leía lo que ponía en el envase que tenía en la mano—. Aquí solo dice que es indeleble.

Dani le arrebató el rotulador y le dibujó una mariposa mal hecha en mitad del pecho, justo a la altura del corazón. Cuando terminó de hacerlo se quedó mirando su obra y acercó sus labios para besarle pero él se lo impidió.

—Ni se te ocurra. No quiero que se emborrone. Pienso ir a un tatuador hoy mismo para que la utilice como calco, y la deje impresa para siempre en mi piel.

—Olivier... indeleble significa que no puede borrarse... vas a necesitar un estropajo.

La sonrisa lobuna del vampiro certificó que le había tomado el pelo.

—*Chèrie*, ¿crees que yo haría una cosa así en tu piel? Si te das una ducha se esfumarán todas las mariposas que he dibujado, por eso no quiero que me babeas el pecho... voy a tatuarme esta tal cual la has hecho tú.

—Eres horrible... no voy a babearte. Y no vas a tatuarte esa cosa. Si quieres iré contigo y elegiré una más bonita.

—Mmm, solo a condición de que tú te hagas un pequeño dragón.

—¡Hecho!

—¿Dónde yo diga?

Daniela dudó un segundo antes de responder. —Vale, donde tú digas, pero que no duela mucho.

El vampiro la abrazó y con el dedo índice, comenzó a trazar pequeños dibujos en su nalga derecha.

—Lo quiero aquí. Y no debes preocuparte, ahora eres más fuerte, llevas mi sangre. No te dolerá. Y además, estaré presente y como el que te lo haga se pase un pelo, le haré tragar todo su instrumental.

Ella sonrió.

—¿Me dejas elegir el lugar donde llevarás mi mariposa?

—Eso es innegociable *mon amour*... la quiero donde está. Lo más cerca posible de mi corazón.

— De acuerdo. Realmente es innegociable...

Yo también la quiero ahí.

EPÍLOGO

Dante! Se me ha ocurrido algo increíble. ¿Quieres volver a ver a Cristina? Y no a cuatro patas, sino como eres ahora.

—Saldrá corriendo, Dani.

—No. No lo hará. Ni siquiera se dará cuenta. Ella hablará y se reirá contigo, e incluso podrás sacarla a bailar. Aunque solo tendrás una noche, como Cenicienta.

—No te entiendo.

—¡Halloween! Dentro de dos días es Halloween y la revista dará una fiesta. Olivier podrá ser un vampiro, tú un león y a nadie le parecerá raro.

La expresión de Dante se suavizó y durante unos segundos se quedó callado, como calculando posibilidades—. ¿Conseguirás que ella vaya?

—Lo intentaré. He quedado en llamarla para enseñarle como va a quedar el reportaje.

Dante se acercó a Daniela con paso decidido y la levantó cogiéndola por la cintura para dar dos vueltas en redondo.

—Gracias, gracias, mil gracias.

Cuando la dejó en el suelo, preguntó de forma un tanto ingenua...

—¿De qué me vas a disfrazar?

—Bueno... la temática de la fiesta irá de personajes de los cuentos de Disney.

Dante encogió sus hombros, no imaginaba de qué podía estar hablando Daniela.

Con una sonrisa en la boca, Dani sacó las manos de detrás suya y le ofreció un libro de cuentos al león.

—Para ti. Léelo bien, es el papel que has de interpretar.

Dante sujetó el libro entre las zarpas. Aún tenía dificultades leyendo, pero aquello era un libro infantil, así que no sería tan complicado.

—Lee el título. En voz alta —rogó Dani.

—¿La Bella y la Bestia?

Por toda respuesta ella sonrió, pero al ver la indecisión en los ojos del

león le animó: —Vas a ser la «Bestia» más increíble que nunca hayan visto.

CONTINUARÁ....

NOTAS y AGRADECIMIENTOS

NOTAS

Este libro es el segundo volumen de la saga AMOR Y SANGRE, de la que puedes encontrar más información en la web: <http://loveandbloodmcsark.blogspot.com.es/>

O en la web de la autora <http://mcsarck.blogspot.com.es/>

Saga Amor y sangre.

-Vol.1 – EL SUAVE SECRETO DE TU PIEL

-Vol.2 – MIL MARIPOSAS

AGRADECIMIENTOS

La lista de personas a enumerar aquí sería terriblemente larga, pero no quiero dejar de nombrar a todos aquellos que viven en mi entorno y que sufren el día a día de mis aficiones literarias. Gracias por comprenderme y aceptarme.

Del mundo virtual, tengo que citar a mis compañeros de fatigas del Facebook, en los que tantas veces me he apoyado, y de todos ellos tengo que agradecerle especialmente su cariño a: Vanedis, Tessa y MEG Ferrero. Estos últimos dos meses habéis sido puntal y energía extra.

Hay dos personas a las que quiero nombrar al margen de todos porque necesito dejarles muy claro mi aprecio (aunque solo las conozca a través de una pantalla). Una es Lidia, una lectora infatigable que me ha dado una buena perspectiva de lo que ve y no ve el lector en lo que escribo, y la otra... A la otra le debo mucho, muchísimo, pues estuvo conmigo desde que dije sí a publicar mi primera historia: Marisa... sí tú, Srta. Sicilia. Nunca podré agradecerte lo suficiente las horas perdidas que me has regalado.

Gracias, gracias... a las dos.

Y el tercer bloque de agradecimientos va para ti, lector que has llegado hasta el final de este libro.

Espero que lo hayas disfrutado.

Nos vemos a la próxima... (la historia de Jean Jacques).
Un abrazo a todos.